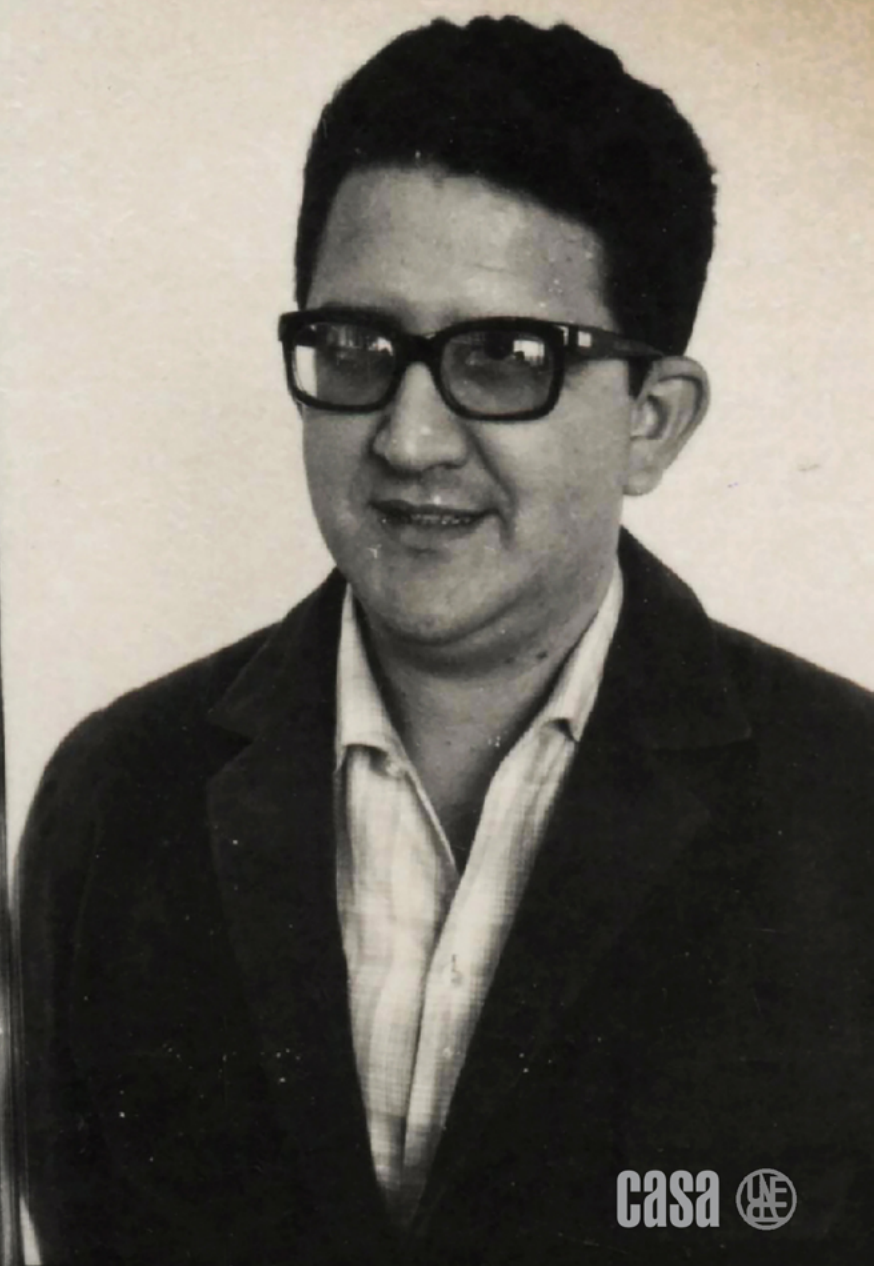


fuera (y dentro)
del juego

UNA RELECTURA DEL «CASO PADILLA» CINCUENTA AÑOS DESPUÉS



IL ORWO

casa

fuera (y dentro) del juego

UNA RELECTURA DEL «CASO PADILLA» CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

Selección y prólogo
Abel Prieto y Jaime Gómez Triana

casa 

Edición: *María Elena Pérez Herrera*
Diseño: *Ricardo Rafael Villares*
Diagramación: *Luis Moya Medina*
Revisión técnica: *Caridad Tamayo Fernández*

© Todos los derechos reservados

© Sobre la presente edición:

Fondo Editorial Casa de las Américas, 2021

casa

FONDO EDITORIAL CASA DE LAS AMÉRICAS
3ra y G, El Vedado, La Habana
editorial@casa.cult.cu
www.casa.cult.cu.



UNIÓN DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE CUBA
17 no. 354 e/ G y H, El Vedado, La Habana
www.uneac.org.cu

Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del «caso Padilla» cincuenta años después

ABEL PRIETO

JAIME GÓMEZ TRIANA

La Casa de las Américas estuvo en el centro del huracán desatado en torno a la detención, el 20 de marzo de 1971, del poeta Heberto Padilla y a su «autocrítica», realizada tras ser excarcelado el 27 de abril, en la sede de la Uneac, ante un auditorio de escritores miembros de la organización. En aquel año, se publicaron en sucesivos números de la revista de la institución múltiples artículos, declaraciones, respuestas y contrarrespuestas sobre el «caso». Una extensa versión de la «autocrítica» apareció como suplemento en el número 65-66, correspondiente al cuatrimestre marzo-junio.

Desde inicios del mes de abril habían comenzado a circular dos cartas públicas dirigidas a Fidel por intelectuales latinoamericanos y europeos considerados de izquierda, que habían sido hasta entonces admiradores de Cuba y de su socialismo. Una se publicó en el periódico *Excélsior* de México y solo la firmaron escritores vinculados al PEN Club de ese país. La otra, gestada en París, conocida como «primera carta», apareció en *Le Monde*, apenas una semana después, suscrita por intelectuales de varios países, muchos de ellos ampliamente reconocidos.

La gran prensa al servicio del Imperio y de la reacción no disimuló su júbilo. Dedicó innumerables titulares a realzar la ruptura con la Revolución Cubana de sus antiguos amigos y el hecho tan estimulante de que, por fin, la isleta rebelde del Caribe mostrara un costado abusivo y despótico. Es sintomático que, en el caso de la carta de México, tres de sus firmantes —Fernando Benítez, Marco Antonio Montes de Oca y José Emilio Pacheco, dirigentes del PEN Club de México— tuvieran que dirigirse al director del *Excélsior* para hacer pública la siguiente aclaración:

La carta del PEN Club al Primer Ministro de Cuba en que se pide la libertad del poeta Heberto Padilla, que usted nos hizo el favor

de publicar gratuitamente, como noticia, en su edición del viernes 2 de abril, aparece hoy en varios periódicos como ostentosa inserción pagada sin la anuencia de los firmantes.

Nos apresuramos a aclarar que no tenemos nada que ver con esta manipulación de nuestra carta y nos preguntamos –sabiendo la respuesta– por qué las personas que abusaron del nombre del PEN Club no han procurado darles la misma difusión a nuestros documentos en defensa de José Revueltas y los demás procesados de 1968.¹

Alejo Carpentier, quien fungía por entonces como Consejero Cultural de la Embajada de Cuba en Francia, vivió el clima de aquellos días en que se buscaban en París adhesiones para la «primera carta». Fue él quien envió a la Casa de las Américas una copia de la original. En la nota que la acompaña, dirigida a Roberto Fernández Retamar y fechada el 30 de marzo, el autor de *El siglo de las luces* describe el estilo superficial y apresurado que caracterizó la convocatoria a suscribirla: «Te mando copia del texto de la carta, pero quiero decirte que la mayoría de los firmantes [las firmas] que la endosan, han sido sacadas por teléfono, a personas que no estaban al tanto del asunto».² Alejo explica en particular el rechazo categórico de la escritora y editora lituana Ugnė Karvelis a que su firma fuera considerada.

Días después se completaría una fábula maligna que le dio la vuelta al mundo muchas veces y en muy pocas horas: el poeta cubano Heberto Padilla, prisionero a causa de su conducta y literatura heterodoxas, había sido torturado para forzarlo a redactar una «autocrítica» abominable:

Yo he difamado, he injuriado constantemente la Revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias [...] Porque yo he querido identificar determinada situación cubana con determinada situación internacional de determinadas etapas del socialismo que han sido superadas en esos países socialistas,

¹ Nota publicada en el periódico *Excelsior*, de México, el 5 de abril de 1971. El recorte y la transcripción integran la colección de materiales sobre el «caso Padilla» atesorada por la biblioteca de la Casa de las Américas.

² Salvo que se indique lo contrario, las cartas aquí citadas forman parte de la extensa colección epistolar atesorada por el Archivo de la Casa de las Américas y sus transcripciones se recogen en esta compilación.

tratando de identificar situaciones históricas con esta situación histórica que nada tiene que ver con aquellas.³

Una amplia versión de su intervención la noche del martes 27 de abril en la Uneac sería difundida por Prensa Latina en un intento, sin duda infeliz, de dejar saldado el asunto con las autoinculpaciones de Padilla.⁴

En realidad, en una actuación minuciosamente preparada, Padilla había representado una parodia caricaturesca de los procesos de Moscú de los años 30, que contenían, como ingrediente esencial, la confesión de las culpas del acusado y la denuncia de otros «traidores».

Nótese, en el párrafo antes citado de la «autocrítica», que Padilla, al enumerar sus «pecados», llama didácticamente la atención sobre cómo quiso «identificar determinada situación cubana con determinada situación internacional de determinadas etapas del socialismo que han sido superadas en esos países socialistas». Ahí no hay nada casual: está dando las claves para sugerir una lectura de lo que está sucediendo con él a partir de purgas ocurridas en la URSS y en otros países de la Europa del Este.

Para Padilla los principales destinatarios de la «autocrítica» no eran los intelectuales cubanos reunidos en la Uneac, sino aquellos extranjeros que potencialmente pudieran sentirse atraídos por el tema y en particular quienes habían manifestado preocupaciones acerca de la suerte del poeta tras su detención, y, antes, a propósito de otras polémicas en las que se había visto envuelto: primero, a raíz de sus criterios, publicados en 1967, sobre obras de Lisandro Otero y Guillermo Cabrera Infante, y luego en torno a su poemario *Fuera del juego*, premiado en 1968 en un concurso de la Uneac y objetado como «contrarrevolucionario» en un prólogo inaudito de la dirección de la organización.

Unos pocos meses después, Eduardo Galeano, en una entrevista de Jorge Ruffinelli, advertiría con perspicacia que los receptores ideales

³ Heberto Padilla: «Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba», revista *Casa de las Américas* número doble 65-66, 1971, pp. 191-203. Se recoge en esta compilación.

⁴ Prensa Latina también había hecho pública, con anterioridad, una carta de Padilla en la que solicitaba tener la oportunidad de explicar personalmente su «caso». Durante la intervención en la Uneac, Padilla repitió los elementos recogidos en su carta.

para el mensaje de Padilla eran «los liberales del mundo».⁵ De hecho, varios de ellos percibieron enseguida que, con su «autocrítica», Padilla les suministraba una plataforma idónea para colocar las denuncias contra Cuba en un peldaño superior.

Uno de esos destinatarios ideales, Juan Goytisolo, quien participó en la redacción de la «primera carta» y fue de los propagandistas más activos durante la campaña de difamación, reconoció, años después, en su libro *En los reinos de taifa* (1986), la condición paródica de la «autocrítica»:

Para quienes conocíamos a Heberto y estábamos al tanto de sus lecturas literarias y políticas, la desgarradora y caricaturesca confesión estaba llena de lazos y redes para sus cancerberos y mensajes en clave destinados a sus amigos. El poeta se sabía al dedillo el discurso oficial impuesto a trotskistas y bujarinistas en las grandes purgas estalinianas y había asumido sus fórmulas y clichés hasta el absurdo.

[...]

Doblegándose en apariencia a la fuerza y utilizando su lenguaje, Heberto recurría a la astucia del personaje de Marco Antonio durante su arenga sobre el asesinato de César. Si, como dice un héroe de Valle Inclán, «España es un reflejo grotesco de la civilización europea», el montaje teatral del esperpéntico *mea culpa* de Padilla en la Uneac era un grotesco reflejo caribeño de las célebres purgas de Moscú.⁶

Mario Benedetti, por su parte, habiendo leído apenas una síntesis de prensa de la «autocrítica», ya podía imaginar el 28 de abril de 1971 la avalancha que sobrevendría:

En este momento yo solo conozco la síntesis. Me imagino cuál será ahora la arremetida de toda la gran prensa del pudoroso Mundo Libre: que es una muestra más de estalinismo, que la carta es una confesión del tipo de los procesos de Praga, etc., etc., etc.

⁵ Jorge Ruffinelli: «El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano», *Marcha*, núm. 1555, 6 de agosto de 1971, pp. 30 y 31. Se recoge en esta compilación.

⁶ Juan Goytisolo: «El gato negro de la Rue de Bièvre», en *En los reinos de taifa*, Barcelona, Seix Barral, 1986, pp. 155-197.

No podrán decir que «fue salvajemente torturado», porque me imagino que el Bebo estará tan rubicundo y lozano como cuando se instalaba en el Hotel Nacional, a la caza de karoles y cortázares.⁷

Unos días después, el 5 de mayo, Benedetti escribe desde Montevideo:

Aquí, desde lejos, no sé por qué tengo la impresión de que Heberto ha hecho esas declaraciones con la secreta intención de que en el exterior sean tomadas como confesión obligada, como autocrítica obtenida a base de presiones. Sus actuales opiniones pueden ser simplemente otro capítulo de su gran maniobra promocional. Quizás yo sea de los pocos que pueda aquilatar cuánto hay de verdad en la mierda que se tira encima y en la que desparrama, pero lo sospechoso es el tono, y ese tono NO ME GUSTA. ¿No puede ser posible que Padilla esté jugando este nuevo juego? Es un personaje tan ambiguo, tan retorcido, tan inasible, que encaja mucho mejor en una novela de Dostoyevski que en la actual realidad de Cuba.

Ese mismo día, desde Barcelona, Vargas Llosa, en su carta pública de ruptura con el comité de redacción de la revista *Casa de las Américas*, dirigida a Haydee Santamaría, ratifica la leyenda de la tortura:

[...] ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana [...]⁸

La respuesta de Haydee, fechada el 14 del mismo mes de mayo, conmueve por su integridad y altura moral:

Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz –una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada– al coro de los

⁷ Fragmentos de esta y otra carta, recogidas en esta compilación, fueron citados en el texto «Mario, el de la Casa. Itinerario epistolar», que Jorge Fornet publicara en revista *Casa de las Américas*, núm. 300, julio-septiembre de 2020, pp.141-175.

⁸ Aparece como nota al pie en Haydee Santamaría: «Respuesta a Mario Vargas Llosa», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p. 140.

más feroces enemigos de la Revolución Cubana, una Revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrede salvajemente a los pueblos indochinos. [...] Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación por usted del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos «un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América»: le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara. Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! [...] Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó «nuestras dolorosas Repúblicas», están de más en este proceso.

Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo; en los que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que le están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Solo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta Isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarnos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender «la dignidad plena del hombre».⁹

⁹ Haydee Santamaría: «Respuesta a Mario Vargas Llosa», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 141 y 142.

Eduardo Galeano, en la referida entrevista de Ruffinelli, reafirmaba su posición solidaria hacia la Revolución Cubana, desacreditaba a los nuevos jueces de la Isla y hacía una lectura muy lúcida de la «autocrítica» de Padilla:

[...] tengo la impresión, si no la convicción, de que fue hecha deliberadamente por Padilla para joder a Cuba. Que la hizo en el estilo de los procesos de Moscú de los años treinta, para enviar una señal de humo a los liberales del mundo, diciéndoles: «Compañeros, yo estoy obligado a escribir esto, pero ustedes bien saben que no soy yo quien lo escribe, sino que es el Yves Montand de *L'Aveu*, de Costa-Gavras». Cualquier escritor con oficio puede hacerlo. Vos mismo, si querés, o yo, podemos escribir un texto abyecto, arrastrado; es una habilidad que te da la profesión. Ahora, al darle difusión a eso, claro, proyecta internacionalmente una imagen horrorosa de Cuba, y dio pie a que se difundiera desde Europa la versión de que la Isla estaba en pleno estalinismo, gobernada por un régimen de terror en el cual los intelectuales habían perdido la libertad de expresión y de crítica, y que el paraíso se había transformado en el infierno. Es decir, que aquella revolución idealizada por los europeos, a la medida de la revolución que ellos mismos son incapaces de hacer en sus respectivos países, aquella epopeya romántica de los barbudos de la Sierra, había derivado en una cosa espantosa. Ahora Cuba es un campo de concentración.¹⁰

El 20 de mayo de 1971 apareció, otra vez en *Le Monde*, la conocida como «segunda carta», también dirigida a Fidel, preparada esta vez desde Barcelona, redactada según su testimonio por Mario Vargas Llosa y suscrita por más de sesenta intelectuales.¹¹ Con tono amenazante, la nueva misiva se permitía hablar desde «nuestra vergüenza y nuestra cólera» y daba por cierta la leyenda infame, echada a rodar en la prensa, de que contra Padilla se había empleado la tortura:

[...] El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla solo puede haberse obtenido mediante métodos que son la

¹⁰ Eduardo Galeano: ob. cit., pp. 30 y 31.

¹¹ Aunque muchos se han referido a este documento como la carta de los 62, lo cierto es que en todas las versiones que hemos podido consultar solo aparecen 61 firmantes.

negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la Uneac, [...] recuerdan los momentos más sórdidos de la época estalinista, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas.

Luego insiste en «el desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de la peores traiciones y vilezas» y termina con una especie de chiste conciliador: «Quisiéramos que la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo».¹²

Es difícil imaginar un insulto más ofensivo e indignante para una Revolución que, desde los tiempos de la lucha guerrillera, estuvo siempre fundamentada en la ética y en el respeto a la dignidad del ser humano. Fidel respondió a esa injuria específica el 6 de junio de 1971, en el acto por el décimo aniversario del Ministerio del Interior:

Muchas imputaciones calumniosas se le han hecho a esta Revolución, las ha hecho el enemigo imperialista, pero hay verdades tan claras, tan universalmente reconocidas que nosotros consideramos uno de los actos de mayor bajeza, una de las calumnias más infames que se hayan hecho contra la Revolución, la afirmación de que un solo ciudadano de este país haya podido ser víctima de torturas físicas.

De algo tiene que valer la historia de esta Revolución, de algo tiene que valer la tradición de nuestro Ejército Rebelde, de algo tiene que valer la conducta noble, ejemplar e intachable con que nuestros combatientes han librado esta lucha brutal, ¡sí!, brutal por parte del enemigo; lucha brutal en que el enemigo imperialista utilizó todas las armas habidas y por haber contra la Revolución. [...]

Porque tienen que doler necesariamente, nos tienen que doler, como revolucionarios, semejantes infamias.¹³

¹² Lourdes Casal: *El caso Padilla: Literatura y Revolución en Cuba. Documentos*. New York: Ediciones Universal, s.a., p. 123.

¹³ Fidel Castro: «Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el acto conmemorativo por el X aniversario de la creación del Minint, celebrado en el teatro de la CTC, el 6 de junio de 1971».

Años después, Fidel se extiende sobre este asunto en sus conversaciones con Ignacio Ramonet. Explica que los combatientes revolucionarios cubanos se formaron en los principios martianos y en la repulsión absoluta y radical a una dictadura sangrienta:

[...] lo que nos inspiraba a nosotros en la lucha contra aquel régimen era el hecho de que asesinaba y torturaba. Yo he dicho alguna vez a los que nos acusan de violar los derechos humanos: «Busquen un solo caso de ejecución extrajudicial, busquen un solo caso de tortura».

[...] Daríamos lo que tenemos, aunque no es mucho lo que tiene este país, si se encuentra un solo caso de un prisionero ejecutado o de un soldado prisionero golpeado en nuestra guerra de liberación.¹⁴

En la mencionada entrevista a Galeano, el autor de *Las venas abiertas de la América Latina* se detiene en la escandalosa afrenta de la tortura y va más allá para hurgar en la relación ambivalente entre los intelectuales europeos y la Revolución Cubana y en los esquemas con que esta ha sido juzgada:

[...] En nombre de un caso particular, los tipos llegaron al extremo de calificar a la Revolución de estalinista, que es una cosa muy grave porque de algún modo implica campos de concentración, fusilamientos en masa, negación de muchos principios del marxismo. Y además acusaron a la Revolución de haber torturado a Padilla. Curiosamente, la derecha no había utilizado nunca esa acusación. De Cuba la derecha había dicho de todo, todas las pestes habían inventado, menos esta. Pero aparece un problema con un escritor y entonces, como los escritores son tan importantes, la Revolución le hace el homenaje al poeta Padilla de torturarlo. Cosa que no había hecho ni con los invasores de Playa Girón, ni con los tipos que entran por las playas de Baracoa a quemar escuelas y a matar campesinos inocentes. ¡Si serán importantes los escritores! Entonces, claro, la Revolución se ha sentido agredida.

Tomado de <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f060671e.html>. Recuperado el 2 de abril de 2021.

¹⁴ Ignacio Ramonet: *Cien horas con Fidel*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales y Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 2018, pp. 220 y 225.

[...]

La Revolución había funcionado durante algunos años como una coartada perfecta para la mala conciencia de los intelectuales europeos: en el Caribe se había hecho una revolución perfecta, químicamente pura, a la medida de todos los sueños. Y luego se sintieron estafados cuando de golpe descubrieron que era una revolución toda embarrada de contradicciones y que se equivocaba dos por tres. ¡Como para no equivocarse! Esta es una revolución que creció en condiciones terribles, en una islita, ahí en la boca del imperio, y que tuvo que romper la estructura de la impotencia forjada por cuatro siglos y medio de vida colonial. ¡Fíjate qué tareíta!¹⁵

Ya para la fecha en que Galeano hace este análisis el plan hábilmente diseñado por Padilla se había venido cumpliendo al pie de la letra y muchos se habían sumado al coro de la difamación contra Cuba. Otros, sin embargo, como Luigi Nono y Julio Cortázar, dos importantísimas figuras que firmaron la «primera carta», tuvieron la valentía moral de reconocer su equivocación y de reafirmar su solidaridad con la Revolución Cubana. El compositor italiano asumió su error a través de una declaración pública enviada desde Chile a Prensa Latina el 4 de mayo: «Mi adhesión a la carta escrita por un grupo de intelectuales europeos sobre el “caso Padilla” ha sido un error mío (y espero que otros lo reconozcan abiertamente)». El autor de *Rayuela*, en su texto «Policrítica en la hora de los chacales», fechado en mayo de 1971, describió con angustia y dolorosa lucidez el clima de revancha anticubana creado por los medios hegemónicos y por propagandistas al servicio de la derecha y prevé su retorno: *«así yo sé que un día volveremos a vernos, / buenos días, Fidel, buenos días, Haydee, buenos días, mi Casa, / mi sitio en los amigos y en las calles, mi buchito, mi amor, / mi caimancito herido y más vivo que nunca»*.¹⁶

Valga decir además que el simple cotejo entre los nombres iniciales y los que finalmente trascendieron como firmantes de la «primera carta» nos regresa a la superficialidad con que fueron gestionadas las adhesiones, ya advertida por Carpentier. Por otra parte, el hecho de

¹⁵ Eduardo Galeano: ob. cit., p. 31.

¹⁶ Julio Cortázar: «Policrítica en la hora de los Chacales», en revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p. 161.

que muchos de los que aparecieron al pie de ese primer mensaje desde Europa no se comprometieran luego con el segundo, podría dar cuenta igualmente de la honestidad de quienes comprendieron que estaban siendo utilizados en una confabulación mediática reaccionaria por los enemigos de Cuba y de toda causa justa.

La firma más polémica de todas las aparecidas en la «primera carta» fue la de Gabriel García Márquez, a quien ni siquiera se le consultó. Sin embargo, esclarecido el tema por el autor de *Cien años de soledad*, los periódicos y las revistas siguieron reproduciendo el documento con el nombre de Gabo. Su ausencia no era buena para lo que se buscaba. Había confesado que no llegaba a convencerse «de la espontaneidad y sinceridad de la autocrítica de Heberto Padilla» y, a la pregunta sobre la presencia del estalinismo en Cuba, respondió:

Me atrevo a decirle una cosa: si de veras hay un germen de estalinismo en Cuba, lo vamos a saber muy pronto, porque lo va a decir el propio Fidel. Hay un antecedente: en 1961 hubo una tentativa de imponer métodos estalinistas; el propio Castro lo denunció en público y lo extirpó en su embrión. No hay ningún motivo para pensar que ahora no ocurriría lo mismo, porque la vitalidad de la Revolución Cubana, su buena salud, no pueden haber disminuido desde entonces.

Y descarta que el «caso» implique una ruptura con Cuba de la intelectualidad latinoamericana:

La Revolución Cubana es un acontecimiento histórico fundamental en la América Latina, y en el mundo entero, y nuestra solidaridad con ella no puede afectarse por un tropiezo en la política cultural, aunque ese tropiezo sea tan grande y tan grave como la sospechosa autocrítica de Heberto Padilla.¹⁷

Hubo, como se sabe, aunque se omite convenientemente la mayoría de las veces, firmantes de la «segunda carta» que, años después del «caso Padilla», regresaron a Cuba y se reencontraron con la utopía que tanto los había inspirado. La escritora nicaragüense-salvadoreña

¹⁷ Gabriel García Márquez: «Gabriel García Márquez», *Cuadernos Marcha*, núm. 49, mayo de 1971, p. 28.

Claribel Alegría ganó el Premio Casa en 1978 e integró el jurado del concurso en 1981 y en 1989. Fueron asimismo jurados en el género de poesía el español Ángel González (1978), el mexicano José Emilio Pacheco (1981), el español José Agustín Goytisolo (1984) y el venezolano Adriano González León (1993).¹⁸ Por su parte, el antropólogo e historiador mexicano Fernando Benítez, quien fuera director del suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!* y una pieza clave en la movilización de los escritores de ese país en torno al «caso», regresó a la Isla como parte de una delegación oficial y tiempo después envió una carta a Roberto Fernández Retamar en la que revisaba su actuación en 1971:

Cometí el error de cuestionar el caso Padilla con otros muchos, porque pensé y sigo pensando que el socialismo con libertad se daba por primera vez en Cuba. Ustedes se sintieron traicionados. Yo también, porque Padilla era un bufón despreciable. De cualquier modo, nunca, en todos mis cargos durante 20 años he dejado de ser un aliado de la Revolución Cubana que es también un modo de ser solidario con mi país.

Hasta hubo algunos de los que auguraron con las peores intenciones una ofensiva estalinista en Cuba, como Jorge Edwards y Mario Vargas Llosa, que reconocieron que las cosas no fueron tan lejos como quizás reservadamente querían. Ilustrativos resultan los párrafos finales del libro de memorias del chileno:

Pasó hace poco un artista cubano por París y me confirmó que Padilla está muy bien, que ahora tiene un buen puesto en el Instituto del Libro, que participa en algunas tertulias literarias y habla con humor de su autocrítica, la que compara con algunas autocríticas clásicas de la historia del socialismo. Dice, por ejemplo, que la suya es mejor que la de Evtuchenko, pero que olvidó un detalle muy interesante que puso Luckács en la segunda de las suyas, y que en cualquier caso la mejor de las autocríticas —él reconoce

¹⁸ El notable arquitecto cubano Ricardo Porro, quien fuera firmante de la «segunda carta», regresó a Cuba en 1996 y luego en 2008, dictó varias conferencias para estudiantes de arquitectura. También se mantuvo directamente al tanto del proceso de restauración de sus edificios en las Escuelas de Arte.

que no consiguió superarla—, es la de Eisenstein, el gran maestro de los comienzos del cine soviético.

Como se puede apreciar, se temió en los días del encarcelamiento de Padilla que viniera una represión en grande. [...] Sin embargo, la represión en gran escala no se produjo. [...] Padilla había salido de la experiencia con la salud un tanto quebrantada, pero su voz teatral y sus carcajadas estentóreas resonaban otra vez en las tertulias habaneras.¹⁹

Jorge Fornet, en su riguroso estudio *El 71. Anatomía de una crisis*, recoge, glosándolo, el cierre del libro de Edwards, fechado el 30 de abril de 1972, apenas un año después del clímax del «caso». Más adelante, completando su idea, recuerda que el propio Vargas Llosa en la reseña de *Persona non grata*, publicada en 1974, advertía que la historia que cuenta «es, sin duda, pequeña y circunscrita, una marejadilla político-literaria, en la que, al fin y al cabo, hubo más ruido que nueces».²⁰

Guillermo Rodríguez Rivera, por su parte, volverá en su libro *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución cubana)* sobre un Padilla que años después se regodea en su broma macabra. Cuenta Guillermo que coincidió con el autor de *Fuera del juego* en la Residencia de Estudiantes de Madrid, en 1994, y que este le confesó, sonriente, que sí, que efectivamente había parodiado las autocríticas de las purgas de Stalin de los años treinta.²¹

En una entrevista que le realizara, en 2009, Leonardo Sarriá a Roberto Fernández Retamar y que publicó *Dédalo*, la revista de la Asociación Hermanos Saíz, el poeta y ensayista haría el siguiente balance:

El denominado «caso Padilla» no involucró solo a intelectuales latinoamericanos, sino también a otros de áreas distintas; y no «se definieron claramente dos posturas»: hubo más de dos, y hubo también los que pasaron de una a otra. Rememoro con tristeza esos acontecimientos. Desde el principio (es decir, desde 1968, cuando se publicó y criticó su libro *Fuera del juego*), no fue tratada con acierto la conducta de

¹⁹ Jorge Edwards: *Persona non grata*. Barcelona, Tusquets, 2000, pp. 347 y 348.

²⁰ Mario Vargas Llosa: «Un franco tirador tranquilo», *Plural*, núm. 3, 15 de diciembre de 1974, p. 76.

²¹ Guillermo Rodríguez Rivera: *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución Cubana)*. La Habana, Ediciones Ojalá, 2017, p. 205.

Padilla. Ambrosio Fornet se ha referido a esa conducta en su conferencia «El Quinquenio Gris: revisitando el término». Y la corona del desacierto fue haber auspiciado el discurso que Heberto pronunció en la Uneac, poco después de haber estado encarcelado alrededor de un mes. Aunque no todos lo percibimos entonces, su presunta autocritica fue un calco de los discursos que pronunciaron las víctimas de los horribles procesos de Moscú, en los años treinta, antes de ser ejecutados, lo que por supuesto no fue el caso de Padilla. Pero el texto hizo que viejos exestalinistas descifrarán con facilidad el mensaje enviado por Heberto. Y a ellos se sumaron, con preocupación unos y con embullo otros, gentes de orientaciones muy diversas, a veces serias y a veces nada serias. Se vivió entonces lo que el magnífico Julio Cortázar llamó «la hora de los chacales». Partiendo de desaciertos cubanos, varios intelectuales, algunos de calidad, rompieron estruendosamente con la Revolución Cubana, e incluso con la izquierda en general. Tal no fue el caso de muchísimos otros intelectuales. Ya mencioné un texto de Cortázar. Rodolfo Walsh escribió al efecto un artículo luminoso.²²

Entre los muchos análisis que desde la América Latina produjo el «caso Padilla», vale la pena rescatar el texto de Rodolfo Walsh publicado en *La Opinión* de Buenos Aires solo seis días después de que divulgara en París la «segunda carta»:

Mario Vargas Llosa ha creído reconocer en la sintaxis de Padilla el influjo policial. Se supone, por ejemplo, que cuando Padilla dice «Yo he sido un cliché del desencanto» la frase se la sopla un funcionario de Seguridad, quizá desencantado. En tres semanas, océano de por medio, sin evidencias, contrariando incluso la evidencia del corresponsal francés que revisa físicamente a Padilla, los sesenta y dos intelectuales concluyen que su autocritica solo puede haberse obtenido mediante la tortura.

Excluyen la posibilidad de que la autocritica sea sincera: o bien insincera pero dictada por la conveniencia de cualquier prisionero;

²² Roberto Fernández Retamar: *Un poeta metido en camisa de once varas*, La Habana: Ediciones Unión, 2017, pp. 204 y 205. Apareció por vez primera en *Dédalo*, núm. 11, septiembre de 2009.

y por último que Padilla, conocedor de la resonancia que un texto como el suyo iba a tener, haya elegido esa vía para librar una nueva batalla contra el Gobierno de su país.

Todo el procedimiento de los sesenta y dos intelectuales me parece de una formidable ligereza. Ellos pueden ignorar lo que significó el estalinismo como construcción de un país, no pueden ignorar lo que significó en su aspecto represivo: la liquidación física de toda una dirección revolucionaria, el fusilamiento de escritores, el asesinato de Trotski y el exterminio de centenares de miles de hombres del pueblo. ¿Dónde está el paralelo? Encandilados por la semejanza externa de un procedimiento, olvidan todo lo que hasta ayer los convirtió en defensores de la Revolución Cubana y trasladan mecánicamente la Rusia de 1937 a la Cuba de 1971. Cuando el cielo es convertido así en repentino infierno, yo pienso que el método es un arrebato, y el resultado una caricatura.

Más adelante Walsh introduce una pregunta especialmente perturbadora para los escritores firmantes:

De Francia, de donde nos llega esta carta, también llegan a América Latina los tanques AMX-13, los aviones Mirage y los helicópteros antiguerrilla. ¿Quién podría asegurar que las palabras y las armas no se complementan: que una protesta contra supuestas torturas en Cuba no contribuirá a legalizar torturas reales en Brasil, Guatemala, ¿Argentina? Estoy seguro de que esa no es la intención de los sesenta y dos intelectuales, pero si alguno de ellos reflexiona más profundamente sobre el tema, quizás tengamos alguna nueva autocrítica, redactada esta vez a orillas del Sena.²³

En una declaración a Prensa Latina del 9 de junio, Haroldo Conti insistiría en caracterizar la realidad del continente y denunciar el doble rasero a la hora de tratar un tema y otros:

Aquí en América, nosotros estamos en guerra. No sé si esto se ve claro desde Europa, frente a tantos compañeros perseguidos,

²³ Rodolfo Walsh: En la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto, de 1971, p. 192. Apareció por vez primera en *La Opinión* (26 de mayo de 1971). Para esta compilación lo tomamos del despacho de Prensa Latina fechado en Buenos Aires el 26 de mayo de 1971.

torturados, muertos, que por lo general pasan inadvertidos o apenas alcanzan la crónica policial, el episodio Padilla me parece hinchado hasta la desmesura. En todo caso sirve como asunto de discusión y reflexión dentro de la Revolución, pero jamás fuera o lejos de ella, que es casi lo mismo, porque entonces, y a pesar de las intenciones, nos daña a todos y a la propia Revolución.²⁴

Estremecen los textos de Walsh y de Conti en defensa de Cuba. Ajenos a cualquier frivolidad, los dos enfrentaron con argumentos inobjetables las posturas más mezquinas. Como se sabe, la guerra que denunciaban generó un atroz genocidio y cercenó incluso sus propias vidas.

El 5 de junio, desde la revista *Triunfo*, de Madrid, el dramaturgo español Alfonso Sastre, indignado con la «segunda carta», increpa a los firmantes:

¿Qué ha pasado de ayer a hoy? ¿Es que los habían engañado sobre aquel proceso revolucionario y de ahí la anterior vehemencia con que, según dicen, defendían la Revolución Cubana? ¿El «caso Padilla» los ha sacado de su error? ¿De verdad encuentran en su información sobre el caso un fundamento teórico suficiente para pasar de la vehemencia admirativa a la vergüenza y a la cólera? ¿Por ventura se sienten intelectual, moral y políticamente cómodos en esa posición? ¿Han estudiado tan detenidamente los hechos en su, seguramente, compleja estructura, como para pasar de considerar la Revolución Cubana como «un modelo» a denunciarla públicamente, como un vástago del estalinismo y del terror? ¿El pasado y sus secuelas operan en ustedes como categorías fijas de su pensamiento, como «aprioris» fijados, absolutos, de su actual discurso intelectual?

[...]

¿Tanto imperio ejercen sobre ustedes los viejos clichés?²⁵

Nombres de mucho peso apoyaron a la Revolución en medio de la conjura de los chacales descrita por Cortázar. Estas posturas, como era de esperar, fueron sistemática e intencionalmente silenciadas por

²⁴ Haroldo Conti: En la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, p. 182.

²⁵ Alfonso Sastre: En la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p. 193.

los medios hegemónicos. Cuba no se quedó sola; pero tanto el «caso» mismo como su repercusión internacional dañaron sensiblemente los vínculos de nuestro país con un amplio sector de la intelectualidad europea y latinoamericana.

La polémica derivó hacia un debate sobre el modelo ético de intelectual que demandaba nuestra América en medio del enfrentamiento entre los pueblos y las oligarquías nacionales apoyadas por el imperialismo. Se cuestionó el papel del intelectual narcisista y ególatra concebido como «conciencia crítica» de la sociedad y fue exaltado aquel que se involucra a plenitud con la causa de la emancipación. Hubo enjuiciamientos muy duros contra toda postura colonizadora y cualquier pretensión de juzgar nuestras realidades y procesos culturales desde una mirada proveniente de las antiguas metrópolis. Se gestó paradójicamente un sentimiento antintelectual, muy nocivo, en los sectores culturales. Creció el rechazo pretendidamente «revolucionario» a la ineludible y necesaria función crítica de la creación artística y literaria.

Hubo otro factor que no puede subestimarse al evaluar la polarización de las posiciones: el mercado literario. En su libro de 2003 *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del intelectual revolucionario en América Latina*, Claudia Gilman señala:

[...] una vez que se consagró un conjunto de novelas y autores, quedó claro que el mercado no reservaba mejor suerte al escritor según su calidad revolucionaria. [...] La consagración mercantil trazó una división entre los autores célebres y los otros. [...] ¿Cómo fue ese proceso mediante el cual la familia latinoamericana separó con una línea particularmente curiosa entre consagrados y no consagrados? Desde *Mundo Nuevo* (una de las revistas más asociadas al *boom*) Monegal agradecía la difusión de la literatura latinoamericana que hacía *Visión*, una revista de asuntos latinoamericanos editada en Estados Unidos y que formaba parte del aparato ideológico de la Alianza para el Progreso, pero tomaba la precaución de desmentir cualquier sospecha de que el éxito de la literatura latinoamericana implicaba una fuente de ingresos económicos para los autores.²⁶

²⁶ Claudia Gilman: *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Argentina, 2003, pp. 267 y 268.

Gilman subraya además que «Hasta ahora no se ha estudiado lo suficiente cómo influyó el mercado literario en la conformación de ideologías de escritor y en la configuración de los debates estético-ideológicos del campo intelectual latinoamericano».²⁷ Y, aunque falte esa evaluación rigurosa, resulta obvio que uno de los instrumentos del Imperio para domesticar a los sectores intelectuales ha sido y sigue siendo el acceso al mercado del arte y la literatura, premios, becas, visibilidad mediática. La cobertura mediática descomunal que recibió el «caso Padilla» se inscribía dentro de los esfuerzos que venían haciendo los Estados Unidos —a través de la CIA y de varias entidades federales y fundaciones— para destruir el liderazgo internacional de la Cuba revolucionaria en el campo de la cultura. Las revistas *Mundo Nuevo*, primero, y *Libre*, después, fueron concebidas y financiadas como contrapeso de la labor específica de la Casa de las Américas y en general del influjo del pensamiento anticolonial y antimperialista que irradiaba desde nuestro país.

Incontables son los mensajes llegados a la Casa de las Américas en los días del «caso». Muchos de ellos de apoyo a Cuba fueron publicados íntegramente en el órgano de la institución, que en su presentación de la sección «Posiciones», del número 67, fijaba su postura:

[...] la prensa capitalista desató una calumniosa campaña contra Cuba, a la cual colaboraron algunas decenas de intelectuales colonizadores, con su secuela de colonizados, de destartalada ideología, quienes aprovecharon una coyuntura para mostrar su verdadero rostro, contrario a la Revolución, y prestar servicios conscientes o no al imperialismo norteamericano. Recogemos aquí algunas respuestas a esa campaña. En cuanto a los textos hostiles (salvo la carta de Vargas Llosa, cuya ausencia haría poco comprensibles ciertas páginas), prescindimos de ellos: ya el imperio se encargó de difundirlos copiosamente.²⁸

En este mismo número, en la sección «Al pie de la letra», aparecieron diversas notas relacionadas con esta discusión. Ambas secciones retomarían el tema en el siguiente número, que incluyó como plato fuerte textos de mayor hondura. Uno de ellos sería ni más ni menos

²⁷ Claudia Gilman: ob. cit., p. 266.

²⁸ En revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p.139.

que *Caliban*, el notable ensayo de Roberto Fernández Retamar, que es, acaso porque escapa de lo estrictamente anecdótico, de «lo pequeño y circunscrito» de la historia, y también de todo dogmatismo, la única obra perdurable e indudablemente fundamental resultante del «caso».

Quizás bastaría con que celebremos este año el aniversario cincuenta de aquel memorable ensayo de Roberto; pero lo cierto es que, luego de recorrer buena parte de la papelería de la época que atesora el archivo de la Casa de las Américas y que, como es natural, incluye cartas, recortes de periódicos llegados desde toda la América Latina, despachos de prensa, cables y documentos de toda índole, nos pareció que se debía reunir y publicar una selección del material existente sobre el «caso Padilla» que incluyera sobre todo los textos que, por razones obvias, recibieron muy escasa atención de la gran prensa.

La compilación que hemos preparado incluye la «autocrítica» tal como la publicó el suplemento de la revista *Casa de las Américas*, las tres cartas a Fidel —la del PEN Club mexicano y las que se enviaron desde Europa—, las cartas cruzadas entre Vargas Llosa y Haydee Santamaría y otros muchos textos que permiten una aproximación diferente al tema. Algunos de los materiales que se recogen, como la entrevista de Ruffinelli a Galeano y la que hiciera a Gabo el periodista Julio Roca para el *Diario del Caribe*, circularon tan escasamente que constituyen ahora una verdadera novedad. Entre lo más valioso de la selección están cartas, hasta ahora inéditas, de Alejo Carpentier, Mario Benedetti, Julio Cortázar y Fernando Benítez, además de un curioso memorándum de la CIA titulado «¿Padilla: un Solzhenitsyn de Castro?», que da seguimiento al «caso». Completan la compilación fragmentos del texto «Ángel Rama y la Casa de las Américas», de Roberto Fernández Retamar, y de los libros *El 71. Anatomía de una crisis*, de Jorge Fornet y *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución Cubana)*, de Guillermo Rodríguez Rivera. Los testimonios de Graziella Pogolotti y Miguel Barnet se recogieron especialmente para esta publicación.

El «caso Padilla» nos deja lecciones muy útiles sobre los graves daños que pueden provocar los prejuicios antintelectuales y una atmósfera cargada de suspicacia y desinformación. Al propio tiempo, hace evidente la necesidad de consolidar una comunicación fluida e invariable entre las instituciones y los creadores.

Los errores que en materia de política cultural se cometieron en torno al «caso» fueron promovidos por gente mediocre y oportunista que traicionó el espíritu unitario y antidogmático de las *Palabras a*

los intelectuales de Fidel. Estas distorsiones, algunas derivadas del Congreso de Educación y Cultura, han dado lugar a un sinnúmero de estudios y testimonios, entre los que se destacan los presentados en el amplio ciclo de pensamiento organizado, en 2007, por la revista *Criterios* de conjunto con la Uneac, la AHS y el Ministerio de Cultura. La apertura de ese ciclo tuvo lugar precisamente en la sala Che Guevara de la Casa de las Américas.

La creación del Ministerio de Cultura en 1976 y la designación al frente de ese organismo de una figura tan prestigiosa y aglutinadora como Armando Hart significaron dos pasos decisivos para la rectificación de esos errores y retomar la política trazada en 1961. Para Ambrosio Fornet:

Quizás nunca se haya escuchado en nuestro medio un suspiro de alivio tan unánime como el que se produjo ante las pantallas de los televisores la tarde del 30 de noviembre de 1976 cuando, durante la sesión de clausura de la Asamblea Nacional del Poder Popular, se anunció que iba a crearse un Ministerio de Cultura y que el ministro sería Armando Hart. Creo que Hart ni siquiera esperó a tomar posesión del cargo para empezar a reunirse con la gente. Viejos y jóvenes. Militantes y no militantes. No preguntó si a uno le gustaban los Matamoros o los Beatles, si apreciaba más la pintura realista que la abstracta, si prefería la fresa al chocolate o viceversa; preguntó si uno estaba dispuesto a trabajar. Tuve la impresión de que rápidamente se restablecía la confianza perdida y que el consenso se hacía posible de nuevo.²⁹

Graziella Pogolotti, por su parte, al referirse a la labor fundadora de Armando Hart al frente del nuevo organismo, recuerda que:

En los pasados 80, hubo que cicatrizar heridas. Hubo también otros desafíos. Sobre la fragmentación de la izquierda, el discurso imperial retomaba la ofensiva. En el batallar de las ideas, Hart sabía que era indispensable «cambiar las reglas del juego», sustituir las reacciones defensivas por el diseño de lineamientos propositivos afincados en el reconocimiento de nuestra identidad nacional, en el respaldo a la experimentación, en el impulso a la creatividad como

²⁹ Ambrosio Fornet: «El Quinquenio Gris: revisitando el término», revista *Casa de las Américas*, núm. 246, enero-marzo de 2007, p. 15.

fuerza nutricia del ser de la nación. Como círculos concéntricos, los espacios de diálogo se multiplicaron.³⁰

Medio siglo después del «caso Padilla», los enemigos de la Revolución intentan volver a aprovecharlo mediáticamente. Repiten, como es natural, muchas de las mentiras que se dijeron entonces y omiten, por supuesto, como se hizo hace cincuenta años, todo lo que pueda debilitar la agenda prevista en su campaña de propaganda.

Ningún medio de la época —aparte del propio *Excelsior*— reflejó la protesta del PEN Club de México por la desmesurada divulgación que tuvo su mensaje al Primer Ministro de Cuba «en varios periódicos como ostentosa inserción pagada sin la anuencia de los firmantes», que consideraron una «manipulación de nuestra carta». Tampoco la gran prensa resaltó el desmentido de García Márquez, quien no fue consultado para ser incluido entre los firmantes de la «primera carta». Argumentos como los de Walsh, Conti, Sastre, Galeano —en la entrevista de Ruffinelli—, entre muchos otros, inestimables para entender la complejidad del «caso», tuvieron poquísima resonancia. Un dato al que nadie al parecer prestó atención fue ofrecido por un corresponsal de prensa francés que, como dijera Walsh, examinó físicamente a Padilla y no encontró señal alguna de las supuestas torturas.

Es sistemáticamente ignorado uno de los argumentos más punzantes que se reitera en los textos de apoyo a Cuba: cómo los «liberales» y los medios erigidos en jueces de la Revolución convierten el «caso Padilla» en un acontecimiento de resonancia mundial e ignoran al propio tiempo los horrendos crímenes del aparato represivo oligárquico e imperialista.

Es difícil calcular las dosis de histrionismo, astucia, simulación y cinismo que derrochó Padilla para fabricar su personaje, la «autocrítica» y toda la trampa en que cayó tanta gente, dentro y fuera de Cuba.

Hoy resulta obvio que la «confesión» respondía a un plan preparado por el propio Padilla. Aquella «gran maniobra promocional» contó con el apoyo entusiasta de la gran prensa y de los hinchados egos de muchos de los intelectuales extranjeros implicados. A esto hay que sumar las ingenuidades y torpezas de funcionarios del Minint, del Consejo Nacional

³⁰ Graziella Pogolotti: «Recuerdos en tiempo presente», *Juventud Rebelde*, domingo 10 de diciembre de 2017, p. 5.

de Cultura y de la Uneac de entonces, que consideraron honesta la «auto-crítica» y creyeron que su difusión sería conveniente para la Revolución. Para Roberto Fernández Retamar, como vimos, «la corona del desacierto fue haber auspiciado el discurso que Heberto pronunció en la Uneac».

Repasar los documentos que ponemos hoy a disposición de los lectores no es una tarea arqueológica. Por el contrario, se trata de algo de mucha actualidad. El enemigo histórico de Cuba no ha renunciado a crear una quintacolumna contrarrevolucionaria en el ámbito cultural. De hecho, ante las dificultades para encontrar verdaderos artistas dispuestos a venderse, han tenido que reclutar a personajes impresentables.

En su discurso de clausura del reciente Congreso del Partido, Miguel Díaz-Canel, Presidente de la República y Primer Secretario del Comité Central, retomó aspectos medulares de la política cultural cubana que de ninguna manera pueden olvidarse y forman parte sustancial del ideario fundador de las *Palabras a los intelectuales* de Fidel:

En la batalla ideológica debemos acudir a Fidel, quien nos enseñó no solo que la cultura es lo primero que hay que salvar, sino que para salvarla tenemos que ser interlocutores constantes de nuestros intelectuales y artistas.

También nos enseñó que este no sería un diálogo cómodo para las partes involucradas, pero que sí tenía y tiene que ser un proceso permanente, donde el respeto y la voluntad de trabajar juntos queden genuinamente probados.

La Revolución no solo no le teme al pensamiento creador, sino que lo aúpa, lo cultiva, abre campos para su crecimiento y desarrollo, lo reconoce y se nutre de sus aportes [...]

El aprendizaje en los campos de la política y la ideología concierne a todas las fuerzas que participan en un proceso. Lo imperdonable no es haber cometido errores en los años precedentes o ahora mismo, lo imperdonable sería no corregirlos.

Esta compilación pretende ofrecer a los interesados valoraciones y puntos de vista poco conocidos que contradicen total o parcialmente algunos de los estereotipos que han circulado y circulan sobre el «caso Padilla». Los textos aquí reunidos facilitarán una evaluación más completa y matizada de aquellos hechos. Esperamos que sean útiles.

Carta de Alejo Carpentier a Roberto Fernández Retamar

París, 30 de marzo de 1971.
«Año de la Productividad»

Comp. Roberto Fernández Retamar
Casa de las Américas
G y Tercera
Vedado
La Habana

Mi querido Roberto:

Cumplo con mandarte copia fiel de un original de una carta enviada al comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba, en lo relacionado con el desdichado episodio de Heberto Padilla, que se está presentando al mundo como una suerte de mártir de la Revolución.

Te mando copia del texto de la carta, pero quiero decirte que la mayoría de los firmantes [las firmas] que la endosan, han sido sacadas por teléfono, a personas que no estaban al tanto del asunto.

Nuestra amiga Ugné Karvelis me dijo hace un momento que se negaba completamente a la firma de ese documento y que muchos de los firmantes enumerados aquí para constancia, han sido sorprendidos en buena fe. Ugné Karvelis quiere ser totalmente eximida de este documento y tengo entendido que otros autores comparten su criterio.

Lo más grave de esta lista de firmantes es la presencia en ella de nuestro compatriota Carlos Franqui, de cuya posición revolucionaria tengo muchas dudas en lo que se refiere a sus actuaciones europeas en los meses pasados.

[...]

Me entristece la presencia de Mario Vargas Llosa en esta pizarra de infamia. Te mando los documentos adjuntos para tu información.

Recibe un abrazo fraternal y un saludo revolucionario.

ALEJO CARPENTIER

P.S. Llamaré por teléfono a los restantes firmantes para ver si aprueban el documento adjunto.

Carta del PEN Club de México*

Sr. Dr. Fidel Castro
Primer Ministro de la República de Cuba
La Habana, Cuba

Los suscritos, miembros del PEN Club de México y simpatizantes de la lucha del pueblo cubano por su independencia, desaprobamos la aprehensión del poeta Heberto Padilla y deploramos las declaraciones que en torno a este hecho le atribuye a usted la agencia France Press.

Nuestro criterio común afirma el derecho a la crítica intelectual lo mismo en Cuba que en cualquier otro país. La libertad de Heberto Padilla nos parece esencial para no terminar, mediante un acto represivo y antidemocrático, con el gran desarrollo del arte y la literatura cubanas.

Atentamente,
abril de 1971

JOSÉ ALVARADO, FERNANDO BENÍTEZ, GASTÓN GARCÍA CANTÚ, JOSÉ LUIS CUEVAS, SALVADOR ELIZONDO, ISABEL FRAIRE, CARLOS FUENTES, JUAN GARCÍA PONCE, VICENTE LEÑERO, EDUARDO LIZALDE, MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, JOSÉ EMILIO PACHECO, OCTAVIO PAZ, CARLOS PELLICER, JOSÉ REVUELTAS, JUAN RULFO, JESÚS SILVA HERZOG, RAMÓN XIRAU, GABRIEL ZAID.

Primera carta de intelectuales europeos y latinoamericanos*

Comandante Fidel Castro

Primer Ministro del Gobierno Revolucionario

Los firmantes, solidarios con los principios y metas de la Revolución Cubana, se dirigen a usted para expresarle sus preocupaciones con motivo de la detención del conocido poeta y escritor Heberto Padilla y pedirle quiera tener a bien examinar la situación que plantea dicha detención.

Dado que hasta el momento el Gobierno cubano no ha proporcionado ninguna información sobre el asunto, el hecho nos hace temer la reaparición de un proceso de sectarismo más fuerte y peligroso que el denunciado por usted en marzo de 1962, y al que en más de una ocasión hiciera referencia el comandante Che Guevara cuando denunciaba la supresión del derecho a la crítica dentro del marco revolucionario.

En estos momentos en que la instauración de un gobierno socialista en Chile, y la nueva situación creada en el Perú y Bolivia, facilitan la ruptura del bloqueo criminal de Cuba por parte del imperialismo norteamericano, el empleo de métodos represivos contra intelectuales y escritores que han ejercido el derecho de crítica dentro de la Revolución, solo puede tener una repercusión profundamente negativa entre

* Tomado de «La cultura en México», suplemento de *Siempre!*, 5 de mayo de 1971, p. X. Apareció por vez primera en francés en el periódico *Le Monde*, el 9 de abril de 1971. La versión que recoge Lourdes Casal en su libro *El caso Padilla: Literatura y Revolución en Cuba. Documentos* (New York, Ediciones Universal, s.a., p. 74) difiere de esta no solo en la redacción, sino también en el número de los firmantes. Ver la carta de Alejo Carpentier, del 30 de marzo de 1971, a Roberto Fernández Retamar recogida en esta compilación.

las fuerzas antimperialistas del mundo entero, y muy especialmente de América Latina, para quienes la Revolución Cubana es un símbolo y una bandera.

Agradeciéndole la atención que conceda a este pedido, le reafirmamos nuestra solidaridad con los principios que guiaron la lucha en la Sierra Maestra, y que el Gobierno Revolucionario de Cuba ha expresado tantas veces a través de la palabra y la acción de su Primer Ministro, del comandante Che Guevara y de tantos otros dirigentes revolucionarios.

EDUARDO ARROYO, VALERIO ADAMI, RUBÉN BAREIRO, CARLOS BARRAL, SIMONE DE BEAUVOIR, JOSÉ MARÍA CABALLERO BONALD, ITALO CALVINO, JORGE CAMACHO, JOSEP MARIA CASTELLET, FERNANDO CLAUDÍN, JULIO CORTÁZAR, JEAN DANIEL, MARGUERITE DURAS, HANS MAGNUS ENZENSBERGER, JEAN-PIERRE FAYE, FRANCISCO FERNÁNDEZ SANTOS, CARLOS FRANQUI, CARLOS FUENTES, JUAN GARCÍA HORTELANO, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, JAIME GIL DE BIEMA, JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, JUAN GOYTISOLO, LUIS GOYTISOLO, RODOLFO HINOSTROSA, HEINZA, ALAIN JOUFFROY, UGNÉ KARVELIS, MONIQUE LANGE, GHERASIN LUCA, ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGUES, JOYCE MANSOUR, JUAN MARSÉ, DIONYS MASCOLO, PLINIO MENDOZA, ALBERTO MORAVIA, MAURICE NADEAU, LUIGI NONO, HÉLÈNE PARMELIN, OCTAVIO PAZ, ANNE PHILIPPE, JOSÉ PIERRE, PIGNON, JEAN PRONTEAU, REBEYROLLE, ROSSANA ROSSANDA, FRANCISCO ROSSI, CLAUDE ROY, JEAN-PAUL SARTRE, JEAN SCHUSTER, JORGE SEMPRÚN, SUSAN SONTANG, JOSÉ ÁNGEL VALENTE, MARIO VARGAS LLOSA, EMILIO VEDOVA, MICHEL ZIMBACCA.

Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el martes 27 de abril de 1971*

HEBERTO PADILLA

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO: Compañeros, durante varios días hubo conversaciones, rumores, etcétera, en torno a Heberto Padilla y a su situación. Él, por su parte, hizo una solicitud al Gobierno Revolucionario en el sentido de explicar personalmente su caso. El Gobierno Revolucionario accedió a que Heberto Padilla explicara a los compañeros escritores lo referente a su caso, y se estimó que el sitio mejor para que esto se realizara fuera en el seno de nuestra Unión de Escritores y Artistas de Cuba, que es en definitiva el organismo de los escritores y artistas de Cuba.

Por eso, hoy Padilla va a venir a exponernos a todos la realidad de su caso y, sin más dilación, él tiene la palabra. Quiero ante todo solamente excusar la ausencia del compañero Nicolás Guillén. Él era el que debiera estar aquí presidiendo este acto, pero todos ustedes saben que Nicolás ha estado seriamente enfermo y que se le ha prescrito un reposo absoluto; un reposo que tratándose de Nicolás nunca es absoluto, pero que nosotros hemos tratado de absolutizar lo más posible. Por esa razón él no está esta noche aquí, nosotros no hemos querido que él salga de su casa, y yo lo sustituyo. Pero el compañero Nicolás está enterado de todo lo que estamos haciendo aquí y de todo lo que aquí se va a decir.

HEBERTO PADILLA: Gracias, doctor.

Compañeros, desde anoche a las doce y media, más o menos, la Dirección de la Revolución me puso en libertad, me ha dado la oportunidad de dirigirme a mis amigos y compañeros escritores sobre una serie de aspectos a los que seguidamente yo me voy a referir.

* Tomado de la revista *Casa de las Américas*, núm. 95-66, marzo-junio de 1971, pp. 191-203

Yo quiero aclarar que esta reunión, que esta conversación, es una solicitud mía. Que esta reunión ustedes saben perfectamente que la Revolución no tiene que imponérsela a nadie. Yo hice un escrito y yo lo presenté a la Dirección de nuestro Gobierno Revolucionario, yo planteé la necesidad de explicar una serie de puntos de vistas míos, de actividades y actitudes mías, delante de ustedes que son mis compañeros, porque creo que la experiencia mía puede tener algún valor, yo diría que un interesante, un ejemplar valor para muchos de mis amigos y de mis compañeros.

Ustedes saben perfectamente que desde el pasado 20 de marzo yo estaba detenido por la Seguridad del Estado de nuestro país. Estaba detenido por contrarrevolucionario. Por muy grave y por muy impresionante que pueda resultar esta acusación, esa acusación estaba fundamentada por una serie de actividades, por una serie de críticas... Críticas —que es una palabra a la que quise habituarme en contacto con los compañeros de Seguridad— no es la palabra que cuadra a mi actitud, sino por una serie de injurias y difamaciones a la Revolución que constituyen y constituirán siempre mi vergüenza frente a esta Revolución. Yo he tenido muchos días para reflexionar, en Seguridad del Estado. Yo quiero decirles a ustedes algunas cosas sobre mi actitud que muchos de ustedes pueden sentirse sorprendidos de oírme no porque muchos de ustedes las ignorasen, sino porque muchos pueden creer que sea yo capaz de reconocerlas en público. Es decir, no es tanto el hecho de mis actitudes, de mis actividades, como mi disposición a hablar de ellas lo que puede constituir una sorpresa.

Yo he cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables. Y yo me siento verdaderamente ligero, verdaderamente feliz después de toda esta experiencia que he tenido, de poder reiniciar mi vida con el espíritu con que quiero reiniciarla.

Yo pedí esta reunión, y yo no me cansaré nunca de aclarar que la pedí, porque yo sé que si alguien hay suspicaz es un artista y un escritor. Y no en Cuba solamente, sino en muchos sitios del mundo. Y si he venido a improvisarla y no a escribirla —y estas noticas no significan absolutamente nada, estas noticas son siempre la cobardía del que cree que va a olvidar un dato—, si he venido a improvisarla es precisamente por la confianza que la Revolución tiene, durante todas las conversaciones que hemos tenido durante estos días pasados, de que yo voy a

decir la verdad. Una verdad que realmente me costó trabajo llegar a aceptar —debo decirlo—, porque yo siempre preferí mis justificaciones, mis evasivas, porque yo siempre encontraba una justificación a una serie de posiciones que realmente dañaban a la Revolución.

Yo, bajo el disfraz del escritor rebelde, lo único que hacía era ocultar mi desafecto a la Revolución. Yo decía: ¿era esto realmente un desafecto? Yo lo discutía en Seguridad.

Y cuando yo vi el cúmulo de actividades, el cúmulo de opiniones, el cúmulo de juicios que yo vertía con cubanos y extranjeros, el número de injurias y difamaciones, yo me detuve y tuve que decir realmente: esta es mi verdad, este es mi tamaño, este es el hombre que realmente yo era; este es el hombre que cometía estos errores, este es el hombre que objetivamente trabajaba contra la Revolución y no en beneficio de ella; este era el hombre que cuando hacía una crítica no la hacía al organismo al que debía criticársele, sino que hacía la crítica al pasillo, que hacía la crítica al compañero con mala intención. Se me dirá que eran críticas privadas, que eran críticas personales, que eran opiniones. Para mí eso no tiene la importancia. Yo pienso que si yo quería ser, como lo que yo quería ser, era un escritor revolucionario y un escritor crítico, mis opiniones privadas y las opiniones que yo pudiera tener con mis amigos tenían que tener el mismo peso moral que las opiniones que yo debía tener en público. Porque no podía ser posible que se mantuviera esa duplicidad, que en lo público yo me manifestase como un militante indiscutible de la Revolución, y en lo privado me manifestase objetivo. Porque el error de muchos escritores es creerse como un desafecto vulgar, como un contrarrevolucionario eso; no de todos, afortunadamente, porque hay excepciones honrosas que afortunadamente han llevado adelante la posición moral de nuestros escritores, pero sí de muchos, y yo diría que de la mayoría de nuestros escritores y de nuestros artistas.

Y no había ningún derecho a que esta fuese nuestra posición; no había ningún derecho a esta dicotomía, a que por un lado pensásemos de una forma en nuestra vida privada, a que fuésemos unos desafectos como era yo, verdaderamente venenoso y agresivo y acre contra la Revolución, y por el otro, en lo internacional, queriendo proyectar la imagen de un escritor inconforme y de un escritor inquieto.

A mí me gustaría encontrar un montón de palabras agresivas que pudieran definir perfectamente mi conducta. A mí me gustaría poder agradecer infinitamente las veces que muchísimos de mis amigos

revolucionarios se me acercaron previniéndome de que mis actitudes eran actitudes muy negativas y actitudes que dañaban a la Revolución. Y yo realmente no perdonaré nunca el que los desoyese; yo nunca lo perdonaré. Pero esos fueron mis errores. Esos fueron los errores de que yo he hablado durante este mes en la Seguridad del Estado.

Yo he criticado cada una de las iniciativas de nuestra Revolución. Es más, yo he hecho una especie de estilo de la agresividad. Yo me siento avergonzado y tenía necesidad de hablar con mis amigos porque yo no creía que bastara el que yo escribiese una carta al Gobierno Revolucionario arrepintiéndome y que esa carta fuera aceptada y que la Revolución tuviera la generosidad de permitirme hablar con ustedes. Eso no es suficiente. Para que una rectificación, para que un hombre realmente apoye su rectificación moral delante de su país y de sus compañeros es necesario que ese hombre sea capaz de decirlo espontáneamente a esos compañeros: que está dispuesto a esa rectificación. Y decirlo justamente a un sector al que yo quiero referirme un poco más adelante, pero que tiene ciertas características y ciertas peculiaridades que son para la Revolución de suma importancia.

Yo, compañeros, como he dicho antes, he cometido errores imperdonables. Yo he difamado, he injuriado constantemente la Revolución, con cubanos y con extranjeros. Yo he llegado sumamente lejos en mis errores y en mis actividades contrarrevolucionarias —no se le puede andar con rodeos a las palabras—. Yo, cuando fui a Seguridad, sobre todo tenía la tendencia a tenerle miedo a esa palabra, como si esa palabra no tuviese una carga muy clara y un valor muy específico, ¿no? Es decir, contrarrevolucionario es el hombre que actúa contra la Revolución, que la daña. Y yo actuaba y yo dañaba a la Revolución. A mí me preocupaba más mi importancia intelectual y literaria que la importancia de la Revolución. Y debo decirlo así.

En el año 1966, cuando yo regresé de Europa a Cuba, yo puedo calificar ese regreso como la marca de mi resentimiento. Lo primero que yo hice al regresar a Cuba, meses después, fue aprovechar la coyuntura que me ofreció el suplemento literario *El Caimán Barbudo*, con motivo de la publicación de la novela de Lisandro Otero *Pasión de Urbino*, para arremeter allí despiadada e injustamente contra un amigo de años, contra un amigo verdadero como era Lisandro Otero. Un amigo que a mi regreso de Europa me dio su casa de la playa para que viviera un mes en los dos meses de descanso que yo tenía por mi ministerio. Lo primero que yo hice fue atacar a Lisandro. Le dije horrores a Lisandro

Otero. ¿Y a quién defendí yo? Yo defendí a Guillermo Cabrera Infante. ¿Y quién era Guillermo Cabrera Infante, que todos nosotros conocemos? ¿Quién era y quién había sido siempre Guillermo Cabrera Infante? Guillermo Cabrera Infante había sido siempre un resentido, no ya de la Revolución, un resentido social por excelencia, un hombre de extracción humildísima, un hombre pobre; un hombre que no sé por qué razones se amargó desde su adolescencia y un hombre que fue desde el principio un enemigo irreconciliable de la Revolución. Y yo no era ajeno a esas características de Guillermo Cabrera Infante. Y lo primero que yo hice fue defender a Guillermito, que es un agente declarado, un enemigo declarado de la Revolución, un agente de la CIA, defenderlo contra Lisandro Otero. Defenderlo ¿por qué? Defenderle en nombre de valores artísticos. ¿Y qué valores artísticos excelentes y extraordinarios puede aportar la novela de Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*? ¿Qué valores excepcionales, qué contribución excepcional a la literatura puede aportar ese libro que mereciese que yo aprovechara esa ocasión que me brindaba *El Caimán Barbudo* para atacar a un amigo entrañable? Yo, que no era un crítico profesional, porque no era mi obligación el establecer diferencias específicas entre lo político y lo literario; yo, que no era un crítico profesional, lo primero que hago es arremeter contra Lisandro Otero injustamente, porque Lisandro jamás me viró las espaldas. Lisandro quería llevarme a la revista *Cuba*. Ah, pero yo debo ser sincero con mis amigos, yo aproveché esa ocasión para molestar a Lisandro, porque estaba molesto con Lisandro. Pero es que la molestia con Lisandro se convertía en un problema político, y esta actitud tenía consecuencias políticas que iban a dañar directamente a la Revolución.

Porque en esa pequeña nota venenosa que yo escribí para *El Caimán Barbudo*, yo atacaba nada menos que a tres organismos de la Revolución. Yo atacaba, por ejemplo, a mi organización, a la Unión de Escritores y Artistas. Yo decía que la Unión de Escritores y Artistas era un cascarón de figurones. Yo atacaba al Ministerio de Relaciones Exteriores por haber prescindido de los servicios de un contrarrevolucionario como era Guillermo Cabrera Infante, que había estado tres años en Bruselas y que aquello le había permitido vincularse a los enemigos de la Revolución, como se ha demostrado claramente, como él mismo se ha esforzado en declararlo. Yo atacé incluso despiadadamente al compañero de Seguridad que informó contra las actividades

de Guillermo Cabrera Infante, hablando del estilo literario, como si el estilo literario tuviera algo que ver con la verdad o como si la verdad no fuera más importante que el estilo literario.

Estas cosas que ustedes me oyen ahora, ustedes pensarán que debí pensarlas antes. Sí, es cierto. Es cierto, yo debí pensarlas antes. Pero la vida es así, el hombre comete sus errores. Yo he cometido esos errores que son imperdonables. Yo sé, por ejemplo, que esta intervención de esta noche es una generosidad de la Revolución, que yo esta intervención no me la merecía, que yo no merecía el estar libre. Lo creo sinceramente; lo creo por encima de esa alharaca internacional que aprecio en el orden personal, porque creo que son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos, que tienen una visión completamente diferente de la situación cubana, situación que yo he falseado en cierta forma o en todas las formas. Porque yo he querido identificar determinada situación cubana con determinada situación internacional de determinadas etapas del socialismo que ha sido superada en esos países socialistas, tratando de identificar situaciones históricas con esta situación histórica que nada tiene que ver con aquellas. Y estos compañeros que me han apoyado, que se han solidarizado conmigo internacionalmente, desconocen a fondo mi vida de los últimos años. Desconocen, muchos de ellos, el hecho de que yo hubiera tenido esas actividades, de que yo hubiese asumido esas actitudes, de que yo hubiese llevado a cabo tales posiciones.

Es una actitud natural de los escritores en el mundo capitalista y yo espero que estos compañeros, al darse cuenta de la generosidad de la Revolución, al verme aquí pudiendo hablar libremente con ustedes —porque si estas no fueran mis ideas lo primero que debería exigírseme a mí sería la valentía en este momento de decir cuáles deberían ser realmente mis ideas, aunque mañana tuviera que regresar a la cárcel—. Y si quiere decir que no las digo quiere decir que nos las siento, y si no las siento quiere decir que esos compañeros que se han solidarizado deberían rectificar, y deberían admitir que la Revolución Cubana es superior al hombre con que se han solidarizado. Y que la Revolución Cubana es justa y que la Revolución Cubana ha tenido en cuenta todos los hechos, y que la Revolución Cubana me ha dado la oportunidad a mí no de ir a los tribunales revolucionarios por una serie de circunstancias que yo voy a enumerar, sino de venir a hablar con ustedes y de vivir mi vida de siempre después de un mes de experiencia ejemplar. Yo decía

que desde mi regreso de Europa toda mi vida estuvo marcada por el resentimiento. Yo decía que si esa noticia que yo escribí al principio era venenosa, la que escribí después superaba en veneno a esa otra pequeña. Me refiero a la respuesta que yo di a la que los compañeros del *Caimán Barbudo* dieron a la pequeña que en el inicio hice. Es decir, una especie de alegato contra la política de la Revolución.

Aquel alegato era de una petulancia, aquel alegato expresaba unos alardes teóricos que yo he padecido siempre, lamentablemente, de lo que yo realmente me siento sumamente avergonzado. Porque además ¿qué mérito revolucionario, compañeros, tenía yo en una Revolución sumamente joven en donde el mérito revolucionario debe primar, debe estar por encima de cualquier otro tipo de consideración? En una revolución hecha a noventa millas del imperialismo, este lugar común que a fuerza de reiteraciones nunca podrá perder su verosimilitud: ¿qué valor puede tener un hombre sino precisamente el haber tenido el sentido histórico de haber asumido una posición —y yo edad tenía para asumirla en el momento en que otros, valerosos, realmente revolucionarios, la asumieron frente a la tiranía de Batista—? ¿Cuáles eran mis méritos para poder convertirme en ese «fiscal increíble», como me había calificado acertadamente la revista *Verde Olivo*? ¿Cuáles eran mis méritos revolucionarios para convertirme precisamente en el hombre que debía ser el crítico de la Revolución, el único escritor con mentalidad política que podía oponerse al proceso revolucionario e imponer sus ideas? Ninguno; yo no tenía esos méritos revolucionarios. Tampoco tenía la verdad, que podría ser un mérito en sí mismo, porque como ya se ha visto era injusto, y prefería un enemigo a un amigo, prefería el resentimiento a una valoración inteligente y sensata de los hechos. No tenía ninguna razón y, sin embargo, lo hice.

Yo, que debía haber estado agradecido de una Revolución que me permitió viajar, que me permitió dirigir una de sus empresas, que me permitió representar a uno de sus ministerios en distintos países europeos; yo, defendiendo a un contrarrevolucionario, a un enemigo declarado de la Revolución como era Guillermo Cabrera Infante, contra un compañero leal, contra un compañero que siempre me había dado muestras de cariño, de afecto, con quien siempre tuve mucha identificación, largas correspondencias, como era Lisandro Otero.

Pero es que yo quería sobresalir —hay que juzgar las cosas como son—. Yo hice muy mal mi papel, tengo que empezar por decir eso. Yo quería sobresalir. Yo quería demostrar que el único escritor valiente

entre comillas era Heberto Padilla, y el escritor agredido entre comillas, revolucionario, era Guillermo Cabrera Infante. Y que el resto era una serie de remisos y un montón de funcionarios acobardados. Y que la Unión de Escritores no valía para nada porque esa Unión de Escritores no asumía mi misma posición.

Ese fue mi inicio, esa fue mi más clara actividad enemiga, mi más específica actividad para dañar a la Revolución: asumir los alardes teóricos de un hombre que no tenía mérito revolucionario alguno para asumirlo. Defender a un traidor frente a un compañero que ha dado pruebas cabales de su lealtad, de su inteligencia creadora al servicio de la Revolución.

Amí me gustaría que Guillermo Cabrera Infante no fuera un contrarrevolucionario, y me gustaría que su talento estuviera al servicio de la Revolución. Pero, como decía Martí, la inteligencia no es lo mejor del hombre. Y si algo yo he aprendido entre los compañeros de Seguridad del Estado, que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema el hablar de ellos sino el hablar de mí, yo he aprendido en la humildad de estos compañeros, en la sencillez, en la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria, la diferencia que hay entre un hombre que quiere servir a la Revolución y un hombre preso por los defectos de su carácter y de sus vanidades.

Yo asumí esas posiciones. Y además, lo que es peor, yo llevé esas posiciones a un terreno a donde yo nunca debí llevar esas posiciones. A un terreno en que esas posiciones no caben: al terreno de la poesía. Yo he pensado mucho en esto, he reflexionado mucho, seriamente, en lo que me llevó a llevar estas posiciones a la poesía. Estas posiciones no habían sido nunca asumidas; tomadas, expuestas en la poesía cubana. La poesía cubana del comienzo de la Revolución, la misma que yo hice en etapas breves que la propia Revolución me ha reconocido en mis conversaciones con Seguridad, era una poesía de entusiasmo revolucionario, una poesía ejemplar, una poesía como corresponde al proceso joven de nuestra Revolución. Y yo inauguré –y esto es una triste prioridad–, yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura.

Ustedes saben que yo me estoy refiriendo a *Fuera del juego*, que ustedes me han oído defender mucho. Pero es que hay que pensar profundamente las cosas. Pensemos sinceramente en *Fuera del juego*. ¿Ustedes piensan, si ustedes leen ese libro que es en realidad un libro

revolucionario? ¿Es un libro que invita a la Revolución y a la transformación de una sociedad?

Yo he pensado, he repensado muchas veces, he tenido muchos días para pensar en eso, en esos poemas, desde el primero hasta el último. ¿Qué es lo que marca ese libro? ¿Qué es lo que le da la característica esencial a ese libro? Pues lo que le da la característica esencial a ese libro es, bajo la apariencia de un desgarramiento por los problemas de la historia, lo cual no es más que una forma del colonialismo ese de que ha hablado Fidel en sus últimos discursos, una forma de importar estados de ánimos ajenos, experiencias históricas ajenas, a un momento de la Revolución que no tiene de la historia ese desencanto, sino todo lo contrario, un momento de la historia en que se puede tocar el ímpetu de todas las realizaciones y de todos los momentos de desarrollo y de entusiasmo que puede tener una Revolución.

Pero yo no, yo empecé mi libro como hubiera podido empezar un filósofo viejísimo y enfermo del hígado con un poema que se llama «En tiempos difíciles», Y por ahí siguen una serie de poemas. Ese libro está lleno de amargura, está lleno de pesimismo. Ese libro está escrito con lecturas, ese libro no expresa una experiencia de la vida, no interioriza la experiencia cubana. Hay que reconocerlo. Ese libro expresa un desencanto, y el que lo aprecie lo único que hace es proyectar su propio desencanto.

Y desencanto hay muy antiguo en muchos hombres. Porque la Revolución no es un fenómeno que transforme la alegría del hombre y que la reafirme y la haga extraordinaria en tres días. Para la tristeza hay millones de años de experiencia. No sé quién lo dijo, tal vez lo repitió Roberto alguna vez, o lo dijo por primera vez, pero para la alegría no hay mucha experiencia en la poesía. Es más fácil llorar que alegrarse, que escribir sobre la esperanza y sobre los sueños, y sobre la poesía de la vida.

Hay clichés del desencanto. Y esos clichés yo los he dominado siempre. Aquí hay muchos amigos míos que yo estoy mirando ahora, que lo saben. César Leante lo sabe, César sabe que yo he sido un tipo escéptico toda mi vida, que yo siempre me he inspirado en el desencanto, que mi desencanto ha sido el centro de todo mi entusiasmo –valga esa absurda forma de expresión–. Es decir, el motor de mi poesía ha sido el pesimismo, el escepticismo, el desencanto. Y ese libro, *Fuera del juego*, está marcado por ese escepticismo y por esa amargura. Ese escepticismo y esa amargura no entusiasman y no llevan a la Revolu-

ción. Esos poemas llevan al espíritu derrotista, y el espíritu derrotista es contrarrevolución.

Y yo he tenido muchos días para discutir estos temas, y los compañeros de Seguridad no son policías elementales; son gente muy inteligente. Mucho más inteligentes que yo; lo reconozco. Y más joven que yo. Cuadros que yo no sé de dónde han sacado, todavía no sé de dónde... Porque muchas veces, me acuerdo que le pregunté a un compañero, no quiero ni mencionarlo, un oficial, le dije: ¿Pero de dónde han sacado ustedes estos cuadros? Y yo estaba afuera, porque tuvieron la gentileza en muchas ocasiones de llevarme a tomar el sol—, y había un grupo de niños, muy pobres, muy simples, muy sencillos, cubanos, y me dijo: «mira, chico, de ahí». Y me dio una respuesta simple, un adverbio de lugar: ahí, chico; de ahí salí yo, y de ahí salimos todos.

Yo me sentí muy avergonzado, y me sentía todos los días muy avergonzado de aquellas conversaciones sanas que tampoco se podían identificar con las conversaciones enfermizas que eran el tema central de mi vida en los últimos años.

Y así yo fui asumiendo actitudes, así me fui envenenando, así me fui separando de mis amigos. Si mis amigos antes eran, por ejemplo, Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, por citar solo algunos, después ellos no fueron, no podían ser mis amigos. Ellos hicieron esfuerzos porque yo rectificara. Yo recuerdo mis conversaciones y mis discusiones con Roberto, pero es que mi verba era tremenda y entonces mi retórica lo ahogaba a él, o él, en fin, no tenía por qué llevar más lejos su capacidad de persuasión, porque bastante edad tenía yo para ello. Y lo cierto es que yo seguía en mis argumentaciones enfermizas y negativas, y él seguía una línea correcta. Y ellos, este grupo de compañeros, y muchos otros más seguían una línea correcta y yo incorrecta. ¡Y yo incorrecta! Y yo completamente hostil, completamente venenosa. Y me alegra encontrar esas palabras rotundas y sonoras para calificarla, porque son palabras que mientras más me denigran en lo semántico —si es que esto puede tener algún valor para la literatura—, más me alegran en lo espiritual.

Si antes ellos habían sido mis amigos, después ¿quiénes fueron mis amigos? ¡Ah!, los periodistas extranjeros que venían a Cuba. ¿Y qué buscaban esos periodistas extranjeros que venían a Cuba? ¿Ellos venían aquí a admirar la grandeza de la Revolución? Yo no diré que todos, porque los ha habido y los hay que realmente aman y apoyan nuestra Revolución. Pero los que se acercaban a mí, específicamente a mí,

¿verdaderamente buscaban la grandeza de la Revolución, el esfuerzo de nuestro pueblo, el tesón, la energía de nuestros dirigentes? No. Ellos buscaban al desafecto Heberto Padilla, al resentido marginal, al tipo que les podía hacer un análisis, sobre todo sonoro más que racional, de nuestra situación; el tipo que tenía la astucia necesaria para organizar cuatro o cinco lugares comunes sobre problemas que en realidad no conocía, sobre problemas de los que ignoraba casi todo, de los que sabía muy poco. Pero lo hacía; lo hacía. Y estos periodistas difundían mi nombre. Y en los artículos sobre Cuba en el extranjero se hablaba con mucho entusiasmo sobre mí y se me veía como un escritor rebelde, como un escritor «contestatario» —como dicen los franceses—, intransigente, se me veía como un tipo característico de los países socialistas, el tipo que en Cuba simbolizaba lo que en otros países han simbolizado otros. Es decir, una especie de traslación mecánica y completamente artificial de una situación a otra situación. Ellos sabían el juego en que estaban; ellos me halagaban, ellos me entrevistaban, ellos hacían de mí semblanzas adorables. Y ellos hacían ese juego y yo me beneficiaba con ese juego, mi nombre estaba en circulación, y yo era perfectamente consciente de todo esto que estaba ocurriendo. El problema era que yo he tenido debilidades muy grandes. Porque sin talento político alguno, mis lecturas y mis preocupaciones han sido sobre la política y sobre los problemas políticos. En realidad, no tengo valentía alguna para tomar un fusil e ir a una montaña como han hecho otros hombres. Ahora, para la montaña verbal, para el análisis de la esquina y del cuarto, para eso yo he tenido un talento inmedible; de eso no hay duda.

Por ejemplo, yo recuerdo el libro de Lee Lockwood, el periodista norteamericano, donde aparece mi fofó con un tabaco y un periódico *Granma*, una foto muy hábilmente hecha y muy inteligentemente hecha —yo no quiero calificar en un sentido negativo esa foto de Lee Lockwood—, una foto que hizo él, pero que aparece con un pie de grabado que define perfectamente la pose que adopto yo en esa fotografía. Ese pie de grabado dice: «Heberto Padilla, poeta y *enfant terrible* [niño terrible] político».

En fin, me enamoré de esa imagen. Pero esa imagen ¿a dónde me llevaba? ¿Y sobre qué nacía esa imagen? ¿Y de qué se beneficiaba esa imagen? ¿Qué cosa era un niño terrible —como dicen los franceses— político? ¿De qué se beneficiaba esa terribilidad sino de la enemistad con la Revolución? ¿De qué se beneficiaba sino de la contrarrevolución, del desafecto, del veneno? De eso.

Mi nombre circulaba, mi libro *Fuera del juego* tuvo un premio en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, mi libro *Fuera del juego* obtuvo el premio por unanimidad. La Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el ejecutivo de la Unión de Escritores, escribió un prólogo crítico contra ese libro. ¿Y a mí qué me importaba ese prólogo crítico, si al lado de ese prólogo crítico aparecía la defensa apasionada de los cinco miembros del Jurado? Eso era lo importante.

Además, no solo aparecía esto. Aparecía el voto del crítico británico Cohén que decía que este libro *Fuera del juego* habría ganado un premio en cualquier país del mundo occidental. Es precisamente en esta especificación geográfica y política, el mundo occidental, en donde radicaba la diferencia entre lo que hubiera debido ser un premio y otro; porque un premio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba tenía que ser un premio revolucionario, precisamente el premio más revolucionario, porque es justamente el premio de la Unión de sus escritores revolucionarios.

Y el libro obtuvo ese premio. Y ese libro inmediatamente fue publicado en Francia por la editorial Du Seuil, una editorial que tradujo los cincuenta y pico de poemas en menos de un mes, a toda máquina, y que puso por fuera una banda insidiosa que decía: «¿Se puede ser poeta en Cuba?», con lo cual quería decir que no se podía ser poeta en Cuba.

Yo me beneficiaba con la situación internacional, yo obtenía con todo este hecho una doble importancia: la importancia intelectual y la importancia política; intelectual, porque un grupo de escritores y de críticos de primera fila me otorgaba un premio nacional de literatura de un país en Revolución; y política, porque este libro marcaba la culminación de lo que yo imaginaba que era mi triunfo frente a la Revolución, el triunfo de mis ideas. Yo pensé que *Fuera del juego*, este libro, marcaba el triunfo de mis posiciones.

Yo me consideraba un intocable típico, como el que existe en los países socialistas, esos escritores que —como ustedes saben— escriben sus libros, los publican clandestinamente fuera de sus países y se convierten en intocables, en hombres que ningún Estado puede tocar. Y yo quería, yo pretendía objetivamente ser un intocable, imponer mis ideas políticas, convertirme en el único escritor con mentalidad política de este país. Y en eso residía mi fatuidad, mi vanidad, mi petulancia literaria, y sobre todo, todo siempre vinculado al extranjero, ¡siempre vinculado al extranjero! Yo hablé con muchos extranjeros, además. Por ejemplo, con Karol, K. S. Karol, el escritor-periodista polaco-francés.

Yo a Karol le hice pomposos análisis de la situación política cubana, le hablé siempre con un sentido derrotista, con un ánimo crítico amargo, contrarrevolucionario, de la Revolución Cubana. Y Karol, que era un hombre que quería oír esas cosas, porque Karol es un hombre amargado, es un polaco, hombre exiliado de su país en París; Karol quería oír esas cosas, las oía y las recogió y en su libro Heberto Padilla es el único personaje, uno de los pocos —no digamos que el único—, uno de los pocos personajes revolucionarios y simpáticos.

Y lo mismo ocurrió con el viejo agrónomo francés contrarrevolucionario René Dumont, entusiasmado cuando me recibió, me citó, me llamó, me pidió mis opiniones. Yo arremetí contra la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, contra la revista *Verde Olivo*; yo dije que la revista *Verde Olivo* me había tratado injustamente, siempre con argumentos policiales; yo dije que el escritor en Cuba no significaba absolutamente nada, que no era respetado, que no valía nada, yo atacé consuetudinariamente a la Revolución. Y no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel, de lo cual realmente nunca me cansaré de arrepentirme. Y solo el deseo, realmente la vehemencia con que quisiera rectificar esa ingratitud y esa injusticia, podría, si no compensar, por lo menos aclarar en algo lo que no era más que una cobardía y una actitud contrarrevolucionaria.

Porque en el año 1969, cuando con motivo de mis posiciones yo estaba sin trabajo, le escribí una carta a Fidel. Casi de inmediato me contestó esa carta. En mi carta yo le planteaba que estaba sin trabajo y que quería trabajar. Casi de inmediato recibí una respuesta de Fidel a través del Rector de la Universidad de La Habana. Me dieron trabajo en la Universidad de La Habana, de acuerdo con mis aptitudes y con mis deseos me dieron trabajo en la Universidad de La Habana.

Pero es que yo no cesé en mis posiciones por ese trabajo. Por ejemplo, ustedes recuerdan mi recital, el título, cómo se llamaba ese recital. Se llamaba *Provocaciones*. Sí, el ardid era del texto de Arnold Hauser, pero es que ese texto de Arnold Hauser estaba muy mañoso y cobarde y miserablemente traído por los pelos por mí, porque justamente «Provocaciones» era el título del artículo que había usado *Verde Olivo* para calificar mis actitudes, y era el título que yo daba a mi nuevo libro.

La Unión de Escritores fue muy fina, muy gentil conmigo desde el principio. Me invitó desde el principio a venir aquí. Es decir, la Unión de Escritores calificó aquel libro de contrarrevolucionario, pero sus actitudes posteriores no tuvieron nada que ver con el libro mismo, que

había sido editado, y que había sido calificado, que había sido criticado justamente por ellos. Yo vine aquí a todos sus actos...

Estoy bastante cansado porque es que anoche apenas he dormido. Pero yo quiero continuar porque esto, esto vale la pena, aunque no tenga siempre la coherencia que quisiera y la exactitud que deseara. Además, la garganta la tengo mala. He hablado con amigos, con mis hijos, con Belkis, en fin, perdónenme si no soy todo lo exacto que quisiera. Yo hablé horrores con Dumont y con Karol, que escribieron libelos contra la Revolución.

Con Hans Magnus Enzensberger, el poeta alemán, ensayista, tuve incontables conversaciones que pudieran ser un compendio de todas mis actitudes y todas mis posiciones acres, hostiles a la Revolución.

Hans Magnus Enzensberger, que después publicó un ensayo contra nuestro Partido, me oía, me atendía mucho más de lo que debió atender a otros compañeros que fueron sus amigos. Y yo estoy seguro de que de esas conversaciones con Hans Magnus surgió su ensayo injusto, su ensayo, que tiene que ser calificado de mal intencionado.

Enzensberger oyó todas mis críticas, todos mis análisis, que siempre eran derrotistas. Y yo estoy seguro de que contribuí a deformar aún más su visión de nuestra Revolución, que no era muy entusiasta de todas formas.

En todas estas posiciones yo llegué sumamente lejos. Por ejemplo, tan lejos que yo recuerdo que llegué a cuidarme más de los organismos de la Seguridad del Estado que de los enemigos de la Revolución. Porque yo sabía que mis actividades estaban muy claras y eran muy específicas, muy netas para la Seguridad del Estado, cuya función es vigilar y defender a la Revolución.

Por ejemplo, se dio el caso de un sociólogo alemán que llegó a Cuba. Este sociólogo, Kisler, me dijo que era amigo del poeta Enzensberger, que él le había pedido que me visitara. Era raro, sin embargo, que no trajera ninguna carta de Enzensberger, pero de todas formas yo lo vi dos o tres veces antes de que proyectara su salida de Cuba.

Me dijo que él estaba escribiendo, preparando una tesis para su Universidad, sobre los países en desarrollo. Me preguntó sobre la estructura del poder en Cuba, sobre una serie de cuestiones más; y yo inmediatamente le daba mis opiniones, opiniones injustas, opiniones absurdas, opiniones que no tenían sentido, opiniones que en realidad yo no podía fundamentar con argumento alguno, porque yo no era un hombre que podía hacerlo. Pero yo le di mis opiniones a este joven sociólogo alemán que estaba haciendo notas para su tesis de grado.

Él me dijo que eran notas, en muchos casos, en muchísimos casos, eran notas críticas de nuestra Revolución. Me dijo que él pretendía regresar al año siguiente. Y desde luego, ¿qué hice yo? Yo lo primero que hice fue decirle: «bueno, mira, si tú estás haciendo estas notas críticas, ten mucho cuidado no puedan caer en manos de Seguridad del Estado, porque entonces no vas a poder regresar a Cuba». Es decir, estaba alertando a un extranjero a quien no conocía, de quien no tenía referencia alguna, contra un organismo de la Revolución cuya función es velar por la Revolución, velar por la seguridad de la Revolución.

Este joven alemán, que me hablaba con entusiasmo del Che, que andaba con una cinta magnetofónica de la entrevista de Ovando cuando la muerte del Che; este joven alemán que me decía que todas las ideas de Ernst Bloch en su libro *El principio esperanza* se encarnaban en la imagen del comandante Ernesto Guevara; este personaje, compañeros, era nada menos que un agente del enemigo —como pude yo saber después en la Seguridad del Estado—. Y yo alertaba a ese agente del enemigo contra un organismo de la Revolución; yo, el poeta crítico, alertando a un enemigo contra un organismo de la Revolución.

De estas actitudes, de estas posiciones, de estas cosas, nunca, nunca me cansaré de arrepentirme mientras viva; nunca podré arrepentirme en realidad. Cuando he visto la cantidad de enemigos que vienen a nuestro país disfrazados de poetas, disfrazados de teatristas, de sociólogos, de fotógrafos, de lo que son posible... ¿Para qué vienen? ¿A ver, a admirar la Revolución? ¡No! No vienen, no todos. Hay muchos que sí vienen, quiero siempre hacer esas excepciones —y toda regla es también la excepción—; pero que vienen a buscar informes contra el enemigo, y justamente lo buscan en las zonas de la cultura, en las zonas fáciles, en las zonas donde es tan fácil encontrar una opinión y un juicio acre, crítico contra la Revolución.

Yo con ese enemigo tuve esas conversaciones y esas actitudes. Pero a mí no me importaba eso: yo daba mis opiniones. A mí lo que me importaba era el extranjero, el libro en el extranjero. Por ejemplo, la editorial Du Seuil me escribió dos cartas y yo astutamente no le respondí. Pero el libro circulaba; el editor, inescrupuloso, colocaba esa banda: «¿Se puede ser poeta en Cuba?», y lanzaba el libro a toda máquina.

Julio Cortázar intervino en lo que el periódico calificó de la defensa —el ataque era el prólogo de la Unión de Escritores—. Cortázar en cierto modo trató de impedir que la campaña contra Cuba se desarrollara, pero en esencia me defendió. «Ni traidor, ni mártir» —decía Julio—. Y decía

también, reconocía, que mis poemas tenían pesimismo, amargura, que eran el producto de un hombre montado entre dos épocas, etcétera. Pero me defendió. Y en realidad esa defensa a mí me beneficiaba en lo externo y en lo interno. En lo externo, porque mi nombre circulaba en las editoriales extranjeras; en lo interno, porque yo imaginaba que nuestros dirigentes se iban a preocupar por el rango intelectual mío, que me iban a dar la posición que yo quería a mi regreso de Europa.

Yo me sentí muy frustrado, muy despechado, cuando pasaron los meses y ese escándalo no tuvo ninguna consecuencia beneficiosa para mi persona. Fue cuando escribí la carta a Fidel, cuando me dieron el trabajo en la Universidad.

Pero es que este trabajo en la Universidad lo que hizo fue reafirmarme en estas posiciones negativas mías. Yo imaginé que justamente me iban a respetar, que yo era un intelectual que tenía un gran rango, que yo era un espíritu de habilidad política, de gran perspicacia. Estas fueron mis torpezas, y en realidad esto es el centro de mis errores: el deslumbramiento por las grandes capitales, por la difusión internacional, por las culturas foráneas; este es el punto de partida de todos mis errores; errores de los que yo quiero hablar, de los que me gustaría hablar y hablar y hablar, como todo hombre que quiere liberarse de un pasado que le pesa.

Yo sé que hay muchos suspicaces —lo sé— que piensan, y piensan de un modo especial, singular, de un modo característico de ciertas zonas, de esta autocrítica hondamente sentida. Y yo me digo que peor para ellos si no comprenden el valor moral que puede tener mi conducta, que puede tener una autocrítica; peor para ellos, para esos suspicaces, si no entienden, si no son capaces de comprender lo que significa que a un hombre que ha cometido errores se le permita la oportunidad de confesarlos, de explicarlos delante de sus compañeros y de sus amigos; peor para ellos, para esos suspicaces, si no creen en lo que yo estoy diciendo; peor para ellos. Porque yo conozco, como muchos de ustedes, escritores revolucionarios que están aquí presentes, y que han tenido que dar ese salto de fuego de las propias características tan negativas que constituyen ese ángulo enfermizo de la personalidad creadora. Si no comprenden, peor para ellos. Si no comprenden este valor de poderse liberar uno de esos errores. Porque yo conozco, como decía, lo que son las zonas de la cultura, zonas siempre descreídas en su mayoría.

Y yo que he cometido todos estos errores, yo que he realizado todas esas actividades con cubanos y extranjeros, contra la Revolución, que

he dañado, yo tenía necesidad de hablar con mis compañeros, amigos, escritores que están aquí presentes. Yo agradezco sinceramente a la Revolución, no solo de ningún modo que esté en libertad, sino que me permitan la oportunidad de decir esto.

Pero sinceramente yo quiero decir algo más. Yo no he venido aquí simplemente a argumentar mis errores, a hacer un recuento de todas mis actitudes bochornosas. Porque estas cosas podrían tener un relativo valor. Porque yo temo, sinceramente, que mi experiencia, que todas las cosas que yo he sufrido y toda la vergüenza y el bochorno que he sentido durante estos días, no sean suficientes para que cada uno de mis amigos escritores las sienta, las experimente como las he sentido yo.

Porque yo temo que mañana o pasado mañana, o la semana que viene, o en algún momento determinado se me acerque un amigo escritor y me diga que esta autocrítica no se corresponde con mi temperamento, que esta autocrítica no es sincera. Sin embargo, yo estoy convencido de que muchos de los que yo veo aquí delante de mí mientras yo he estado hablando durante todo este tiempo, se han sentido consternados de cuánto se parecen sus actitudes a mis actitudes, de cuánto se parece mi vida, la vida que he llevado, a la vida que ellos llevan, que han venido llevando durante todo este tiempo, de cuánto se parecen mis defectos a los suyos, mis opiniones a las tuyas, mis bochornos a los tuyos. Yo estoy seguro de que ellos estarán muy preocupados, de que estuvieron muy preocupados, además, por mi destino durante todo este tiempo, de qué ocurriría conmigo. Y de que al oír estas palabras ahora dichas por mí pensarán que con igual razón la Revolución los hubiera podido detener a ellos. Porque la Revolución no podía seguir tolerando una situación de conspiración venenosa de todos los grupitos de desafectos de las zonas intelectuales y artísticas.

Y yo eso lo he comprendido muy claramente en mis discusiones en Seguridad. Porque la correlación de fuerzas de la América Latina no puede tolerar que un frente, como es el frente de la cultura, sea un frente débil; no podía seguir tolerando esto. Y si no ha habido más detenciones hasta ahora, si no las ha habido, es por la generosidad de nuestra Revolución. Y si yo estoy aquí libre ahora, si no he sido condenado, si no he sido puesto a disposición de los tribunales militares, es por esa misma generosidad de nuestra Revolución. Porque razones había, razones sobradas había para ponerme a disposición de la Revolución.

A mí no me importan, además, los leguleyismos de ningún tipo, porque para mí lo más importante es la ética de la Revolución. Y no

se podía vivir una vida doble, una vida en la duplicidad en que yo la vivía. Y si lo que yo amo es ser un crítico de la Revolución, tengo que serlo en los momentos en que la Revolución quiere que yo sea un crítico que la beneficie, no un crítico que la traicione, no un crítico que la obstaculice, no un crítico que la denigre y la infame, como lo hacía yo, compañeros; tengo que decirlo claramente.

Y si digo esto delante de ustedes es porque veo en muchos de los compañeros que están aquí, cuyas caras están aquí, errores muy similares a errores de los que yo cometí. Y si estos compañeros no llegaron al grado de deterioro moral, de deterioro moral a que yo llegué, eso no los exime de ningún modo de ninguna culpa. Quizás entre sus papeles, entre sus poemas, entre sus cuentecitos existen páginas tan bochornosas como muchas de las páginas que felizmente nunca se publicarán y que estaban entre mis papeles. Como esa novela —ni el nombre voy a decir ahora—, esa novela cuyos fragmentos he repensado en Seguridad del Estado; esa novela cuyo personaje principal era un desafecto que apostrofaba continuamente contra la Revolución, continuamente contra la Revolución. Y era una novelita sutil, en que se manejaba una serie de elementos para que todo el mundo estuviera complacido; una novelita que afortunadamente no se publicará nunca. Además, porque yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que pueda encontrarme algún día, delante de mis zapatos, de esa novela, que es un bochorno. No solo en lo político —se los digo con sinceridad—, no solo en lo político, sino en lo moral.

Porque esa novela expresaba mis defectos de carácter, mis máculas, expresaba mis problemas, incluso sicológicos, problemas gravísimos además que yo he descubierto en mi soledad en Seguridad del Estado. Esa novela que escribí a saltos, como eran a saltos los momentos de mi desafecto y de mi tristeza y de mi escepticismo. Esa novela que pretendía yo publicar, incluso le escribí a Barral, el editor español, una carta con Julio Cortázar, donde le decía que no era conveniente que esa novela se publicase por el momento —en realidad, la novela no estaba terminada—. Y yo le anunciaba, siempre prometía libros a los editores extranjeros que no habían sido terminados, porque yo estaba tan mal, además, tan enfermo, tan feamente triste, tan corrosivamente contrarrevolucionario que no podía ni escribir. Se los digo con sinceridad. Y me comprometía con esos editores extranjeros porque mi importancia quería que se fundase en las editoriales extranjeras. Y le prometía a Barral, le explicaba la novela que no podía terminar. Le prometía esa

novela, porque yo había hablado de esto con José Agustín Goytisolo y él inmediatamente se lo comunicó a Carlos, y Carlos me mandó muchas cartas. También se la propuse a un editor inglés, André Deutsch. Porque lo que me interesaba, sinceramente, era el extranjero. Era publicar fuera, si aquí no me reconocían, ganar la batalla afuera. Imponer mis ideas de cualquier manera.

Así me fui enfrentando a la Revolución; así fui acumulando todo ese montón de hostilidad que he tenido oportunidad en estos días de repasar, ¡uno por uno!

He oído esta mañana, cuando hablaba con un amigo con sinceridad sobre este tema, he oído decir: no, pero esas eran tus opiniones personales... ¡Qué me importan a mí las opiniones personales o públicas! Eran mis convicciones, ¡mis convicciones!, que es en lo que se está, como ha dicho un viejo filósofo, que era Ortega. En las convicciones se está, decía el viejo, y de las creencias se puede vivir y se puede respirar.

Y aquellas eran mis convicciones. ¿Y qué me importa a mí que esas fueran mis opiniones privadas si eran mis opiniones, y cómo esas opiniones no iban a expresar mi ética? ¿Y qué otro modo tiene de ser revolucionario un escritor sino haciendo que sus opiniones privadas coincidan con sus opiniones públicas?

Y esa era mi vida de que yo me iba nutriendo. Esa era la novela, como me avergüenzo del libro de poemas. Ya yo escribí algunos poemas nuevos en Seguridad del Estado; hasta sobre la primavera he escrito un poema. ¡Cosa increíble, sobre la primavera! Porque era linda, la sentía sonar afuera. Nunca había visto yo la primavera, porque era algo con que no contaba. Estaba ahí inmediata, escribí sobre la primavera. Escribí cosas lindas en medio de mi angustia y de mi tristeza. Porque la angustia moral tiene características muy extrañas, y porque yo sentía que aquella cárcel, aquella cárcel que yo estaba sufriendo, era una cosa de las más singulares que yo he vivido en mi vida. Porque yo sentía que aquella cárcel no era un blasón que se podía ostentar como un sacrificio contra una tiranía, sino precisamente una cárcel moral, justa, porque sancionaba un mal contra la Revolución y contra la Patria. Y escribía esos poemas febrilmente. Escribía esos poemas, era una suerte de catarsis desesperada.

Esta experiencia ustedes tienen que vivirla, yo no quiero que ustedes la vivan, además, por eso estoy aquí. Pero hay que vivirla, vivirla para sentirla, para poder valorarla, para poder entender lo que yo estoy diciendo. Y si hablo esta noche aquí delante de ustedes, como decía

antes, es porque sé que en muchos de ustedes hay actitudes, sinceramente, como las que había en mí. Y porque sé que muchos de ustedes, en quienes he pensado sinceramente en estos días, iban en camino de la propia destrucción moral, y física casi, a que yo iba. Y porque yo quiero impedir que esa destrucción se lleve a cabo. Y voy a lograrlo, porque quiero lograrlo, porque tengo que lograrlo. Porque si algún valor puede tener mi experiencia es esa, compañeros.

Porque ustedes no pueden venir aquí a oír la enumeración tristísima y conmovedora de un hombre que se arrepiente. Ustedes tienen que encontrar aquí la comprobación, la identificación de sus propios defectos. Ustedes saben que yo he dicho mi verdad. Y yo podría decir las verdades de muchos de los que están aquí presentes. Yo estoy seguro de que si yo me levantara aquí ahora y yo señalara los nombres de muchos de los compañeros que iban camino de esa misma situación, esos compañeros serían incapaces de contradecirme, porque esos compañeros saben que estoy diciendo la verdad; porque no sería ni revolucionario de su parte —si es que no han sido detenidos ni lo serán, y porque lo mismo se deben sentir más revolucionarios que yo que lo fui— el desmentirse aquí.

Porque si yo mencionara, por ejemplo, ahora, a mi propia mujer, Belkis, que tanto ha sufrido con todo esto, y le dijese, como le podría decir, cuánto grado de amargura, de desafecto y de resentimiento ella ha acumulado inexplicablemente durante estos años, en que yo también por una serie de defectos de mi carácter la he hecho sufrir, ella sería incapaz de ponerse de pie y de desmentirme. Porque ella sabe que yo estoy diciendo la verdad.

Y lo mismo podría decir de un amigo entrañable, de un amigo que tanto calor de hogar me ha prestado en los últimos tiempos, de un amigo que tantas cosas positivas ha lecho por nuestra Revolución en otros momentos, pero que últimamente se ha mostrado amargado, desafecto, enfermo y triste y por lo mismo contrarrevolucionario, como es Pablo Armando Fernández. Y yo sé que Pablo Armando, que está aquí, sería incapaz de levantarse y desmentirme, porque Pablo sabe que muchas veces hemos hablado de estos temas y Pablo se ha mostrado muy triste en relación con la Revolución. Y yo no admitiría, no podría admitirlo, no comprendería que fuera honesto de su parte el que Pablo se parase aquí y me dijese que hay justificaciones para su actitud. Y lo mismo, compañeros, podría decir de otro querido amigo como es César López, a quien yo admiro y respeto, que escribió un hermosísimo libro, queridísimo

y respetadísimo, que tuvo una mención en la Casa de las Américas, como es *El primer libro de la ciudad*. Pero es que César López ha hecho conmigo análisis derrotistas, análisis negativos de nuestra Revolución. Además, César López ha llevado a la poesía también esa épica de la derrota. Ha hecho en su último libro una épica de la derrota, de una serie de etapas que la Revolución en su madurez revolucionaria ha sido la primera en superar. César ha retenido los momentos desagradables y los ha puesto en su libro; libro que ha enviado a España antes de que se publicase en Cuba, como es lo correcto, como debe ser la moral de nuestros escritores revolucionarios: publicar antes en nuestra patria y después mandar afuera. Porque es que hay muchos intereses, y en esos intereses intervienen muchos matices no siempre positivos. Y César mandó su libro fuera. Yo mismo hice una nota a José Agustín Goytisolo sobre ese libro. Y yo sé que César, estoy convencido, convencidísimo, de que César López es un compañero honrado, honesto, que sabe que hay que rectificar esa conducta. Estoy convencido que César... ¿qué va a pararse César López a contradecirme! César López se pararía en este momento, se pondría de pie para decirme que tengo la razón. Lo mismo que digo de César lo puedo decir de muchos amigos en quienes pensaba, en quienes pensaba, compañeros, porque tuve muchos días, muchísimos, porque los días son largos en un mes. Muchos días para pensar, compañeros. Lo mismo pensaba no solo en César, pensaba en los más jóvenes, en aquellos escritores que tenían doce o trece años cuando llega la Revolución; escritores jóvenes a quienes la Revolución se lo ha dado todo.

Por ejemplo, yo pensaba —y voy a decir aquí su nombre, porque le tengo un gran cariño y porque sé que sería incapaz tampoco de contradecirme—, yo pensaba en cuánto se diferencia la poesía de José Yanes, que nosotros conocemos, de hace dos años, del último José Yanes que todos hemos oído en los últimos poemas, de cuánto se diferencia. Porque Yanes, el poeta que escribió aquel poema a su madre porque se había ido de Cuba a los Estados Unidos, y era un poema lleno de desgarramiento, pues José Yanes reaparecía con una poesía indigna de su edad y de su época, una poesía derrotista, una poesía parecida a la de César también, parecida a la mía, por la misma línea enferma, por la misma línea en que quieren convertir en desgarramiento de lo histórico lo que no es más que un desafecto, compañeros, porque primero hay que hacer la historia y después escribir su comentario.

Yo pensaba en Yanes y yo sabía, yo estaba convencido... Porque yo decía: qué lástima no poder ir ahora, no poder hablar con Yanes, no poder decirle: ¿tú no te das cuenta, Yanes? ¿Tú no comprendes que la Revolución a ti te lo ha dado todo? ¿Tú no te das cuenta de que esa poesía no te corresponde, que esa poesía es de un viejo viejísimo? Porque hay viejos con años juveniles –como decía Marinello hablando de Enrique González Martínez en sus ochenta años juveniles. No se daba cuenta, no se daba cuenta Yanes, ese muchacho formidable, inteligente, sensible, que estaba escribiendo una poesía que no se correspondía con él, el joven pobre que había vivido en el barrio de Pocitos, el joven que tiene un dignísimo empleo en *La Gaceta de Cuba*, a quien la Revolución le ha proporcionado los bienes materiales que tiene –que los tiene–, que tiene un empleo, que escribe, que hace su literatura, que tiene una esposa formidable, inteligente, una doctora en medicina que puede ayudarle a rectificar. Yo me preguntaba: ¿No se da cuenta? Y yo decía: ¡Sí, sí! ¡Sí se va a dar cuenta! ¡Sí, yo quiero hablar! Yo pedía a la Revolución que me dejara hablar; yo necesitaba hablar, yo necesitaba que mi experiencia fuera más allá de mi persona, que esto fuese compartido por aquellos que iban camino de mi propio camino, que buscaban objetivos iguales a los míos, que querían beneficiarse de la Revolución para obtener notoriedad.

Y pensaba en otro joven, en un joven de un talento excepcional, un joven al que quiero mucho y que siempre me ha profesado afecto, que me ha dicho que me tiene afecto y que me admira; en un joven que ha tenido las oportunidades que muy pocos jóvenes de su edad tuvieron; en un joven que conoció de cerca, que tocó de cerca uno de los momentos más serios y más profundos y más ejemplares de nuestra Revolución: la lucha contra bandidos. Yo pensaba en Norberto, en Norberto Fuentes, que acabo de ver hace un momento, no lo había podido ver antes; lo llamé a su casa, pero sonaba el timbre y no respondía nadie.

Y yo pensaba en Norberto, pensaba mucho en Norberto. ¿Y saben por qué? Yo pensaba en Norberto porque Norberto tuvo una experiencia intelectual y política extraordinaria. Era muy joven en el año 1962 o 1961, sumamente joven. Porque Norberto había hablado conmigo de esa experiencia, con pasión de esa experiencia; y porque yo sentía, recordaba yo allí donde estaba, en Seguridad, cuánta diferencia había entre los cuentos apasionados y llenos de cariño de Norberto por los combatientes revolucionarios, cuánta diferencia había con sus actitudes personales, con las opiniones que él y yo habíamos compartido tanto; él, que había vivido tan estrechamente unido a la Seguridad

del Estado; él, en quien la Seguridad del Estado había depositado una confianza absoluta, a quien el organismo de la Seguridad del Estado le había puesto archivos para que hiciese la épica de aquellos soldados que habían combatido las bandas de mercenarios que habían asesinado alfabetizadores y familias enteras de campesinos.

Y decía: no es justo, por ejemplo; no es justo, no puede ser justo, que Norberto y yo coincidamos tan amargamente en la práctica diaria de la Revolución, cuando él tiene esta experiencia extraordinaria que yo no he tenido.

Y yo decía: si yo pudiera ir y ver ahora, en este momento, a Norberto; si yo pudiera hablarle. Y este era justamente el motor de mi interés, el interés máximo, la insistencia constante en que se me diera esta oportunidad de hablar con mis amigos escritores, de ver estos jóvenes, pensando en gente del valor extraordinario de Norberto, en un hombre que podía poner justamente su estilo conciso, breve, apto para una épica extraordinaria al servicio de nuestra Revolución; en un joven como este que pensaba, sin embargo, que no sé, la Revolución había construido una suerte de maquinaria especial contra él, contra nosotros, para devorarnos, que hablamos tantas veces de esto. Y yo recuerdo que justamente estuvimos un día antes de mi detención juntos, hablando siempre sobre temas en que la Seguridad aparecía como gente que nos iba a devorar.

Ah, yo sé perfectamente que Norberto Fuentes se para aquí y sería más feroz que yo en su crítica de esas posiciones, y que sería mucho más brillante en definir las mías, y que sería mucho más lúcido en compartir hoy conmigo la esperanza y el entusiasmo —como lo fuimos ayer en compartir el pesimismo, el derrotismo y el espíritu enemigo de la Revolución—. Y yo sé además que él puede darle a nuestra literatura páginas hermosísimas, y yo sé que él no me va a desmentir de ninguna manera; porque no podría hacerlo, no sería honrado, no sería revolucionario de su parte; él no podría encontrar las justificaciones que muchas veces nos dimos mutuamente de que si no se discutía con nosotros. No, no, eso es injustificable. Nosotros no podemos de ningún modo justificarnos diciendo que el Comité Central nos tiene que llamar para discutir con nosotros. Si somos revolucionarios y lo sentimos, tenemos que estar ahí, al pie de nuestras responsabilidades. Y él ha hecho muchos servicios utilísimos al periodismo nacional y ha dado páginas hermosísimas además a la literatura cubana, y le va a seguir dando esas páginas hermosas. Y si antes se inspiró en un escritor ruso

como era Babel, yo sé que en el futuro se inspirará más en la vida; y en vez de vivir otra historia, como me decía —no me decía, pero yo sabía, sentía que me decía— Norberto en algún momento, en vez de haber vivido otra historia va a vivir su historia, en vez de vivir a Babel va a vivir su experiencia.

Porque hemos hablado de su última novela, que no prospera, novela en la cual siente inquietud él, novela en la que dice que todavía no acaba de encontrar su forma. Y yo me decía: ¿Y no será esto una exigencia moral, una forma o réplica profunda de su organismo que le dice que no sé, que de algún modo tiene que replantearse los problemas? Y me decía: ¡sí!

Compañeros, la Revolución no podía, no podía tolerar esta situación; yo lo comprendo. Yo he discutido, he hablado días y días, he argumentado con todas las argucias de la palabrería; pero ese cúmulo de mis errores tiene que tener un valor, tiene que tenerlo, tiene que tener un valor ejemplarizante para cada uno de nosotros.

Yo, por ejemplo, pensaba, recordaba a Manuel Díaz Martínez, y yo decía: cuando muchos jóvenes eran políticamente indiferentes, Manuel Díaz Martínez era un militante convencido y radical. Yo decía: ¿cómo es posible que Manuel Díaz Martínez, a quien tanto admiro, a quien tanta amistad debo, a quien tantas muestras de solidaridad tengo que agradecer, ¿cómo es posible que Díaz Martínez se dé a este tipo de actitud desafecta, triste, amargada? Yo sé que esta experiencia mía, compañeros, va a servir de ejemplo, tiene que servir de ejemplo a todos los demás. Yo sé, por ejemplo... No sé si está aquí, pero me atrevo aquí a mencionar su nombre con todo el respeto que merece su obra, con todo el respeto que merece su conducta en tantos planos, con todo el respeto que me merece su persona; yo sé que puedo mencionar a José Lezama Lima. Lo puedo mencionar por una simple razón: la Revolución Cubana ha sido justa con Lezama, la Revolución Cubana le ha editado a Lezama este año dos libros hermosísimamente impresos.

Pero los juicios de Lezama no han sido siempre justos con la Revolución Cubana. Y todos estos juicios, compañeros, todas estas actitudes y estas actividades a que yo me refiero, son muy conocidas, y además muy conocidas en todos los sitios, y además muy conocidas en Seguridad del Estado. Yo no estoy dando noticias aquí a nadie, y mucho menos a Seguridad del Estado; esas actitudes las conoce la Seguridad del Estado, esas opiniones dichas entre cubanos y extranjeros, opiniones que van más allá de la opinión en sí, opiniones que constituyen todo un punto de vista que instrumenta análisis de libros que después

difaman a la Revolución sobre la base de apoyarse en juicios de escritores connotados.

Y yo me decía: Lezama no es justo y no ha sido justo, en mis conversaciones con él, en conversaciones que ha tenido delante de mí con otros escritores extranjeros, yo ha sido justo con la Revolución. Ahora, yo estoy convencido de que Lezama sería capaz de venir aquí a decirlo, a reconocerlo; estoy convencido, porque Lezama es un hombre de una honestidad extraordinaria, de una capacidad de rectificación sin medida. Y Lezama sería capaz de venir aquí y decirlo, y decir: sí, chico, tú tienes razón; y la única justificación posible es la rectificación de nuestra conducta.

Porque, ¿cómo se puede explicar que una Revolución cuyos principios sean el marxismo-leninismo, cómo se puede explicar sino por la amplitud de criterios, por la comprensión extraordinaria que esa Revolución tiene, que publique justamente una obra como la de Lezama, que se apoya en otras concepciones políticas, filosóficas, en otros intereses?

Yo pensaba en todos estos compañeros. Y además, pensaba mucho allí, mucho, en Seguridad, en esa celda, en esa celda que no era una celda precisamente sombría donde los soldados apenas respondían lacónicamente a nuestras preocupaciones, a nuestras llamadas —como me había dicho el compañero Buzzi a quien no veo por aquí, no veo por aquí. ¿Está aquí? Ah, sí, allí está el compañero Buzzi. Y digo esto, y hablo de Buzzi, que si no me quiero referir a sus actitudes es porque Buzzi ha tenido su dolor, y yo no quiero ni agregar aquí ningún dolor al que ya tuvo, y porque sé que él estaba preocupado mientras yo hablaba de que fuese a mencionar su nombre; porque Buzzi es uno de los hombres que más me ha visitado en los últimos tiempos, y es uno de los hombres que cumplió su condena muy bien, es uno de los hombres que estuvo en la Seguridad del Estado. Y yo no vi aquella atmósfera que él me decía. Yo vi compañeros, yo vi soldados cubanos, de nuestro pueblo, cumpliendo cabalmente con su responsabilidad, con un afecto, con un sentido de humanidad, con una constancia en su preocupación por cada uno de nosotros, que era una sanción constante a mi callada previa, anterior y constante.

Y yo me decía: ¡qué cosa más increíble! Si yo le dijera esto a Buzzi, yo estoy seguro que Buzzi sería el hombre que primero sacaría provecho, el que más urgentemente se pondría a rectificar con mi experiencia; porque Buzzi, meses después de que cumpliera su sanción, obtuvo una mención en la Casa de las Américas —cosa que no impidió la Revolución—, y además de obtener la mención fue publicada su novela, con críticas

muy positivas de escritores revolucionarios y de escritores extranjeros, en las Ediciones Unión. Y además, la Revolución no impidió que Buzzi fuera Premio Nacional de Novela, y además no impidió tampoco la Seguridad del Estado que fuese a la Unión Soviética.

Y yo sé que él; yo sé, yo estoy más que convencido de que la actitud de Buzzi en este momento es la de César, es la que vi que fue la de Norberto, es la que sé que es de Pablo Armando, es la de Belkis, es la de Lezama, es la de Manuel Díaz Martínez: es la convicción de que no podemos seguir por este camino y de que tenemos que rectificar esta conducta.

Porque, compañeros, yo tengo que ser sincero para terminar esto. Yo tengo que decirles que yo llegué a la conclusión, pensando en el sector de nuestra cultura, que si hay —salvo excepciones, como siempre— un sector políticamente a la zaga de la Revolución, políticamente a remolque de la Revolución, es el sector de la cultura y del arte. Nosotros no hemos estado a la altura de esta Revolución, a pesar de estos años, de estos trece o doce años tensos que hemos vivido.

Pensemos por un momento en las tareas que ha realizado nuestra Revolución, en las tareas que todos los sectores de nuestro país han venido realizando. Por ejemplo: las zafras del pueblo. ¿A cuántas zafras, a cuántas ha asistido un número significativo de escritores? ¿A cuántas? ¡A ninguna!

Se me dirá que el año pasado nos fuimos a la zafra de los diez millones. Y responderé que sí, que fuimos. ¿Muchos? ¡No! Un número reducidísimo de escritores. Además, ¿en qué condiciones fuimos? Fue un plan de la COR nacional y de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. ¿Qué se nos exigía? Convivir con nuestros campesinos y con nuestros trabajadores. No estábamos obligados ni a trabajar, ni a cortar caña, ni a escribir una línea; no estábamos obligados a nada, era un problema de conciencia personal. Tanto fue así, que regresaron muchos y nadie les ha pedido explicaciones de aquello.

Y yo diría que ese fue uno de los esfuerzos más generosos que la Revolución ha realizado para acercar a nuestros escritores a la realidad viva de nuestro pueblo. Y diré, sin embargo, que fue la respuesta más triste que nuestros escritores dieron a esa generosa iniciativa. ¿Cuántos escritores fueron? Poquísimos. ¿Cuántos resistieron, estuvieron hasta el final de una zafra en la que no tenían que cortar caña ni escribir? ¿Cuántos se preocuparon por vivir las experiencias de nuestro pueblo?

Ninguno, muy pocos, ¡muy pocos! Los más regresaron a los quince días, ninguno estuvo hasta el final, ¡ninguno!

Esa es la experiencia que hemos dado.

Por ejemplo, aquí está la administración de la Unión de Escritores, el compañero secretario del Sindicato. Saben cuántas dificultades supone movilizar a nuestros escritores para el trabajo voluntario. Y cuando asisten, es siempre el grupo más esforzado, el grupo reducidísimo, el grupo de siempre, el grupo más sacrificado, el grupo de esas excepciones que se pueden contar con los dedos de la mano, que sirven justamente para ilustrar las excepciones; porque no sirven, no pueden servir, por su cuantía, para darle una categoría especial de una brigada millonaria a ninguna de las tareas que realizamos.

Esa es la situación que confrontamos.

Sin embargo, para exigir, para chismear, para protestar, para criticar, los primeros somos la mayoría de los escritores. Y es que, si nosotros nos analizamos sinceramente, si nos analizamos profundamente, si nosotros nos vemos como somos, veremos que las características fundamentales que nos definen son las del egoísmo, las de la suficiencia, las de la petulancia, las de la fatuidad que me definían a mí, que definen a la mayoría de los escritores, y por eso nos hace coincidir ideológicamente siempre, y muy poco en el sentimiento de la unidad y del trabajo común, solidarios en el pesimismo, en el desencanto, en el derrotismo, es decir, en la contrarrevolución. ¿Y unidos en qué? En el escepticismo, en la desunión, en el desamor, en el desafecto.

Yo nunca me cansaré de agradecer a la Revolución Cubana la oportunidad que me ha brindado de dividir mi vida en dos: el que fui y el que seré. La Revolución ha sido generosísima conmigo. La Revolución me ha señalado ya un trabajo, compañeros; un trabajo justamente adecuado a mis aptitudes, a mis deseos. No solo me ha dado la libertad: me ha dado un trabajo.

Son increíbles los diálogos que yo he tenido con los compañeros con quienes he discutido. ¡Qué discutido! Esa no es la palabra. Con quienes he conversado. Quienes ni siquiera me han interrogado, porque esa ha sido una larga e inteligente y brillante y fabulosa forma de persuasión inteligente, política, conmigo. Me han hecho ver claramente cada uno de mis errores. Y por eso yo he visto cómo la Seguridad no era el organismo férreo, el organismo cerrado que mi febril imaginación muchas veces, muchísimas veces imaginó, y muchísimas veces infamó;

sino un grupo de compañeros esforzadísimos, que trabajan día y noche para asegurar momentos como este, para asegurar generosidades como esta, comprensiones injustificables casi como esta: que a un hombre que como yo ha combatido a la Revolución, se le dé la oportunidad de que rectifique radicalmente su vida, como quiero rectificarla.

Y si no me cree el que no me crea, peor para él. ¡Que ni me vea mañana! Porque este hombre no será el de ayer. Porque, compañeros, vivimos y habitamos —perdónenme este tono— ¡vivimos y habitamos una trinchera en la América Latina! ¡Vivimos y habitamos una trinchera gloriosa en el mundo contemporáneo! ¡Vivimos, habitamos una trinchera contra la penetración imperialista de nuestros pueblos en la América Latina!

Y yo quiero, necesito que, como yo, todo el mundo, todos aquellos que como yo no han estado a la altura del proceso revolucionario, rectifiquen y se sientan vivir a la altura de la responsabilidad de habitar y de vivir esa trinchera: una trinchera asediada de enemigos por todas partes, que quieren ir justamente a las zonas políticamente menos desarrolladas, como son las zonas intelectuales, las zonas de la inteligencia —como se dice generalmente, que yo veo muy imprecisa en su definición—; a las zonas precisamente de que se pueda nutrir, porque son zonas escépticas y descreídas, la contrarrevolución.

Vivimos una trinchera, y yo quiero que nadie más sienta la vergüenza que yo he sentido, la tristeza infinita que yo he sentido en todos estos días de reflexión constante de mis errores. No quiero que se repitan nunca más estos errores. No quiero que la Revolución tenga nunca más que llamarnos a capítulo. ¡No lo quiero! ¡No puede ser posible! No puede ser posible, sinceramente, que la Revolución tenga que ser constantemente generosa con gente cuya obligación, por sus conocimientos intelectuales, porque no somos simples ciudadanos, sino gente que sabemos hacer análisis muy claros por muy despolitizados que seamos... Que sea generosa otra vez, que se haga esto un vicio de generosidad intolerable en un proceso que ya lleva tantos años.

¡Seamos soldados! Esa frase que se dice tan comúnmente, ese lugar común que quisiéramos borrar cada vez que escribimos, ¿no? Que seamos soldados de la Revolución, porque los hay. Porque yo los he visto. Esos soldados esforzados, extraordinarios en su tarea, todos los días. ¡Que seamos soldados de nuestra Revolución, y que ocupemos el sitio que la Revolución nos pida!

Y pensemos, aprendamos la verdad de lo que significa habitar, vivir en una trinchera extraordinaria y ejemplar del mundo contemporáneo. Porque, compañeros, vivir y habitar una trinchera asediada de toda clase de enemigos arteros, no es fácil ni es cómodo, sino difícil. Pero ese es el precio de la libertad, ese el precio de la soberanía, ese es el precio de la independencia, ¡ese es el precio de la Revolución!

¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS!

Dos cartas de Mario Benedetti

Montevideo, abril 28 de 1971.

Queridos todos:

Con excepción de la lindísima carta en verso de Roberto, no he recibido ninguna señal de vida de esa Casa solariega. Digamos, para ser más exacto, que no he recibido noticias en prosa. Esto no resulta muy agradable, sobre todo cuando la edificante prensa democrática de estos lares, hace diario caudal del caso Padilla, coyuntura que aprovecha para despotricar contra Cuba, el socialismo, y por supuesto contra la izquierda uruguaya. Hoy, por fin, apareció en *El Popular* una síntesis de France Press, de la carta que el vate dirigió al Gobierno Revolucionario, y también la noticia de que ha sido puesto en libertad. Creo que en *Marcha* del próximo viernes aparecerá el texto completo de la carta. En este momento yo solo conozco la síntesis. Me imagino cuál será ahora la arremetida de toda la gran prensa del pudoroso Mundo Libre: que es una muestra más de estalinismo, que la carta es una confesión del tipo de los procesos de Praga, etc., etc., etc. No podrán decir que «fue salvajemente torturado», porque me imagino que el Bebo estará tan rubicundo y lozano como cuando se instalaba en el Hotel Nacional, a la caza de karoles y cortázares. Pero la verdad es que, si no hay noticias ampliatorias, la cosa no será fácil, ya que la arremetida es sencillamente feroz. Así que yo les pediría que, dentro de lo posible, envíen detalles ampliatorios, por ejemplo, matices que, si bien no se pueden manejar a nivel oficial, den pie sin embargo para complementarias explicaciones verbales que uno pueda brindar a gente amiga de la Revolución Cubana. Desde Buenos Aires me escribió Viñas y me telefoneó Schmucler, ambos preocupados por conseguir noticias y obtener elementos para enfrentar la campaña que a ese respecto se da también en Buenos Aires. De todos modos, yo salgo mañana temprano para Buenos Aires, donde

estaré apenas tres días. Hablaremos seguramente del asunto, pero, aparte de lo que llega por cable, solo podré aportar como elemento adicional mi propia experiencia de la actividad de Padilla y de sus procedimientos. Pero comprenderán que eso no es suficiente. Así que informen, compañeros, manden noticias. Please: no se autobloqueen.

[...]

El papel se acaba, de modo que solo cabe un grande y apretado abrazo de Luz y

Mario

* * *

Montevideo, mayo 5 de 1971.

Queridos todos: Esto no es una carta sino un breve mensaje a las apuradas, porque hace un rato me habló Bresciano, diciéndome que sale para la isla, y dentro de una hora lo veré para entregarle este paquetico. Espero que hayan recibido varias cartas que mandamos la semana pasada por Praela (y también un libro, *Enciclopedia de la literatura argentina*, que creo será muy útil para el trabajo del Diccionario); por las dudas envío aquí copias, aunque no de la respuesta en verso a la epístola de Roberto, ya que no sé dónde diablos metí la copia. Hasta ahora no tenemos ninguna noticia de que hayan recibido algo de lo que enviamos desde París. Al día siguiente de enviar nuestra carta por Praela, recibí una carta de Roberto que no tengo aquí porque estoy escribiendo desde un café en el Centro, pero creo que era de hace varias semanas, pues se refiere al asunto de Padilla como de reciente data. A propósito, me gustaría saber si Roberto me envió el reportaje para el libro de poetas; pienso que a lo mejor me lo envió y no ha llegado, pues en su carta hace referencia a una anterior y a otra de Trini, que no conozco. Así que convendría me enviara una copia. Aquí les mando más recortes sobre el asunto Padilla y sobre el discurso de Fidel, a fin de que vean cuál es el tono de la querida prensa rioplatense para tratar este escabroso tema. En Bs Aires me bombardearon sobre eso; hubo una cena con varios intelectuales jóvenes argentinos en que fue bastante atacada la Casa (la tesis era que la culpa del *boom* la tenían *Primera Plana* y ¡la revista *Casa!* ¿qué les parece?). Ahí peleamos codo con

codo Orfila (que vino a Bs Aires para fundar una Siglo XXI argentina) y yo, en defensa de la Casa y de Cuba por supuesto. La cosa fue muy difícil, porque en este momento en la Argentina el tema Revolución Cubana ha pegado un tremendo bajón. Con todo, creo que Arnaldo y yo conseguimos meterles algunas ideas a los muchachos, de los cuales algunos eran simples despistados y otros extrotskistas. En Montevideo la cosa es distinta. La Revolución Cubana sigue vigente y presente para la izquierda; en ese sentido la campaña feroz de la prensa reaccionaria no ha tenido mayor efecto. El *affaire* Padilla, sin embargo, no ha caído bien, como verán por el copete que aparece en pág. 28 y que sospecho debe ser del mismísimo Quijano. El fantasma de los procesos de Praga planea siempre sobre estos casos, y máxime en estos días en que se exhibe en Montevideo el film *La confesión* sobre el libro de London. La gente que no conoce a Padilla, piensa que el cambio es demasiado brusco. Nadie en la izquierda concibe (como dice a gritos la prensa «grande») que haya habido presiones y menos aún torturas, pero en cambio nadie puede creer en la *sinceridad* del implicado. Bueno, eso es en la gente que *no* conoce a Padilla.

Ahora bien, yo que lo conozco, *tampoco* creo. Aquí, desde lejos, no sé por qué tengo la impresión de que Heberto ha hecho esas declaraciones con la secreta intención de que en el exterior sean tomadas como confesión obligada, como autocrítica obtenida a base de presiones. Sus actuales opiniones pueden ser simplemente otro capítulo de su gran maniobra promocional. Quizás yo sea de los pocos que pueda aquilatar cuánto hay de verdad en la mierda que se tira encima y en la que desparrama, pero lo sospechoso es el tono, y ese tono NO ME GUSTA ¿No puede ser posible que Padilla esté jugando este nuevo juego? Es un personaje tan ambiguo, tan retorcido, tan inasible, que encaja mucho mejor en una novela de Dostoyevski que en la actual realidad de Cuba. Tal vez la única manera de establecer definitivamente para Cuba y para el exterior, la verdad verdadera de este nudo, sería enviar oficialmente al poeta al exterior: si se queda, y desmiente cuanto ha escrito y ha dicho después de liberado, ya sabremos todos que es un Gusano con mayúscula. Si su cambio, en pleno «Mundo libre occidental y cristiano», reafirma su autocrítica, entonces todos podremos empezar a creer en su sinceridad. Mientras tanto...

Pero seguramente la Revolución tendrá sus propios proyectos esclarecedores y en ellos confío. Es claro que, por un tiempo, la cosa va a estar

difícil en el ambiente cultural exterior; pero la experiencia dice que todo pasa, todo se aclara, y lo que hoy parece un exabrupto mañana puede ser reivindicado como una actitud de vanguardia. ¿Y cómo recibieron los latineuropeos la andanada de Fidel? Tengo curiosidad por saber algo al respecto. En Bs Aires me dijo Schmucler que le habían escrito desde París que la reunión que fue convocada para enviar el cable con las 40 firmas, terminó en batalla campal. Parece confirmarse que, pese a todo, la actitud más amistosa para Cuba fue la de Cortázar, que luchó hasta el final para que no se aprobara un texto tremendamente agresivo que habían preparado Goytisolo y los suyos. Eso no disculpa a Julio (ya que no tenía que haber firmado nada) pero de todos modos conviene detectar los *matices* (diría Mariano). [...] Ya les contaré y nada más. Escriban. Abrazos enormes, totales, de Luz y

Mario

P.D. para correspondencia o impresos o libros que me manden por correo:

Mario Benedetti,
Casilla Correo 519,
Montevideo.

La librería Linordi recibió carta de Silvia, anunciándole que habían recibido *por fin* los libros y que a su vez mandaban varios. Estos aún no han llegado.

Declaración de Luigi Nono*

Cuando se comete un error, no hay error más grave que el no admitirlo, no reconocerlo, no aprender de él. Mi adhesión a la carta escrita por un grupo de intelectuales europeos sobre el «caso Padilla» ha sido un error mío (y espero que otros lo reconozcan abiertamente).

En responsabilidad consciente de compañero militante por el comunismo, lo afirmo. Error debido a una doble condición, que espero sea comprendido, y no simplemente justificado, por los compañeros de lucha común latinoamericanos.

a) Condicionamiento, preocupaciones, dificultades y contradicciones que también en la decisiva voluntad revolucionaria que existen en intelectuales europeos, marxistas (al menos en mí y seguramente en otros), marxistas en el período de transición que estamos viviendo: período nuestro no después de una victoriosa revolución socialista (que también mantiene en sí misma contradicciones de lucha de clase), sino preparativos de una revolución socialista. En ese período se mantiene la problemática abierta y todo el esquematismo negativo de modelos eurocéntricos históricamente superados (también en el campo marxista) que aún hay que transformar objetiva y subjetivamente en la audacia creativa de la práctica revolucionaria marxista.

* Luigi Nono, el destacado músico italiano y militante comunista, se encontró entre los firmantes de la carta abierta que, con la excusa de la prisión de Padilla, fue enviada al comandante Fidel Castro por un grupo de escritores y artistas residentes en Europa, y publicada por el periódico francés *Le Monde*, el 9 de abril de este año [1971]. Al hacerse públicos la «Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura» y el discurso que en la clausura de dicho Congreso pronunciara el comandante Fidel Castro, Nono entregó esta declaración a la agencia Prensa Latina, la que también ha distribuido los otros materiales que publicamos en esta sección [«Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 143 y 144].

b) La superación de todo esto es posible, a mi juicio, únicamente con la práctica militante del intelectual marxista orgánico dentro de la clase obrera, con la hegemonía cultural de la lucha del proletariado, según los principios leninistas y según las indicaciones de Mao Tse-Tung de 1934, en su texto de Yemán sobre la nueva función de la cultura en el proceso revolucionario, según la orientación de Antonio Gramsci y según la necesaria transformación del hombre nuevo testimoniada práctica y teóricamente por Ernesto Che Guevara. Es decir, la nueva función de la cultura en la lucha de clases a nivel histórico dentro de las nuevas características socioeconómicas de cada país, contra la cultura al servicio de la sociedad burguesa capitalista, imperialista y represiva.

En todo este proceso de lucha cultural y política es más que nunca necesaria la unidad en la diversidad de situaciones en su vida dialéctica de errores y victorias, dentro del campo socialista histórico en desarrollo después de la Revolución Bolchevique, después de la Revolución China, después del triunfo de la Revolución Cubana y hoy después de la victoria electoral de la Unidad Popular en Chile, con todo el movimiento de liberación en la América Latina, en África, en Asia y en el interior mismo de los Estados Unidos (pienso sobre todo en las Panteras Negras), y en el interior de los países capitalistas avanzados (lucha obrera, campesina y estudiantil en la Europa Occidental).

La nueva cultura debe ser objeto y sujeto en esta unidad de acción ant imperialista, anticolonialista, antiyanqui, de continua radicalización en cada país, en la dinámica constructiva de la solidaridad práctica militante del internacionalismo proletario, para la sociedad socialista de transición hacia el comunismo. En esto también la creación artística es y será obra no para el pueblo sino del pueblo.

En esta determinación de nuestro proceso cultural político yo participo en total responsabilidad, con contradicciones siempre posibles dentro de nuestro respectivo y diferente condicionamiento histórico, siempre a analizar, superar y transformar. Mi adhesión a la carta por Padilla es en verdad una de estas contradicciones-errores: el intelectual que se siente obligado a intervenir por otro intelectual, como si existiese una «categoría privilegiada», obligado a actuar por un impulso «libertario» que puede justificarse retrospectivamente en el condicionamiento de situaciones de errores europeos (relaciones siempre difíciles entre la cultura y la política, también en los países socialistas europeos). Estas relaciones no están situadas correctamente, a mi juicio, sobre todo después de la muerte de Lenin, y provocan frecuentes preocupaciones

por las consecuencias políticas que afectan no a casos individuales, sino la relación cultura-política, pueblo-organizaciones-Gobierno-lucha de clases.

Este impulso «libertario» eurocéntrico y retrasado hay que superarlo en verdad, en una nueva realidad de lucha de perspectivas necesarias dentro de una dimensión histórica revolucionaria a la que todos los países en lucha de liberación y toda la clase obrera y campesina van contribuyendo.

Nuevas responsabilidades, nuevas participaciones prácticas y creadoras, nuevas funciones culturales son necesarias en un mundo que está siempre radicalizándose en la lucha victoriosa contra el imperialismo norteamericano.

Más aún si unifica en el combate común, tanto más si podemos y debemos juntos contribuir a transformar dialécticamente errores posibles y reconocidos en nuevas victorias de la conciencia y la práctica de la unidad revolucionaria comunista.

Una nueva vía revolucionaria se abre a partir del discurso del comandante Fidel Castro en la clausura del Congreso de Educación y Cultura celebrado en La Habana. También en la Europa Occidental hay que tenerlo en cuenta en nuestro momento histórico.

Santiago de Chile,
4 de mayo de 1971.

Cartas cruzadas entre Mario Vargas Llosa y Haydee Santamaría*

Barcelona, 5 de mayo de 1971.
Cra. Haydee Santamaría
Directora de la Casa de las Américas
La Habana, Cuba

Estimada compañera:

Le presento mi renuncia al comité de la revista *Casa de las Américas*, al que pertenezco desde 1965, y le comunico mi decisión de no ir a Cuba a dictar un curso, en enero, como le prometí durante mi último viaje a La Habana.

Comprenderá que es lo único que puedo hacer luego del discurso de Fidel fustigando a los escritores latinoamericanos que viven en Europa, a quienes nos ha prohibido la entrada en Cuba por tiempo indefinido e infinito. ¿Tanto le ha irritado nuestra carta pidiéndole que esclareciera la situación de Heberto Padilla? ¡Cómo han cambiado los tiempos! Recuerdo muy bien esa noche que pasamos con él, hace cuatro años, y en la que admitió de buena gana las observaciones y las críticas que le hicimos un grupo de esos intelectuales extranjeros, a los que ahora llama canallas.

De todos modos, había decidido renunciar al comité y a dictar ese curso, desde que leí la confesión de Heberto Padilla y los despachos de Prensa Latina sobre el acto de la UNEAC en el que los compañeros Belkis Cuza Malé, Pablo Armando Fernández, Manuel Díaz Martínez y César López hicieron su autocrítica.

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 140-142.

Conozco a todos ellos lo suficiente como para saber que ese lastimoso espectáculo no ha sido espontáneo, sino prefabricado como los juicios estalinistas de los años treinta. Obligar a unos compañeros, con métodos que repugnan a la dignidad humana, a acusarse de traiciones imaginarias y a firmar cartas donde hasta la sintaxis parece policial, es la negación de lo que me hizo abrazar desde el primer día la causa de la Revolución Cubana: su decisión de luchar por la justicia sin perder el respeto a los individuos. No es este el ejemplo del socialismo que quiero para mi país. Sé que esta carta me puede acarrear invectivas: no serán peores que las que he merecido de la reacción por defender a Cuba.

Atentamente,

MARIO VARGAS LLOSA

* * *

La Habana, 14 de mayo de 1971.

Sr. Mario Vargas Llosa

Vía Augusta 211

Atico 2^o

Barcelona 6

España

Señor Vargas Llosa:

Usted sabe que el comité de la revista *Casa de las Américas* al cual supuestamente renuncia, de hecho no existe ya, pues, a sugerencia de este organismo, se acordó en enero de este año, en declaración que usted mismo suscribió, ampliarlo en lo que significaba sustituirlo por una amplia lista de colaboradores de la revista y de la institución. Y esta medida obedeció al hecho evidente de que hacía mucho tiempo que era inaceptable la divergencia de criterios en el seno de dicho comité: criterios que iban desde los realmente revolucionarios, y que eran los de la mayoría, hasta otros cada vez más alejados de posiciones revolucionarias, como habían venido siendo los de usted. Por una cuestión de delicadeza humana de que usted sabe que le hemos dado pruebas reiteradas, pensamos que esta medida era preferible a dejar sencillamente fuera del comité a gentes como usted, con quien durante años hemos discutido por su creciente proclividad a posiciones de

compromiso con el imperialismo. Creíamos que, a pesar de esas lamentables posiciones, todavía era posible que un hombre joven como usted, que un escritor que había escrito obras valiosas, rectificara sus errores y pusiera su talento al servicio de los pueblos latinoamericanos. Su carta nos demuestra qué equivocados estuvimos al ilusionarnos de esa manera. Usted no ha tenido la menor vacilación en sumar su voz —una voz que nosotros contribuimos a que fuera escuchada— al coro de los más feroces enemigos de la Revolución Cubana, una Revolución que tiene lugar, como hace poco recordó Fidel, en una plaza sitiada, en condiciones durísimas, a noventa millas del imperio que ahora mismo agrede salvajemente a los pueblos indochinos. Con tales enemigos al alcance de la vista y nos pocos enemigos internos, esta, como toda Revolución, debe defenderse tenazmente o resignarse a morir, a dejar morir la esperanza que encendimos en el Moncada y en la Sierra y en Girón y en la Crisis de Octubre; a dejar morir de veras a Abel, a Camilo, al Che. Y nosotros no dejaremos nunca que esto ocurra y tomaremos las medidas que sean necesarias para que esto no ocurra. Por esto fue detenido un escritor, no por ser escritor, desde luego, sino por actividades contrarias a la Revolución que él mismo ha dicho haber cometido; y usted que acababa de visitar nuestro país, sin esperar a más, sin conceder el menor crédito a las que pudieran ser razones de la Revolución para proceder así, se apresuró a sumar su nombre a los de quienes aprovecharon esta coyuntura para difamar a nuestra Revolución, a Fidel, a todos nosotros. Este escritor ha reconocido sus actividades contrarrevolucionarias, a pesar de lo cual se halla libre, integrado normalmente a su trabajo. Otros escritores también han reconocido sus errores, lo que no les impide estar igualmente libres y trabajando. Pero usted no ve en todo esto sino «un lastimoso espectáculo» que no ha sido espontáneo sino prefabricado, producto de supuestas torturas y presiones. Se ve que usted nunca se ha enfrentado al terror. Se ve que nunca ha tenido la dicha de ver a hermanos que por lo único que se conocía que eran ellos era por la voz y esa voz era para decirles a quienes les arrancaban la vida en pedazos su fe en la lucha, en la victoria final, su fe en la Revolución, en esta Revolución a cuyos peores calumniadores usted se ha sumado. Después de lo cual se sienta usted a esperar las invectivas que teme o desea. Sin embargo, Vargas Llosa, pocos como usted conocen que no ha sido nunca costumbre nuestra proferir invectivas contra gentes como usted. Cuando en abril de 1967 usted quiso saber la opinión que tendríamos sobre la aceptación

por usted del premio venezolano Rómulo Gallegos, otorgado por el Gobierno de Leoni, que significaba asesinatos, represión, traición a nuestros pueblos, nosotros le propusimos «un acto audaz, difícil y sin precedentes en la historia cultural de nuestra América»: le propusimos que aceptara ese premio y entregara su importe al Che Guevara, a la lucha de los pueblos. Usted no aceptó esa sugerencia: usted se guardó ese dinero para sí, usted rechazó el extraordinario honor de haber contribuido, aunque fuera simbólicamente, a ayudar al Che Guevara. Lo menos que podemos pedirle hoy los verdaderos compañeros del Che es que no escriba ni pronuncie más ese nombre que pertenece a todos los revolucionarios del mundo, no a hombres como usted, a quien le fue más importante comprar una casa que solidarizarse en un momento decisivo con la hazaña del Che. ¡Qué deuda impagable tiene usted contraída con los escritores latinoamericanos, a quienes no supo representar frente al Che a pesar de la oportunidad única que se le dio! Sin embargo, nosotros en aquel momento no le dedicamos invectivas por esa decisión. Supimos, sí, a partir de entonces, que no era usted el compañero que creíamos, pero aún pensábamos que era posible una rectificación de su conducta y preferimos felicitarlo por algunas palabras dichas en la recepción del premio, considerando que tendríamos otras ocasiones de volver sobre el asunto. Tampoco recibió usted invectivas cuando, en septiembre de 1968, en la revista *Caretas*, y a raíz de los sucesos de Checoslovaquia, emitió usted opiniones ridículas sobre el discurso de Fidel. Ni cuando a raíz de las críticas al libro de Padilla *Fuera del juego*, nos enviara, en unión de otros escritores residentes en Europa, un cable en que expresaban estar «consternados por acusaciones calumniosas contra poeta Heberto Padilla» y grotescamente reafirmaban «solidaridad apoyo toda acción emprenda Casa de las Américas defensa libertad intelectual». Lo que sí hice entonces fue enviar un cable en que decía a uno de ustedes: «Inexplicable desde tan lejos puedan saber si es calumniosa o no una acusación contra Padilla. La línea cultural de la Casa de las Américas es la línea de nuestra Revolución, la Revolución Cubana, y la directora de la Casa de las Américas estará siempre como me quiso el Che: con los fusibles disparados y tirando cañonazos a la redonda». Ni recibió usted invectivas cuando después de haber aceptado integrar el jurado del Premio Casa 1969, dejó de venir, sin darnos explicación alguna, porque se encontraba en una universidad norteamericana. (Por hechos como este, dicho sea entre paréntesis, nunca creímos que vendría a dictar el curso

de que se habló informalmente. La pública renuncia que hace de este curso no es más que otra argucia suya. Si vino en enero de 1971, fue sobre todo para buscar el aval de la Casa de las Américas, que por supuesto no obtuvo, para la desprestigiada revista *Libre* que planean editar con el dinero de Patiño). Y si, a raíz de estos y otros hechos, algunos escritores vinculados a esta Casa de las Américas discutieron privada y públicamente con usted, no se trató nunca de invectivas. La invectiva contra usted, Vargas Llosa, es su propia carta vergonzosa: ella lo presenta de cuerpo entero como lo que nos resistimos a aceptar que usted fuera: la viva imagen del escritor colonizado, despreciador de nuestros pueblos, vanidoso, confiado en que escribir bien no solo hace perdonar actuar mal, sino permite enjuiciar a todo un proceso grandioso como la Revolución Cubana; que, a pesar de errores humanos, es el más gigantesco esfuerzo hecho hasta el presente por instaurar en nuestras tierras un régimen de justicia. Hombres como usted, que anteponen sus mezquinos intereses personales a los intereses dramáticos de lo que Martí llamó «nuestras dolorosas Repúblicas», están de más en este proceso. Confiamos, seguiremos confiando toda la vida, en los escritores que en nuestro continente ponen los intereses de sus pueblos, de nuestros pueblos, por encima de todo; en lo que pueden invocar los nombres de Bolívar, Martí, Mariátegui y Che. Son ellos los que darán, los que le están dando ya, como en su propia tierra acaban de hacer los mejores escritores peruanos, la respuesta que usted merece. Solo le deseo, por su bien, que algún día llegue usted a arrepentirse de haber escrito esa carta pública que constituirá para siempre su baldón; de haberse sumado a los enemigos de quienes en esta Isla hemos estado y estaremos dispuestos a inmolarlos, como nuestros compañeros vietnamitas, como nuestro hermano Che, por defender «la dignidad plena del hombre».

HAYDEE SANTAMARÍA

Intelectuales *versus* Fidel: cartas de un joven poeta*

El 27 de abril las cámaras de cine y los reflectores de televisión volvieron a recoger en La Habana la imagen de un muchacho corpulento y lampiño, de cara lunar y grandes anteojos, de pelo ensortijado y lenguaje pulido hasta la exageración: imprevistamente, Heberto Padilla volvió a gozar (o padecer, según su habitual juego de antinomias) de una gran *soirée*, y a ser algo así como el ombligo del mundo frente al centenar de escritores reunidos para escucharlo. Solo que esta vez acababa de salir de la cárcel.

Contrariamente a lo que supusieron algunos diarios de países donde proliferan la picana eléctrica y el *pau de arara*, Heberto Padilla no había sido torturado ni quizá excesivamente molestado en el calabozo —«no demasiado sombrío», dijo— donde pasó exactamente treinta y siete días bajo custodia de Seguridad del Estado. Según la agencia cubana Prensa Latina, vestía una camisa celeste y un pantalón oscuro, esgrimía un habano que no llegó a encender y a lo sumo parecía agobiado por el calor.

Tampoco había cambiado el estilo de su discurso ni el método de su exposición. Pero esta vez el destinatario de infinitos sarcasmos, menudas sutilezas y abrumadoras compasiones era él mismo. Dotado de una excepcional memoria —que le permite humillar a visitantes argentinos recitándoles páginas enteras de Mallea—, consiguió repetir casi sin modificaciones los términos de una carta que cuatro días antes había dirigido al Gobierno Revolucionario con la autocrítica más acerba que haya formulado un escritor cubano. Solo al término de sus cien

* Publicado en la revista argentina *Panorama*, núm. 211, 11 al 17 de mayo de 1971, reproducido en parte en la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 187-189.

minutos de exposición se apartó de su modelo para señalar a varios de los escritores presentes que —dijo— estaban amenazados por sus mismos errores. Entre ellos se encontraban su mujer, la poetisa Belkis Cuza Malé, sus amigos Pablo Armando Fernández, César López y Manuel Díaz Martínez, quienes sucesivamente se pusieron de pie para aceptar las críticas y formular propósitos de enmienda.

El imprevisto desenlace del «caso Padilla» impuso violentos retoques a los editoriales en cadena que elaboraba la prensa occidental, y dejó suspendido sobre el Atlántico medio centenar de radiogramas en que celebridades literarias europeas se preocupaban por la suerte del poeta, tras las huellas de Jean-Paul Sartre y Julio Cortázar. Padilla agradecía personalmente «esa alharaca infundada» y vertía sobre ella un hálito conmisericordioso: «Son compañeros que viven otras experiencias y otros mundos», que «desconocen a fondo mi vida de los últimos años», que han defendido a un hombre menos importante que la Revolución.

Las explicaciones de Padilla parecieron poco convincentes a quienes siguen de lejos los acontecimientos cubanos, y procuran explicarlos por modelos ajenos extraídos del estalinismo soviético o de la situación del intelectual «contestatario», en el mundo occidental. El resultado inevitable de esos cotejos es la perplejidad que solo se disipa reinsertando el proceso de la cultura en el proceso histórico de un país. Los intelectuales prácticamente no participaron en la revolución que derrocó a Batista, algunos porque estaban exiliados, otros porque eran demasiado jóvenes, la mayoría porque no creyeron posible la destrucción por la fuerza de una dictadura a la que indudablemente detestaban.

El ejemplo de Mella o De la Torriente, caídos en combate en la década del treinta no prendió en la generación que les sucedió, y con excepción de Carlos Rafael Rodríguez (que ya entonces era comunista), el periodista Carlos Franqui, media docena de cuadros urbanos del Movimiento 26 de Julio, artistas y escritores recibieron como un regalo milagroso el triunfo de la Revolución que, en primer término les iba a permitir existir como tales, creando lazos medios para la difusión de sus obras, y que de rebote iban a conseguir una adhesión casi unánime. El exilio solitario de Jorge Mañach y Lino Novas Calvo permitió suponer que la única brecha posible era de tipo generacional. Esa hipótesis escamoteó durante un tiempo demasiado largo conflictos más profundos, entre ellos la ya citada ausencia de los intelectuales en la guerra que les restaba autoridad moral para discutir los problemas de la cultura con guerrilleros fogueados en combate, que traían un rosario

de muertos a la espalda. Esa cultura, por otra parte, tenía raíces de clase más honda aunque menos visibles que la propiedad agraria o la aparente filiación política, y por encima la fraseología revolucionaria, iba a convertirse en el receptáculo de las ideas y los modos de vida propios de la burguesía supuestamente destronada.

Algunos cenáculos literarios de La Habana empezaron a parecerse cada vez más a los de París o Buenos Aires, algunos poetas se sumergieron en las búsquedas formales y algunos pintores siguieron pintando sus cuadros de caballete, hechos por definición para la propiedad y el goce individual, mientras afuera de sus salones la ciudad se descascaraba y millares de campesinos aprendían a leer, aunque no precisamente *Paradiso*.

Hoy se tiene la impresión de que la Revolución no sabía exactamente qué hacer con estos conflictivos adherentes: los incorporó masivamente a la administración, el periodismo y la diplomacia. Por esa época, Heberto Padilla era un poeta inédito, cuya única obra conocida era la traducción de los poemas de St. John Perse. En 1959 ingresó en la agencia Prensa Latina, la misma que hoy escribió «El vía crucis de su íntima tragedia moral e intelectual», y al año siguiente obtuvo la codiciada plaza de corresponsal en Londres. Para entonces dos conflictos habían ensombrecido la luna de miel de los intelectuales y la Revolución. El primero pasó inadvertido, quizás porque su protagonista, David Buzzi, no era aún un escritor: aprendió el oficio en la cárcel, donde relató su tentativa de fuga violenta de la Isla en una novela que fue publicada y premiada. El segundo fue el cierre del suplemento literario *Lunes de Revolución*, que dirigía Guillermo Cabrera Infante, y donde colaboraba Padilla. Cabrera fue de agregado cultural a Bruselas y Padilla, a su regreso de Londres, eligió Moscú, quizás porque «amaba los países fríos» cosa notable en un cubano. En todo caso ese amor se disipó en contacto con los soviéticos. En esos años, los poemas de Padilla tenían un acento premonitorio: «No lo olvides, poeta. En cualquier sitio y época en que hagas o sufras la historia, siempre estará acechándote algún poema peligroso».

Los poemas peligrosos que acechaban puntualmente a Padilla aparecieron en su segundo libro, *Fuera del juego*, que ganó en 1968 el premio de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba. Una parte de ese libro titulado «El abedul de hierro», era un ataque nada velado a la Unión Soviética, su política, sus funcionarios y su modo de vida. Aunque Padilla ya no era agregado cultural en Moscú, su libro aparecía en un

momento en que la precariedad en el suministro de petróleo, la polémica sobre los partidos comunistas latinoamericanos y el descubrimiento de la microfacción de Aníbal Escalante friccionaban la relación con la URSS, de la que por otra parte, Cuba no podía prescindir.

El Gobierno Cubano, obviamente, quería resolver esos problemas por la vía diplomática más que poética, y el libro de Padilla premiado en un concurso oficial era, por lo menos, inoportuno en la situación.

Ese fue el momento que eligió su amigo Cabrera Infante, ya exiliado en Londres, para publicar en una revista de Buenos Aires un violento alegato contra Fidel Castro y una «defensa» de Padilla. Todos recordaron entonces que Padilla, a su vez, había defendido a Cabrera contraponiendo las virtudes de su novela *Tres tristes tigres* a los defectos que halló en otra novela *Pasión de Urbino*, escrita por su examigo y funcionario de cultura, Lisandro Otero. La UNEAC decidió entonces publicar el libro de Padilla, pero acompañado de un «prólogo crítico» donde censuraba la tendencia contrarrevolucionaria del poeta. Una editorial francesa, Du Seuil, pescó al vuelo la oportunidad del *best seller* y en tiempo récord tradujo y editó el libro, acompañado de una faja que preguntaba: «¿Se puede ser poeta en Cuba?».

El novelista argentino radicado en París, Julio Cortázar, pretendió terciar como amigable componedor en un artículo del que el semanario de izquierda *Le Nouvel Observateur*, con insólita deshonestidad expurgó varios párrafos y cambió el título original por otro que parecía una provocación: «Defensa de Padilla».

Esa confluencia de amistades duplicó la situación de Padilla y, al mismo tiempo, le dio una nombradía desproporcionada a las veinte carillas escritas de corrido que suma el total de su obra, a los dos o tres millares de lectores reales de esa obra en un mundo que se preocupa por algunos poetas, aunque no consume demasiada poesía. Hoy sostiene Padilla que ambos efectos eran buscados por él. En todo caso, perdió su empleo, cosa grave en Cuba, y más tarde lo recuperó tras escribir una primera carta a Fidel Castro.

El episodio parecía concluido, aun con su estela de amargura, hasta que el 20 de marzo agentes cubanos de Seguridad detuvieron a Padilla. ¿Qué había ocurrido esta vez? La confesión de Padilla se articula con algunos hechos hasta ahora inexplicables para desembocar en una hipótesis verosímil. El año pasado aparecieron casi simultáneamente en Francia dos libros sobre Cuba: uno, del periodista franco polaco K. S. Karol, titulado *Guerrilleros en el poder*. Otro del agrónomo

Rene Dumont, que preguntaba: *¿Cuba es socialista?* Los dos habían ido repetidas veces a Cuba donde fueron colmados de honores y gozaron de la confianza de Fidel Castro que los paseó por toda la Isla. Ambas obras constituyen una crítica demoledora de la sociedad revolucionaria cubana, desde distintos ángulos. Dumont hace hincapié en los fracasos agrícolas (por desobedecer sus consejos), y Karol procura una aproximación del castrismo con el estalinismo, que lo obsesiona desde que en su juventud perteneció al Ejército Rojo.

Los dirigentes revolucionarios cubanos consideraron ambos logros [libros] como una «traición» de la que hicieron responsable a esa clase de intelectuales liberales, principalmente europeos, a los que había elegido como voceros confidentes, en una recreación inconsciente de una metrópolis cultural que ya no podían ser los Estados Unidos, pero sí esa Francia cartesiana capaz de encontrar una definición para cada cosa. Los intelectuales europeos, a su vez, proyectaban en la Isla joven las fantasías de su «propia revolución», cada vez más distante en el horizonte nativo. De esa mezcla de expectativas y de impotencias surgió un mutuo desengaño: Europa no es la América Latina. Ni los militantes extranjeros iban a encontrar en Cuba las normas ideales de justicia que no habían sabido validar en su propio país, ni los revolucionarios iban a permitir que las abstracciones interfirieran con la realidad de un país subdesarrollado y bloqueado, cuyas prioridades, incluso culturales, pasan por la capacitación de sus grandes masas antes que por la forja de una élite orbital.

Sin duda es eso lo que quiso decir Fidel Castro en su discurso del 30 de abril: «En el transcurso de estos años hemos ido conociendo el mundo y sus personajes... Hemos descubierto una forma sutil de un colonialismo que subsiste y pretende sustituir al colonialismo económico: el colonialismo cultural... Nuestros problemas no pueden servir de pretextos a los semizquierdistas descarados que pretenden ganar laureles en París, Londres, Roma. Algunos son latinoamericanos, descarados, en vez de estar en la trinchera de combate, viven en los salones burgueses a diez mil millas de los problemas».

Pero cuando hubo que buscar un responsable de esa minucia que empapa y hace verosímiles los textos de Karol, de Dumont, de Enzensberger y de otros censores, los hilos concluyeron en Heberto Padilla, *enfant terrible* de la Revolución, como lo llamó al pie de una foto el periodista norteamericano Lee Lockwood. Con todos ellos, admite

ahora Padilla, tuvo incontables conversaciones en las que «hablé insidiosamente de todos los aspectos de la Revolución». De ahí su cárcel, luego sus lamentos.

En todo caso, la suerte del joven poeta Heberto Padilla en Cuba parece menos dura que la del joven poeta Javier Heraud, muerto en la guerrilla en Perú, o la del joven poeta Otto René Castillo, muerto en la guerrilla de Guatemala.

Llamamiento de los premios nacionales de literatura del Perú a los intelectuales de la América Latina*

En momentos en que la derecha internacional y las oligarquías dependientes del imperialismo norteamericano conciertan una campaña a nivel mundial contra la República Socialista de Cuba, es cuando creemos nuestro ineludible deber de escritores manifestar nuestra plena solidaridad con los postulados del socialismo que hoy ejemplifica la patria de Martí.

Creemos que dentro de esta campaña tendiente al desprestigio de la imagen de la Revolución Cubana, la carta del escritor Vargas Llosa¹ no es sino un capítulo más de ella, que no representa la opinión general de la intelectualidad revolucionaria peruana.

Como escritores que vivimos en los avatares de la revolución latinoamericana, desde dentro y no desde «capitales de la cultura occidental», debemos manifestar a la opinión pública mundial, que la «línea» de Vargas Llosa y de algunos otros «exiliados voluntarios» no es ni ha sido nunca una línea de combate.

Quizá para algunos sea decepcionante la imagen que ahora ofrece el novelista peruano, pero para nosotros no. Porque así como él dice conocer a los escritores cubanos de quienes afirma su incapacidad para autocriticarse, nosotros decimos que no solo lo conocemos a él, sino también a aquellos, pues entre nosotros hay algunos que han vivido (no como turistas de concursos literarios) en Cuba.

Cuando Vargas Llosa prevé las invectivas que recibirá por su carta y dice que «no serán peores que las que ha merecido de la reacción por defender a Cuba», nosotros le recordamos que precisamente esa reacción supuestamente hostil a su persona, es la misma que le ha

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p. 145.

¹ Ver en la página 70 la carta de Mario Vargas Llosa a Haydee Santamaría.

otorgado honores, reconocimientos y recompensas materiales a escala internacional.

Hacemos un llamado a todos los escritores, intelectuales y artistas honestos de nuestro país y de la América Latina, para que frente a esta nueva e insidiosa campaña contra Cuba manifiesten su solidaridad con la política cultural realmente revolucionaria que ahora se desarrolla en el Primer Territorio Libre de América que empieza a liberarse de todos los que medraban al amparo de su prestigio.

ALEJANDRO ROMUALDO, REYNALDO NARANJO, WINSTON ORRILLO, ARTURO CORCUERA, GONZALO ROSE, GUSTAVO VALCÁRCEL, ELEODORO VARGAS VICUÑA, WASHINGTON DELGADO, ALEJANDRO PERALTA, FRANCISCO BENDEZÚ, LUIS LUMBRERAS, MARCOS YAURI MONTERO, ARMANDO SÁNCHEZ MÁLAGA, TILSA TSUCHIA, MAGDA PORTAL, LUIS DE RODRIGO, LUIS NIETO, MANUEL ACOSTA OJEDA, LAURA CLAAR IBÉRICO, JAVIER DÁVILA DURAND, ALFONSO MOLINA, JAVIER MORAN ALVA, LUIS HERNÁN RAMÍREZ, DARÍO CHÁVEZ DE PAZ, HERACLIO ZAMORA VIDAL, ELQUI BURGOS, CÉSAR KRUGER.

Segunda carta de intelectuales europeos y latinoamericanos

París, 20 de mayo de 1971.

Comandante Fidel Castro
Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba

Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla solo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes, así como el acto celebrado en la UNEAC, en el cual el propio Padilla y los compañeros Belkis Cuza, Díaz Martínez, César López y Pablo Armando Fernández se sometieron a una penosa mascarada de autocrítica, recuerda los momentos más sórdidos de la época del estalinismo, sus juicios prefabricados y sus cacerías de brujas.

Con la misma vehemencia con que hemos defendido desde el primer día la Revolución Cubana, que nos parecía ejemplar en su respeto al ser humano y en su lucha por su liberación, lo exhortamos a evitar a Cuba el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas, y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba.

El desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano –campesino, obrero, técnico o intelectual– pueda ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas. Quisiéramos que

la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo.

Atentamente,

CLARIBEL ALEGRÍA, SIMONE DE BEAUVOIR, FERNANDO BENÍTEZ, JACQUES-LAURENT BOST, ITALO CALVINO, JOSÉ MARÍA CASTELLET, FERNANDO CLAUDÍN, TAMARA DEUTSCHER, ROGER DOSSE, MARGUERITE DURAS, GIULIO EINAUDI, HANS MAGNUS ENZENSBERGER, FRANCISCO FERNÁNDEZ SANTOS, DARWIN FLAKOLL, JEAN-MICHELL FOSSEY, CARLOS FRANQUI, CARLOS FUENTES, JAIME GIL DE BIEDMA, ÁNGEL GONZÁLEZ, ADRIANO GONZÁLEZ LEÓN, ANDRÉ GORTZ, JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO, JUAN GOYTISOLO, LUIS GOYTISOLO, RODOLFO HINOSTROZA, MERVIN JONES, MONTI JOHNSTONE, MONIQUE LANGE, MICHEL LEIRIS, LUCIO MAGRI, JOYCE MANSOUR, DACIA MARAINI, JUAN MARSÉ, DIONYS MASCOLO, PLINIO MENDOZA, ISTVÁN MÉSZÁROS, RAY MILIBAC, CARLOS MONSIVÁIS, MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, ALBERTO MORAVIA, MAURICE NADEAU, JOSÉ EMILIO PACHECO, PIER PAOLO PASOLINI, RICARDO PORRO, JEAN PRONTEAU, PAUL REBEYROLLES, ALAIN RESNAIS, JOSÉ REVUELTAS, ROSSANA ROSSANDA, VICENTE ROJO, CLAUDE ROY, JUAN RULFO, NATHALIE SARRAUTE, JEAN-PAUL SARTRE, JORGE SEMPRÚN, JEAN SHUSTER, SUSAN SONTAG, LORENZO TORNABUONI, JOSÉ MIGUEL ULLÁN, JOSÉ ÁNGEL VALENTE, MARIO VARGAS LLOSA.

Mensaje de intelectuales colombianos*

21 de mayo de 1971.

Fidel Castro

La Habana

Ante escándalo farisaico pretenden montar enemigos Revolución Cubana por defección algunos intelectuales cuya vanidad es superior a su pretendido ideal revolucionario, queremos reiterarle hoy como periodistas, escritores, universitarios, científicos vinculados todos a la tarea cultural, nuestra creciente admiración por la espléndida obra que en el terreno intelectual ha adelantado la Revolución Cubana bajo su eminente dirección. La impresionante obra de cultura desarrollada por usted y que se concreta en millones de seres elevados a la dignidad humana por medio de la alfabetización y la educación supera ante la historia todo el ajetreo estetizante y el juego artístico de cualquier capilla literaria por más brillantes que puedan ser sus sacerdotes y acólitos. En la historia de la cultura latinoamericana, su obra liberadora, como la de Bolívar, como la de Martí, ocupa lugar preponderante que nada ni nadie podrá oscurecer. Usted y sus compañeros de revolución erradicaron en Cuba la explotación del hombre por el hombre, elevaron la conciencia humana a su plena dignidad y dieron el primer papel en su nación al educador, al científico, es decir, al verdadero intelectual, al que, por encima de todo, convierte el pensamiento en el arma liberadora del hombre. Los grandes problemas del subdesarrollo se enlazan con los grandes problemas de la cultura, pero la cultura entendida no como el juego en el vacío de unos cuantos elucubradores mentales, sino como el avance progresivo del espíritu humano hacia su pleno

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 164 y 165.

desarrollo gracias a la conquista del mundo material por la técnica. No hay cultura en la miseria ni en la barbarie. Usted y la Revolución están colocando las bases que hacen posible dignificación del hombre y el enrumbamiento de la especie hacia un destino más justo, más limpio y más libre. La falta de realismo de quienes olviden esta verdad es imperdonable intelectualmente y denota una ignorancia o una mala fe que deben ser denunciadas. Hoy la historia y sus profundas realizaciones dejan atrás hasta la imaginación de quienes se creían dueños de esa misma imaginación. Usted y su obra han superado en este aspecto toda novedad, todo drama épico. Entre el mundo viejo que se muere y el nuevo que nace hay una diferencia fundamental: la educación, la cultura, surgen ahora como elementos básicos de la personalidad. Sobre la ignorancia se estableció el reinado del imperialismo cultural en el infierno del subdesarrollo. Sobre la educación se edifica hoy la lucha libertadora del hombre. El auténtico intelectual es el que analiza estas verdades, el que se sumerge en el plasma social y comprende que el mundo cambia, que nos hallamos en plena revolución científica, en un momento histórico de evidente enriquecimiento intelectual. Usted y la Revolución repensaron su país. Esto es lo que no entienden quienes no han querido capacitarse para participar en los cambios de nuestra época. Algunos de estos se alejan ahora, quieren desentenderse orgullosamente de la realidad y olvidan que la Revolución es la única esperanza de la cultura moderna, esa Revolución científica, social, humanista, que usted trata de implantar, contra todo un universo de mezquinos intereses, en su patria. Pero esta nueva ofensiva de la reacción fracasará también estrellándose contra la decisión latinoamericana de acrecentar y dignificar nuestra cultura. Atentamente,

LEÓN DE GREIFF, ALBERTO ZALAMEA, MARCO TULIO RODRÍGUEZ, IADER GIRALDO, RICARDO ARBELÁEZ, PEDRO ACOSTA BORRERO, ENRIQUE SANTOS MOLANO, AUGUSTO LEYVA SAMPER, PABLUS GALINAZO, SAMUEL ELHR K., ANTONIO RAMÍREZ CARO, RICARDO SAMPER, BENJAMÍN JARAMILLO ZULETA, SILVANO ALVARADO, ABEL MERY FERNÁNDEZ, CARLOS CASTAÑEDA, GUILLERMO PUYANA, LUIS E. PARRA, ANÍBAL PINEDA, GERMÁN ZABALA, RENÉ GARCÍA, ALONSO NARANJO, PABLO BALCÁZAR, JOSÉ MIGUEL DE PAZ, JOSÉ ANTONIO MORENO, CONSUELO LUZARDO, MARIO ARANGO, JORGE ORDUZ, DARÍO SILVA, FABIO RINCÓN, GERMÁN CASTILLO BERNAL, MANUEL FRANCO POSSE, ÁLVARO BOTERO ESCOBAR, JUAN GOSSAIN, ISAÍAS GONZÁLEZ, JAVIER AYALA, ELKÍN MESA, GABRIEL ORTIZ, BYRON VALENCIA.

«Policrítica en la hora de los chacales»*

JULIO CORTÁZAR

París, mayo de 1971.

*De qué sirve escribir la buena prosa,
de qué vale que exponga razones y argumentos
si los chacales velan, la manada se tira contra el verbo,
lo mutilan, le sacan lo que quieren, dejan de lado el resto,
vuelven lo blanco negro, el signo más se cambia en signo menos,
los chacales son sabios en los télex,
son las tijeras de la infamia y del malentendido,
manada universal, blancos, negros, albinos,
lacayos si no firman y todavía más chacales cuando firman,
de qué sirve escribir midiendo cada frase,
de qué sirve pesar cada acción, cada gesto que expliquen la conducta*

* Este poema fue enviado a la compañera Haydee Santamaría, con la siguiente carta:

París, 23 de mayo de 1971.

Querida Haydee Santamaría:

En la medida de lo humano, dispongo ahora de todos los elementos de juicio para hacerme una idea precisa del episodio que se ha dado en llamar «el caso Padilla» y sus repercusiones. Puedo, pues, decir mi palabra, individualmente, sin concederle otro valor que el de la sinceridad y la solidaridad. Quiero que usted la conozca directamente. No es una carta, ni un ensayo, ni un documento político bien razonado; es lo que nace de mí en una hora muy amarga pero en la que hay sin embargo una plena confianza en muchas cosas, y sobre todo en la Revolución. Acepte estas páginas, que he de difundir lo más posible para disipar tanto equívoco como los que compruebo diariamente en la prensa internacional.

Acepte también, como siempre, la admiración y el afecto de quien sigue siendo su amigo,

*si al otro día los periódicos, los consejeros, las agencias,
 los policías disfrazados,
 los asesores del gorila, los abogados de los trusts
 se encargarán de la versión más adecuada para consumo
 / de inocentes o de crápulas,
 fabricarán una vez más la mentira que corre, la duda que se instala,
 y tanta buena gente en tanto pueblo y tanto campo de tanta
 / tierra nuestra,
 que abre su diario y busca su verdad y se encuentra
 con la mentira maquillada, los bocados a punto, y va tragando
 baba prefabricada, mierda en pulcras columnas, y hay quien cree
 y al creer olvida el resto, tantos años de amor y de combate,
 porque así es, compadre, los chacales lo saben: la memoria es falible
 y como en los contratos, como en los testamentos, el diario de hoy
 / con sus noticias invalida
 todo lo precedente, hunde el pasado en la basura de un presente
 / traficado y mentido.*

*Entonces no, mejor ser lo que se es,
 decir eso que quema la lengua y el estómago, siempre habrá
 / quien entienda
 este lenguaje que del fondo viene,
 como del fondo brotan el semen, le leche, las espigas.
 Y el que espere otra cosa, la defensa o la fina explicación,
 la reincidencia o el escape, nada más fácil que comprar el diario
 / made in USA
 y leer los comentarios a este texto, las versiones de Reuter o de la UPI
 donde chacales sabihondos le darán la versión satisfactoria,
 donde editorialistas mexicanos o brasileños o argentinos
 traducirán para él, con tanta generosidad,
 las instrucciones del Chacal con sede en Washington,
 las pondrán en correcto castellano, mezcladas con saliva nacional,
 con mierda autóctona, fácil de tragar.**

* Un solo ejemplo: «Padilla recuperó la libertad después de una declaración auto-crítica en que confesó haber proporcionado informes secretos a Cortázar... etc.» (Cable de UPI, París, 12/5/71, publicado en *El Andino*, periódico de Argentina).

*No me excuso de nada, y sobre todo
no excuso este lenguaje,
es la hora del Chacal, de los chacales y de sus obedientes:
los mando a todos a la reputa madre que los parió,
y digo lo que vivo y lo que siento y lo sufro y lo que espero.*

Explicación del título: Hablando de los complejos problemas cubanos, una amiga francesa mezcló los términos *crítica y política*, inventando la palabra *policritique*. Al escucharla pensé (también en francés) que entre poli y tique se situaba la sílaba *cri*, es decir grito. Grito político, crítica política en la que el grito está ahí como un pulmón que respira; así la he entendido siempre, así la seguiré sintiendo y diciendo. Hay que gritar una política crítica, hay que criticar gritando cada vez que se lo cree justo: solo así podremos acabar un día con los chacales y las hienas.

*Diariamente, en mi mesa, los recortes de prensa: París, Londres,
Nueva York, Buenos Aires, México City, Río. Diariamente
(en poco tiempo, apenas dos semanas) la máquina montada,
la operación cumplida, los liberales encantados, los revolucionarios
/ confundidos,*

*la violación con letra impresa, los comentarios compungidos,
alianza de chacales y de puros, la manada feliz, todo va bien.
Me cuesta emplear esta primera persona del singular; y más me cuesta
decir: esto es así, o esto es mentira. Todo escritor, Narciso, se masturba
defendiendo su nombre, el Occidente
lo ha llenado de orgullo solitario. ¿Quién soy yo
frente a pueblos que luchan por la sal y la vida,
con qué derecho ha de llenar más páginas con negaciones
/ y opiniones personales?*

*Si hablo de mí es que acaso, compañero,
allí donde te encuentren estas líneas,
me ayudarás, te ayudaré a matar a los chacales,
veremos más preciso el horizonte, más verde el mar y más seguro
/ el hombre.*

*Les hablo a todos mis hermanos, pero miro hacia Cuba,
no sé de otra manera mejor para abarcar la América Latina.
Comprendo a Cuba como solo se comprende al ser amado,
los gestos, las distancias y tantas diferencias,*

*las cóleras, los gritos: por encima está el sol, la libertad.
 Y todo empieza por lo opuesto, por un poeta encarcelado,
 por la necesidad de comprender por qué, de preguntar y de esperar;
 qué sabemos aquí de lo que pasa, tantos que somos Cuba,
 tantos que diariamente resistimos el aluvión y el vómito
 / de las buenas conciencias,
 de los desencantados, de los que ven cambiar ese modelo
 que imaginaron por su cuenta y en sus casas, para dormir tranquilos
 sin hacer nada, sin mirar de cerca, luna de miel barata
 / con su isla paraíso
 lo bastante lejana para ser de verdad el paraíso,
 y que de golpe encuentran que su cielito lindo les cae en la cabeza.
 Tienes razón, Fidel: solo en la brega hay el derecho al descontento,
 solo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores,
 sí, pero adentro es tan afuera a veces,
 y si hoy me aparto para siempre del liberal a la violeta,
 / de los que firman los virtuosos textos
 por-que-Cu-ba-no-es-eso-que-e-xi-gen-sus-es-que-mas-de-bu-fe-te,
 no me creo excepción, soy como ellos, qué habré hecho por Cuba,
 / más allá del amor,
 qué habré dado por Cuba más allá de un deseo, una esperanza.
 Pero me aparto ahora de su mundo ideal, de sus esquemas,
 precisamente ahora cuando
 se me pone en la puerta de lo que amo, se me prohíbe defenderlo,
 es ahora que ejerzo mi derecho a elegir, a estar una vez más y más
 / que nunca
 con tu Revolución, mi Cuba, a mi manera. Y mi manera torpe,
 / a manotazos,
 es esta, es repetir lo que me gusta o no me gusta,
 aceptando el reproche de hablar desde tan lejos
 y a la vez insistiendo (cuántas veces lo habré hecho para el viento)
 en que soy lo que soy, y no soy nada, y esa nada
 / es mi tierra americana,
 y como pueda y donde esté sigo siendo esa tierra, y por sus hombres
 escribo cada letra de mis libros y vivo cada día de mi vida.*

Comentario de los chacales (vía México, reproducida con alborozo en Río de Janeiro y Buenos Aires): «El ahora francés Julio Cortázar etc.». De nuevo el patriotismo de escarapela, cómodo y rendidor,

de nuevo la baba de los resentidos, de tantos que se quedan en sus pozos sin hacer nada, sin ser oídos más que en su casa a la hora del bife; como si en algo dejara yo de ser latinoamericano, como si un cambio de nivel de pasaporte (y ni siquiera lo es, pero no vamos a ponernos a explicar, al chacal se lo pateó y se acabó) mi corazón fuera a cambiar, mi conducta fuera a cambiar, mi camino fuera a cambiar. Demasiado asco para seguir con esto; mi patria es otra cosa, nacionalista infeliz; me sueño los mocos con tu bandera de pacotilla, ahí donde estés. La revolución también es otra cosa; a su término, muy lejos, tal vez infinitamente lejos, hay una magnífica quema de banderas, una fogata de trapos manchados por todas las mentiras y la sangre de la historia de los chacales y los resentidos y los mediocres, y los burócratas y los gorilas y los lacayos.

*Y es así, compañeros, si me oyen en La Habana, en cualquier parte,
hay cosas que no trago,
hay cosas que no puedo tragar en una marcha hacia la luz,
nadie llega a la luz si saca a relucir los podridos fantasmas del pasado,
si los prejuicios, los tabúes del macho y de la hembra
siguen en sus maletas,
y si un vocabulario de casuistas cuando no de energúmenos
arma la burocracia del idioma y los cerebros, condiciona a los pueblos
que Marx y que Lenin soñaron libres por dentro y por fuera,
en carne y conciencia y en amor,
en alegría y en trabajo.
Por eso, compañeros, sé que puedo decirles
lo que creo y no creo, lo que acepto y no acepto,
esta es mi poligráfica, mi herramienta de luz,
y en Cuba sé de ese combate contra tanto enemigo,
sé de esa isla de hombres enteros que nunca olvidarán la risa
/ y la ternura,
que las defenderán enamoradamente,
que cantan y que beben entre turnos de brega, que hacen
/ guardia fumando,
que son los que buscó Martí, lo que firmaron con su sangre
/ tantos muertos
a la hora de caer frente a chacales de dentro y a chacales de fuera.
No seré yo quien proclame al divino botón el coraje de Cuba
/ y su combate;*

*siempre hay alguna hiena maquillada de juez, poeta o crítico,
lista a cantar las loas de lo que odia en el fondo de sus tripas,
pronta a asfixiar la voz de los que quieren el verdadero diálogo,
/ el contacto
por lo alto y por lo bajo: contacto con ese hombre que manda
/ en el peligro porque el pueblo
cuenta con él y sabe
que está ahí porque es justo, porque en él se define
la razón de la lucha, del duro derrotero,
porque jugó su vida con Camilo y el Che y tantos que pueblan
de huesos y memorias la tierra de la palma;
y también el contacto
con el otro, el sencillo camarada que necesita la palabra y el rumbo
para impulsar mejor la máquina, para cortar mejor la caña.*

*Nadie espere de mí el elogio fácil,
pero hoy es más que nunca tiempo de decisión y de aguas claras:
diálogo pido, encuentro en las borrascas, policrítica diaria,
no acepto la repetición de humillaciones torpes,
no acepto confesiones que llegan siempre demasiado tarde,
no acepto risas de los fariseos convencidos de que todo anda bien
/ después de cada ejemplo,
no acepto la intimidación ni la vergüenza. Y es por eso que acepto
la crítica de veras, la que viene de aquel que aguanta el timón,
de aquellos que pelean por una causa justa, allá o aquí, en lo alto
/ o en lo bajo,
y reconozco la torpeza de pretender saberlo todo desde un mero
/ escritorio
y busco humildemente la verdad en los hechos de ayer y de mañana,
y le busco la cara, Cuba la muy querida, y soy el que fue a ti
como se va a beber el agua, con la sed que será racimo o canto.
Revolución hecha de hombres,
llena estarás de errores y desvíos, llena estarás de lágrimas y ausencias,
pero a mí, a los que en tantos horizontes somos pedazos
/ de América Latina,
tú nos comprenderás al término del día,
volveremos a vernos, a estar juntos, carajo,
contra hienas y cerdos y chacales de cualquier meridiano,
contra tibios y flojos y escribas y lacayos*

*en París, en La Habana o Buenos Aires,
contra lo peor que duerme en lo mejor, contra el peligro
de quedarse atascado en plena ruta, de no cortar los nudos
/ a machetazo limpio,
así yo sé que un día volveremos a vernos,
buenos días, Fidel, buenos días, Haydee, buenos días, mi Casa,
mi sitio en los amigos y en las calles, mi buchito, mi amor,
mi caimancito herido y más vivo que nunca,
yo soy esta palabra mano a mano como otros son tus ojos
/ o tus músculos,
todos juntos iremos a la zafra futura,
al azúcar de un tiempo sin imperios ni esclavos.*

*Hablémonos, eso es ser hombres: al comienzo
fue el diálogo. Déjame defenderte
cuando asome el chacal de turno, déjame estar ahí. Y si no lo quieres,
oye, compadre, olvida tanta crisis barata. Empecemos de nuevo,
di lo tuyo, aquí estoy, aquí te espero; toma, fuma conmigo,
largo es el día, el humo ahuyenta los mosquitos. Sabes,
nunca estuve tan cerca
como ahora, de lejos, contra viento y marea. El día nace.*

Tomado de *Materiales de la revista Casa de las Américas de/sobre Julio Cortázar*, Fondo Editorial Casa de las Américas, 2014, pp. 116-121. Apareció antes en la revista *Casa de las Américas*, núm. 97, julio-agosto de 1971, pp. 157-161.

Declaración de intelectuales uruguayos*

En las últimas semanas, la prensa reaccionaria de todo el mundo (y, por supuesto, la de nuestro país) ha desatado una feroz campaña contra la Revolución Cubana. El pretexto ha sido el caso del poeta Heberto Padilla, quien, como es notorio, fue detenido en La Habana, y, un mes más tarde, puesto en libertad. Antes de su liberación, Padilla dirigió al Gobierno Revolucionario una carta en la que reconoció haber desarrollado actividades contrarrevolucionarias, y, luego de recobrar su libertad, compareció en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, reafirmando frente a sus colegas los términos de aquella carta y exhortando a sus amigos a «superar algunas debilidades, que podría llevarlos a un deterioro político moral».

Las repercusiones de este asunto en ciertos medios intelectuales de Europa, han sido tan desproporcionados con respecto a la magnitud real del problema, que resulta más que evidente una bien digitada orientación, en la que muchos intelectuales probablemente honestos, pero riesgosamente ingenuos han participado, sin advertir hasta qué punto eran instrumentos de una maniobra perfectamente planeada por el imperio.

Varios intelectuales europeos, y latinoamericanos residentes en Europa, pusieron inmediatamente el grito en el cielo, apostaron (sin recabar la menor información adicional) a la inocencia de Padilla, acusaron sin más trámite a la Revolución Cubana, y virtualmente (en algún caso, explícitamente) le retiraron su adhesión, que en un pasado menos riesgoso había sido fervorosa.

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de la Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 154-156.

En realidad, no nos extraña demasiado que intelectuales europeos adopten esa actitud, ya que es sabido cuánto les ha costado siempre llegar a una cabal comprensión de la dinámica del Tercer Mundo, cuyo rumbo no pasa necesariamente por París, Londres o Roma. Pero a nosotros, intelectuales y artistas uruguayos que no hemos apostado a la inocencia de Padilla sino a la revolución latinoamericana, y que consideramos que la Revolución Cubana fue el detonante decisivo para llegar a la actual asunción de una conciencia revolucionaria por los pueblos de América Latina; a nosotros (muchos de los firmantes hemos estado en Cuba, en algunos casos durante extensos períodos, habiendo podido comprobar la consideración y el respeto que hay en ese país para el trabajador intelectual, como para todo trabajador) nos alarma sobremanera la actitud poco menos que elitista de ciertos latinoamericanos, casi europeos, que parecen creer que un intelectual siempre es inocente, cuando la verdad es que puede ser tan contrarrevolucionario o tan revolucionario, tan honesto o tan deshonesto, como cualquiera.

Nos alarma comprobar que ese conjunto de intelectuales, ajeno por distintas razones a la quemante realidad latinoamericana, no parezca preocupado por la libertad del ser humano en general, ni siquiera del intelectual en particular, sino pura y exclusivamente por la libertad de Heberto Padilla. En los últimos años han sido muchos los artistas e intelectuales latinoamericanos que han sufrido prisión. Y muchos más los estudiantes, los obreros y los combatientes que han sido salvajemente torturados por las fuerzas policiales que instrumenta la CIA, pero nunca hemos leído ninguna denuncia del grupo de latinoamericanos en Europa (y si las hubo, habrán sido de un tono muy confidencial, ya que las agencias cablegráficas no las desparramaron por el ancho mundo con su acostumbrada eficacia) en relación con ese abyecto proceder. Sin ir más lejos, el excelente director del teatro de Arena, Augusto Boal, estuvo tres meses detenido en São Paulo, y durante ese lapso fue bestialmente torturado por la policía estatal: varias entidades culturales latinoamericanas dejaron constancia de su protesta y de su indignación, pero el grupo de latinoamericanos-europeos pro libertad de Padilla no gastó un solo párrafo al respecto. Cuando en nuestro país estuvieron confinados el poeta y periodista Carlos María Gutiérrez, el compositor Alberto Soriano o el ensayista Manuel Arturo Claps, tampoco los latinoamericanos de Europa se dieron por enterado, y mucho menos por agraviados.

No deja de ser curioso que la gran protesta por la libertad de Padilla provenga casi exclusivamente de escritores europeos y de latinoamericanos que desde hace muchos años se encuentran desgajados de sus pueblos. Desde París o Roma, la presencia imperialista en América Latina puede ser un mero dato informativo, pero en los campos y en las calles de nuestros países esa presencia significa la violación constante de los derechos humanos, la dependencia económica más humillante, la supresión de las libertades más elementales, y por supuesto la tortura y la muerte. Quizá se deba a esa realidad incuestionable que los ataques de intelectuales latinoamericanos les lleguen a la Revolución Cubana sobre todo desde la lejana Europa y no desde la cercana América Latina.

Aún aquellos intelectuales que puedan tener alguna legítima preocupación con respecto al episodio Padilla, o a la situación de la cultura cubana en general, tienen perfecta conciencia de que sería ridículo minimizar, y muchos menos atacar a la Revolución Cubana, en base a un caso individual, y aislado, cuando su acción política y social, a través de doce fecundos años de trabajo y creación, ha representado para millones de cubanos el acceso a la justicia social y el rescate de su dignidad humana, y para muchos millones de latinoamericanos un incanjeable ejemplo de coraje y de independencia.

Por nuestra parte, queremos dejar testimonios de nuestra confianza en el pleno ejercicio del derecho revolucionario que ha ejercido y ejerce Cuba para defenderse de toda infiltración enemiga, se manifieste a través de las bandas mercenarias derrotadas hace diez años en Girón, o a través de la malintencionada distorsión de la realidad a que suelen prestarse algunos intelectuales. Muchas veces hablamos de la presencia y el desarrollo del hombre nuevo; pero tengamos bien claro que esa denominación debe incluir también al escritor nuevo, y este no puede ser de ninguna manera un ser intocable, poco menos que sagrado, situado en una remota e inaccesible plataforma desde la cual lanza sus juicios, tan apresurados como inexorables, sobre lo que sucede día a día en una América Latina que se debate por su libertad y que en esa brega da su sangre y depura su pensamiento. El escritor nuevo es sencillamente un trabajador y un revolucionario más, alguien que espontáneamente se bajó del falso estrado, de la altivez retórica, para integrarse con el prójimo y aprender de él, crear con él: el escritor nuevo es un revolucionario que sabe que la Revolución empieza en la actitud y sigue en las palabras, pero que es perfectamente consciente de que las palabras sin actitud no son éticamente válidas.

Cuando reafirmamos nuestra confianza en la Revolución Cubana y su nunca desmentido afán de justicia; cuando compartimos los términos de la digna respuesta de Haydee Santamaría, directora de la Casa de las Américas, al escritor Mario Vargas Llosa, no asumimos una actitud de obsecuencia sino de identificación.

Nuestro apoyo no tiene océanos de por medio. Desde un rincón de América Latina que vive un tramo decisivo de su itinerario hacia la Revolución, y en un momento en que tantos intelectuales súbitamente alarmados y extrañamente pudorosos le dan la espalda a la Revolución Cubana, hacemos una tregua en nuestra diaria lucha contra la oligarquía y el subdesarrollo, contra la penetración cultural del imperio y las leyes mordazas, para transmitir a los revolucionarios cubanos nuestra fraterna solidaridad.

Montevideo, 24 de mayo de 1971.

WALTER ACHÚGAR, CORIUN AHORONIA, MARIO ARREGUI, MARCOS BANCHERO, MARIO BENEDETTI, SARANDY CABRERA, MANUEL ARTURO CLAPS, RUBÉN DEUGENIO, FRANCISCO ESPÍNOLA, GERARDO FERNÁNDEZ, HUGO GARCÍA ROBLES, MARÍA ESTHER GILIO, MARIO HANDLER, JESUALDO, SILVA LAGO, CRISTINA LAGORIO, DANIEL LARROSA, GRACIELA MANTARAS, JORGE ONETTI, JUAN CARLOS ONETTI, NELLY PACHECO, HERNÁN PIRIZ, LUÍS ROCANDIO, CRISTINA PERI ROSSI, MARÍA CARMEN PORTELA, LUCIANA POSSAMAY, ALBERTO RESTUCCI, JUAN CARLOS SOMNA, CARLOS TRONCONE, TERESA TRUJILLO, DANIEL VIDART, IDEA VILARIÑO, JORGE WAINER, DANIEL VIGLIETTI, HIBER CONTERIS, JUAN CARLOS LEGIDO, MATILDE BINKE, HUGO ACHÚGAR, CARLOS NÚÑEZ.

Declaración del Comité de Escritores Bartolomé Hidalgo*

El Comité de Escritores Bartolomé Hidalgo del Movimiento de Trabajadores de la Cultura del Frente Izquierda de Liberación (FIDEL), ante la repercusión internacional suscitada por el caso Heberto Padilla y la actitud de Mario Vargas Llosa, así como la de quienes luego le siguieron en bloque, negando no solo el hecho contrarrevolucionario ocurrido, sino las propias confesiones de Padilla y sus amigos –que afirman invalidadas por supuestas compulsiones–, declara:

1) Que ratifica su solidaridad de todas las horas con la Revolución Cubana por su significado y proyección obvios y apoya la orientación en materia educativa y cultural expuesta por el Primer Ministro, comandante Fidel Castro, en su discurso clausura del Primer Congreso de Educación y Cultura, recientemente celebrado en La Habana; en síntesis: Con la Revolución, todo; contra la Revolución, nada.

2) Su absoluta discrepancia con quienes, confundidos por sus prejuicios de clase, por una concepción subjetiva de la revolución, y por su aristocratismo intelectual sobre el papel de los artistas y escritores en la sociedad, pretendiendo inclusive erigirse en árbitros de lo que debe ser la revolución social, colaboran mediante protestas públicas con el imperialismo y la reacción, suministrándoles material para su campaña de difamación no solo de Cuba sino de todo el sistema socialista y de las fuerzas revolucionarias del mundo.

3) Su certeza de que frente a amigos condicionales u ocasionales de la Cuba revolucionaria, cualquiera sea el daño producido por su confusión, sea el apoyo militante de millones de escritores y artistas de la América Latina y del mundo que, hombro con hombro con el

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de la Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 163 y 164.

pueblo trabajador, combaten a diario por la transformación radical de estructuras arcaicas y permidas.

RUBÉN ACASUSU, MARIO ARREGUI, ARIEL BADANO, RAMÓN BÁEZ, NOEL BARONE, MARIO BETANCOR, CARLOS BONAVITA, GLADYS BURCI, ALBERTO CARABALLO, SELVA CASAL, GLADYS CATELVECHI, GUILLERMO CHAPARRO, ENRIQUETA ESPINOSA, FRANCISCO ESPINOLA, MILTON FORNARO, GUILLERMO GARCÍA MOYANO, MANUEL GARCÍA PUERTAS, HUGO GARCÍA ROBLES, L. S. GDNI, ELIA DIL SALGUERA, HUGO GIORDANO, HUGO GIOVANETTI, ALFREDO GRAVIÑA, SAÚL IBARGOYEN ISLAS, ALTAMIDES JARDÍN, JESUALDO, JUCECA, MARIO LEVRERO, MANUEL MÁRQUEZ, SELVA MÁRQUEZ, PAULINA MOEIRO, JORGE MEDINA VIDAL, ALBERTO MEDINA, ARIEL MÉNDEZ, JULIO MIERES, CARLOS DA MOURIGAN, BELTRÁN MARTÍNEZ, FELIPE NOVOA, HERNÁN PIRIZ, CARLOS PUCHET, EFRAÍN QUESADA, JORGE SCLAVO, ENRIQUE SOBRADO, LEÓNIDAS SPATAKIS, ALBA TEJERA, LUIS A. THEVENET, LUIS ALBERTO VARELA, ENRIQUE WILLIAM, RUBÉN YACOVSKI.

Cable de Luigi Nono a Juan Goytisolo

Juan Goytisolo
Libre, 26 Rue de Bievre
París

En Santiago de Chile declaraciones mías sobre grave error político cultural primera carta por Padilla.

Te invito a suspender publicación revista *Libre* financiada por Patiño, verdadera ofensa moral a los mineros, bolivianos y a todos los compañeros de lucha latinoamericana.

Nueva carta vuestra publicada por *Le Monde* 22 de mayo es acto contrarrevolucionario contra Cuba revolucionaria socialista, contra cultura política en lucha antimperialista, como reciente Congreso Educación La Habana, y toda nueva realidad lucha latinoamericana demuestra.

De regreso viaje mío Chile, Perú, Venezuela, México, Cuba, en contacto directo con lucha radical socialista toda América Latina invito firmantes nueva carta a la razón revolucionaria, a la conciencia extraída real unidad lucha clase obrera, campesina, estudiantes europeos con compañeros revolucionarios latinoamericanos. De otro modo ustedes ayudan al imperialismo agresor.

Verdadera unión lucha socialista mundial impone salto cualitativo y nueva función revolucionaria práctica también a cultura europea, si se quiere nombrar a Lenin, Marx, Gramsci, Ho Chi Minh, Turcios Lima, Che Guevara, Inti Peredo, Marighela, Fidel, Allende, Cabral, Douglas, Davis, Seale, sin ofenderles sin traicionarlos y lucha toda por comunismo.

Declaración de la Casa de las Américas*

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes.

JOSÉ MARTÍ: «Nuestra América»

La prensa del mundo capitalista viene realizando una infame campaña contra Cuba, aparentemente basada, primero, en que un escritor, Heberto Padilla, había sido detenido aquí; y luego, en que ese escritor había reconocido sus actividades contra la Revolución en una carta pública, y —ya liberado, y a petición expresa suya— en un acto en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, donde de modo espontáneo instó a otros escritores a reconocer igualmente sus errores, cosa que unos hicieron y otros no. Para cuantos asistimos a aquella reunión en la UNEAC, fue evidente que esos escritores se manifestaron libremente, dándose incluso el caso de quien rechazó las inculpaciones que le hiciera Padilla. Por otra parte, el que, por actividades contrarias a la Revolución, sea aprehendido un escritor, no es distinto al caso de cualquier otro ciudadano, de quien el escritor no difiere sino por la especificidad de su trabajo: lo que a su vez supone una manera específica de cooperar con la Revolución o de oponérsele.

Para nadie es un secreto que Cuba es uno de los países revolucionarios más combatidos en el mundo; que la cercanía de los Estados Unidos se traduce en constantes tentativas de infiltraciones y en una amenaza perpetua de agresión; que Gobiernos títeres del continente mantienen en activo campos de entrenamiento de futuras tropas invasoras; que nuestro país, en fin, vive en permanente tensión, sabiendo que lo que

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 147-149.

el Gobierno de los Estados Unidos realiza en la península indochina, a millares de millas, planea intentarlo de un momento a otro a solo noventa millas de sus costas. Ningún cubano puede olvidarlo un solo instante. Pero esto es solo un aspecto de la lucha a muerte que nuestro país, avanzada geográfica del socialismo, libra contra el imperialismo norteamericano. Es igualmente imposible olvidar que dentro de nuestras fronteras, donde luchamos por construir una sociedad más justa, donde ya el pueblo es dueño de su destino, existe sin embargo una variada «quinta columna» (la imagen española, clásica, es insustituible) que va desde el saboteador de una maquinaria hasta el zapador ideológico —de acuerdo con la especificidad de cada tarea—. Y la Revolución, para sobrevivir, debe defenderse tanto de invasores como de saboteadores y zapadores. Esperar que no lo haga así, pedirle que no lo haga así, es hacer causa común con nuestros enemigos. Y prestarse a una ruidosa campaña internacional contra Cuba porque Cuba se ve obligada a aprisionar a un ciudadano —escritor o no— por actividades contrarias a la Revolución que ese ciudadano reconoce haber realizado; propalar la infamia de que ese reconocimiento fue obtenido por medidas coercitivas que la Revolución Cubana no ha empleado ni empleará jamás ni siquiera contra sus peores enemigos, como lo saben los invasores de Girón, muchos de los cuales reconocieron también sus errores, mientras se confesaban además encargados de las tareas culinarias del único ejército en la historia que tuvo más cocineros que soldados; recordar, para reforzar esa tesis canallesca, experiencias pasadas del socialismo cuyo acercamiento al caso de Cuba sería una prueba de holgazanería mental si no lo fuera de crasa indignidad; y hacer todo esto a través de los regocijados canales de la prensa capitalista internacional, es prestarle el mejor servicio al imperialismo norteamericano, convertirse en peones conscientes o no del mismo, que es lo que han hecho cuantos han participado en esta ridícula farsa. Ella ha reunido a ideólogos de incurable paternalismo que aplaudían en la Revolución Cubana el que (según ellos) careciera de ideología, y no le han perdonado que la tenga y sea marxista-leninista; renegados de partidos revolucionarios: colonizados sin remedio; colaboradores de *Mundo Nuevo* (es decir, de la CIA), que ahora se preparan al relevo en la revista que sarcásticamente llaman *Libre*; becarios de fundaciones yanquis; gusanos, señoritos y algunos escritores y artistas extraviados, varios de los cuales se han dado ya cuenta de su error.

En realidad, esta alharaca no es sino un capítulo de un proceso que comenzó hace muchos años, con los primeros desertores de la Revo-

lución, quienes invariablemente la han acusado de haber traccionado sus ideales, cuando son ellos quienes los traicionan y no menos invariablemente se pasan a las filas del imperialismo. Después de haberse servido de la Revolución, de haber adquirido prestigio —y a veces incluso nombre— gracias al fingido acercamiento a su causa, aunque a buena distancia de los deberes concretos, reniegan de sus exigencias, de sus dificultades, de su grandeza, de sus esfuerzos, y magnifican grotescamente a quienes dentro de nuestras fronteras hacen eco a sus flaquezas.

No sería acertado decir que todos —o siquiera la mayoría— de quienes han participado en esta campaña son agentes a sueldo del enemigo: no es necesario. Lo que sí es evidente es que la campaña misma tiene el inequívoco sello de las que promueve el imperialismo. Y es que estos escritores supuestamente libres, estos pariguales de los que Martí en su época llamó de tantas maneras acertadas («lindoros», «olimpas de pisapapel»), no necesitan ser agentes a sueldo del enemigo (aunque no pocos lo sean): ellos hacen libremente... lo que la CIA sabe que ellos harán libremente. Basta con alebrestrarles sus temores, con agitarles el fantasma del anticomunismo o recordarles las durezas de una Revolución verdadera que para ellos significaría el fin de una vida muelle.

¿Acaso cuando el Che desapareció de Cuba no fueron escritores así los que contribuyeron a difamar a nuestra Revolución propalando los rumores más sombríos? En el fondo de esos rumores estaba el plan de la CIA, pero para desempeñar un papel en ese plan no era menester recibir dineros ni instrucciones: nadie en la CIA se ha opuesto a que lo hicieran gratis. El hecho se ha repetido en cuantas ocasiones se han presentado, y esta es una más —solo que la última que protagonizan como dialogantes con Cuba—.

La Casa de las Américas —cuya política cultural ha sido, es y será inequívocamente fiel a las exigencias profundas de nuestra Revolución, y por ello a la audacia creadora— rechaza las indignas acusaciones a nuestra Revolución, que deshonran a quienes las hacen, y confía en los verdaderos escritores y artistas revolucionarios de nuestra América, quienes sabrán expresar su solidaridad fraternal con la revolución latinoamericana, la de Simón Bolívar y José Martí, la de Che Guevara y César Vallejo, la de Camilo Torres y José Carlos Mariátegui.

La Habana, 26 de mayo de 1971.

Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla*

RODOLFO WALSH

Antes de referirme al caso Padilla, quisiera limitar la importancia del tema para los argentinos, dentro del campo ya limitado de la actividad intelectual. Aquí hemos tenido en menos de dos años el asesinato de un periodista en plena calle, el secuestro y asesinato de un abogado, la prisión del presidente de la Federación Universitaria y otros dirigentes estudiantiles, la clausura de un periódico de los trabajadores, la condena judicial de un novelista, el veto a la mejor película de nuestro cine. Todo eso, creo, debe preocuparnos más que los treinta y siete días de encierro y la posterior humillación del poeta cubano.

Sin embargo el tema nos viene impuesto desde fuera con tanta ansiedad que parece que no pudiéramos eludirlo. Sesenta y dos intelectuales, en su mayoría europeos, han descubierto en el caso Padilla el motivo para romper con la Revolución Cubana. Algunos son creadores importantes, otros no. Algunos han actuado políticamente; para otros la política es tan ajena como la astrofísica. Por lo menos uno de ellos ha ejercido sobre otro de ellos un tipo de censura intelectual: Carlos Franqui, director de *Revolución* en 1960, expurgó de su transcripción de *Huracán sobre el azúcar* el capítulo dedicado a la guerrilla urbana. El propio Sartre, director de *Les Temps Modernes*, recibió en 1957 del corresponsal de France Presse treinta carillas sobre los fusilamientos en la Argentina, y no las publicó.

* Aparecido por vez primera en *La Opinión* (26 de mayo de 1971). La revista *Casa de las Américas* lo publicó también en la sección «Al pie de la letra», en su número 67, julio-agosto de 1971. La versión que damos aquí la tomamos de *Cuadernos de Marcha*, No. 49, mayo de 1971, pp. 30 y 31. Hemos manteniendo el título original con que lo dio *La Opinión*.

Después del arresto de Padilla y ante un primer ultimátum de los intelectuales, Fidel Castro pronuncia un tormentoso discurso contra la «semizquierda» intelectual de los latinoamericanos que «viven en los salones burgueses a mil millas de los problemas». Las agencias noticiosas recogen los epítetos: «ratas intelectuales», «canallas», «descarados». Ese lenguaje causa consternación en Europa, parece estalinista. En realidad es cubano, casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: «Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol».

El discurso de Fidel precipita la carta de ruptura. Ya el estalinismo no es una hipótesis: es una certeza que crece sobre el orgullo herido. Mario Vargas Llosa ha creído reconocer en la sintaxis de Padilla el influjo policial. Se supone, por ejemplo, que cuando Padilla dice «Yo he sido un cliché del desencanto» la frase se la sopla un funcionario de Seguridad, quizá desencantado. En tres semanas, océano de por medio, sin evidencias, contrariando incluso la evidencia del correspondiente francés que revisa físicamente a Padilla, los sesenta y dos intelectuales concluyen que su autocrítica solo puede haberse obtenido mediante la tortura.

Excluyen la posibilidad de que la autocrítica sea sincera: o bien insincera pero dictada por la conveniencia de cualquier prisionero; y por último que Padilla, conocedor de la resonancia que un texto como el suyo iba a tener, haya elegido esa vía para librar una nueva batalla contra el Gobierno de su país.

Todo el procedimiento de los sesenta y dos intelectuales me parece de una formidable ligereza. Ellos pueden ignorar lo que significó el estalinismo como construcción de un país, no pueden ignorar lo que significó en su aspecto represivo: la liquidación física de toda una dirección revolucionaria, el fusilamiento de escritores, el asesinato de Trotski y el exterminio de centenares de miles de hombres del pueblo. ¿Dónde está el paralelo? Encandilados por la semejanza externa de un procedimiento, olvidan todo lo que hasta ayer los convirtió en defensores de la Revolución Cubana y trasladan mecánicamente la Rusia de 1937 a la Cuba de 1971. Cuando el cielo es convertido así en repentino infierno, yo pienso que el método es un arrebató, y el resultado una caricatura.

Hay todavía en ese texto dos cosas que me suenan deshonestas. La primera es el recurso al estalinismo como amuleto verbal para exorcizar fuera del continente europeo los demonios de la propia represión. La segunda, esa pretensión de que el caso Padilla «no nos alarma por tratarse de un escritor sino porque cualquier otro compañero cubano pueda ser también víctima de una violencia y humillación parecidas». Yo pienso que si en diez años de relación con la Revolución no han descubierto a «cualquier otro cubano» humillado, es, o bien porque no existe o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores.

De Francia, de donde nos llega esta carta, también llegan a América Latina los tanques AMX-13, los aviones Mirage y los helicópteros antiguerrilla. ¿Quién podría asegurar que las palabras y las armas no se complementan: que una protesta contra supuestas torturas en Cuba no contribuirá a legalizar torturas reales en Brasil, Guatemala, Argentina? Estoy seguro de que esa no es la intención de los sesenta y dos intelectuales, pero si alguno de ellos reflexiona más profundamente sobre el tema, quizás tengamos alguna nueva autocrítica, redactada esta vez a orillas del Sena.

Cable de intelectuales ecuatorianos*

HAYDEE SANTAMARÍA –DIRECTORA DE LA CASA DE LAS AMÉRICAS– LA HABANA. «FRENTE ATAQUES ESCRITORES SEUDORREVOLUCIONARIOS, RATIFICÁMOSLE FÉRREA ADHESIÓN REVOLUCIÓN CUBANA. CORDIALES SALUDOS».

OSWALDO GUAYASAMÍN, PRESIDENTE CASA CULTURA [DE ECUADOR].

ESCRITORES: PEDRO JORGE VERA, ENRIQUE NOBOA ARIZAGA, DARÍO MOREIRA, CRISTÓBAL GARCÉS LARREA, EUGENIA VITERI, FERNANDO CAZÓN, CARLOS ARAUZ, ROLANDO MONTESINOS.

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de la Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, p. 165.

A los firmantes de la carta al Primer Ministro*

Las calumniosas cartas dirigidas al Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, desnudan totalmente la actitud de los firmantes, no solo ante nuestro pueblo, sino ante todos los pueblos revolucionarios.

La infamia de afirmar que en nuestro país pueda practicarse la violencia física o moral contra un detenido por actividades contrarrevolucionarias, revela la coincidencia absoluta con el imperialismo yanqui y sus más desvergonzados voceros, quienes no se han cansado de utilizar argumentos similares contra Cuba y todos los pueblos que luchan por su liberación y por el socialismo. De hecho, ustedes se convierten en voceros del imperialismo. Asumen el repugnante papel de difusores de las mentiras del enemigo de la verdadera dignidad humana, del que sí ha organizado y organiza cacerías, mascaradas y juicios prefabricados contra todo aquel que lucha contra su corrompido sistema.

Por supuesto, no aceptamos la «vehemencia» que dicen haber observado en la defensa de nuestra Revolución. La vehemencia es un acto que se ejerce en la defensa militante e irrestricta de la Revolución, no el tímido palabreo de circunstancias para satisfacer el esnobismo y la vanidad. Por lo demás, el haber recurrido a la firma de traidores a nuestro pueblo es la señal más clara que exhiben sus intenciones obviamente contrarrevolucionarias.

Sus petulantes reconvenciones y «consejitos» son inadmisibles. Es hora ya de que los bufones de la burguesía abandonen ese papel de jueces planetarios de revoluciones que no hacen ni harán, por los hermosos riesgos que ellas comportan.

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de la Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 146 y 147.

Nuestro pueblo, que hace doce años dejó de ser víctima del sistema represivo y expoliante imperialista y que ha sabido enfrentar y pulverizar todas sus agresiones, tiene un claro concepto de la justicia, pero no de la justicia en abstracto, sino de la profunda justicia revolucionaria.

Nuestro pueblo, liberado, dueño de sus destinos, empujado en lucha frontal contra sus enemigos y amanuenses vergonzantes, es hacedor de su cultura, neta y radicalmente humana, revolucionaria, en suma.

Ustedes se han encargado de inscribirse dentro de las campañas más insidiosas contra nuestra Revolución. Esto produce un deslinde que, por necesario, es saludable. Para Cuba, para los pueblos de la América Latina, nada significan, ni en el arte ni en la política, quienes lanzan declaraciones irresponsables y deshonestas contra nuestro pueblo. En esta hora de precisiones ideológicas, ustedes han optado por el campo enemigo.

MIRTA AGUIRRE, ALICIA ALONSO, FERNANDO ALONSO, SANTIAGO ÁLVAREZ, LOIPA ARAÚJO, MARTA ARJONA, FÉLIX BELTRÁN, ALEJO CARPENTIER, SERGIO CORRIERI, SERGIO CHAPLE, ROBERTO DÍAZ, ELISEO DIEGO, MANUEL DUCHESNE CUZÁN, JORGE ESQUIVEL, SAMUEL FEIJÓO, LINA DE FERIA, OTTO FERNÁNDEZ, ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, JOSÉ LUCIANO FRANCO, JULIO GARCÍA ESPINOSA, ENRIQUE GONZÁLEZ MÁNTICI, NICOLÁS GUILLÉN, CAMILA HENRÍQUEZ UREÑA, SARAH ISALGUÉ, FAYAD JAMÍS, ONELIO JORGE CARDOSO, EDDY LÓPEZ, RAÚL LUIS, JUAN MARINELLO, ZOILO MARINELLO, SALVADOR MASSIP, JOSEFINA MÉNDEZ, MANUEL MORENO FRAGINALS, LISANDRO OTERO, LUIS PAVÓN, FÉLIX PITA RODRÍGUEZ, MIRTA PLA, JOSÉ ANTONIO PORTUONDO, SIDROC RAMOS, RAQUEL REVUELTA, JULIO LE RIVEREND, MARIANO RODRÍGUEZ, RAFAEL SOMAVILLA, LUIS SUARDÍAZ, ROBERTO VALDÉS ARNAU, CINTIO VITIER.

Declaración de los cineastas cubanos*

En las últimas semanas algunos intelectuales latinoamericanos y europeos han desatado una campaña de difamación contra la Revolución Cubana.

Es necesario desenmascarar a este coro de plañideras, a estas voces serviles, que no han tenido en la vida más objetivo cultural que el de separar la cultura de los objetivos de la vida.

Es obvio para todos, menos para los farsantes, que la Revolución ha rechazado siempre disimular sus dificultades acudiendo a falsos expedientes. El discurso crítico de Fidel del 26 de Julio del año pasado es harto elocuente en este sentido. Ignorar, o fingir ignorar, esta línea que la Revolución ha practicado consecuentemente, es, cuando menos, hacer un triste papel como «críticos imparciales, objetivos e independientes». Ignorar, o fingir ignorar, que la Revolución, frente a sus problemas y dificultades, ha reafirmado la opción de democratizar aún más el proceso, es, cuando menos, canallesco e infame. Hablar de obreros y campesinos cuando estos conocidos intelectuales son reconocidos abanderados de todas las expresiones elitistas de la cultura, es, cuando menos, risible si no fuera oportunista.

Es tan burdo y farsesco el espectáculo que han montado, que algunos, ante tanta pobreza y mezquindad humanas, han decidido ya abandonarlo.

¿Es que esos medios de comunicación que tan solícitamente divulgaron nuestras críticas y errores y que, hoy, tan bondadosamente difunden semejantes calumnias, no han estado informando sobre las

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de la Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 149-152.

medidas reales y concretas que la Revolución ha estado tomando para reactivar todo el movimiento de masas en nuestro país? ¿Es que no se han enterado o no se han querido enterar de los pasos que la Revolución ha llevado a cabo para hacer más eficaz la participación de los trabajadores en sus centros de trabajo, la participación de los estudiantes en sus centros de enseñanza? ¿Es que nadie le ha dicho o nada han querido oír del sistema de asambleas y plenarias –verdaderos parlamentos revolucionarios– donde trabajadores, técnicos, administradores y dirigentes analizan críticamente los problemas del país y de la producción? ¿Es que no les ha llegado, aunque sea en la forma insidiosa de ciertas agencias cablegráficas, que en Cuba no se aprueba una sola ley fundamental sin someterla primero al análisis y discusión de todo el pueblo? ¿Es que no han sido favorecidos, acaso, con alguna noticia sobre los mecanismos que se ensayan para hacer del poder popular una realidad nada ambigua aún a nivel local, de distrito o de barrio? ¿Es que no les ha rozado siquiera la sensibilidad –que tan esmeradamente desarrollan– sentir que la Revolución Cubana, en medio de sus actuales dificultades, reafirma una vez más su solidaridad militante con todos los movimientos de liberación, con todos los movimientos auténticamente revolucionarios y antimperialistas de nuestro continente?

¿De qué libertad de expresión hablan? ¿De la de una minoría? ¿Es que un intelectual verdaderamente revolucionario puede aspirar a cristalizar en unos pocos la libertad de expresión? ¿Es que un intelectual revolucionario puede aspirar seriamente a eternizar su papel de médium o de intermediario? Lo específico de un intelectual no consiste en pensar para que otros trabajen, en hablar para que otros actúen. El objetivo de una revolución es justamente propiciar el proceso que facilita superar la división del trabajo. El socialismo no se realiza en la libertad de expresión de una minoría. La libertad de expresión de una minoría no es más que eso, la libertad de expresión de una minoría. Y casi siempre algo más: el dominio aristocrático, elitario, de esa minoría. En el socialismo lo importante será precisamente lo contrario, que la libertad de expresión, la actividad crítica, sean posibilidad de todos, y no posibilidad exclusiva de una minoría. ¿De qué palabra mancillada, de qué abyección del lenguaje hablan? ¿No es evidente para todos, menos para los fariseos, que es en los países de capitalismo desarrollado donde la palabra ha perdido toda su fuerza? ¿No es evidente que es en los países capitalistas donde más se habla y se escribe para que nada cambie y varíe? ¿No son precisamente

algunos intelectuales llamados de izquierda los que han contribuido a esta degradación e inutilidad de la palabra? En un proceso revolucionario la palabra es rescatada. En un proceso revolucionario la palabra adquiere de nuevo todas sus potencialidades. Aun las palabras más pobres y torpes adquieren un significado. Y es que en un proceso revolucionario la libertad para hablar no es solamente la libertad para hablar, sino es, sobre todo, la libertad para cambiar las cosas. Cuando la libertad para hablar no es sinónimo de libertad para cambiar, cuando la libertad para hablar se vuelve un juego de salón o un detonador para tranquilizar malas conciencias, entonces es vergonzoso y ridículo seguir hablando. Es el momento de utilizar otros medios para que, entre otras cosas, vuelva a tener la palabra su verdadera integridad y el lenguaje su significado real.

No queremos incondicionales como tampoco necesitamos asalariados dóciles como dijera el Che. Pero igualmente rechazamos a los titulados «independientes y objetivos». ¿Independientes de qué y de quién? ¿De la Revolución, de sus múltiples tácticas, de las mil vicisitudes por las que atraviesa un proceso revolucionario? ¿Objetivos e imparciales en un mundo que nos plantea una pelea monstruosamente desigual? ¿Objetivos frente al imperialismo norteamericano? ¿Frente a un imperialismo que controla económicamente la mayor parte del mundo, que tiene bases y efectivos militares en todos los rincones del mundo, que dispone de los medios de comunicación y de información más poderosos del mundo? ¿Objetivos, como suelen subrayar, para dar «una imagen del mundo más compleja y contradictoria, más allá de todo maniqueísmo político, para evitar toda simplificación sobre los términos derecha e izquierda»? ¿Objetivos para no temer decir «su verdad» aunque se eche leña al horno imperialista? ¿Objetivos para hacer del cinismo una virtud? ¿Objetivos para placer y deleite de todas «las mayorías silenciosas»? El objetivo de estos «objetivos» no es más que el de rechazar toda alternativa revolucionaria frente a los maniqueísmos, simplificaciones y análisis que sirven, efectiva y eficazmente, solo al enemigo. Frente a los éxitos del socialismo no han dejado nunca de mostrar su espíritu pequeño-burgués. Frente a los errores del socialismo no han dejado nunca de demostrar su pequeñez burguesa.

No queremos incondicionales, pero tampoco condicionados. Condicionados por una cultura que fragmenta al hombre y lo reduce. Condicionados por una cultura que, para ser tal, no necesita de nuestra historia, de nuestras artes, de nuestras luchas. Condicionados por una

cultura que, en cambio, exige de nosotros, para ser cultos, el conocimiento de sus artes, de su literatura, de su historia. Condicionados por una cultura que solo ha necesitado de nosotros nuestras materias primas. Condicionados por una cultura que divide al mundo entre los que hacen la cultura y los que la consumen. Condicionados por una cultura que se autocomplace en dividir al hombre-escritor del hombre-político.

¿Quiénes, sino estos llamados intelectuales de izquierda son los verdaderos artífices de la fuga de cerebros que padecen nuestros países? ¿Quiénes, sino ellos, han elaborado las más refinadas teorías para eximir de toda responsabilidad política concreta a nuestros técnicos, a nuestros profesionales, a nuestros científicos? ¿Quiénes, sino ellos, han justificado la idea de que la patria se encuentra allí donde mejor se les cotiza? ¿Quiénes, sino ellos, los encargados de mostrar y demostrar que es en las metrópolis donde existe la única posibilidad de realización personal? ¿Quiénes sino ellos contribuyen a sembrar confusión, desarraigo y aislamiento entre algunos intelectuales que, aceptando y defendiendo la Revolución, y permaneciendo en sus países, ven frenado su propio desarrollo revolucionario y su final encuentro con el pueblo? ¿Quiénes, sino ellos, los que exportan e importan una cultura que no tiene nada que ver con las necesidades reales de nuestros pueblos? No les basta con que el imperialismo nos asfixie y bloquee inmisericordemente. No les basta con que el imperialismo cuente con todos los medios materiales para saquearnos y explotarnos. Tienen la necesidad, además, de hacer ver que solo en las metrópolis se puede desarrollar la cultura.

El caso de algún que otro intelectual cubano y de sus posiciones es consecuencia de esta aberración de la cultura, de la política y del hombre. Y no se puede minimizar lo que refuerza una corriente que atenta contra nuestros países y que ni es pequeña, ni carece de medios, propios y ajenos, para imponerse. No se pueden minimizar casos en los que se ha llegado inclusive a facilitar, conscientemente, información tendenciosa y tergiversada a enemigos declarados. Ni se pueden falsear ni distorsionar impunemente los procesos ideológicos que conducen a una rectificación. Pretender, mediante simulaciones y calumnias, invalidar una rectificación que les desenmascara, no tiene más objetivos que ese: invalidar una rectificación que les desenmascara. El subdesarrollo no es un juego para nuestros países ni es un motivo de inspiración para sensibilidades estériles. Un escritor ha rectificado. En buena hora para él y para los que, como él, se disponen

a cambiar de armas. Eso es lo importante. Disponer de un mínimo de sensibilidad para precisar bien dónde está el enemigo y quién es el verdadero enemigo. Un mínimo de sensibilidad para saber jerarquizar los problemas. Un mínimo de sensibilidad para no estar fuera del juego, por encima del fuego o debajo del suelo. Un mínimo de sensibilidad para ver cómo el imperialismo acosa a Chile, provoca al Perú y ensangrienta a nuestro continente. Un mínimo de sensibilidad para ver como la SIP y demás «libres pensadores» preparan el camino para la agresión directa. Un mínimo de sensibilidad para hablar menos de abundancia, de sociedades de consumo y de otros eufemismos. Un mínimo de sensibilidad para ver como, a pesar de años de explotación y de saqueo imperial, no han sido capaces de resolver, en sus propias sociedades, los problemas masivos de la salud, de la enseñanza, de la vivienda, del desempleo. Un mínimo de sensibilidad para ver como después de años de pillaje y discriminación no han sido capaces de crear otra cosa que una sociedad prostituida, corrompida, llena de parásitos, derrochadora y bochornosamente productora de bienes superfluos. Un mínimo de sensibilidad para ver que talentos como los de los señores Karol y Dumont no disponen del tiempo necesario para desarrollar este tipo de sensibilidad. Ellos también son «objetivos e imparciales». Ellos también entienden que es oportunista e inaceptable para su conciencia individual callar «su verdad» ante el temor de echar leña al fuego imperialista. Ellos también nos hacen un gran favor aunque los pobres subdesarrollados no se lo podamos agradecer. Ellos también «luchan» por el socialismo aunque para ello tengan que destruir el socialismo. Es una lástima que no puedan analizar con igual desenvoltura sus respectivas realidades. Para nosotros estos señores no son ingenuos. Y si no son ingenuos son cómplices, como suelen decir ellos mismos. Para nosotros son sencilla o complicadamente agentes del enemigo. Porque quienes señalan las dificultades del socialismo para sembrar en los pueblos el escepticismo y la desconfianza ante sus propias y reales posibilidades, no pueden ser otra cosa que agentes del enemigo. Quienes se aprovechan de las diferencias y divisiones del campo socialista para obstaculizar y oscurecer aún más el camino de nuestros pueblos, no pueden ser otra cosa que agentes del enemigo. Nadie puede ignorar que una de las armas más poderosas que todavía tienen hoy los imperialistas es el escepticismo que han logrado inculcar sobre la opción socialista. Nadie puede ignorar que cualesquiera que hayan sido los problemas del socialismo, hoy, gracias al socialismo,

el país menos desarrollado de Europa socialista, tiene un nivel de vida que los países de América Latina con todas sus Alianzas para el Progreso aún no han podido ni remotamente lograr. No se trata de silenciar nuestros errores que hemos sido y somos los primeros en analizar. Se trata de rechazar revolucionariamente el ataque solapado, la crítica insidiosa, el análisis «imparcial», que prepara el camino, que reblandece la opinión para facilitar la agresión directa del enemigo. A nadie se le ocurriría pedir a Vietnam que dedique sus esfuerzos a hacer estos «análisis críticos». A nadie se le ocurriría pedir a Vietnam que asuma una actitud «objetiva e imparcial» frente al imperialismo. Por la sencilla razón de que Vietnam está en guerra, por la sencilla razón de que los revolucionarios estamos en guerra. Y lo que sucede, sencillamente, es que estos intelectuales «independientes», «imparciales» y «objetivos», no están en guerra con el imperialismo.

Desde esta plaza sitiada, como dijera Fidel, nos solidarizamos resueltamente con el grito de independencia cultural dado en La Habana en nuestro Primer Congreso de Educación y Cultura.

PATRIA O MUERTE

La Habana, 27 de mayo de 1971.

Gonzalo Rojas: «Estas cartas son un ataque artero, imperial»*

JULIO HUASI

SANTIAGO DE CHILE, MAYO 28 (PL) – «Se está jugando con la palabra libertad. No hay mayor libertad que en Cuba. La única libertad de los escritores es la libertad de sus pueblos», expresó hoy el poeta chileno Gonzalo Rojas en entrevista exclusiva con Prensa Latina.

Gonzalo Rojas es un poeta que a pesar de su producción parca ha ganado un sitio en el panorama de la poética latinoamericana, especialmente a partir de su libro *Contra la muerte*. Nacido en 1917 en Lebu, en la legendaria zona de Arauco, al sur de Chile, en el hogar de un minero del carbón, llegará a ser catedrático de la Universidad de Concepción y organizador vocacional de encuentros de escritores.

Sin militancia partidaria, sin embargo, Gonzalo Rojas toma partido por las causas de la liberación de los pueblos. En 1970, siendo director del departamento de extensión de la Universidad de Concepción, rechazó en una esquila concisa la solicitud de la División de Asuntos Culturales de la Organización de Estados Americanos (OEA) para incluir poemas suyos en una antología de ciento veinte vates nacidos en el continente, por considerar –así lo expresó en la respuesta formal– que ese organismo es «efectivamente, un ministerio de colonias del imperialismo norteamericano».

El sábado 29 de mayo, Gonzalo Rojas partirá hacia Pekín para hacerse cargo de la Consejería de la embajada chilena en China, luego de nueve días de tránsito por Madrid, París y Roma, llevando en su maleta los originales de un nuevo libro que titula simplemente «Escritura».

* Tomado de un despacho de Prensa Latina fechado el 28 de mayo de 1971. Fue reproducido en parte en la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 190 y 191.

Acerca de los ataques a la Revolución Cubana que registra la carta de los sesenta y un escritores residentes en Europa, publicada originalmente en *Le Monde* y que las agencias noticiosas norteamericanas difundieron, Rojas opina:

«Estoy suficientemente informado al respecto y creo que la actitud de un trabajador intelectual, porque los escritores no somos sino eso, exige claridad frente al ruido llamativo que se ha hecho desencadenar luego de la autocrítica del poeta cubano Heberto Padilla. Habría que partir de un fundamento: se juega, o se ventila, a la luz de todas estas disquisiciones y cartas lamentables, el problema de la libertad del escritor. ¿Pero qué es la libertad de los pueblos? Los escritores no podemos ser sino intérpretes de nuestros pueblos y en ese sentido creo que en todo este asunto la carta de los sesenta y uno, la primera de Vargas Llosa, se está jugando con la palabra libertad. No he visto mayor libertad que en Cuba. Nuestra única libertad es la libertad de los pueblos de América y el Tercer Mundo, en su mayor parte sojuzgados. Aquí el pecado original del intelectual, el que nos dijera tan claramente el comandante Guevara, está tocando fondo en este instante con los episodios mencionados. Yo creo que no hay otra posición, ninguna otra, que la de asumir plenamente una conducta de plena coincidencia entre lo que uno piensa o escribe y uno hace. Esa es la única libertad de la obra y de la creación toda».

PRENSA LATINA: *¿Cuál era su pensamiento acerca de los fundamentos de las cartas de Vargas Llosa y de los otros residentes en Europa?*

GONZALO ROJAS: Mi más íntimo y entero pensamiento es que, quien no está con Cuba, con la Revolución Cubana, con la tentativa descolonizadora del congreso cultural de hace pocos días en La Habana, precisadas en las palabras del comandante Fidel Castro, ese no ha entendido hasta ahora nada de la Revolución Cubana o no ha querido entenderlo. Hay mérito estético en la obra de Vargas Llosa, pero me llama la atención su apresuramiento a no entender, a poner en tela de juicio a Cuba con la superficialidad dudosa que revela su carta. Es el mismo caso de los sesenta y un firmantes. Tanto apresuramiento a no entender es alarmante máxime tratándose de escritores, es alarmante el apresuramiento a no entender lo que es el proceso revolucionario en Cuba y en nuestra América.

PRENSA LATINA: *A su entender ¿qué existe en el trasfondo de esa contradicción?*

GONZALO ROJAS: Estas cartas de Vargas Llosa y los sesenta y uno lanzadas con llamativa prontitud creo que merecen un calificativo: son sospechosas, creo que esa es la palabra justa. Esto responde a la hipertrofia del yo que no ha sido causada en la obra y, por qué no decirlo, en la persona de Vargas Llosa y otros. Él no ha superado esa crisis que arrastramos todos pero que tratamos de corregir, esa hipertrofia, ese exceso del yo. La vanidad, el encantamiento infantil con la propia obra y con la propia persona.

PRENSA LATINA: *¿Se puede aceptar seducciones honoríficas y pecuniarias de centros considerados imperialistas, contratos, becas, etc., y a la vez decir que se es progresista o de izquierda?*

GONZALO ROJAS: Entiendo perfectamente el alcance de la consulta. Por mi parte aseguro, y lo he probado, que cualquier género de complacencias, como la del propio Vargas Llosa aceptando contratos en una universidad norteamericana, con estas becas, con estos seudohonores, no son más que una hipoteca del alma, de la mente del creador. No se puede estar con dios y el diablo, no se puede bailar en dos o tres lugares a la vez. Esto indica autocomplacencia y esa cosa tan sucia que es la dolarización del intelectual latinoamericano que debe su solidaridad con los pueblos de su continente expoliado precisamente por el dólar.

PRENSA LATINA: *¿Qué opina acerca de la traslación a América de esa dicotomía que usan los escritores residentes en Europa resumida en estalinismo versus liberalismo?*

GONZALO ROJAS: Lo que ocurre en América y en el Tercer Mundo es muy, muy distinto. Nosotros debemos asumir, sin esperar que en Europa así lo entiendan, una conducta revolucionaria. Tenemos que tener muy en claro que de lo que se trata es de la liberación de este lado del Tercer Mundo que es nuestra América Latina. Esa liberación hay que ganarla día a día con la tarea creadora y con el único proyecto de libertad posible que es la liberación total de nuestros pueblos. Por lo tanto, la acusación de estalinismo contra la Revolución Cubana me parece ridícula, risueña en boca de algunos.

»He tenido el honor de estar tres veces en Cuba. He auscultado el ámbito sociocultural, el juego de la realidad creadora en Cuba y jamás he podido apreciar esa falsa dicotomía. Ahora mismo, podría decir, porque estuve hace dos meses en Cuba, y en ningún momento pude ver ninguna marca o signo absurdo estalinista. Todo lo contrario, hay

siempre allí un oxígeno de libertad creadora suficiente y extraordinaria como para que cada uno realice su propia obra, eso sí, adentro de la Revolución, como corresponde. Ahora, lo que me extraña es la dilación, la lentitud para pronunciarse de ciertos escritores. Los artistas y escritores de Chile, y la América Latina entera, como ya ha sucedido en muchos casos, debemos salir rápidamente al encuentro de esta situación equívoca que se nos ha planteado desde Europa por gente demasiado alejada del drama latinoamericano. Debemos reunimos, por lo menos para suscribir un texto suficientemente nítido y claro para decir que este es un ataque artero, imperial. Ahí está el uso que están haciendo de esas cartas los medios informativos reaccionarios. Tenemos que suscribir un texto sólidamente vertebrado en lo ideológico para dejar en claro que a esta trampa, a esta insidia, debemos responder de una forma contundente y limpia que refleje nuestra posición y nuestra conducta. Debemos definir de una vez esta situación para que se sepa que el pensamiento creador de Chile y América está en el espíritu señalado por Fidel, Haydee Santamaría y por quienes han tenido la dignidad de hacerse una autocrítica, una autocrítica que debiéramos hacer constantemente cada uno de nosotros para saber si estamos al nivel de la lucha de nuestros pueblos. Es una oportunidad esta, como para que nosotros digamos claro que debemos luchar por la descolonización de este colonialismo insidioso, persistente, con su red, con su asedio que nos tiende día a día para atraparnos por el flanco en que parecemos más débiles: nuestros nombres, nuestra vanidad, nuestros famosos nombres, nuestra tendencia al personalismo por encima de nuestros pueblos».

Gabriel García Márquez sobre el caso Padilla*

Bogotá, 29. – Gabriel García Márquez, cuya novela *Cien años de soledad* lo colocó entre los escritores latinoamericanos más conocidos de los últimos tiempos, se alineó en el grupo de los intelectuales que dudan de la espontaneidad y sinceridad de la autocrítica de Heberto Padilla.

García Márquez, quien viaja hoy a Nueva York para recibir el grado *honoris causa* en letras que le ha otorgado la Universidad de Columbia, reafirmó sin embargo que no ha roto con la Revolución Cubana.

El escritor colombiano recibió un visado especial para visitar Estados Unidos, donde su entrada ha sido negada desde hace diez años, según revelación personal. Su posición frente al caso Padilla, así como ante el conflicto de un grupo de escritores latinoamericanos con el primer ministro Fidel Castro, anima la parte central de un reportaje al intelectual colombiano hecho por el periodista Julio Roca del *Diario del Caribe*, de Barranquilla, en el cual palpita una ardorosa defensa de la Revolución Cubana.

La ironía corrosiva y la crítica mordaz están dirigidas a los Estados Unidos y a algunos periodistas y periódicos en el reportaje a este escritor que se ufana de su enemistad infinita al orden imperante en Norteamérica. También está la parte reservada al humor, en el terreno personal: «Es bueno que se sepa que estas decisiones (la aceptación del grado) solo las consulto con mis amigos y en especial con los choferes de taxis». La dialéctica es tan pronto zumbona como grave, folklórica como profunda, matices que perfilan el carácter del colombiano oriundo del litoral atlántico, donde García Márquez nació hace cuarenta y tres años.

* Tomado de *Cuadernos de Marcha*, núm. 49, mayo de 1971, pp. 26-28.

La parte esencial del reportaje es la siguiente:

PREGUNTA: *¿Por qué ha aceptado un grado académico en un país sobre el cual sus opiniones no son precisamente benévolas?*

RESPUESTA: La Universidad de Columbia no es el Gobierno de los Estados Unidos, y es en cambio un reducto del inconformismo, de la honradez intelectual y de los tiradores de piedra que han de aniquilar el sistema democrático de su país.

PREGUNTA: *¿Es verdad que figura usted en cierto libro negro de visitantes indeseables para ese país?*

RESPUESTA: En efecto, los Estados Unidos me niegan la entrada desde hace diez años por motivos políticos. Esta vez han dado su brazo a torcer con una solución pintoresca: me conceden una visa limitada, por una sola vez, con advertencia expresa de que es para recibir el grado de la Universidad de Columbia.

PREGUNTA: *Su aceptación, ¿la consultó con los cubanos antes de comunicarlo a la Universidad de Columbia?*

RESPUESTA: El asunto tuvo un trámite confidencial de varios meses. Yo acepté desde marzo, pero estuve de acuerdo en que la noticia se mantuviera secreta hasta que la diera la propia universidad. Es bueno que se sepa que estas decisiones solo las consulto con mis amigos y en especial con los choferes de taxi de Barranquilla, que son los campeones del sentido común.

PREGUNTA: *¿Y cómo va a quedar usted ahora frente a los escritores latinoamericanos que rompieron públicamente con Castro?*

RESPUESTA: El conflicto de un grupo de escritores latinoamericanos con Fidel Castro es un triunfo efímero de las agencias de prensa. Tengo aquí los documentos relacionados con el asunto, inclusive la versión taquigráfica del discurso de Fidel, y aunque en efecto hay algunos párrafos muy severos, ninguno de ellos se presta a las interpretaciones siniestras que le dieron las agencias internacionales. Los corresponsales extranjeros escogieron con pinzas y ordenaron como les dio la gana algunas frases sueltas para que pareciera que Fidel Castro decía lo que en realidad no había dicho.

PREGUNTA: *¿Cuál es, entonces, su posición ante las cartas de protesta de los intelectuales al Primer Ministro cubano?*

RESPUESTA: Yo no firmé la carta de protesta porque no era partidario de que la mandaran. Sin embargo, en ningún momento pondré en duda la honradez intelectual y la vocación revolucionaria de quienes firmaron la carta.

PREGUNTA: *¿Eso quiere decir que los escritores no deben meter la cuchara en política?*

RESPUESTA: Lo que pasa es que cuando los escritores queremos hacer política, en realidad no hacemos política sino moral, y esos dos términos no siempre son compatibles. Los políticos, a su vez, se resisten a que los escritores nos metamos en sus asuntos y por lo general nos aceptan cuando les somos favorables, pero nos rechazan cuando les somos adversos. Pero esto no es una catástrofe. Al contrario, es una contradicción dialéctica muy útil, muy positiva, que ha de continuar hasta el fin de los hombres aunque los políticos se mueran de rabia y aunque a los escritores les cueste el pellejo.

PREGUNTA: *¿Está usted con o contra Castro en relación con el caso del poeta Heberto Padilla?*

RESPUESTA: Yo, personalmente, no logro convencerme de la espontaneidad y sinceridad de la autocritica de Heberto Padilla. No entiendo cómo es posible que en tantos años de contacto con la experiencia cubana, viviendo el drama cotidiano de la Revolución, un hombre como Padilla no hubiera tomado la conciencia que tomó en la cárcel de la noche a la mañana. El tono de su autocritica es tan exagerado, tan abyecto, que parece obtenido por métodos ignominiosos. Yo no sé si de veras Heberto Padilla le está haciendo daño a la Revolución con su actitud, pero su autocritica sí le está haciendo daño, y muy grave.

PREGUNTA: *¿Eso presupone, pues, la presencia del estalinismo en Cuba?*

RESPUESTA: Me atrevo a decirle una cosa: si de veras hay un germen de estalinismo en Cuba, lo vamos a saber muy pronto, porque lo va a decir el propio Fidel. Hay un antecedente: en 1961 hubo una tentativa de imponer métodos estalinistas; el propio Castro lo denunció en público y lo extirpó en su embrión. No hay ningún motivo para pensar que ahora

no ocurriría lo mismo, porque la vitalidad de la Revolución Cubana, su buena salud, no pueden haber disminuido desde entonces.

PREGUNTA: *En conclusión, usted no rompe con la Revolución Cubana...*

RESPUESTA: Por supuesto que no. Más aún: de los escritores que protestaron por el caso Padilla, ninguno ha roto con la Revolución Cubana, hasta donde yo sé. El propio Mario Vargas Llosa hizo esa advertencia en una declaración posterior a su famosa carta, que los periódicos la relegaron al rincón de las noticias invisibles. No. La Revolución Cubana es un acontecimiento histórico fundamental en la América Latina, y en el mundo entero, y nuestra solidaridad con ella no puede afectarse por un tropiezo en la política cultural, aunque ese tropiezo sea tan grande y tan grave como la sospechosa autocrítica de Heberto Padilla.

García Márquez agregó que había declinado una invitación de la Universidad de Harvard, por carecer de vocación pedagógica: «Pero si alguna vez me la descubro, trataría de vincularme a una universidad colombiana. Después de viejo me estoy volviendo patriotero hasta el punto de que acepté el grado honorífico de la Columbia, entre otras cosas, porque de algún modo es un homenaje a nuestro país».

Las prioridades del escritor*

MARIO BENEDETTI

Por fin explotó la bomba. Durante años, el asunto fue postergado, esquivado, pasado por alto. Pero estaba ahí. Si algo hay que agradecerle al episodio Padilla, es que de algún modo haya sido el detonante de un problema al que era urgente meterle mano: las relaciones entre cultura y revolución, u otros candentes subtemas como libertad, etc. De esa postergación todos somos de cierta manera responsables, desde los políticos revolucionarios hasta los intelectuales autotitulados (con razón o sin ella) de izquierda, pero la mayor responsabilidad cabe sin duda a los intelectuales, ya que si bien su profesión es, para decirlo algo esquemáticamente, *pensar*, ese pensamiento no debe ser un quiste mental, sino una capacidad en desarrollo, una forma de vitalidad, que siga, comprenda e interprete la quemante realidad contemporánea, y no se instale cómodamente en un estrado de pureza, sobre todo verbal, desde el cual dicte normas, formule exigencias, juzgue conductas y dictamine cómo deben ser las revoluciones y hacia dónde deben dirigirse.

Es claro que esa capacidad en desarrollo, para ser tal, debe sufrir constantes ajustes, algunos de los cuales pueden originar comprensibles rechinamientos en la formación burguesa del intelectual. No hay que olvidar que, unos más, otros menos, todos nos hemos educado en un contexto social y pedagógico absolutamente dominado por la burguesía. Aun aquellos técnicos, profesionales o artistas provenientes de las clases populares, han pasado por esa criba, y a la vista está que en el tránsito son inevitables las adherencias y los prejuicios que manufactura y promociona la burguesía. Pero es en ese rechinamiento

* Tomado de la revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, pp. 70-79.

provocado por sus aprensiones en este instante difícil, cuando el intelectual progresista se define. A partir de ese arduo trance, asumirá una condición definidamente revolucionaria o simplemente se inscribirá en el ala más o menos liberal de la burguesía. Tengo la impresión de que en este momento estamos asistiendo a coyunturas de ese tipo, y que esta vez se trata de una instancia verdaderamente decisiva.

Yo no diría que la nueva frontera ha de pasar entre los intelectuales revolucionarios, y los simplemente liberales (los definidamente contrarrevolucionarios hace rato que se decidieron, aunque algunos de ellos simulen haberse pronunciado solo ahora, frente al caso Padilla); más bien estimo que esa línea divisoria pasará entre los intelectuales que se atengan estrictamente a los esquemas que heredaron, y aquellos otros que decidan repensar la situación, repensarse a sí mismos y sin abdicar su condición de intelectuales o de artistas, otorgar prioridad a la revolución. En «El 18 brumario de Luis Bonaparte», escribió Marx:

No hay que compartir la limitada concepción de que la pequeña burguesía tiene por principio hacer triunfar su interés egoísta de clase. Ella cree, por el contrario, que las condiciones particulares de su liberación son las condiciones generales fuera de las cuales la sociedad moderna no puede salvarse ni evitarse la lucha de clases. No hay, pues, que imaginarse que los representantes demócratas son todos tenderos o que se entusiasman por estos. Pueden, por su cultura y su situación personal, estar separados de ellos por un abismo. Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede sobrepasar, los límites que el pequeño burgués no sobrepasa en su vida y que, por consecuencia, se ven teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a los que su interés material y su situación material impulsan prácticamente a los pequeños burgueses. Tal es, de una manera general, la relación que existe entre los representantes políticos y literarios de una clase y la clase que representan.¹

Frente a los recientes y estruendosos manifiestos de los intelectuales europeos, y latinoamericanos en Europa, parece muy claro que unos

¹ Carlos Marx: «El dieciocho brumario de Luis Bonaparte», en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas*, tomo I, Moscú, Ediciones en lenguas extranjeras, s.f., p. 279.

y otros no pueden «sobrepasar los límites que el pequeñoburgués no sobrepasa en su vida». Estos intelectuales de la izquierda europea (tanto los que provienen de los agrupamientos tradicionales como los que hoy se afilian a esa nueva impugnación que tanto seduce a Sartre) no han conseguido hasta ahora un solo triunfo en su propio salar geográfico. Pero eso mismo parece provocar en ellos una inconfesa fruición, ya que, de acuerdo con su formación y con sus esquemas, la derrota es artísticamente mucho más aprovechable que la victoria. Quizá por esa razón (y en esto los siguen fervorosamente los latinoamericanos de París o Barcelona) se muestran tan entusiasmados con la Revolución de Mayo, la de París, que fue una revolución frustrada, y tan agraviados con la Revolución Cubana, que es una revolución triunfante.

No hay que olvidar que la Revolución de Mayo, si bien tuvo un solo muerto (una persona que cayó al Sena), provocó en cambio doscientos cincuenta libros. Para el intelectual europeo, o para el latinoamericano que secretamente aspira a serlo, las revoluciones frustradas tienen la ventaja innegable de que no originan los desagradables, incómodos, trabajosos problemas que enfrenta una revolución en el poder. Y en cambio, qué buenos temas significan para el escritor. Goytisolo, Semprún, Fuentes y otros firmantes, lo saben mejor que nadie, con toda su secuela de frustraciones, amarguras, complejos de inferioridad, discusiones hasta la madrugada, equitativa distribución de culpas y etcéteras no menos aprovechables desde el punto de vista estético. Lástima que, por lo común, las revoluciones no se emprendan por motivos estéticos sino por razones de justicia social. Los intentos de liberación en la América Latina cuentan también con muchas derrotas (y por supuesto con muchos más muertos que la gesta de mayo), pero si bien no suelen originar centenares de libros, en cambio provocan nuevos intentos de liberación, cada vez más tenaces. La derrota del Moncada se transforma, años después en la victoria sobre la dictadura; los sucesivos reveses del FRAP en Chile se convierten luego en el contundente triunfo de la Unidad popular. Y los fracasos sufridos en Guatemala, Santo Domingo, Brasil, Bolivia, Argentina, Venezuela, más que temas adecuados para libros o artículos o manifiestos elucubrados desde Europa, son incanjeables lecciones para alcanzar las victorias que inexorablemente aguardan en el futuro a los actuales derrotados.

Curiosamente, no fue un europeo, sino un latinoamericano, el peruano José Carlos Mariátegui, quien en 1925 formuló opiniones tan lúcidas que podrían aplicarse sin más trámite a la situación actual:

Entre los descontentos del orden capitalista, el pintor, el escultor, el literato no son los más activos y ostensibles: pero sí, íntimamente, los más acérrimos y enconados. El obrero siente explotado su trabajo. El artista siente oprimido su genio, coartada su creación, sofocado su derecho a la gloria y a la felicidad. La injusticia que sufre le parece triple, cuádruple, múltiple, su protesta es proporcionada a su vanidad generalmente, desmesurada, a su orgullo casi siempre exorbitante. Pero, en muchos casos, esta protesta es, en sus conclusiones o en sus consecuencias una protesta reaccionaria.

Disgustado del orden burgués el artista se declara, en tales casos, escéptico o desconfiado respecto al esfuerzo proletario por crear un orden nuevo. Prefiere adoptar la opinión romántica de los que repudian el presente en nombre de su nostalgia del pasado. Descalifica a la burguesía para reivindicar a la aristocracia. Reniega de los mitos de la democracia para aceptar los mitos de la feudalidad.²

Los manifiestos europeos, sobre todo el de los sesenta y dos, tienen evidentemente un aire feudal, Sartre, los Goytisolo, Enzensberger, Moravia, Carlos Fuentes, Vargas Llosa y los demás, le comunican a Fidel Castro «su cólera y su vergüenza» por haber invadido su feudo. Padilla es escritor, *ergo* Padilla es inocente, y si él mismo admite sus culpas, seguramente ha sido torturado. Al parecer, los sesenta y dos opinan que solo con torturas es posible que un escritor admita sus culpas, porque un escritor, claro está, no puede ser culpable. ¿Saben los firmantes si en Cuba se cometieron injusticias contra algún tornero, algún estudiante, algún enfermero, algún biólogo, algún tractorista? Seguramente se habrán cometido, porque una revolución está hecha por hombres, y los hombres son tremendamente falibles. Pero ni a las agencias capitalistas ni a los intelectuales de *La Coupole*, les interesa

² José Carlos Mariátegui: «El artista y la época» (1925), en *El artista y la época*, Lima, 1959, p. 14. (La revista *Casa de las Américas* lo reprodujo también en el número 68 de septiembre-octubre de 1971, pp. 13-17).

averiguar posibles situaciones que no afecten al clan literario. Es cierto que en su manifiesto le tiran un eventual cabo a obreros y técnicos («no nos alarma por tratarse de un escritor, sino porque cualquier compañero cubano-obrero, técnico o intelectual puede ser también víctima de una violencia y una humillación parecidas»). Pero la verdad es que ignoran todo lo que no sea Padilla; la verdad es que nunca se han preocupado colectivamente por otros temas. «Yo pienso», dice el escritor argentino Rodolfo Walsh (en artículo publicado en *La Opinión*, 26 de mayo de 1971), «que si en diez años de relación con la Revolución no han descubierto a cualquier otro cubano humillado, es, o bien porque no existe, o bien porque en efecto les preocupa con preferencia la suerte de los escritores».

La Revolución Cubana podrá mantener una lucha titánica contra el cerco capitalista, contra la desigualdad social, contra las plagas, contra las bandas mercenarias, contra el subdesarrollo, contra el bajo nivel de cultura: pero en los últimos años esa brega no despierta adhesiones en el pudoroso equipo. Solo el caso Padilla pone a prueba sus reflejos y enciende su dignidad. El resto: que se pudra. Uno tiene la impresión de que los sesenta y dos: (¡qué modelo para armar!) estaban esperando, con visible ansiedad, el primer pretexto para desafiliarse. Tenían tan minuciosamente preparado el arsenal de acusaciones sobre torturas y estalinismo, que no perdieron tiempo en indagaciones, no corrieron el riesgo de averiguar que sus sospechas no tenían fundamento. Aquí mismo, en este Uruguay donde la policía viola diariamente la vida privada y familiar; donde los ciudadanos son confinados después que el juez decreta su libertad; donde se copia directamente del nazismo el liberticida y despótico registro de vecindad; donde el Ministro del Interior alienta a las bandas fascistas y estimula la delación; donde la censura no solo prohíbe determinadas palabras sino comentarios y hasta indirectas referencias a las mismas; donde la tortura policial ha sido denunciada y comprobada en investigaciones parlamentarias; aquí, en este Uruguay 1971, la prensa latifundista, banquera, entreguista, autocolonizada, tiene el descaro de mencionar la palabra miedo, en relación con el caso Padilla. Podría traer aquí mi testimonio de los años durante los cuales tuve estrecho contacto con la vida cultural de la Isla, y hasta podría decir que seguí de muy cerca el inicio de la actual situación. (Necesariamente, debo remitir al lector a mi artículo «Situación actual de la cultura cubana» aparecido en *Marcha*, 27 de diciembre de 1968, y posteriormente incluido en el volumen *Cuaderno*

cubano, Montevideo, Arca, 1969. Allí hice una detallada referencia a la primera fase del caso Padilla, cuando su libro *Fuera del juego* obtuvo el premio de poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, y su actitud fue acerbamente criticada en la revista *Verde Olivo*, bajo la firma de Leopoldo Ávila); podría dejar expresa constancia de que el miedo no es ingrediente de la Cuba actual: ni en el sector de la cultura ni en ningún otro campo; podría testimoniar que los sucesos políticos y las medidas que propicia el Gobierno son ampliamente discutidas por las bases, sin ninguna inhibición ni de parte de los dirigentes ni de parte de los ciudadanos; que la autocrítica es allí un hecho cotidiano, ejercido y asumido con toda espontaneidad, y sin que medie otro estímulo que no sea la muy lógica presión social en un país que diariamente está jugando su destino y su supervivencia. Esa naturalidad en el ejercicio de la autocrítica empieza por supuesto en la máxima dirigencia. ¿Quién habrá torturado a Fidel Castro para que este, ante un millón de cubanos, asumiera la responsabilidad mayor del revés sufrido en la zafra del 70? Podría traer estos testimonios y muchos más. Pero sospecho que quienes no le otorgan al Gobierno Revolucionario cubano (que siempre ha sido extraordinariamente respetuoso del ser humano y de sus derechos dentro de la Revolución) un aval de confianza, mucho menos me lo van a otorgar a mí, como simple e individual testigo de ese proceso. Hay quienes no se conforman con la fe, y creo que hacen bien. Pero tampoco hay que descartarla, tampoco hay que minimizar la confianza en una revolución, ya que en términos políticos la fe no se construye sobre la base de milagros, sino sobre la base de realizaciones concretas; no se levanta con ciega beatificación, sino con historia. Y la fe, la confianza (de ojos bien abiertos) que la Revolución Cubana puede merecer a quienes creemos en el destino revolucionario de nuestra América, está basada en el arduo, espinoso camino que en doce años lleva recorrido. Con el pretexto de descartar la fe, y exigir irrefutables pruebas, y poner sobre el tapete la palabra miedo, se está demostrando de algún modo que la verdadera fe (todo lo amarga que se quiera) la reservan estos objetores para la supervivencia del estalinismo. Aunque explícitamente no lo digan, es evidente que el equipo europeo considera que el estalinismo es un camino por el que fatalmente ha de transitar el socialismo, ya que no vislumbran ninguna forma de evitarlo. Si un escritor ejerce su autocrítica, tiene que haber sido por miedo, o debido a torturas. Si en el pasado (europeo, no faltaba más) la autocrítica fue un resultado de torturas y miedo, en el presente cubano debe ser obli-

gatoriamente, el resultado de los mismos factores. Más que a dialéctica marxista este traslado automático se asemeja a perezosa retórica, a esquema inflexible y, en el fondo, reaccionario. Más que una falta de fe en la Revolución Cubana, revela una falta de confianza en el ser humano, en la capacidad de cambio del ser humano.

Sartre, el más notorio de los firmantes europeos, decía, pocas semanas después del mayo parisién: «Lo que hay de admirable en el caso de Castro, es que la teoría nació en la experiencia en lugar de precederla». Sin embargo, en pleno 1971, la teoría del equipo europeo sobre el carácter «estalinista» de la actual política cubana, no nace precisamente de una experiencia en Cuba, sino de todas las prevenciones y todos los prejuicios que ha dejado en ellos una experiencia europea. Por eso no es admisible: porque el trasplante es indudablemente apresurado tendencioso, liviano, y falaz. También los agresivos epítetos del discurso de Fidel suenan a estalinismo en los oídos europeizados. Cito otra vez a Walsh:

Este lenguaje causa consternación en Europa, parece estalinista. En realidad es cubano casi una paráfrasis de la sentencia lapidaria de Martí en una coyuntura parecida: «Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol».

Pero esto es comprensible: los de Europa saben su Stalin de memoria, pero de Martí no conocen ni las tapas. Y hacen mal. Si lo conocieran se ahorrarían algunos lapidarios pronósticos y además aprenderían una lección, esa sí de dignidad, proveniente de un escritor que, setenta años antes que el Che, estableció claramente su escala de prioridades, y a pesar de escribir decenas de libros que lo colocan en el mejor nivel literario de este continente mestizo, optó (y dio su vida) por la revolución. El procedimiento en sí de la autocrítica implica una dosis de modestia que (caso Padilla aparte) fastidia a muchos intelectuales, a quienes sobre todo alarma un eventual contagio de ese prurito. Qué problema sería para muchos de los sesenta y dos, si tuvieran que autoflagelarse por su denodada participación en la revista *Mundo Nuevo*, editada en París, no faltaba más, y sostenida por el Congreso por la Libertad de la Cultura, a su vez reconocidamente financiado por la benemérita CIA.

Qué problema si tuviera que autodenostarse por su menos esforzada participación en otra empresa tan meritoria como aquella, la anunciada revista *Libre*, financiada esta vez con fondos provenientes de la tan honorable como explotadora familia Patiño. Es posible asimismo que la violenta reacción frente a la autocrítica de un escritor, sea de alguna manera la tácita confesión, por parte de los firmantes, de que solo en un cepo podrían autocriticarse. A veces el escritor traspapela libertad con vanidad. Y justamente esta última palabra quizá sea una adecuada clave para entender el episodio, ya que en el caso de ese intelectual-tipo que firma el ruidoso documento, «su protesta» (como decía Mariátegui) «es proporcionada a su vanidad generalmente desmesurada a su orgullo casi siempre exorbitante». Después de todo, ¿por qué un escritor no puede autocriticarse? En este instante, y desde Montevideo, no puede saber si Padilla es sincero o insincero. Su trayectoria posterior dirá la última palabra ya que la última palabra es siempre la actitud. Sin embargo, pienso que en la trayectoria de un escritor que avanza, que se mueve, que no se convierte en una ordenada estantería de libros, cada nueva obra es de algún modo una autocrítica con respecto a la anterior, ya que siempre hay algo que uno aprende del mundo y de sí mismo, siempre hay algo que de pronto nos hace ver claro en un error ya impreso. Así que no jeringuen más con el estalinismo habanero. Ustedes, los sesenta y dos son creadores, tienen imaginación: déjenle esa fósil terminología a la UPI, a la SIP, al Congreso por la Libertad de la Cultura.

Y bien, aunque al lector pueda parecerle un poco tarde, solo ahora llegamos al título: las prioridades del escritor. Por supuesto, me refiero al escritor de izquierda. Las prioridades no pueden ser las mismas para Jorge Luis Borges que para David Viñas; para Germán Arciniegas que para García Márquez. Pero en el caso, ya más definido, del escritor revolucionario, las prioridades tienen que ser las mismas que para cualquier otro militante de la revolución, sea este intelectual, albañil o bombero. O sea, que el trato prioritario siempre será para la revolución; sin que ello signifique que se elimine como obrero, como intelectual, como campesino, como militar, como lo que efectivamente sea en su vida ciudadana. ¿Estarán de acuerdo los sesenta y dos en esta prioridad? Sería bueno que lo dijeran, porque a lo mejor ahí empieza el deslinde y no exactamente en el caso Padilla.

El Che, en uno de los *Pasajes de la guerra revolucionaria*, concretamente el referido a «Alegria de Pío», relata un dilema entre su dedicación a la medicina y su deber de soldado revolucionario: «Tenía

delante una mochila llena de medicamentos y una caja de balas, las dos eran mucho para transportarlas juntas; tomé la caja de balas, dejando la mochila para cruzar el claro que me separaba de las cañas». En esa coyuntura, el Che, médico y revolucionario, rápidamente se decidió por este último carácter; sin embargo no dejó de ser médico. Y en toda la etapa insurreccional, y muchos años después, en la sacrificada campaña de Bolivia, además de revolucionario siguió siendo médico y actuando como tal cuando era necesario. Pero su prioridad estuvo decidida desde el 5 de diciembre de 1956, en el combate de Alegría de Pío. Es un caso ejemplar, y por lo tanto extremo. No estoy proponiendo que cada escritor deje el bolígrafo por la metralleta, aunque a veces se haya dado y pueda darse el caso. La prioridad se refiere aquí a actitudes, a perspectivas, a puntos de vista, pero también a riesgos. Salvadas las distancias, cada escritor tiene seguramente en su itinerario (pasado o futuro) una modesta Alegría de Pío, un instante en que debió decidirse frente a un hecho concreto, una alternativa ante la cual debió determinar su escala de prioridades. Los escritores (¿revolucionarios?) de París y Barcelona, en esa disyuntiva parecen haberse decidido por la literatura. No reaccionaron como revolucionarios legítimamente preocupados por una instancia difícil de la Revolución, sino sencillamente como literatos ofendidos, como celosos guardianes de un feudo que consideraron invadido. De ahí la cólera y la vergüenza (aunque es posible que, a medida que pase el tiempo, vayan sintiendo cada vez menos cólera y más vergüenza). De ahí el ruidoso portazo, a fin de que no quede salida ni ocasión para autocrítica como la de Luigi Nono, para bajas como las de García Márquez, Bareiro y Barral (que firmaron el primer documento, pero no el segundo) o para poemas como «Policrítica en la hora de los chacales», donde Julio Cortázar dice cosas como: «tienes razón, Fidel: solo en la brega hay derecho al descontento», o: «me separo para siempre del liberal a la violeta, de los que firman los virtuosos textos, porque Cuba no es eso que exigen sus esquemas de bufetes». ¿Pensar que entre los sesenta y dos está Carlos Franqui, periodista cubano que el 29 diciembre de 1962, cuando dirigía el periódico *Revolución*, recibió una carta del Che, con este consejo premonitorio: «Considero que la verdad histórica debe respetarse, ¡fabricarla a capricho no conduce a ningún resultado bueno!».

Cuando el escritor revolucionario tiene claro ante sí mismo que lo primero es la revolución, curiosamente no se siente disminuido como escritor, sino más realizado, quizá como consecuencia natural de que se

siente más realizado como humano. Creo que era también Mariátegui quien recordaba que Oscar Wilde, en su ensayo «El alma humana bajo el socialismo», en la liberación del trabajo veía la liberación del arte, del trabajo como alineación, claro. Pues bien, el escritor revolucionario que otorga prioridad (en sus escritos y en sus actos) a la revolución, trabaja de algún modo por esa desalienación del hombre, y en consecuencia por la liberación del arte. Pero tampoco en este aspecto los de Europa consiguen salir de sus esquemas, de sus moldes inflexibles: si se sugiere que un escritor ha de otorgar prioridad a la revolución, inmediatamente piensan en el realismo socialista. Es automático. Son así, qué se va a hacer. Con el cómodo pretexto de que están (¿quién no?) contra el realismo socialista arremeten contra la realidad y contra el socialismo. Pero eso solo muestra una increíble falta de imaginación (más grave cuando se trata de creadores de arte), ya que aparentemente no conciben que haya, para un escritor, otra manera de inscribirse artísticamente en la revolución. En última instancia, lo que el realismo socialista tuvo de malo, fue que no era realista ni socialista, ya que proponía un mundo esquemático, maniqueo, cuando la realidad es mucho más compleja, más rica, más nutricia, que aquella instantánea en blanco y negro y, por otra parte, el socialismo es una concepción profundamente humana, que poco o nada tiene que ver con aquel juego de marionetas. Eso no significa que no haya, fuera del llamado realismo socialista, una y mil formas de tratar artísticamente el contexto social.

Vargas Llosa, otro de los firmantes, se ha pronunciado varias veces sobre estos temas, sosteniendo, por ejemplo, que la función de la literatura ha de ser siempre subversiva y, por otra parte, que el escritor debe ser una suerte de buitre que esté siempre dando vueltas sobre la carroña. Cada uno por su lado, tanto Juan Marinello como Oscar Collazos ya han refutado el carácter subversivo del escritor en una sociedad socialista. Quienes escriben literatura subversiva dentro del mundo capitalista, en su mayoría dan por sentado que, una vez subvertido ese orden y remplazado por el revolucionario, su misión de subversión estará cumplida. Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución. Es una regla de mínima coherencia; solo los negadores profesionales pueden no entenderlo. Dentro de la Revolución cabe perfectamente la literatura crítica, y sobre todo una actitud crítica, pero siempre dentro de la Revolución y no fuera de ella, como ya lo advirtió Fidel, no ahora, sino en 1961, en sus *Palabras a los intelectuales*. Ni la libertad es siempre

la misma (decía el Che) ni se puede oponer al realismo socialista «la libertad», porque esta no existe todavía (ni existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva), ni el escritor siempre puede ser un buitre. Lucha porque se establezca un régimen de justicia social. Una vez logrado este, ya no es cuestión de seguir siendo buitre sobre esa justicia social, porque esta no es carroña sino campo feraz. Probablemente, el intelectual deba volver a la fórmula socrática de convertirse en tábano, a fin de contribuir a que la sociedad siga siempre despierta. Pero aparentemente, para algunos escritores, es demasiado arduo esto de pasar de amenazante buitre a modesto tábano. En cuanto a los sobados temas de la libertad y el individualismo, creo que todos, escritores, lectores y el mundo en general, tenemos mucho que aprender, ya que las cosas están cambiando a impresionante velocidad, y esa urgencia exige a veces insospechables sacrificios.

Recuerdo que Carlos Maggi señaló hace un tiempo en el paraninfo de la universidad de Montevideo que a veces se le piden urgencias al escritor cuando en realidad la obra literaria, la obra artística es por lo general una creación a más largo plazo. Y es cierto. Pero ¿no tendremos los escritores que sacrificar a veces la posibilidad de la obra a largo plazo para atender de algún modo esta urgencia? Si otros sacrifican la vida, y no es metáfora ¿no podremos nosotros sacrificar ese mínimo, algo de esa apuesta a la posteridad? Esto no significa que, contemporáneamente con la literatura urgente, no hagamos otro tipo de literatura, una literatura más calmada, en el rumbo de nuestro propio gusto y capaz de satisfacer, a lo mejor, el gusto de las generaciones que vendrán. No postulo que el escritor se coloque una mordaza en relación con los temas y los rubros no urgentes, sino que haga algo en la zona de la urgencia, simplemente eso. Hace algunos meses, un escritor amigo, compañero y militante, me confesaba: «hay días en que no puedo ni quiero escuchar a Bach, a Beethoven, a Mozart, porque me ablandan, y lo que yo necesito es cada vez más ánimo». Quizás a otros, en días como esos, nos pase algo semejante con Proust o con Kafka. Si los sesenta y dos se enteran de estas imprudentes confesiones, dirán que postulamos una lista negra para esos genios. De modo que quizá convenga aclarar ahora que no somos tan estúpidos. Por el contrario, inscribirnos hoy en una militancia antioligárquica y antimperialista, con sus riesgos adjuntos, también incluye la aspiración y el derecho a sentarnos un día, en pleno sosiego y sin mala conciencia, a escuchar a Mozart y a leer a Proust.

Desde esa misma militancia, la preocupación del escritor no puede ni debe ser la del creador aislado, ensimismado, incontaminado, ese clásico oficiante de la desgarradura, para quien la promiscuidad ideológica suele ser un síntoma de independencia, una acentuación del carácter individualista, y, en última instancia, una afirmación de su bien atendida vanidad. Y así como el célebre *boom* y su lubricado mecanismo publicitario (que, excede, pero no descarta, la responsabilidad del escritor) tienen principalmente en cuenta un tratamiento intensivo de esa misma vanidad, la instancia que con urgencia necesita el escritor revolucionario es una cura de modestia: saber a conciencia, y saberlo entrañablemente, que no es justo que la literatura, que el arte todo, sean meras islas de pureza, islas de ensueño, islas de sexo, ni tampoco islas de simple valor decorativo. Dentro de la mentalidad todavía burguesa del escritor profesional la gran audacia consiste en evadirse por la fantasía o por la crueldad, por el hermetismo o por el juego, por la frivolidad erótica (no por lo erótico profundo, que siempre será un tema cardinal) o por la estructura compleja, para iniciados. Reconozcámoslo de una vez por todas: son los diversos y talentosos modos de darle, quizás no la espada, pero sí el flanco, al pueblo. Para el escritor revolucionario, la gran audacia debe ser mirar de frente a ese mismo pueblo, pero no para subestimarle y contarle y cantarle boberías, sino para aprender de él, y también para enseñarle, pero todo ello en un dinámico intercambio, en un diálogo fértil, en una educación recíproca. Solo entonces cabe entender algo que en 1930 pudo parecer una utopía de Gramsci: «Todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales». La más urgente tarea de los intelectuales revolucionarios es quizá la de disolverse como casta intocable, integrándose en el pueblo a que pertenecen, y hacerlo mediante el esfuerzo, modesto pero invalorable, de ayudar a que todo hombre recupere esa función de intelectual de que hablaba Gramsci, de hacerlo saber si puede desempeñarla, ya que la función de intelectual no es un privilegio sino un derecho, no es una regalía sino un compromiso.

«¿Cómo ser un intelectual en una estructura social que me cuestiona como tal?», se pregunta Ernest Fischer, pero se lo pregunta dentro de un contexto socialista, y ahí reside quizás su más grave desenfoque; porque si la estructura social de un mundo socialista cuestiona a un intelectual, es porque este se siente ajeno a ella, si el intelectual se inserta en la estructura social, solo podrá ser cuestionado cuando esa

estructura se cuestione a sí misma, pero en ese caso el intelectual ya no será cuestionado como un producto exterior sino como una de sus células, como uno de sus componentes. Acaso sea este el método más natural para evolucionar hacia un cambio fundamental en la escala de prioridades, ya que inscribiéndose en el pueblo, sintiéndose pueblo, es mucho más fácil que la prioridad pase a ser, efectiva y normalmente, la revolución. Por el contrario, inscribiéndose en una élite del intelecto, sintiéndose clan sacrosanto e inmaculado, es casi obligatorio que la prioridad sea el individualismo, o, en otros casos, la libertad en su acepción burguesa, la libertad que no tienen inconveniente en defender los oligarcas criollos, el *Reader's Digest*, Germán Arciniegas y los Cuerpos de paz.

¿Le interesa a la revolución latinoamericana ese concepto de la libertad? ¿Le interesa jugar al partido en un terreno donde el imperio tiene las ventajas del locatario y donde sus bien remunerados claqueos funcionan a la perfección? ¿Le interesa ir pasivamente al encuentro de las leyes, liberales o conservadoras, que la clase dominante creó y articuló como instrumento y aparato de sus intereses cuantiosos? La libertad. Nos han colonizado también en ese rubro, pero su libertad no coincide con la nuestra. Más aún: su libertad existe a partir de nuestra dependencia. ¿Podemos frente a esta malversación, caer en la trampa de la objetividad? ¿Objetividad para quién, para qué? ¿Podemos imponernos la objetividad, cuando mientras tanto el enemigo prohíbe, encarcela, confisca, castiga, nada más que por ejercer ya ni siquiera el derecho de opinión, sino el de la mera información? Gran receta la objetividad, insuperable fórmula, para cuando se reinicie el juego limpio. Mientras tanto, reclamo mi derecho a ser subjetivo, a poner no solo la verdad sino también mi pasión, en defensa de lo justo, en defensa de mi país en defensa de mi próximo prójimo. Demasiado desequilibrio de fuerzas ocasiona de por sí la ética revolucionaria, pero este sí es un principio del que no podemos abdicar. La Revolución acusa pero no calumnia; la Revolución puede incluso llegar a ejecutar, pero nunca a torturar; la Revolución pone tremendo énfasis en sus verdades, pero no miente. Estas son desventajas que inexorablemente la historia convierte luego en ventajas, pero mientras tanto, qué amargura no ha de sentir el revolucionario que se ve diariamente avasallado por la mentira; y una mentira que, en manos especialistas, toma el aspecto de la verdad.

Por eso, cuando se reclaman pruebas, pruebas y más pruebas, y se las reclama después que Padilla está en libertad y trabajando como

traductor y sin el menor indicio de haber sido torturado ni presionado, no puedo dejar de pensar que semejante reclamo no tiene en cuenta el desequilibrio de fuerzas. Porque, ¿qué pruebas dio la reacción, a escala internacional, cuando difundió profusamente la noticia de que Fidel Castro había matado al Che? ¿A cuántos simpatizantes de la Revolución Cubana no confundió esa calumnia abyecta? Ahora sí tenemos pruebas, pruebas y más pruebas, de quiénes mataron al Che y por supuesto, ya nadie las niega, seguramente no las niega ni siquiera el periodista argentino Adolfo Gilly, que tanto contribuyó a difundir la infamia, y que hace años está preso, no en la Cuba revolucionaria que en treinta y siete días soltó a Padilla sin un rasguño, sino en México democrático, el de la matanza de Tlatelolco (una de las más monstruosas masacres que puede exhibir la sufrida historia de la América Latina), que, dicho sea de paso, no provocó en su momento ningún manifiesto colectivo de los sesenta y dos de Europa. Ahora sí sabemos qué asesinos ultimaron al Che prisionero, herido e indefenso. Ahora sí tenemos las pruebas, pero qué tarde. Entonces, ¿pruebas de qué? Hasta ahora lo único que se puede probar es que Padilla no fue torturado. Frente a las histéricas declaraciones del notorio gusano Juan Arcocha, residente en Europa desde hace varios años, y por tanto geográficamente inhabilitado para dar testimonio de algo que ahora mismo sucede en Cuba; frente a sus acusaciones de que Padilla fue torturado, está el testimonio del corresponsal francés que (no desde París sino en La Habana) revisó físicamente a Padilla y no halló huellas de torturas ni de violencia en el recién liberado.

Creo que ha llegado el momento en que los sesenta y dos se vayan de a poco convenciendo de algo que en Montevideo, en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en La Habana, en Lima, en Bogotá (mis únicas dudas se refieren a México y su rampante mafia literaria), se ha hecho carne en la gran mayoría de los escritores: se acabó la diversión. El escritor, por su sola condición de tal, no goza de ninguna inmunidad, de ningún derecho sacrosanto, dentro de la revolución. Su derecho debe ser ganado como el de cualquier revolucionario, o sea: corriendo su riesgo, comprometiendo su destino.

En 1968 presenté una ponencia en el Congreso Cultural de La Habana sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual, y allí mencioné que la misión natural del intelectual dentro de la revolución era «ser algo así como su conciencia vigilante, su imaginativo intérprete, su crítico proveedor».

Bueno, espero que nadie imagine que he sido torturado cuando me hago esta autocrítica: aquel párrafo, tal como lo escribí hace tres años, ya no tiene mi aval. El escritor revolucionario puede ser indudablemente la conciencia vigilante de la revolución, pero no como escritor, sino como revolucionario. En realidad, todo revolucionario (desde el campesino hasta el dirigente político, desde el intelectual hasta el obrero) debe ejercer esa conciencia vigilante. Este pequeño matiz, esta modesta autocrítica, es tan solo un detalle de lo que me ha pasado, de lo que nos ha pasado, de lo que nos ha pasado a muchos escritores latinoamericanos desde 1968 a la fecha. Sencillamente, nos ha sucedido que en el trance de elegir entre revolución y literatura, hemos optado por la primera. La elegimos, es claro, sin abandonar ni renunciar a la literatura. La elegimos como razón de vida, como impulso, como motor creador de esa misma literatura. Y en 1971, cuando hacemos esta elección, ya no consideramos (como parecen haberlo creído los sesenta y dos en pasados idilios) que la revolución es un edén político, con dirigentes perfectos, pueblos impolutos, jueces infalibles. De ningún modo. Admitimos que la revolución conlleva errores, desajustes, desvíos, esquematismos. Pero la asumimos con su haz y con su envés, con su luz y con su sombra, con sus victorias y con sus derrotas, con su limitación y con su amplitud. Porque, aun con todos sus malogros, con todas sus carencias, la revolución sigue siendo para nosotros la única posibilidad que tiene el ser humano de recuperar su dignidad y realizarse a sí mismo: la única posibilidad (mediata o inmediata, según los casos) de rescatarse de la alienación en que diariamente lo sume el orden capitalista, la presión colonial. Y esa prioridad es decisiva no para juzgar estilos, estructuras, escuelas, ni por supuesto para medir talentos. Esa prioridad es simplemente decisiva para saber quién está con nosotros, y quién con el enemigo. Y esto no es maniqueísmo, sino deslinde en plena batalla.

En 1968 publiqué en *Marcha* un poema sobre el cual (para tranquilidad de los sesenta y dos) no me hago ninguna autocrítica, y que concluía así:

*Hay una sola grieta
decididamente profunda
y es la que media entre la maravilla del hombre
y los desmaravilladores
aún es posible saltar de uno a otro borde*

*pero cuidado
aquí estamos todos
ustedes y nosotros
para ahondarla
señoras y señores
a elegir
a elegir de qué lado
ponen el pie.*

Montevideo, 30 de mayo de 1971.

Mensaje de intelectuales residentes en Europa*

Haydee Santamaría
Casa de las Américas
La Habana, Cuba

Una campaña de denigramiento se ha desatado contra la Revolución Cubana. La detención circunstancial y provisoria de un escritor, los términos de su lamentable autocrítica que no condice con la realidad cultural del país, han provocado un revuelo de estilográficas apresurado, imprudente y excesivo de intelectuales que se dicen amigos de Cuba, pero que no han previsto, o que no han querido prever, las consecuencias contrarrevolucionarias de su acción para dar pasto a la campaña de difamación y de calumnias propagada por la reacción.

Los abajo firmantes, artistas, escritores, intelectuales latinoamericanos y de otras partes del mundo, que vivimos en el mundo capitalista las contradicciones y dificultades, pero también los privilegios de nuestra condición, declaramos que nada nos otorga en tanto que tales el rol de jueces ni de conciencia crítica de las acciones revolucionarias de ningún pueblo, y en particular de las acciones del pueblo cubano.

Sin renunciar a nuestro derecho a la reflexión sobre el proceso revolucionario, justificada por nuestra solidaridad total con la Revolución Cubana, en sus logros y en sus objetivos, reafirmamos nuestra confianza y nuestro apoyo al primer pueblo de la América Latina que venció, en las puertas mismas de los Estados Unidos, al imperialismo yanqui y a sus personeros locales; al primer pueblo que inició sin concesiones la construcción del socialismo en un continente enfeudado por las

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, pp. 158 y 159.

oligarquías locales y el imperialismo internacional; al primer pueblo de la América Latina que tomó en sus manos el ejercicio real de su destino, dueño de sus tierras, de sus fábricas y de sus armas; al pueblo que derrotó la invasión mercenaria en Playa Girón; al pueblo que con la campaña de alfabetización de 1961 realizó el acto preliminar en la revolución de la cultura; al pueblo que criticó desde el inicio las deformaciones dogmáticas en la construcción del socialismo; al pueblo que ha tenido siempre el coraje de la crítica y de la autocrítica auténticas, en particular por la voz de su dirigente máximo Fidel Castro (por ejemplo en su discurso del 26 de julio de 1970), y al pueblo que ahora, con el Congreso de Educación y Cultura, da un nuevo paso proclamando que «la cultura de una sociedad colectivista es una actividad de las masas, no el monopolio de una élite, el adorno de unos pocos escogidos o la patente de corso de los desarraigados».

Cuba construye el socialismo en las difíciles condiciones de un país bloqueado por el imperialismo, en un mundo marcado por profundas contradicciones, en un momento de fuertes conflictos en el seno del movimiento revolucionario mundial. Pero la lección de Cuba da sus frutos, y nuevas esperanzas se abren para los otros pueblos de la América Latina y los movimientos revolucionarios que combaten por su liberación. En este contexto es que nosotros reafirmamos nuestra confianza en las potencialidades revolucionarias, demostradas ya en los hechos, de la república socialista de Cuba, en la construcción de una sociedad sin clases, sin explotadores ni explotados, sin pontífices intelectuales, sin burocracias omnipotentes y masas sumidas en la ignorancia, una sociedad en la que el pueblo es el único y definitivo protagonista de su historia.

París, mayo de 1971.

ANTONIO SAURA, MORENO GALVÁN, JOSÉ AYLLÓN, ALEJANDRO MARCOS, JOSÉ GAMARRA, ANTONIO SEGUÍ, JUAN SEGUÍ, JULIO LE PARC, LEOPOLDO NOVOA, EMILIO GALLI, JACK VAÑARSKY, NÉSTOR FIGUERAS, GERARDO CHÁVEZ, AGUSTÍN CÁRDENAS, HÉCTOR CATTÓLICA, MICHEL WAXMANN, SINÉ, MEIS-TROOST, ANTÓN MEIR, JORGE PIQUERAS, ALEJANDRO PIQUERAS, HUGO DEMARCO, ARMANDO DURARTE, ROBERTO MATTA, ANTONIO BERNI, ENRIQUE CAREAGA, JORGE ENRIQUE ADOUM, CARMEN CASSÉ, MICHEL CASSÉ.

Mensaje de intelectuales españoles*

Ante la confusión creada por las críticas públicas que desde medios intelectuales considerados como avanzados se han dirigido al Gobierno de la República de Cuba, los abajo firmantes declaran:

1.—Desde hace más de diez años la república cubana está sometida a un estricto bloqueo por parte del gobierno de los EE. UU., bloqueo que expresa abiertamente toda una política de agresión del imperialismo americano respecto al pueblo de Cuba. A pesar de ello, el Gobierno de Fidel Castro ha logrado en estos años crear unas condiciones de vida aceptables para toda la población, promover un extraordinario progreso de la educación y devolver la dignidad a todo un pueblo que hasta entonces solo había conocido la miseria, el analfabetismo, la tiranía y la dominación extranjera. Cuba, a pesar de sus posibles errores, ha sido durante los últimos años un ejemplo para toda América Latina y para todo el mundo.

2.—Las reiteradas declaraciones de determinados medios intelectuales contra el Gobierno cubano, independientemente de la intención de los firmantes, se insertan en las campañas de propaganda anticomunista que las mismas fuerzas que oprimieron a Cuba y que hoy sabotean su desarrollo, lanzan —a través del control que ejercen sobre los medios de comunicación de masas— contra todos los pueblos y Gobiernos revolucionarios del mundo.

3.—Los abajo firmantes expresan que los pueblos y Gobiernos como el cubano luchan por su liberación frente al imperialismo y por la construcción de una sociedad igualitaria, y manifiestan su voluntad de denunciar no tanto los actos mal conocidos de un Gobierno Revolucionario

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, pp. 159 y 160.

como los atentados a la libertad mucho más importantes que se cometen diariamente ante sus propios ojos.

Barcelona, 30 de mayo de 1971.

FRANCISCO CANDEL, JOSÉ MARÍA RODRÍGUEZ MÉNDEZ, JOSÉ TORMES, JOSÉ MARÍA MORENO GALVÁN, GUINOVART, JOAN OLIVER, MANUEL SACRISTÁN, ALFONSO C. GOMÍN, LUIS CRESPO, IGNASI RIERA, JOSÉ VERDURA, JORDI BORJA, JOSÉ FONTANA, JOSÉ MARÍA VIDAL VILLAR, J. DONATO, JORGE SALES, T. GIMÉNEZ ARAYA, XAVIER RUBERT DE VENTÓS, JOSÉ MARÍA HUERTAS CLAVERIA, FRANCISCO BENAMUSA, BORJA DE RIQUER, JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ, JOSÉ MARÍA LLANOS, GABRIEL CELAYA, PEDRO ALTARES, JOSÉ MARÍA CABALLERO BONALD, ROBERTO MESA, FELIÚ FORMOSA, JEAN GARRABEU, JORDI TEIXIDOR, FRANCASO VALLVERDU, JAVIER PRADERA, ANTONIO KIRCHENER, JOAN ENRIE LABOSA, MANUEL SOLA MORALES, MARSAL TARRAGO, CARLOS CASTILLA DEL PINO, JOSÉ MARÍA CORREDOR MATHEOS, JAUME MELENDRÉS, PASCUAL MARAGALL, CARLOS TRIAS, CARME SALA, CHARO GARCÍA VERDE, MATEO MADRIDEJOS, FERRÁN FULLA, M. ÁNGELES MARTÍN, JOSÉ ESTEBAN, FÉLIX SANTOS, MAURICIO SANTOS, J. A. GABRIEL Y GALÁN, FAUTINO LINARES, PABLO CORBALÁN, ALFONSO GROSSO, EDUARDO G. RICO, ARMANDO LÓPEZ SALINAS, JAVIER ALFAYA, PERE CARRERAS, LLUIS BRAU, RAMÓN RIBÓ, FERNANDO CASTELLÓ, ÁNGEL SÁNCHEZ, CÉSAR ALONSO DE LOS RÍOS, CAROLA TORRES DE MORENO GALVÁN, MARÍA ESTHER BENÍTEZ, AMPARO GASTÓN, ANTONIO PATÓN, ISAAC MONTERO, H. BILBATUA, M. PIZÁN, JOSÉ MARÍA BENET Y JORNET, MARÍA PLANS MACIA, MONSERRAT CLAVE, AGUSTI PONS, MARÍA ROSA SOLÉ, LLUIS GRAU, CARLOS TEIXIDOR, PAU VERRIE, PAU JOSA, JOSÉ MARTÍ GOMER, JOSÉ RAMONEDA, GARCÍA NIETO, FÉLIX FANES, MARINA SUBIRATA, XAVIER FOLCH, F. FERNÁNDEZ BUEY, C. SAMPONS, A. ARTIS GENET, ALFONA QUINTA, HUMBERT ROMA, J. FERNANDO AGUIRRE, J. ANTONIO DE ECHARRI, DARÍO VIDAL, JUAN RICARDO MAZO, J. MARÍA SORIA, ALBERT ZANDRI, MARÍA ELENA MONRAS, JOAQUÍN MONRAS, MARÍA TERESA CAMPS, RAFAEL RODRÍGUEZ, MIGUEL DE RENZI, J. MARÍA GASCH, JOSÉ URONDA, AMADO HURTADO, J. ANTONIO DELS, ÁNGELA PÉREZ, FERNANDO LÓPEZ, VALENTÍN COSSAS, JOSÉ MONZÓN, JOSÉ AUMENTE, JOSÉ MARÍA CASAS CASAS, MANUEL ROLDÁN PASTOR, TERESA ÁLVAREZ, RAFAEL RODRÍGUEZ MORENO, DIONISIO ORTIZ DELGADO, JORGE JUAN.

Declaración de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba*

1º de junio de 1971.

Un grupo de agitadores literarios, que se titulan no conformistas cuando todos están conformes en alimentar con el escándalo sus derechos de autor pagados en divisas, ha desatado desde París una campaña de injurias y calumnias contra la Revolución Cubana.

Baten el parche y soplan el trombón al socaire de la confesión del poeta Padilla, ahora, como antes de ella, hace apenas unos días, soplaban el trombón y batían el parche presentando a la curiosidad pública un Padilla secuestrado, torturado, forzado a declarar contra sí mismo en la celda de una inmundia prisión; acaso muerto. Solo que la supuesta víctima se ha encargado en salud de desmentir a sus apresurados defensores.

Cuando se examina la nómina de los que suscriben el miserable papel en que Cuba es objeto de la más cobarde y gratuita de las agresiones —a miles de kilómetros de distancia y acumulando cargos inventados—, una sonrisa despectiva nos hace entreabrir apenas los labios.

El desfile es grotesco.

Desde el filósofo existencialista que durante años convirtió un célebre café de París en pública cátedra de intelectualismo decadente, hasta el retrasado mental (y tropical) cuya vigencia en los medios en que se mueve acusa en estos una dramática y total incapacidad para detectar el cretino nato, por lo demás evidente. Añádase el escudero de Joyce que apenas puede ocultar su mediocridad bien engominada y rasurada bajo los trapos y oropeles sacados del taller de Ulises, y

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 153 y 154.

el poeta indescifrable, que renegó de la guerra española, a la cual asistió como a una romería, como a un picnic de recién casado y aun se arrepintió de haberla cantado tal vez con la única voz sincera que haya salido de su pecho nunca; y otros más, en fin, alistados todos en el mismo enganche, algunos sin saber claramente para qué (como lo prueban las voces honestas que se han retractado), otros sabiéndolo en demasía, porque son los directores de un *show* cuyo empresario verdadero permanece en la sombra.

Lo que provocaría indignación si no suscitara asco, un asco físico, es la evidencia de que en toda esta parranda más o menos literaria, sus mantenedores se cuidan muy especialmente de atacar al imperialismo, aun con el dólar a mitad de su valor. Caballeros con miedo y con tacha —el miedo de perder sus divisas y la tacha de sentir ese miedo— favorecen a conciencia a nuestro tradicional enemigo, ese cáncer de América, disimulando bajo la polvareda de una alharaca provinciana, hechos tan graves como el bloqueo de Cuba, que debiera mantenerlos en un estado de protesta permanente y solidaria antes que hacer el caldo gordo a un adversario tan frío como cruel.

Ante estos hechos, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) deja constancia no de su protesta, sino de su desprecio. Tenemos una clara noción de la época que nos ha tocado vivir y la que toca vivir al pueblo cubano, del cual formamos parte inseparable. Estamos en lucha de nuevo, no ya contra el colonialismo español como durante casi todo el siglo XIX, sino contra el neocolonialismo yanqui, como en casi todo el siglo XX. Del mismo modo que nuestros abuelos hace más de cien años, sabemos hoy que esa lucha es dura, que nuestro opositor es fuerte todavía, y que debemos enfrentarnos no solo a las tropas armadas y equipadas de un imperio ya sin salvación posible, pero que agoniza desesperadamente, sino a sus eventuales cómplices, a sus repugnantes servidores, a sus lacayos más serviles, que debiendo por lo menos ayudarlo a bien morir, se esfuerzan en animarlo todavía a mal matar.

Señores enemigos, nuestra segunda guerra de independencia está en marcha. Nada impedirá su victoria.

Respuestas a las opiniones sobre el caso Padilla*

JUAN MANUEL TORRES

La Revolución Cubana ha dejado de ser un pancarnaval donde cualquiera podía ponerse la máscara de revolucionario. La Revolución Cubana ha abandonado hace tiempo los pitos y flautas de la fácil fanfarria, para entrar en un proceso aparentemente menos luminoso y decididamente menos divertido: la formación efectiva de un Estado socialista. Y al avanzar en este proceso la Revolución Cubana ha perdido a muchos de sus antiguos simpatizantes.

¿Qué ha sucedido? En un principio Cuba contaba con el entusiasmo general. ¿Por qué motivo se la mira ahora con malos ojos? ¿En qué punto se ha defraudado la confianza puesta en ella? ¿Cuál es el terrible crimen que la convierte en un ejemplar lombrosiano, en un delincuente merecedor de todas las sillas eléctricas del mundo?

Se diría absurdamente que el gran crimen de Cuba ha sido el de no perecer a su debido tiempo. ¿Por qué se ha atrevido ese país a subsistir cuando se le cantaba como causa perdida? Todos miraban la Revolución Cubana con lágrimas en los ojos, la añoraban ya como algo destruido, la soneteaban entusiastamente, deseando con toda el alma que sucumbiera y dejase un pequeño tono de luto en nuestras biografías particulares. Cuba existía entonces con la apariencia brava de un hermano muerto antes de los quince años, con la cara rabiosa, con los brazos listos para la batalla, con la tumba cavada y el epitafio listo en el bolsillo del hermano mayor.

Pero Cuba no sucumbió. Cuba no está hecha para sucumbir, sino para resistir. Cuba resistirá. Y esto ya se sale de la canción. Es posible que los trovadores hubiesen preferido verla muerta en Playa Girón para convertirla en bandera de sus propias angustias, para poder

* Tomado de *Siempre*, núm. 936, junio 2 de 1971, p. XI.

decir: «Había una vez un país que no traicionó nunca nuestros sueños...». Pero, lejos de eso, Cuba maduró en un Estado sólido, en un país cuyas batallas son aburridas, cotidianas, sin el esplendor de la épica, sin la grandeza demoníaca de una página literaria.

Cuba es un país socialista en formación, un país hondamente preocupado por su economía, por su seguridad. Cuba no quiere defenderse heroicamente ante las invasiones. Cuba prefiere no ser invadida, trabajar libremente. Aunque en el peor de los caos esté dispuesta a defenderse nuevamente y triunfar. Cuba sabe que desgraciadamente está amenazada de guerra. Cuba sabe quiénes son sus enemigos. Cuba sabe que sus enemigos hacen todo lo posible por obtener toda clase de información que pueda servirles, ya sea para establecer nuevos datos o para corroborar o modificar los anteriores. Cuba tiene todo el derecho a juzgar que determinada persona en determinado momento está sirviendo al enemigo, aunque esta servidumbre sea inconsciente, lo que habla peor de la persona. Por lo tanto, Cuba puede llamar a cuentas a dicho individuo y en el más benigno de los casos exigirle la comprensión de su error.

Esto ha sucedido recientemente en Cuba. Y esto ha provocado una ola de protestas en el exterior. Quizá las protestas hubieran sido menos, o ninguna, si la persona involucrada no hubiese sido un intelectual. Nadie se hubiese preocupado por un oficinista o un campesino; pero en tratándose de un intelectual las campanas no podían quedarse quietas. ¿Acaso se piensa seriamente que un intelectual no puede ser enemigo de la Revolución?

El mismo Padilla, que de él se trata, ha admitido que sí en una carta bastante lamentable. Pero, para seguir teniendo la razón, sus antiguos defensores lo acusan de haber firmado una carta no escrita por él o de haber escrito la misma bajo presión. Sin embargo, el tono de dicha carta corresponde al de una entrevista concedida posteriormente a un corresponsal extranjero, entrevista en la que aún es más explícito y acusador que en la misma carta.

Lo lamentable del caso es que Padilla continúa siendo un *showman*, que así como se juzgó infalible defendiendo posiciones de derecha lo es ahora defendiendo posiciones de izquierda. Creo que ya nadie se atreverá a defenderlo seriamente, máxime que Padilla ha insultado a quienes antes lo loaban.

¿Qué hacer entonces? ¿Echar marcha atrás y admitir que se había obrado precipitadamente? Hubiera sido lo mejor, lo más honesto. ¡Pero

no! El prestigio personal no podía comprometerse de tal manera. La única salida era entonces atacar abiertamente a la Revolución. A fin de cuentas hacía mucho que esta ya no era atractiva, lo de Padilla solo era un «síntoma más», un pretexto nuevo para acusar a la Revolución Cubana de haber traicionado a la Revolución Cubana. ¡Qué absurdo!

Entre los argumentos más repetidos se habla de que Padilla no poseía secretos de Estado que divulgar. Pero el espionaje no se basa solo en secretos de Estado. Padilla conocía perfectamente a diversos personajes de la cultura y la política de Cuba. Padilla podía hablar de sus debilidades, podía señalar a quienes como él tuviesen la lengua floja, a quienes como él estuviesen infiltrados en las primeras filas no siendo revolucionarios. Padilla podía ser utilísimo, sobre todo que como él mismo admite respondía a todas las preguntas obsequiosamente y aun alertaba al enemigo.

Yo he sido testigo en Berlín Occidental de ese espionaje menor que no busca secretos de Estado. Para ciertos espías es suficiente con recabar datos sobre la vida diaria de determinado país enemigo. He visto ofrecer una pequeña cantidad de dólares a viajeros de países socialistas a cambio de información fresca sobre el precio de diversos alimentos o pequeñeces por el estilo. Así, de pequeños datos, se va formando también una visión global que puede ser utilísima en caso de guerra. Es más, dicho panorama conformado a través de datos aparentemente intrascendentes es quizás el que permite entender mejor los secretos de Estado obtenidos por otra parte. No hay nada tan pequeño que no pueda convertirse en arma en manos enemigas.

Otro argumento enarbolado contra la Revolución Cubana es la fatalidad. Se la acusa de ser fatalmente estalinista, suponiendo que la historia no tiene otra salida. Volvemos a lo de antes: la única posibilidad que tenía la Revolución Cubana para no convertirse en estalinista era ser derrotada. Se dice que el caso padilla es un «síntoma más de que en Cuba ya está en marcha el fatal proceso que convierte al partido revolucionario en casta burocrática y al dirigente en César». ¿Cuándo empezaron esos síntomas? ¿En qué momento se supo que la Revolución Cubana era una farsa destinada a estrangular al ser humano?

Resulta triste todo lo ocurrido. Resulta triste que Padilla se haya «arrepentido» a la semana de ser llamado a cuentas. Yo no creo en su sinceridad. Peor aún: pienso que ahora resulta más dañino para la Revolución, pienso que ahora ya ni siquiera podrá llamarse poeta. La única virtud de Padilla ha sido descubrir que se puede ser inferior

a un «gusano», descubrir que se puede ser «lombriz». Pero por otra parte es saludable todo lo sucedido. Es saludable que la Revolución Cubana desconfíe abiertamente de los intelectuales cubanos y de los intelectuales del exterior. Es saludable que la Revolución Cubana sitúe claramente a sus enemigos. ¿Acaso con tanto argüende no preparan ahora a la opinión pública del extranjero para justificar una invasión? Si nuestros hombres más lúcidos están contra la Revolución Cubana, ¿no quiere decir que la Revolución Cubana anda mal, que debe ser exterminada? Si no murió a tiempo para las loas ¿no debe ser ahora destruida?

Consciente o inconscientemente nuestros intelectuales le están haciendo un gran daño a la Revolución. Pero la pregunta es: ¿por qué razón nuestros intelectuales burgueses iban a ser revolucionarios?; ¿qué motivos tienen ellos para estar del lado de la Revolución?

Los motivos sentimentales son los más frágiles. Los que hoy todavía defendemos la Revolución Cubana podemos empezar a atacarla mañana, en cuanto rebase la medida de nuestro idealismo. Pero aún a pesar de nuestros ataques futuros, la Revolución continuará. Mientras lo quiera el pueblo cubano, la Revolución Cubana seguirá adelante, a sabiendas ya de que tras cada uno de sus defensores burgueses se encuentra agazapado un detractor entusiasta, alguien que en nombre de una hipotética libertad personal renuncia a una auténtica libertad colectiva, alguien que prefiere sus sueños a la más hermosa de las vidas.

¿Soñar? Sí. Pero a partir de la realidad, no de los sueños. Admitamos que esta vida, que estos hombres, valen más que nuestra propia imaginación.

* * *

GERARDO DE LA TORRE

Ahora que todo el mundo se ha dado cuenta de lo que es Heberto Padilla, de lo que representa (y lo digo no juzgando las verdades, mentiras o verdades a medias que expone en su carta autocrítica, sino su actitud oportunista e insincera), ya no se critica a la Revolución Cubana, al régimen revolucionario, por haber encarcelado al poeta. Ahora se le busca la cuadratura al círculo por el lado de ciertas torturas en las que nadie cree, de cierto terrorismo estalinista que nadie ha confirmado

ni se atrevería a confirmar mediante el sencillo expediente de viajar a Cuba y averiguar qué sucede allí.

Ahora, las críticas más duras y malintencionadas enfilan contra el líder, el caudillo de la Revolución Cubana. Y bien, claro que habrá que criticar a Fidel Castro y defender el derecho de crítica cuando se cometan errores que dañen de alguna manera el proceso revolucionario socialista de Cuba. Lo que me parece absurdo es que, cuando se encarcela a un poeta, se firmen apresuradamente manifiestos y cartas de protesta ¡aferrándose a la endeble y solitaria razón de que el señor es poeta:

Nadie, en el momento en que se produjeron las cartas y los manifiestos, tenía la certidumbre de que Heberto Padilla fuera inocente, y a muy corto plazo ha venido a demostrarse que no lo era. Pero entonces, en vez de dar marcha atrás y reconocer que habían obrado con más prisa de la que convenía, nuestros intelectuales de más prestigio y brío se lanzaron contra las monstruosidades (imaginarias) que obligaron al poeta a escribir su autocritica y contra las atrocidades que dijo Fidel Castro en su discurso del 1º de mayo. Resulta, pues, que en la carta de Padilla ojos sagaces descubrieron una sintaxis policial y que a Fidel Castro hay que darle lecciones de cultura, marxismo y combate revolucionario, porque es verdaderamente de bárbaros eso de llamar a los intelectuales a colocarse «en las líneas del frente de combate».

La verdad, yo no sé qué esperaban de Fidel Castro nuestros intelectuales después de haberse lanzado contra él y contra la Revolución Cubana. ¿Que les diera las gracias por sus valientes, desmesuradas y presurosas críticas? ¿Que los invitara a pasar unas vacaciones en la Isla para que a su sabor parcharan y enderezaran los proyectos del régimen revolucionario?

De una cosa sí tengo la certeza: con intelectuales semirrevolucionarios o sin ellos, con poetas comunicativos o sin ellos; pero, eso sí, con los obreros, con los campesinos, con las milicias populares y con los dirigentes revolucionarios la Revolución Cubana ¡va!

Declaración de intelectuales chilenos*

La Revolución Cubana ha sido víctima de todo tipo de intentos de destrucción, desde la agresión armada directa hasta el aislamiento cultural y las campañas de descrédito. Recientemente, con motivo del llamado «caso Padilla», algunos intelectuales latinoamericanos que viven fuera del continente, además de otros europeos, han expresado criterios que demuestran una actitud completamente desenfocada en relación a los problemas de nuestros pueblos.

Apoyamos resueltamente la ardua lucha del pueblo cubano por salir del subdesarrollo y avanzar en el proceso de construcción del socialismo. Coincidimos plenamente con los conceptos emitidos por el comandante Fidel Castro sobre la necesidad de incrementar los combates en contra del imperialismo ideológico y el colonialismo cultural. El fenómeno cultural cubano ha demostrado sobradamente su riqueza y su fuerza al superar viejos esquemas de burocratismo, logrando aperturas hacia una diversidad de manifestaciones estéticas. Por otra parte, pensamos que no puede continuar el sometimiento y la disolución de los valores nacionales que intenta el imperialismo a través de sectores de la cultura indefinidos frente al proceso liberador que vivimos en nuestro continente. Hoy más que nunca estamos convencidos de que los trabajadores de la cultura deben ser responsables no solo con su obra sino también con su actitud revolucionaria.

Rechazamos una concepción de libertad que no nazca del compromiso del hombre —en este caso del trabajador cultural— con los combates por la liberación de nuestros pueblos. Esta es, para nosotros, la auténtica libertad revolucionaria, que irá desplazando progresivamente

* Tomado de la sección «Posiciones», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 161-163.

el concepto de libertad que nos han impuesto y nos quieren seguir imponiendo la burguesía y el imperialismo.

No nos oponemos a que haya discusión y crítica —sabemos que en Cuba la hay—, pero siempre que sea dentro del proceso mismo de la lucha de liberación o la construcción del socialismo. De hecho, rechazamos las falsas imputaciones que se hacen en contra de Cuba cuando insidiosamente se afirma que no existen allí discusión y crítica.

Sabemos, por el contrario, que en Cuba hay una permanente actitud de crítica y de autocrítica, como ha quedado en evidencia a través del mismo «caso Padilla», para cualquiera que se haya preocupado de documentarse al respecto. Estamos conscientes de que la Revolución desató todas las fuerzas del pueblo, las que se manifiestan, fundamentalmente, a través de una labor constructiva y también de una discusión constante que tiene como objetivo superar los escollos y facilitar el tránsito al socialismo.

Rechazamos de manera terminante la existencia de castas privilegiadas de intelectuales que se adjudican el monopolio de la verdad o de la conciencia crítica situándose en la práctica como árbitros o pasivos espectadores de la lucha que cotidianamente libran sus pueblos por eliminar las barreras de la opresión.

Creemos que no puede haber individualidades que se autoerijan en jueces de la historia; de existir una conciencia crítica, ella es parte de la comunidad, es el pueblo mismo que revolucionariamente busca su destino liberador.

Reiteramos nuestra decisión, ahora más que ayer, de luchar hasta el fin por la construcción del socialismo en nuestros pueblos. Así mismo, apoyamos el proceso de clarificación y profundización ideológica que está viviendo Cuba con todo vigor. Estimamos que un proceso de discusión ideológica y de revisión de valores debe desarrollarse también en nuestro país. Los trabajadores de la cultura auténticamente revolucionarios deben estar conscientes de que el imperialismo, mediante la penetración ideológica, se esfuerza por reblandecer el campo cultural, de primordial importancia en todo fenómeno revolucionario.

Cremos que a través de una continua discusión ideológica y de los combates que se ganen contra el imperialismo estaremos más cerca de asegurar el tránsito correcto por el complejo camino que habrá de conducirnos al socialismo.

Por todo ello es que vemos con entusiasmo el que se haya iniciado en Cuba una profundización del papel de los trabajadores de la cultura en

función de la nueva sociedad que allí se edifica. Estamos convencidos de que ha llegado el momento de las definiciones, y no hay ni habrá lugar para las posiciones intermedias. Nosotros nos definimos por ser revolucionarios.

CARLOS DROGUETT, JUVENCIO VALLE, ANTONIO SKÁRMETA, GONZALO ROJAS, MANUEL ROJAS, LUIS MERINO REYES, FRANCISCO COLOANE, POLI DÉLANO, HERNÁN LAVÍN CERDA, SANTIAGO DEL CAMPO, JULIO HUASI, CARLOS OLIVARES, GUILLERMO ATÍAS, WALDO ATÍAS, EDUARDO EMBRY, MAHFUD MASSIS, MANUEL MIRANDA, MARIO FERRERO, CARLOS MALDONADO, LUIS ALBERTO MANSILLA, HERNÁN LOYOLA, FEDERICO SCHOPF, BERNARDO SUBERCASEAUX, VÍCTOR TORRES, MIGUEL LITTIN, PEDRO CHASKEL, RAÚL RUIZ, HELVIO SOTO, ÁLVARO RAMÍREZ, CARLOS FLORES, HÉCTOR RÍOS, DUNAV KUSMANIC, CARLOS PIAGGIO, CLAUDIO SAPIAIN, GUILLERMO CAHN, GUSTAVO MORÍS, SERGIO TRABUCCO, ANGELINA VÁZQUEZ, FERNANDO BELLET, PATRICIO GUZMÁN, FERNANDO BALMACEDA, PATRICIA ISRAEL, ALBERTO PÉREZ, GUILLERMO NÚÑEZ, JOSÉ BALMES, EDUARDO BONATTI, VÍCTOR HUGO NÚÑEZ, LUZ DONOSO, HELGA KREBS, AGUSTÍN OLAVARRÍA, PEDRO MILLAR, FRANCISCO GACITUA, GRACIA BARRIOS, IGNATUS GONZÁLEZ JANSEN, LUKO DE ROKHA, ANTONIO CAMPI, JULIO MONTANÉ, LUIS ADVIS, ÁNGEL PARRA, ISABEL PARRA, PATRICIO MANS, FERNANDO GARCÍA, ENRIQUE RIVERA, SERGIO ORTEGA, ROLANDO ALARCÓN, ROBERTO PARRA, SILVIA URBINA, FERNANDO UGARTE, HÉCTOR PAVEZ, HOMERO CARO, CONJUNTO LOS CURACAS, CONJUNTO HUAMARI, CONJUNTO TIEMPO NUEVO, PAYO GRONDONA, HORACIO DURAN, ISIDORA AGUIRRE, ORLANDO RODRÍGUEZ, DOMINGO PIGA, RUBÉN SOTOCONIL, ROBERTO PARADA, MARÍA ANGELINA NÚÑEZ, CARLOS NÚÑEZ, CARLA CRISTI, LUIS POIROT, PATRICIO BUNSTER, HILDA RIVEROS, FERNANDO CORTIZO, RAQUEL MÉNDEZ.

Vergüenza y cólera*

ALFONSO SASTRE

Leo en un diario (*Madrid*, 21 de mayo de 1971) que sesenta intelectuales, europeos o establecidos en Europa, han creído conveniente expresar al Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba su «vergüenza» y su «cólera» con motivo del curso que ha venido tomando el llamado «caso Padilla» en aquel país.

Dramatizando un poco las cosas, yo diría que algo así como una cierta vergüenza y también una pizquita de cólera me ha producido a mí precisamente la lectura del escrito de los mencionados colegas, a la vista del cual no puedo dejar de hacer mi propia, modesta y personal comunicación en los siguientes términos:

Me sorprende, sobre todo, en el escritor de referencia, justamente lo que de negación del oficio de intelectual –sin «restricción» alguna de tipo «partidista»: hombres al servicio de la verdad, con un aparato epistemológico adecuado– hay en ese texto.

Contando –cierto que a modo de *rationabile obsequium*, pues la verdad es que uno llega a pensar, leyéndolo, en un malévolo redactor– con la buena voluntad de sus firmantes, sorprende lo que de malamente abstracto hay en la desdichada redacción de tal papel: mala abstracción, mecanicismo y otras aberraciones, objetables, incluso desde el campo de la «inteligencia» clásica, es decir, sin recurrir a la filosofía revolucionaria y a la praxis política de la Revolución Cubana, objetivo de su crítica.

Analicemos el documento someramente: «el lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla –se dice en él– solo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la *legalidad*

* Tomado de un despacho de Prensa Latina fechado el 28 de mayo de 1971. Fue reproducido en parte en la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 192 y 193.

y la justicia revolucionaria» (subrayado mío). Para los firmantes, no existe duda alguna —¡ay, el *ars dubitandi* y sus hermosos beneficios intelectuales!— de que en Cuba se está dando «el desprecio a la dignidad humana que supone forzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas». En cuanto al acto de la UNEAC fue, sin duda alguna, para los firmantes del escrito, una «penosa mascarada» [...]. (¿Leyeron los firmantes —es un pequeño detalle— el texto íntegro de aquella sesión de la UNEAC?).

Queda, pues, como «impensable» —¿por qué— la hipótesis, por ejemplo, de una «personalidad» determinada y unos hechos objetivamente contrarrevolucionarios como posibles causas determinantes de la detención y de los caracteres del «lastimoso» escrito. Queda también excluida como «impensable» —¿por qué?— la hipótesis contraria a la que suscriben: la de que un trato especialmente benévolo (¿se sonríen?) hubiera provocado o contribuido a provocar en el poeta la crisis sicológica que se hubiera objetivizado (objetivado) con imprudencia catártica, en esa «confesión», en ese acto de carácter «expiatorio». «Acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes», dicen ustedes. Primero: ¿tienen por seguro que lo son? Segundo: caso de que lo fueran, ¿ya han determinado ustedes el carácter exógeno —violencia policiaca— de tales «delirios»? Cierta anticomunismo vulgar y un grave desdén de la sicología son otras tantas fallas intelectuales —no hablemos ahora de los aspectos políticos de la cuestión— observables en este manifiesto.

Los autores de la carta «prefieren» a cualquier otra hipótesis —¿por qué?, ¿desde qué criterio?, ¿con qué información?— la de una «violencia» ejercida sobre el poeta durante su arresto. ¿O es el hecho del arresto lo que se denuncia? ¡Pero arrestos se han dado no pocas veces en Cuba después del triunfo de la Revolución! ¿Por qué la cólera y la vergüenza de estos escritores ahora?

Veamos que ellos dicen haber defendido vehementemente la Revolución Cubana. ¿Cómo de pronto, ante la opción entre la conducta de un hombre —respetabilísimo, por cierto, pero «uno»— y un proceso tan complejo (y hasta ahora, según nos dicen, tan satisfactorio), toman las armas, ¡y con qué vehemencia!, contra aquella revolución como «oscurantista», «dogmática», «culturalmente xenófoba» y «represiva»? ¿Qué ha pasado de ayer a hoy? ¿Es que los habían engañado sobre aquel proceso revolucionario y de ahí la anterior vehemencia con que, según dicen, defendían la Revolución Cubana? ¿El «caso Padilla» los ha sacado de su error?

¿De verdad encuentran en su información sobre el caso un fundamento teórico suficiente para pasar de la vehemencia admirativa a la vergüenza y a la cólera? ¿Por ventura se sienten intelectual, moral y políticamente cómodos en esa posición? ¿Han estudiado tan detenidamente los hechos en su, seguramente, compleja estructura, como para pasar de considerar la Revolución Cubana como «un modelo» a denunciarla públicamente, como un vástago del estalinismo y del terror? ¿El pasado y sus secuelas operan en ustedes como categorías fijas de su pensamiento, como «aprioris» fijados, absolutos, de su actual discurso intelectual? La analogía formal que sin duda existe entre ciertas autocríticas producidas durante el estalinismo –recientemente he trabajado en la edición, para los lectores de habla castellana, del *Trotsky en el exilio* de Peter Weiss, donde aquella tragedia se expone, por cierto, con insólita lucidez– y esta carta de Heberto Padilla, ¿se impone a ustedes de tal modo que les hace prescindir nada menos que del análisis concreto de los hechos?

¿Tanto imperio ejercen sobre ustedes los viejos clichés? Aquí les señalo lo que de «malamente abstracto» encuentro y lo que de inercia y pereza mental evidencia esa declaración. Con el horror que todos experimentamos ante los traslados mecánicos de las interpretaciones científicas de unos hechos a las explicaciones de otros, ¿qué les ha hecho caer en tal mecanismo? ¿Era o no era la Cuba de los años sesenta otra cosa –ese «modelo» que ustedes mismos dicen– otra cosa, repito, que la URSS de los años treinta? ¿Era y ya no lo es? ¿O no lo era y ustedes no supieron analizar aquella situación en sus visitas a la Isla? ¿Qué fueron entonces: más turistas que científicos? ¿Extrapolaron su visión turística y la dieron vehementemente como sanción intelectual favorable a aquel proceso? Y si lo era –un modelo– y ya no lo es, ¿cómo lo saben? ¿Y de qué manera ha podido suceder? ¿Un proceso se convierte en su contrario de la noche a la mañana y sin que cambien sus estructuras y ni siquiera alguno de sus personales dirigentes? ¿Reconoceremos aquí su filosofía de la historia? ¿Esa es la filosofía dialéctica de la que muchos de ustedes reclaman? En el caso de que en Cuba se estuviera produciendo un endurecimiento en cuanto a los problemas culturales, ¿no parece que muestran ustedes una cierta impaciencia en darlos por hecho? ¿Y qué caracteres tendría? ¿No será por ventura que se estaban dando algunas aberraciones en la superestructura cultural con relación a los urgentes problemas de la base? ¿Advirtieron algo en ese sentido con ocasión de sus viajes a Cuba? ¿O el (más que otra cosa) liberalismo

que regía la visa cultural y la autonomía de ese plano, les producía tan cegadora satisfacción que los compensaba de cualquier otro problema que afectara —ah, que tema tan desagradable— a las grandes masas? ¿Han analizado ahora el documento de conclusiones del reciente congreso nacional cubano para la educación y la cultura? ¿No hay una cierta —alegre o, más bien, triste— precipitación en el estigma con que ustedes marcan, como infame, un proceso que hasta ahora les había parecido tan admirable y digno de alabanza?

También, sinceramente, me siento confuso ante la presencia, al pie del documento, de firmas de escritores a los que estimo y admiro con toda el alma. Hallo también los nombres de notorios oportunistas: estalinistas al revés —como ya les dijo de una vez para siempre el querido Isaac Deutscher—. Pero esto no me extraña ni me importa.

Y, por fin, querido y admirado Jean-Paul Sartre: ¿Qué hace usted ahí? Lo hemos aplaudido en los últimos tiempos con verdadero fervor al encontrarlo en la calle vendiendo un periódico ignominiosamente perseguido, y manteniendo muy justas posiciones frente a gigantes, tradicionalmente revolucionarios, de muy pesado andar (léase ahora PCF). Hemos escuchado con atención sus palabras sobre la crisis de la concepción «clásica» del intelectual y sobre las nuevas perspectivas de lo que, hoy por hoy, es nuestro oficio. Usted ha llegado a plantearse la licitud o no de dedicar una parte de su tiempo a trabajar sobre Flaubert (y afortunadamente decidió hacerlo), movido por la necesidad de rechazar la imagen arquetípica del «intelectual clásico».

¿Cómo, de pronto, aparece ahora su firma al pie de una tan tópica muestra de la *intelligentsia* clásica; de un documento tan ligero, puerilmente colérico e irresponsable? Atención, atención. Cuídese de las manipulaciones de la pseudoizquierda —la macrocefalia de algunos de esos colegas es su propia manera de ser acéfalo— le diría yo, que no soy nadie, con cierta desenvoltura.

El escritor y la revolución*

MANUEL MALDONADO DENIS

La llamada autocritica del poeta cubano Heberto Padilla parece haber creado la primera gran figura entre los intelectuales de izquierda en la América Latina en torno a la Revolución Cubana, denuncias de prácticas estalinistas, evocación de los procesos de Praga, denuncias y contradenuncias... Y el imperialismo, naturalmente, bañándose en agua de rosas con la controversia suscitada por «el caso Padilla».

Los escritores que vivimos en sociedades capitalistas o coloniales tenemos la tendencia a convertir la protesta contra el sistema en una especie de credo personal, producto tal vez de la manifiesta impotencia que nuestra labor reviste frente a la aparente inamovilidad de las estructuras existentes. Las propias sociedades capitalistas fomentan estas posturas alienantes, con el propósito de capitalizar para su beneficio la supuesta «apertura» del régimen ante la crítica. De hecho el escritor es a menudo neutralizado en su función crítica o incorporado al sistema a través de los múltiples medios —económicos y de otra índole— de que este dispone en abundancia. Mientras más segura se sienta la clase dominante de su hegemonía sobre la sociedad, mayor será su tendencia a mostrar su «liberalismo» en cuanto a la expresión disidente. Con el proverbial desprecio de los poderosos por la creación intelectual, los jerarcas del sistema dicen que los intelectuales no hacen sino hablar y escribir —tareas estas que de otra parte dejan intactas las prerrogativas de aquellos como los dueños absolutos del poder dentro de la sociedad capitalista—.

Dentro de un sistema capitalista, la cultura tiene un carácter clasista. El escritor, quiera que no, se halla atrapado en el contexto de una sociedad que pretende comercializar toda creación cultural y que

ubica a esta en el rol de un producto para consumo de una élite. Por su propio origen de clase, el escritor se halla atado a la burguesía o pequeña burguesía. De otra parte, como creador de una conciencia lúcida en torno a la naturaleza de la sociedad que le rodea, este se ubica por lo general en la trinchera de aquellos que representan la negación de su propia clase. O, para ponerlo en términos del propio Sartre, los imperativos universalistas de la razón contradicen esencialmente la visión burguesa. La labor del escritor en una sociedad capitalista o colonial consistirá, por lo tanto, en servir a manera de conciencia de la sociedad, entendiéndose por ello que contribuirá a demoler los mitos más asiduamente cultivados por la clase dominante en su intento por ocultar la auténtica faz de su poder.

El escritor, como he dicho, se desenvuelve en el ámbito universalista de la razón. Pero para que su labor pueda ser realmente fructífera, su tarea concientizante tiene que vincularse a aquellos movimientos políticos capaces de transformar revolucionariamente esa sociedad que el escritor ha sabido discutir y criticar, con el propósito de que pueda edificarse un nuevo orden social en el cual imperen realmente aquellos valores que hasta ese momento existían solo como un proyecto para el futuro.

Al incorporarse el proceso revolucionario, el escritor se ve compelido a comprender que en la edificación de la nueva sociedad su labor es una de carácter positivo y no de negación. La perpetua negativa característica de una sociedad alienante tiene que ceder el paso ahora a una actitud más concorde con la incorporación al proceso educativo, cultural y político de las grandes masas que anteriormente se hallaban marginadas de dichos procesos. La postura esencial de un intelectual en una sociedad socialista debe ser una de humildad, de apertura frente al rico caudal de experiencias que el pueblo aporta para que aquel pueda emprender su proceso de reeducación en la nueva sociedad.

Una revolución social es un proceso histórico de extraordinarios alcances culturales. Se trata nada menos que del rompimiento de la vieja noción de la cultura como un fenómeno clasista. En ese sentido, el intelectual que se incorpora a la revolución debe ejercer la crítica revolucionariamente, es decir, debe tomar en consideración el hecho de que ahora, por primera vez, se está intentando construir un sistema social en donde la alienación no sea el orden del día.

El imperialismo es el sistema que representa la negación de todo humanismo, de toda noción de justicia social. El intelectual que aspira

a ser revolucionario no debe perder de vista este principio. Como tampoco debe olvidar el hecho de que la revolución misma está por encima de él como individuo.

Heberto padilla puede haber sido o no sincero en su autocrítica. Lo desconocemos. Lo importante es no desorbitar este desagradable incidente fuera de toda proporción. Hablar de estalinismo en Cuba por un incidente como este resulta no solo arriesgado, sino irresponsable. La Revolución Cubana sigue siendo el más grande acontecimiento histórico en la historia de América Latina en el siglo xx. Con todos sus errores y limitaciones. El caso de Heberto Padilla es un mero sarpullido de la Revolución. Esta seguirá adelante con o sin Padilla y sus defensores.

Declaración de Haroldo Conti entregada a Prensa Latina*

Aquí en América nosotros estamos en guerra. No sé si esto se ve claro desde Europa. Frente a tantos compañeros perseguidos, torturados, muertos, que por lo general pasan inadvertidos o apenas alcanzan la crónica policial, el episodio Padilla me parece hinchado hasta la desmesura. En todo caso sirve como asunto de discusión y reflexión dentro de la Revolución, pero jamás fuera o lejos de ella, que es casi lo mismo, porque entonces, y a pesar de las intenciones, nos daña a todos y a la propia Revolución.

Lamento que algunos compañeros, a quienes además me unen lazos de amistad, hayan asumido actitudes que estimo precipitadas y que, como debieron prever, iban a ser manejadas insidiosamente por el enemigo. Disiento con sus opiniones, pero reconozco su honestidad. En ese sentido, espero que la Revolución vuelva a juntarnos por encima de diferencias que en ningún caso, por lo que se ve, implican un rompimiento definitivo con lo que hasta ayer apoyaron y compartieron y menos un acto de connivencia con los traidores y gusanos que tratan de sacar provecho de este lamentable episodio.

Con todo, creo que esto tiene un saldo positivo por cuanto obliga a redefinir –desde una perspectiva política– la relación del intelectual con la sociedad, a partir de su participación en el proceso revolucionario, no ya como un privilegiado ni un factor de opinión, sino como un militante activamente comprometido con la lucha y el destino de su pueblo.

Haroldo Conti
Buenos Aires, Argentina, 9 de junio de 1971.

* Tomado de la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, p. 182.

Otras voces, otros ámbitos*

ANTONIO SKÁRMETA

Las palabras de Fidel Castro no fueron el telón a una época, sino el comienzo de otra para los intelectuales: el momento de readecuar su función en una sociedad revolucionaria, específicamente gestada por vía violenta, con invasiones del enemigo, y de doce años de edad. Plumas volaron, pero el estilo de Fidel Castro es apasionado y franco. No son meditaciones con firuletes, sino provocaciones. Gusten o no, el hecho es que la olla se revolvió, y no hay intelectual latinoamericano que no haya pasado las de Kiko y Kako durante el último mes.

Como lo que está en juego es la actitud del intelectual frente a la Revolución, las alternativas pueden traicionarse en dos. Se cree o no en la autocrítica de Padilla.

Vargas Llosa encuentra que hasta la sintaxis es policial y le recuerda los momentos más oscuros del estalinismo. Resulta que a los escritores latinoamericanos, mayoritariamente, la autocrítica no nos olió a policial, primero, porque en Cuba no había paño que cortar. No había sombra de estalinismo ni dogmatismo estético. Hasta el más reaccionario admitiría que nunca una vanguardia política se había amalgamado tan bien con la avanzada cultural.

Hace ocho meses estuve en Cuba y viví la experiencia de una confusa admiración. Tuve la sensación de que me faltaba la clave para entrar en ella a fondo. Más allá de mi adhesión intelectual, me faltaba su cuerpo. Ahora entiendo que uno cacha una revolución cuando uno la ha hecho. Trata de subirte a un auto que va con el acelerador a fondo y el *shock* será previsible.

Otrosí: la derecha acumuló a sus tres o cuatro chantupufis habituales para que lanzaran un estentóreo do de pecho. Estos quisieron poner sus

febriles errores sobre el proceso revolucionario chileno que como lo sabe media galaxia, es otra cosa muy distinta; porque nuestra historia y nuestro destino específico dan para eso. Incitaron a los escritores chilenos a romper el silencio para que así vigorizaran el feble coro de la reacción. El intelectual de izquierda chileno no cayó en la trampita. Esperó los antecedentes, juzgó y ahora empieza a hablar.

Por cierto que después de todo este jaleo, la tentación del blablablá por todas partes es grande. Saldrán súper superabanderadas por varias posiciones, y tal vez en la ruta se vayan diciendo frases enfebrecidas. Si en última instancia estamos descalificados para opinar en profundidad sobre el proceso revolucionario cubano, también es bueno tener el privilegio de hacer aquí un país como nosotros lo queremos. Un proceso que hay que serlo, vivirlo, amarlo y vigilarlo. Vigilarlo, no desde la torre de la conciencia crítica del intelectual, sino medio en el baile. Eso dará el derecho moral de hacer la más despiadada crítica cada vez que corresponda.

Carta de Wifredo Lam*

Ante las críticas contra Cuba manifestadas últimamente por un grupo de intelectuales y amigos de la Revolución, las fuerzas reaccionarias se han aprovechado para ensuciar públicamente (como en *París Match*) las conquistas del pueblo cubano.

Quiero dar mi opinión. Por vocación, mi vida no es fundamentalmente la de un político. Soy un artista. Yo me ocupo diariamente de los detalles de estas cosas. Este no es mi problema.

De la misma manera que apoyé la resistencia del pueblo español contra el franquismo, he apoyado y apoyo a la Revolución Cubana. Como todas las revoluciones que no pueden extenderse más allá de sus fronteras nacionales, esta se encuentra con dificultades y limitaciones que no se pueden resolver a corto plazo.

Solo un despertar revolucionario en el mundo, sobre todo en América Latina, permitirá a la Revolución Cubana salir de la crisis. Mientras que eso no se produzca, yo ni pretendo ni quiero juzgar tal o cual accidente cotidiano, aun cuando estime en privado que se trata de una torpeza o de un error. Este ha sido el caso de todas las revoluciones de la historia. No se puede comprender ni evaluar su curso sino en función de ellas mismas. Es demasiado fácil e inútil juzgar desde arriba y desde afuera, partiendo de posiciones privilegiadas. Es peligroso dar el flanco a aquellos que no quieren ver, en efecto, sino la ocasión de minar la Revolución y el socialismo. De la misma manera que no me entretuve con el caso Escalante, no me pronunciaré sobre el asunto Padilla.

La Revolución Cubana se encuentra sitiada y amenazada por enemigos diversos, entre los cuales los Estados Unidos son el más próximo y el más peligroso. No se trata, para mí —o, creo, para los intelectuales o

los militantes— de intervenir de manera formal y pública manera estéril finalmente [sic] y sin inferencias sobre el curso diario de las cosas, sino de afirmar nuestro apoyo a pesar de los obstáculos transitorios, en espera de que un esclarecimiento permita nuevo progreso.

Todas las revoluciones están sembradas de obstáculos, a veces infranqueables, en el inmediato histórico. Solo el transcurso del tiempo y la acción de los hombres comprometidos con estos procesos pueden remediarlos. Dado esto, no quiero particularmente asumir la posición fácil de aquellos para quienes la democracia es solo una costumbre histórica, de la cual gozan las naciones privilegiadas. Aquellos que la dominan se cuidan bien de no exponerla y hasta la mutilan y aplastan cuando consideran que sus intereses están en peligro. Más vale Cuba sitiada que la democracia yanqui.

Uno no tiene ningún derecho a servirse de una ideología pseudodemocrática sin una práctica real frente a las naciones todavía recientemente colonizadas, de hecho o de derecho, a las cuales las naciones dominantes han negado siempre el libre ejercicio de sus libertades, comenzando por la independencia nacional.

Es a través de una lucha todavía larga que todos los pueblos podrán instituir estas libertades como un derecho para todos y no como un privilegio de algunos pocos. Este es el problema esencial que hay que plantear. Mientras que este problema no sea resuelto, los accidentes de segundo orden son casi inevitables. No creo que sea útil intervenir sin poder cambiar nada.

Pienso que mi función y mi eficacia de hombre y de artista es apoyar la Revolución, en Cuba como en otras partes, a pesar de todos los obstáculos del camino. Si dificultades hay, es, en todo caso, a las grandes potencias que hay que echar la culpa, no a los países que han hecho la Revolución, pero a los cuales coaliciones mundiales, ya sean de guerra fría o de coexistencia pacífica, les niegan la posibilidad de progresar.

Declaración de intelectuales mexicanos*

Aunque ha sido permanente la campaña de hostilidad y bloqueo contra la Revolución Cubana, en los últimos tiempos se ha recrudecido en todos los frentes contrarrevolucionarios: los del imperialismo norteamericano y su ramificado aparato de espionaje, propaganda y diatribas extendido a todos los países capitalistas y sus dependencias, los de las oligarquías de la América Latina, sumisas a los dictados de aquel, y recientemente los de grupos seudocosmopolitas de intelectuales –antaño románticos simpatizadores de Cuba– que se apresuran a manifestar su repudio con motivo de cualquier incidente, adventicio o propio de las dificultades en la construcción del socialismo.

No discutiremos el suceso más reciente aprovechando para arrojar por la borda una simpatía contraria a los intereses pequeñoburgueses y a la ideología dominante que sojuzga a ciertos grupos de intelectuales.

No nos sentimos capacitados para juzgar subjetivamente la auto-crítica del poeta tomado como pretexto para librarse de compromisos estorbosos al buen éxito económico y literario.

Lo importante es que la nueva embestida contra Cuba la causa el reconocimiento de que los cambios profundos de la estructura económica, política y social del país, evidencian que el proceso revolucionario socialista ha pasado a la etapa de mayor y creciente injerencia y responsabilidad de los obreros, y los trabajadores en general, en la dirección revolucionaria a todos los niveles.

Esos cambios implican el desplazamiento de quienes desde fuera de la clase del proletariado no se asimilaron a aquella y a sus propósitos, o bien jamás intentaron asimilarse siquiera. Por eso les urge abandonar

* Tomado de la sección «Posiciones», revista Casa de las Américas, núm. 67, julio-agosto de 1971, pp. 166 y 167.

una causa en marcha irreversible hacia la construcción de la auténtica sociedad democrática socialista.

Tarea con tropiezos, dificultades y errores que, por lo demás, los dirigentes de la Revolución Cubana son los primeros en autocriticar y enmendar, conforme al criterio leninista «inteligente no es quien no comete errores. Hombres que no cometen errores no hay ni puede haberlos. Inteligente es quien comete errores que no son muy graves y sabe corregirlos bien y pronto».

Una revolución no es lo mismo que invitar a cenar..., o escribir un ensayo, pintar un cuadro o hacer labor de aguja de fantasía... La Revolución de Cuba no es la excepción. Por eso no resulta agradable a los aficionados a tejer.

No creemos acriticamente que un movimiento revolucionario pueda transformar la situación social de la noche a la mañana.

Reconocemos lo arduo de la tarea. Pero a la vez sabemos que importa no torcer el camino o retroceder, y confiamos en que en Cuba las dificultades se vencerán. Pensamos que la campaña contra la Revolución Cubana cuenta con la existencia de lucha de clases en el interior de la Isla, aunque se dé en nivel distinto que en los países capitalistas, y se conduzca ahora contra el poder crecientemente en manos del proletariado.

La reacción interior y mundial cuenta asimismo con los medios intelectuales pequeñoburgueses nostálgicos del trabajo de hacer labor de aguja de fantasía. Justamente la etapa actual del desarrollo de la Revolución Cubana es una que fortalece el poder político y la participación activa de grandes masas del pueblo en la dirección de aquel, una en que si la tarea de tejer con agujas no obstaculiza mucho, como lo ha demostrado la paciencia del Gobierno de Fidel Castro ante quienes la practican, no sirve para nada.

Y por eso justamente resulta paradójico que en el momento en que fortalece ese estilo de genuina democracia, la que deja el poder en manos de la clase trabajadora que abolirá las clases, se juzgue a la Revolución en nombre de la democracia, se la vitupere y –sin elementos mínimos de información acerca de la realidad– se la repudie para elogiar por contrapartida a la democracia representativa supuestamente existente en el «mundo libre».

Resulta extraño que escritores latinoamericanos, ahora enemigos de la Revolución Cubana, se muestren tan silenciosos y complacientes bajo el embozo del elogio a falsas aperturas a la crítica, el diálogo y la

democracia frente a las oligarquías que imponen desde el subreinado de su propia dependencia el imperio del terror, la miseria, el genocidio implícito en esta, y la secular y abismal desigualdad entre poseedores y trabajadores.

Por todo lo anterior, con el solo afán de subrayar la irreversibilidad de la Revolución socialista cubana, manifestamos nuestra invariable solidaridad con ella, con su cada vez más militante pueblo y sus dirigentes y con los nítidos propósitos de hacer de Cuba un país socialista a cabalidad, con toda la consecuencia de esfuerzo, tesón y cambio radical que ellos significa.

ALONSO AGUILAR, IGNACIO AGUIRRE, DAVID ALFARO SIQUEIROS, JUAN BAÑUELOS, ARTURO BONILLA, EMMANUEL CARBALLO, FERNANDO CARMONA, BERNARDO CASTRO VILLAGRAMA, JORGE CARRIÓN, ELIZABETH CATLET, SERGIO DE LA PENA, JUAN DUCH, JOSÉ ESTRADA, JORGE FONS, ALEJANDRO GALINDO, ENRIQUE HINOJOSA TREJO, EFRAÍN HUERTA, RENATO LEDUC, FRANCISCO MORA, ENRIQUE OLIVARES, MARIO OROZCO RIVERA, RICARDO POZAS, ANTONIO ROSETA, ALBERTO RUZ, ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ, LUIS SUÁREZ, MAURICIO WALLERSTEIN.

CIA/OC/IM - 1711/71

Approved For Release 2005/08/22 : CIA-RDP85T00875R001100100067-2

25X1

Secret



DIRECTORATE OF
INTELLIGENCE

Intelligence Memorandum

Padilla: Castro's Solzhenitsyn?

Secret

22 June 1971
No. 1711/71

Approved For Release 2005/08/22 : CIA-RDP85T00875R001100100067-2

90

WARNING

-This document contains information affecting the national defense of the United States, within the meaning of Title 18, sections 793 and 794, of the US Code, as amended. Its transmission or revelation of its contents to or receipt by an unauthorized person is prohibited by law.

GROUP 1
EXCLUDED FROM AUTOMATIC
DOWNGRADING AND
DECLASSIFICATION

SECRET

25X1

CENTRAL INTELLIGENCE AGENCY
Directorate of Intelligence
22 June 1971

INTELLIGENCE MEMORANDUM

Padilla: Castro's Solzhenitsyn?

Summary

Intellectuals in Fidel Castro's Cuba have generally enjoyed a degree of freedom that is rare in a totalitarian state. As the Revolution progressed, those authors and artists who found the deteriorating economic situation and the increasing regimentation too distasteful to stomach were often permitted to live abroad with the regime's blessing. Even when poet Heberto Padilla overstepped the loosely defined limits of politico-literary propriety in 1968 and was censured by the more doctrinaire segment of the Cuban hierarchy, the collection of works for which he was criticized was published. Although his book of poems carried a prefatory note explaining its "political weaknesses," the fact it was published at all testified to Castro's willingness to allow limited controversy in order to retain the support of intellectuals both at home and abroad and to give his regime an aura of freedom.

Since 1968, however, the picture has changed radically. Well-intentioned but devastatingly accurate criticism of the regime's economic and administrative policies from such highly trusted European leftist intellectuals as Rene Dumont and K.S. Karol reached Cuba in early 1970, just as Castro was becoming aware that, despite an all-out mobilization, the premier goal of ten million tons of sugar would

Note: This memorandum was prepared by the Office of Current Intelligence and coordinated within CIA.

SECRET

25X1

~~SECRET~~

25X1

not be realized in that year's harvest. Although Castro delivered an oblique but bitter attack on his unnamed critics "in Paris and Rome" on 22 April 1970, he in effect confirmed many of their charges on 26 July when he acknowledged in detail the serious plight of the economy. Even as he set about adopting measures to counter the weaknesses and deficiencies exposed by Karol and Dumont, he mounted a feeble and ill-conceived campaign to discredit them.

At this point, Padilla entered the picture. He was caught, according to his own admission, trying to smuggle out of Cuba a manuscript critical of the Revolution for publication in Europe. Castro,

25X1

ordered Padilla's arrest on 20 March 1971 and in a little more than two weeks had squeezed from him a farcical "self-criticism" in which Padilla identified both Karol and Dumont as "agents of the CIA." The "confession" was not released until three weeks later--perhaps to allow Padilla time to recover from the effects of his imprisonment. On 30 April Castro followed up Padilla's confession with a ringing denunciation of those who found fault with the poet's detention.

Padilla's arrest had caused a relatively mild protest from foreign intellectuals, who directed a letter to Castro calling for his release; the amateurish and degrading "self-criticism," however, provoked a scathing letter expressing the "shame, anger, and disillusionment" of 60 prominent intellectuals in Europe and the Western Hemisphere. The letter barely stopped short of accusing the Cubans of eliciting the confession by torture and said the circumstances surrounding the incident "recall the most sordid moment of the era of Stalinism with its prefabricated verdicts and its witch hunts."

Although a few of the foreign intellectuals have softened their attitudes, there is no sign that Castro also intends to moderate his position. Indeed,

25X1

-2-

~~SECRET~~

SECRET

25X1

there is evidence that Havana is taking steps that can only further widen the gap. Castro may have whipped the local intellectuals into line, but he has done so at the expense of alienating, perhaps permanently, a significant segment of foreign intellectuals who have long given him their unqualified and frequently unsolicited support. More ominous is the suspicion that internal political pressures in the Cuban hierarchy forced Castro to pay a high price for what in effect is a minor victory. The Padilla affair coincides with the recent trend toward more repression in Cuba and seems to herald a period in which Cuba will be more exposed to the rigors of a Stalinist strain of Communism than to the heretofore more freewheeling brand of Fidel Castro.

--3--

SECRET

25X1

Secreto

DIRECCIÓN DE INTELIGENCIA

Memorando de Inteligencia

Padilla: ¿el Solzhenitsyn de Castro?

Secreto

22 junio 1971

Nro. 1711 /71

ADVERTENCIA

Este documento contiene información que afecta la defensa nacional de los Estado Unidos, dentro de lo señalado en el Título 18, secciones 793 y 714, del Código de los Estados Unidos, según enmienda. Su transmisión, revelado de su contenido o su recepción por una persona no autorizada está prohibida por ley.

GRUPO 1
EXCLUIDO DE DESCARGA
AUTOMÁTICA Y
DESCLASIFICACIÓN

Secreto

AGENCIA CENTRAL DE INTELIGENCIA*

Dirección de Inteligencia

22 junio 1971

MEMORANDO DE INTELIGENCIA

Padilla: ¿el Solzhenitsyn de Castro?

Resumen

Los intelectuales de la Cuba de Fidel Castro generalmente han disfrutado de un grado de libertad que es raro en un Estado totalitario. A medida que la Revolución avanzaba, a los autores y artistas que encontraban que el deterioro de la situación económica y la creciente reglamentación eran demasiado desagradables de digerir, a menudo se les permitió vivir en el extranjero con la bendición del régimen. Incluso, cuando en 1968 el poeta Heberto Padilla sobrepasó desde lo político-literario los límites vagamente definidos de lo apropiado, y fue censurado por el segmento más doctrinario de la jerarquía cubana, se publicó la colección de sus obras, por las cuales había sido criticado. Aunque su libro de poemas lleva como prefacio una nota explicativa de sus «debilidades políticas», el hecho de que se llegara a publicar atestiguaba la disposición de Castro de permitir una limitada controversia para mantener el apoyo de los intelectuales, tanto internamente como en el exterior, para dar a su régimen un aura de libertad.

Desde 1968, sin embargo, el panorama había cambiado radicalmente. Las críticas bien intencionadas, pero devastadoramente certeras, de las políticas económicas y administrativas del régimen por parte de

Nota: Este memorando fue preparado en la Oficina de Inteligencia en Curso y coordinada dentro de la CIA.

intelectuales europeos de izquierda, altamente confiables, como René Dumont y K. S. Karol, llegaron a Cuba a principios de 1970, justamente cuando Castro se iba percatando de que, a pesar de una movilización total, la meta principal de producir diez millones de toneladas de azúcar no se realizaría durante la zafra de ese año. Aunque Castro dirigió un ataque indirecto y amargo a sus anónimos críticos «en París y Roma» el 22 de abril de 1970, de hecho, confirmó muchas de sus denuncias el 26 de julio, cuando señaló en detalle la grave situación de la economía. Incluso, cuando se adoptaban medidas para contrarrestar las debilidades y deficiencias señaladas por Karol y Dumont, él montó una débil y mal concebida campaña para desacreditarlos.

En este punto, entra en escena Padilla. Según su propia confesión, lo atraparon tratando de sacar ilegalmente de Cuba un manuscrito crítico de la Revolución para su publicación en Europa. Castro [FRAGMENTO SUPRIMIDO EN EL ORIGINAL] ordenó la detención de Padilla el 20 de marzo de 1971 y en poco más de dos semanas le habían sacado una ridícula «autocrítica» en la que Padilla identificaba tanto a Karol como a Dumont como «agentes de la CIA». La «confesión» no se dio a conocer hasta tres semanas después, tal vez para darle tiempo a Padilla para que se recuperara de los efectos de su encarcelamiento. El 30 de abril, tras la confesión de Padilla, Castro hizo una resonante denuncia de quienes criticaron la detención del poeta.

El arresto de Padilla provocó una protesta relativamente ligera de los intelectuales extranjeros, quienes dirigieron una carta a Castro pidiendo su liberación. Sin embargo, la poco profesional y degradante «autocrítica» provocó una carta mordaz que expresaba la «vergüenza, la ira y la desilusión» de sesenta prominentes intelectuales en Europa y el hemisferio occidental. La carta casi se acercó a acusar a los cubanos de obtener la confesión mediante tortura y decía que las circunstancias que rodearon el incidente «recuerdan los momentos más sórdidos de la era del estalinismo con sus veredictos prefabricados y sus cacerías de brujas».

Aunque unos pocos intelectuales extranjeros han suavizado sus actitudes, no hay señal de que Castro también tenga la intención de moderar su posición. De hecho, hay evidencias de que La Habana está dando pasos que solamente pueden ensanchar más la brecha. Castro puede haber fustigado a los intelectuales locales para alinearlos, pero lo ha hecho a expensas de alienar, quizás permanentemente, un importante segmento de los intelectuales extranjeros que durante largo tiempo le

han dado su apoyo incondicional y con frecuencia no solicitado. Más ominosa es la sospecha de que las presiones políticas internas en la jerarquía cubana obligaron a Castro a pagar un alto precio, por lo que de hecho es una victoria pírrica. El «*affaire* Padilla» coincide con la reciente tendencia hacia una mayor represión en Cuba y parece anunciar un período en el cual Cuba va a estar más expuesta a los rigores de un tipo de comunismo estalinista que a el, hasta ahora, más espontáneo sello de Fidel Castro.

Secreto

Política cultural cubana*

FEDERICO SCHOPF

A nuestro juicio, el caso Padilla no puede considerarse separado abstractamente de la situación cubana y de la nueva política cultural que la Revolución Cubana propicia. La más hipersensible mala fe o una alienación de la cual parecen no ser conscientes, ha hecho caer a la gran mayoría de los defensores de la anterior posición de Padilla en un doble error. El primero es un acto de violentación de los hechos y ha consistido en homologar el caso de Padilla (y su desarrollo, palmaria-mente diverso) con otros momentos de la historia. El segundo ha sido la descripción y enjuiciamiento de su caso de acuerdo a conceptos escandalosamente reaccionarios.

En el contexto de esta difamación a Cuba —a través de ideas que hacen sistema con la violencia reaccionaria y que la prensa internacional se ha encargado eficazmente de orquestar— «estalinismo» resulta uno más de los términos de un código del terror místico puesto al servicio de la represión y cuyo uso irracional, más que describir la situación del socialismo en Cuba, denuncia la posición «revolucionaria» de quienes lo usan en nombre de una «libertad de expresión» que, curiosamente, el capitalismo respeta en medio de su permanente explotación del hombre por el hombre y que respeta, naturalmente, en el grado en que no entra en conflicto con sus intereses, lo cual puede hacer pensar que acaso ciertos intelectuales de izquierda no entran radicalmente en conflicto con esos intereses.

No hace mucho, un escritor «profundamente afecto a Cuba» me señalaba que el verdadero problema residía en averiguar por qué la

* Publicado en *Ahora*, núm. 11, 29 de junio de 1971, pp. 48 y 49 y en la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, p. 183.

detención de Padilla se había producido en estos momentos y no antes. En el marco de su irrestringida buena fe, no comprendía que, desde el punto de vista de Seguridad del Estado, la detención de Padilla se produjo por acumulación de cargos. Nuestro escritor tampoco quería, evidentemente, recordar que los frentes de lucha revolucionaria y, por tanto, contrarrevolucionaria son por lo menos tres, según Lenin: «[...] no dos formas de la gran lucha (la política y la económica) [...] sino tres, colocando también a su lado la lucha teórica».

A la etapa de colaboración ha sucedido, objetivamente, la etapa de contradicción, y en los intelectuales revolucionarios la necesidad real de superar esa contradicción. Es precisamente esta superación la que ha propuesto Fidel Castro en su importante discurso del [30 de abril]. Resulta sintomático que se haya querido leer que, en cierto modo, se haya necesitado leer, por parte de muchos intelectuales de izquierda, que la nueva política cultural cubana rechaza, por una parte, a la totalidad de los intelectuales heredados y, por otra, la totalidad de la cultura anterior. En el mismo discurso que ellos leían había dicho Fidel Castro que «las mejores obras culturales, las mejores creaciones artísticas del hombre y de la humanidad forman parte de la educación, todo lo que puede ser usado, y cada vez más usado». Y en relación a los intelectuales: «cuando digo ratas intelectuales, está claro que no nos referimos, ni mucho menos, a todos los intelectuales». ¿Cuál es la posición real de nuestros intelectuales de izquierda? ¿Qué empiezan a defender ellos: el pasado de Padilla o el presente de sus actos?

El propósito esencial de la política cultural expuesta por Fidel Castro es, por cierto, la formación de intelectuales orgánicamente ligados a la clase proletaria y a su lucha por realizar el socialismo. Los intelectuales heredados, los intelectuales tradicionales, es decir, nosotros, hemos recibido una vez más la posibilidad concreta de enfrentarnos al origen burgués del carácter aparentemente natural e incambiado de nuestra actividad, su puesto en la sociedad, su público, sus productos, su desarrollo de la personalidad literaria, etc. La ilusión de la autonomía e independencia de las capas intelectuales con respecto a los cambios sociales, económicos y políticos —una ilusión inyectada y continuamente legitimada por las ideologías burguesas— ha permitido a algunos intelectuales de izquierda ejercer una crítica supuestamente demoledora contra Cuba desde una posición que ellos juzgan neutra, imparcial y, desde luego, libre. Una oscura complicidad con el sistema empieza a hacerse evidente: la de aquellos que se resisten a revisar

los supuestos de su trabajo intelectual, es decir, la de aquellos que se resisten a colaborar desde un punto de vista que los organice en relación al proceso revolucionario.

La responsabilidad revolucionaria del intelectual heredado se refiere no solo a su actividad política en cuanto ciudadano: se extiende también a su trabajo específico, al trabajo que lo ubica en el interior de la sociedad: su producción cultural. Esta responsabilidad implica, por una parte, ser capaz de expresar las luchas del proletariado y su proceso y, por otra, organizarse como una parte de las fuerzas revolucionarias que, por medio de su trabajo específico, se pone al servicio de estas y contribuye con ellas al proceso de cambios. No se trata, por cierto, de la exigencia —como ha dicho Carlos Ossa— de una adhesión «unidimensional» y «maniqueísta» no se trata de que se haya afirmado que «vivir en Occidente es ser putrefacto o estar corrompido». Solo una recepción irracional y delirante de las abiertas palabras de Fidel Castro puede llevar a la triste conclusión de que «solo los mediocres, los fatuos, los resentidos pueden estar felices con el actual proceso cultural cubano: encuentran un modelo para encauzarse». El modelo que la Revolución Cubana propone, la legítima exigencia que toda Revolución hace a sus intelectuales en un momento determinado es la creación de una auténtica cultura revolucionaria y, sobre todo, la formación de un nuevo tipo de intelectual, surgido de la clase revolucionaria. Frente al conflicto que este propósito significa para el intelectual heredado, tengamos el valor de poner fin «al blandengue lloriqueo sobre el aplastamiento de la personalidad que tantas veces oímos (Kautsky); tengamos el valor de ejercer una autocrítica que nos conduzca a la alternativa de asumir nuestra complicidad con el sistema capitalista o de incorporarnos creadoramente a la praxis revolucionaria.

El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano*

JORGE RUFFINELLI

Al regreso de su viaje por diversos países de América Latina –Cuba, México, Venezuela, Chile y Brasil– varios motivos dieron particular interés a un diálogo con Eduardo Galeano. Su libro *Las venas abiertas de América Latina* (que en los próximos meses se publicará simultáneamente en México por Siglo XXI, en Cuba por Casa de las Américas y en Uruguay por la Universidad) llegó a arañar el premio de Ensayo de la Casa en el último concurso y obtuvo en definitiva la primera mención. Por otro lado, Galeano, nacido en 1940, integrante de la llamada generación de 1955 o de la crisis, ha vuelto a escribir narrativa después de un marcado lapso de silencio (sus únicos libros literarios son *Los días siguientes*, de 1960 y *Los fantasmas del día del león*, 1967, al margen de sus volúmenes ensayísticos: *China 1964: Crónica de un desafío*, *Guatemala, clave de Latinoamérica*, 1966, y *Reportajes*, 1967). Y finalmente el hecho de que viniera de Cuba y pasara por otros países, sirvió para adjuntar su testimonio y opiniones sobre los difundidos sucesos culturales cubanos y el efecto que han tenido en diferentes latitudes. Sobre todos estos temas versa esta entrevista.

Hace años oí decir que habías abandonado la literatura por considerarle una forma superada de la «acción». ¿Es eso cierto? Por lo menos no has vuelto a publicar hasta hace poco tiempo.

No, yo no creo que eso de la literatura, y menos desde que en la izquierda se ha generalizado tanto el complejo del escritor ante el «hombre de acción». Escribir puede ser un acto, de una forma posible de acción. Todo depende. De modo que, ya ves, no comparto esa actitud

de desprecio por la literatura. Hay escritores que escriben novelas y al mismo tiempo dicen que hay que destruir el lenguaje y emprenden la guerra contra las palabras. Como si no hubiera cosa más importante contra las cuales combatir, con las palabras y con otras armas. Lo que había conmigo era simplemente el hecho de que decidí consagrar casi cuatro años de mi vida a trabajar en un libro de economía política que finalmente terminé a finales del año pasado. De economía política, fíjate vos.

De modo que fue solo una suspensión.

Claro, simplemente. Fíjate que para hacer este libro estuve metido hasta las orejas estudiando economía e historia, una tarea de investigación que resultó larga y penosa, pero que yo creí necesario hacer.

Volviste a escribir narrativa. Y en Marcha publicamos hace poco un cuento tuyo.

Sí, en Venezuela, hace unos pocos meses, volví al primer amor. Tengo el proyecto de hacer un par de libros con cuentos y viñetas, fragmentos de realidad y también historias más desarrolladas, que ocurren en distintos lugares de América Latina y que formarían una unidad, contradictoria y heterogénea. Tengo mucho material, mucha materia prima y también muchas ganas acumuladas.

Las ganas acumuladas en los cuatro años...

Claro. Y qué bueno es eso. Porque además te da una perspectiva de lo que has hecho. Yo pienso que aquella novelita que publiqué, *Los días siguientes*, es muy mala, por ejemplo, muy débil, bastante artificiosa...

No diría eso. Sucede que la novela representa una actitud generacional, superada hasta por vos mismo. Los fantasmas del día del león ya expresa una realidad diferente.

Muestra otra actitud. El Uruguay había cambiado, yo también. Y ahora supongo que lo que estoy escribiendo es bastante diferente a su vez. Lo importante es lograr una literatura de tensión y de síntesis, que exprese el jaleo, la respiración entrecortada de su momento latinoamericano y uruguayo. Fíjate que las fronteras entre los géneros son ahora mucho más borrosas, hay un estallido de los límites, y yo creo que eso es muy positivo, porque a medida que la realidad del continente va cambiando, necesariamente ha de modificarse el

lenguaje que tienen los escritores para comunicarla. No sé cuál será la clave definitiva de apertura a formas nuevas de expresión, pero seguramente se va liquidando aquella cosa de compartimentos estancos que existía, con la literatura como una dama muy prestigiosa, muy sagrada y alta, y con las otras formas que integraban una especie de suburbio o bajo fondo a sus pies; bueno, esa división del trabajo entre la «literatura» por un lado, y por otro el periodismo político, o qué sé yo, la literatura aplicada, la literatura de revistas, para televisión o para radio, esa distancia y esa ordenación en casilleros distintos debe desaparecer. ¿Vos no tenés la impresión también? Y entonces hay que tratar de mezclar las barajas para ver si se consigue sacar de todo eso una fortuna nueva de creación, diferente a las tradicionales, y más útil al lector actual, al lector joven.

¿Y esto lo aplicas al mismo tiempo en el ensayo político? ¿Por ejemplo en Las venas abiertas de América Latina?

Bueno, precisamente en ese libro, que es de economía política, la técnica que se utiliza es una técnica narrativa. Es el colmo de la heterodoxia... De todos modos los académicos no tienen de qué quejarse: hay trescientas cincuenta fuentes documentales, ninguna afirmación sorprendente que no esté respaldada por autores respetables o documentos serios, y el libro es resultado de la lectura —que me exigió una experiencia musulmana— de una cantidad innumerable de informes económicos tediosos y de obras muy espesas, ¿sabes? De cosas que casi solo los autores y yo leímos, nomás. Y bueno, era traducir estadísticas y reflexiones teóricas, abstractas, inapresables a un lenguaje que resulte atractivo para cualquiera. Fíjate la importancia política que puede tener eso, si sale bien. Porque significa poner la economía política al alcance del lector medio, bajar de las cumbres inaccesibles muchos de los secretos que los técnicos manejan en código para cambiárselos entre sí como figuritas difíciles.

¿Cuál es el tema del libro?

Es un estudio de cómo América Latina se especializó en «perder» desde el principio. Una investigación sobre el saqueo, pero escrita casi como si fuera una novela de amor, ¿entendés? La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en perder y otros se especializan en ganar, pese a todas las coartadas que la tecnocracia proporciona para bendecir esa distribución desigual de los bienes de

la tierra, que resulta de la desigual adjudicación de funciones. En el libro se mezcla, pues, la historia de la conquista a fuego de arcabuz con los tecnócratas en los jets, el pasado como memoria viva, siempre junto al tiempo presente. Los mecanismos actuales del despojo, y los de antes, en cada una de las etapas del proceso de incorporación de América Latina, como sirvienta, al mundo capitalista. De modo que en el libro encontrarás a Hernán Cortés y a los infantes de marina, a los corregidores del rey y a las misiones del Fondo Monetario, los dividendos de los traficantes de esclavos y las ganancias de la General Motors. También los héroes derrotados y las revoluciones de nuestros días: Túpac Amaru, Artigas, Sandino, Fidel Castro, es decir la contracara de la medalla, la respuesta.

¿Historias, entonces, el proceso desde el siglo xvi hasta el presente?

Sí, pero como te decía, no es una historia ordenada cronológicamente desde Colón a Richard Nixon, sino que el pasado está utilizado en función del presente y viceversa. No hay ningún acontecimiento que se relate, ninguna región que se mencione, ningún personaje que aparezca en el libro, sin alguna forma de relación con el tiempo actual, con lo que ocurre ahora, con lo que nos está pasando.

¿Y cómo ves la situación actual? ¿Qué es lo que nos está pasando?

Yo creo que América Latina tiene las venas tan abiertas como las tenía antes, aunque los modelos imperialistas han cambiado. Desde la época del colonialismo español hasta ahora, claro, se han sucedido modelos diversos de explotación. Pero en definitiva los problemas que la región enfrenta hoy de algún modo tiene una relación muy directa con los que signaron su nacimiento, su incorporación a la economía mercantilista de principios del siglo xvi. Cuando la Europa del Renacimiento atraviesa el océano y les clava los dientes en la garganta a las civilizaciones indígenas americanas, se empieza a organizar un sistema de domino que se va estructurando lenta pero sistemáticamente desde lo que era el norte de México hasta la Patagonia, y por el cual quedamos condenados a vivir ciclos discontinuos de prosperidad y de miseria de acuerdo con el ritmo de las necesidades de los centros de poder y con nuestra capacidad mayor o menor de satisfacerlas. En el libro hay muchas referencias a la historia simultánea de América del Norte, es decir, al desarrollo a partir de las Trece Colonias. El hecho de que los Estados Unidos sean ricos y América Latina pobre no es el resultado

de un designio de Dios, una voluntad escrita en las estrellas, sino de condiciones muy objetivas. Y tampoco es el resultado exclusivo de la explotación imperialista que el Sur padece en manos del Norte, porque en realidad antes de que los Estados Unidos tuvieran una expansión hacia afuera ya tenían adentro un desarrollo económico más coherente y acelerado que el latinoamericano: habían realizado una unidad nacional con una homogeneidad que América Latina nunca tuvo. América Latina se partió en pedazos a partir de la independencia, pero esa fracturación política correspondió a una fracturación económica previa. Fíjate que de las veinte ciudades más importantes de América Latina en la actualidad, dieciséis ya existían en la época colonial, y de algún modo continúan siendo las llaves maestras del sistema: siguen cumpliendo hoy una función extranjerizadora, colonizadora, respecto al conjunto de comarcas que tienen detrás, las retaguardias pobres, el campo explotado y abandonado, las vastas zonas mineras que tuvieron periodos de esplendor y de auge y después se precipitaron al vacío.

En los últimos meses realizaste una dilatada gira por varios países: Cuba, México, Venezuela, Chile y Brasil. ¿Qué te ha llamado más la atención? ¿Qué experiencias recogiste?

Mira qué curioso: me ha sorprendido encontrar, a la vuelta de Cuba, en todos los países que he visitado, una obsesión más que una preocupación, por el «caso Padilla». Para mí fue asombroso, ¿verdad?, encontrar que la gente amiga de uno, los intelectuales y muchos militantes de izquierda y universitarios de todos esos países estaban básicamente preocupados por el «caso» Padilla. Como yo volvía de Cuba, las preguntas tenían que ver todas con ese hecho, al grado que me he convencido de que América Latina se ha enfermado de «padillismo»; a favor o en contra, se ha generado una división de opiniones que no tiene ningún sentido. En lugar de preguntar sobre la Revolución en su conjunto, la gente parece esencialmente preocupada por la suerte de un poeta. Yo no digo que los poetas no sean importantes...

Algunos han aducido que la preocupación no es por Padilla como individuo sino por lo que su «caso» representa. ¿Qué opinas de eso?

Bueno, yo noto que no es así, especialmente de parte de los intelectuales. Tenemos –digo «tenemos» aunque no me guste la palabra «intelectual», pero al fin y al cabo hay que entendernos–, tenemos una deformación óptica: nos interesa el mundo por la suerte que los

intelectuales corren en él. Estamos siempre pendientes de la dicha o la desgracia de los colegas. Tanto que hasta hubo muchos dispuestos a cambiar un poeta por una revolución entera. Lo que llama la atención es la desproporción entre la importancia que se le atribuye a una persona determinada por el hecho de ser escritor y la ninguna importancia que se le da a los procesos que Cuba está viviendo como revolución total. Y creo que eso es en alguna medida el resultado de la difusión tremenda que tuvo la autocrítica de Padilla. Los cubanos mismos la difundieron, yo creo que ingenuamente. Porque tengo la impresión, si no la convicción, de que fue hecha deliberadamente por Padilla para joder a Cuba. Que la hizo en el estilo de los procesos de Moscú de los años treinta, para enviar una señal de humo a los liberales del mundo, diciéndoles: «Compañeros, yo estoy obligado a escribir esto, pero ustedes bien saben que no soy yo quien lo escribe, sino que es el Yves Montand de L'Aveu, de Costa-Gavras». Cualquier escritor con oficio puede hacerlo. Vos mismo, si querés, o yo, podemos escribir un texto abyecto, arrastrado; es una habilidad que te da la profesión. Ahora, al darle difusión a eso, claro, proyectó internacionalmente una imagen horrorosa de Cuba, y dio pie a que se difundiera desde Europa la versión de que la Isla estaba en pleno estalinismo, gobernada por un régimen de terror en el cual los intelectuales habían perdido la libertad de expresión y de crítica, y que el paraíso se había transformado en el infierno. Es decir que aquella revolución idealizada por los europeos, a la medida de la revolución que ellos mismos son incapaces de hacer en sus respectivos países, aquella epopeya romántica de los barbudos de la Sierra, había derivado en una cosa espantosa. Ahora Cuba es un campo de concentración.

No sé si leíste precisamente un artículo infame de Jean Cau, que aquí la prensa «grande» difundió con bombos y platillos. Hablaba de las «cárceles» de Isla de Pinos, ¿te acordás que las visitamos? Ahora son restos casi demolidos, sin rejas ni nada, y Cau pretende que allí hay 6 000 presos políticos y que se los tortura cotidianamente. No sé cómo se puede inventar algo que cualquier visitante puede confirmar que no es así.

Sí, lo leí y estoy completamente de acuerdo contigo. Eran las cárceles inhumanas, que se muestran a los turistas como ejemplo de lo que era la época de Batista. Y eso que Jean Cau es un tipo inteligente y muy buen escritor. Fijate vos si será fuerte la moda anticubana en

Europa, esta onda de desencanto contra Cuba, que Jean Cau llega a esos extremos de delirio, de paranoia total, ¿no? Ahora yo te digo, la cosa central, para mí, es que esa «libertad de crítica» que tanto les preocupa a los intelectuales como un ejercicio privativo de ellos mismos, es una libertad de crítica que deben ejercer todos. En una sociedad socialista lo importante no es saber si los intelectuales tienen libertad de crítica sino si la tienen todos. Porque existe libertad de crítica para todos o no existe para ninguno. Es como la patria.

«Lo contrario que es lo que predomina es un concepto elitista. Como si los intelectuales fueran seres iluminados por la gracia divina, no sé, dotados de poderes mágicos para detectar las contradicciones, vicios, errores de una sociedad y denunciarlos. Yo creo que ese derecho y ese deber de crítica a la Revolución dentro de la Revolución, tiene que estar garantizado para todo el pueblo en su conjunto. En la estructura del partido tiene que salvaguardarse el derecho a la duda y a la discrepancia de cada uno de los miembros de la nueva sociedad, después de que los explotadores han sido expropiados y los opresores desalojados. Los intelectuales plantearon muy mal este asunto: lo plantearon como si fuera un privilegio sindical. Y lo importante en esa coyuntura es que esa deformación óptica, ¿qué determina? Determina, por una parte la soberbia —esa soberbia que hemos visto en cartas o manifiestos—, porque el intelectual se pone por encima de los demás. Pero por otro lado determina otra actitud, que me parece equivocada y jodida, y es la del escritor que se humilla a partir de la misma concepción fracturadora de la sociedad, según la cual intelectuales y manuales están divididos y no integrados como protagonistas de un mismo proceso histórico en movimiento. El intelectual se golpea el pecho, gime: “Soy una pobre rata que escribe”, se desgarran las vestiduras, arroja cenizas sobre su propia cabeza, llora que él no vale nada, no sirve para nada, solo sabe hacer libros».

Volviendo un poco al ejemplo de Cuba, ¿cómo podemos aplicar esto?

En Cuba, ahora los escritores tienen lectores. ¿Te das cuenta? La Revolución los edita en tirajes enormes. Eso los obliga a ser atractivos, a salirse del castillito. Como me dijo un guardacostas en Punta de Maisí, el lector tiene todo el derecho de exigir que el autor tenga «goma». Quería decir: que atraiga. La Revolución ha proporcionado a los escritores, por primera vez, clientela.

Yo te decía en relación con estos problemas de la democratización.

Bueno, yo creo que lo importante en una sociedad socialista es que, al institucionalizarse, se generen mecanismos democráticos para la expresión colectiva y el poder colectivo. Entonces es muy significativo advertir que se está procesando en Cuba una democratización en varios órdenes de la vida política, que parece no interesar a los intelectuales latinoamericanos y europeos, y que es sin embargo infinitamente más importante que el «caso» Padilla.

Y esto a pesar de que el «caso» Padilla parezca el signo de lo contrario, la falta de democratización.

Exacto. Y fijate en la desproporción. En nombre de un caso particular, los tipos llegaron al extremo de calificar a la Revolución de estalinista, que es una cosa muy grave porque de algún modo implica campos de concentración, fusilamientos en masa, negación de muchos principios del marxismo. Y además acusaron a la Revolución de haber torturado a Padilla. Curiosamente, la derecha no había utilizado nunca esa acusación. De Cuba la derecha había dicho de todo, todas las pestes había inventado, menos esta. Pero aparece un problema con un escritor y entonces, como los escritores son tan importantes, la Revolución le hace el homenaje al poeta Padilla de torturarlo. Cosa que no había hecho ni con los invasores de Playa Girón, ni con los tipos que entran por las playas de Baracoa a quemar escuelas y a matar campesinos inocentes. ¡Si serán importantes los escritores! Entonces, claro, la Revolución se ha sentido agredida. Los escritores extranjeros que han reaccionado con tanta estupidez o mala fe, han conseguido mejor que nadie estimular las tendencias «duras» dentro de la cultura cubana. Y esto porque confirman desde afuera la opinión que de los intelectuales se hace la gente que, dentro de la Revolución, sostiene posiciones dogmáticas. Vos viste, como yo, que dentro de la Revolución hay muchas tendencias, muchas opiniones distintas, muchos puntos de vista diferentes. Eso es así porque no hay estalinismo en Cuba. Ahí vos encontrás de todo. Yo mismo he dado charlas sobre la prensa cubana, en la Escuela de Periodismo y en la universidad, diciendo cuál es mi opinión: que yo pienso que la prensa cubana es una calamidad total. Y esto yo lo puedo decir en Cuba, y lo dicen muchos cubanos, y se discute con entera normalidad. Hay niveles en los que, por su proyección general, popular, esta libertad interna se hace mucho más importante, más decisiva. A partir de julio del año pasado se abrió un proceso muy interesante de democratización

en los sindicatos. Como vos sabés, hubo elecciones secretas, muchos de los dirigentes de la franja intermedia de poder saltaron, la masa los desplazó en la medida en que ya no la expresaban, y se abrió paso a la realización –en toda Cuba– de asambleas fervorosas, sector por sector de la producción, en las que los trabajadores discuten abiertamente (a veces Fidel interviene como uno más y muchos le replican y lo contradicen en sus opiniones) sobre los problemas que enfrentan en las fábricas y demás centros de trabajo.

«La verdad es que los procesos de institucionalización en los sindicatos y en el partido han sido lentos, y todavía están abriéndose los canales orgánicos para la expresión de las bases. Eso en los sindicatos ya se está articulando con mucha fuerza y empieza a generarse un proceso semejante en el partido. Ahí la cosa va más lenta por el problema de la burocracia. Hay bastante burocracia en Cuba, con poder en las manos, y ella precisamente tiene a su cargo muchas de las medidas que tienden a suprimirla. Y la burocracia, se sabe, no tiene vocación suicida. Estas cosas, estos procesos, me parecen los importantes. Lo cultural participa pero no como algo separado, al margen. Cuba está viviendo lo contrario de lo que los intelectuales suponen. Y lo suponen porque miden todo por lo que tiene directa relación con ellos. El “caso” Padilla se alza como una mampara gigante que oculta la realidad».

El discurso de Fidel, que tiene algunos conceptos muy poco comparables, asustó a muchos como signo de un endurecimiento en la política cultural. Por el análisis que venís haciendo, no podés estar de acuerdo con eso, ¿verdad?

El discurso de Fidel fue un discurso caliente, como muchos de él. Es el estilo que tiene, él es el caudillo de la Revolución exuberante, y el hombre estaba indignado. Las aguas están volviendo a su cauce; ya verás que el discurso hay que interpretarlo en el contexto en que las palabras fueron pronunciadas. Ahora fijate también que varias cosas asustaron mucho a los intelectuales y ahora los hacen hablar de endurecimiento en el plano cultural. Por ejemplo, el problema que dice Fidel: «Primera opción: libros para educación; segunda opción: libros para educación; tercera opción: libros para educación». Entonces los intelectuales braman: ¿No hay lugar para la poesía en la sociedad revolucionaria? Fidel planteó las cosas de un modo extremo, pero la verdad, hermano, es que en este momento en Cuba no hay libros de texto en secundaria. Vos sabés que la Revolución tiene problemas de

divisas, no puede hacer importaciones masivas de libros, y tiene que editarlos por su cuenta. Creo que están editando unos veinte millones de libros por año. No alcanzan, no alcanzan. Y en tren de elegir, de sacrificar, no cabe duda de que en este momento se necesitan libros de educación. Y si es necesario que durante dos, tres o cuatro años la producción se dirija hacia ese lado, está bien. Eso no significa que Cuba no vaya a editar poesía. Casa de las Américas edita sus libros normalmente este año. Y más, te voy a decir, vos te acordás porque nosotros participamos en eso, ya hace un año la Casa había remodelado la estructura general de los concursos. Después del discurso de Fidel, él mismo pidió que se siguieran haciendo los concursos como antes, para que no se interpretara la reestructura —decidida, insisto, mucho tiempo atrás— como una consecuencia de su discurso, es decir como una imposición frente a la Casa de las Américas. Fíjate hasta qué grado se llega en el respeto a la autonomía de la Casa.

«Todos estos son problemas de una sociedad en tránsito hacia formas superiores de vida. Si entonces confundís no digo ya un árbol, una ramita, con el bosque, podés llegar a extremos de delirio inaudito, como los de Jean Cau, que para embestir contra Cuba desarrolla un surrealismo que ya hubiera querido el viejo Bretón para un día de fiesta.

»La Revolución había funcionado durante algunos años como una coartada perfecta para la mala conciencia de los intelectuales europeos: en el Caribe se había hecho una revolución perfecta, químicamente pura, a la medida de todos los sueños. Y luego se sintieron estafados cuando de golpe descubrieron que era una revolución toda embarrada de contradicciones y que se equivocaba dos por tres. ¡Como para no equivocarse! Esta es una revolución que creció en condiciones terribles, en una islita, ahí en la boca del imperio, y que tuvo que romper la estructura de la impotencia forjada por cuatro siglos y medio de vida colonial. ¡Fíjate qué tareíta!

»Yo no sé si los intelectuales europeos creen que China está en Marte, porque muchos de los más implacables fiscales de Cuba muestran, frente a China, una infinita capacidad de comprensión. En cambio, a Cuba, no le perdonan nada: están al acecho esperando la oportunidad de celebrar sus errores, cuando los comete, como si los errores confirmaran que los cubanos son unos estafadores; y cuando no los comete, lo mismo encuentran errores que inventar.

»Claro que la Revolución no se hizo, ni se hace, para ellos. No se hace para mayor o menor gloria de ninguno de los intelectuales de ninguna

parte. La Revolución se hace para la masa. Mirá. Te voy a contar una cosa que le pasó hace poco a un amigo mío, que anduvo por una región muy pobre y muy atrasada de Cuba, una región que yo quiero mucho porque yo pasé un mes entero conviviendo con la gente ahí frente a Haití, en Gran Tierra. Bueno. Mi amigo venía por la carretera –una carretera nueva, que la Revolución construyó como construyó allí los hospitales y las escuelas– y se cruzó con un par de campesinos que bajaban, a lomo de burro, en sentido inverso. Era una pareja de viejos. Ella, con un paraguas rosado, con agujeros, para protegerse del sol y un vestido todo vaporoso de gasas y cintas de colores. Él, todo durito, preso de un saco abotonado hasta el cuello y con pantalón a rayas. Los dos con los zapatos colgándoles de las manos, descalzos. “¿Pero adónde van?”, les preguntó mi amigo. Y ellos le contestaron, tan campantes: “Vamos al cabaré Tropicana, en la capital. Tenemos mesa para mañana de noche”».

Carta de Julio Cortázar a Marina Torres*

Saignon, 17 de agosto de 1971.

Mi querida Marina:

Perdóname el silencio. En la segunda semana de julio tuve un feo accidente de auto, que me mandó por diez días al hospital; nada demasiado grave, pero suturas por todos lados y un hueso roto. Ya estoy bastante bien y de vuelta en mi rancho provenzal, pero comprenderás que después de casi un mes de inactividad forzosa, mi correo se ha atrasado mucho y hay una montaña de cartas urgentes que debo contestar. Por eso seré breve, pero quiero que Paco y tú sepan que no los olvido, y que mi silencio no es ingratitud.

Dile a Paco que lamento el fallecimiento de su padre; supongo que ya está de vuelta. Por lo que se refiere a tu traducción de mi texto, huelga decir que me alegra infinitamente que seas tú quien la hace, pues así tengo la seguridad de que no habrá traiciones y gazapos. Ni qué decir que quedas archiautorizadísima para disponer de ese texto en la forma en que te parezca mejor; me alegra que te haya parecido bien, y debo

* Cuando parecían haberse apagado los ecos del llamado caso Padilla, Julio Cortázar envió a Marina Torres esta carta en la que volvía sobre el tema. Se refiere en ella, casi seguramente, a la traducción al sueco –por parte de la destinataria– de su texto «Policrítica en la hora de los chacales». Tanto Marina Torres como su esposo Francisco Javier (Paco) Uriz, españoles residentes en Estocolmo, aparecen más de una vez en la correspondencia del argentino. Esta misiva –no incluida en la exhaustiva recopilación de *Cartas* de Julio Cortázar editada en cinco volúmenes por Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga (2012)– nos ha sido facilitada por Alfred Font, albacea de la obra de Cortázar, como cortesía para la revista *Casa de las Américas*. La publicamos aquí a manera de adelanto. (*Nota de los compiladores*).

decirte que he recibido una gran cantidad de testimonios de gente joven, latinoamericanos pero también europeos, que han comprendido perfectamente el sentido de ese texto y las razones que me llevaron a escupirlo (más que escribirlo). No te puedes imaginar la depresión y la exasperación simultáneas de esas semanas, cuando lo de Padilla hervía. Todos hemos metido un poco la pata en ese asunto, pero los que firmaron la segunda carta a Fidel se han jodido revolucionariamente para siempre, porque la carta es absurda, grosera e incluso canalla. La primera, que desató los rayos de Fidel, no era más que un pedido de información, y la expresión de una inquietud; la firmé contra mi voluntad, pero había que hacer algo frente a un proceso tan inquietante, y el silencio cavernoso de la embajada de París. El «caso Padilla» es complejísimo para los que conocemos bien Cuba y sus gentes. Si tienes ocasión de leer el trabajo de Ángel Rama en *Cuadernos de Marcha*, de Montevideo, tendrás una buena visión analítica de ese proceso en el que nadie es inocente y nadie culpable en el sentido maniqueo que pretende la segunda carta en cuestión.

¿Cuándo iré a Estocolmo? No lo sé, pero sigo esperando la hora. Un gran abrazo a Paco, gracias por tu carta, y ya sabes cuánto los quiero,

JULIO

[Manuscrito:] ¿Me mandas el texto en sueco? ¡Gracias!

Carta de Alejo Carpentier a Roberto Fernández Retamar

París, 25 de agosto de 1971.
«Año de la Productividad»

RGC/ N° 927

Cro. Roberto Fernández Retamar
Casa de las Américas
La Habana, Cuba

Mi querido flaco:

Tengo que echarte en cara que no contestas ni acusas recibo de mis envíos. Aún no sé si recibiste la revista *Libre*, y lo que piensas de su contenido.

Aunque el llamado «caso Padilla», ha muerto en la prensa francesa, de muerte natural, como te lo decía en reciente carta, la guapa moza de Simone de Beauvoir ha tenido, según verás, la feliz idea de darle nuevo impulso al asunto en un número de *Les Temps Modernes*, sumamente atrasado, puesto que, saliendo a fines de agosto, corresponde al mes de junio. Como verás, los artículos de Fuentes, Revueltas y González León son francamente infames.

Yo tendría ganas de preguntarle al Sr. Juan Goytisolo, cuántas páginas le van a dedicar en el 2º número de la revista *Libre*, financiada por los Patiño, al bombardeo de la Universidad de La Paz, a la muerte de los estudiantes, a la muerte de los civiles, y a las víctimas que ha causado en la capital boliviana, en apoyo a las oligarquías amenazadas, un ejército donde han militado no solamente los adversarios directos del Che, sino miembros y entrenadores de *Rangers*.

Acúsame recibo de esta revista que te mando con la presente carta por la vía más rápida.

Reciban tú y Adelaida nuestros revolucionarios saludos de PATRIA o MUERTE, VENCEREMOS.

ALEJO CARPENTIER
MINISTRO CONSEJERO
Encargado de Negocios a.i.

P.D.: Te haré notar que esta revista *en francés* de cerca de 400 páginas, cuesta solamente 11 francos en librerías, en tanto que *Libre*, según te lo decía, cuesta 18.

Los inventores de *affaires**

OSCAR COLLAZOS

«Los inventores de *affaires*»: Con este título, el narrador y ensayista colombiano Oscar Collazos hizo llegar al semanario *Marcha*, de Montevideo, uno de los más agudos trabajos escritos en torno al llamado «*affaire* Padilla», cuya génesis y carácter revela Collazos en su artículo. En 1969, Collazos había publicado en la propia *Marcha* artículos polémicos sobre el entonces todavía poderoso *boom* de la narrativa latinoamericana. Esos artículos, más las respuestas de Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, aparecieron luego con el título *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, en la Colección Mínima de la editorial Siglo XXI, de México (1970). Collazos vivía entonces en Cuba, donde trabajaba en el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, y donde apareció una antología de sus *Cuentos*. Todo esto le ha permitido conocer de primera mano, a veces desde sus inicios, muchos de los problemas discutidos. En «Los inventores de *affaires*», comienza diciendo:

Europa tiene tras de sí una larga tradición de firmas. No ha habido, en más de un siglo, tradición más respetada, ni acto de «protesta» o «solidaridad» más incuestionable. Protesta y solidaridad se han vuelto firma. Y en este hecho una conciencia, poco habilitada para la acción, se ha tranquilizado. Escritores, artistas, políticos, en una palabra, intelectuales, han convertido los manifiestos y las cartas, los telegramas y los despachos de prensa en sustituto de la acción revolucionaria. La palabra, así, ha recobrado un sentido milagroso: se ha hecho instrumento de «presión». Liberales, «progresistas» y

* Tomado de la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, pp. 184 y 185.

hasta marxólogos se han acogido a este código que nadie se atreve a desmentir o poner en tela de juicio. No solo carece de riesgos. Está cortado de la realidad, incluso en aquellos casos en que su justicia es irrefutable: las informaciones vienen de segunda mano. Las firmas son el nuevo lenguaje de la protesta, como si esta hubiese agotado todo su poder en la acción y no le quedara más que la literatura, esas llamadas telefónicas lacónicas, esos telegramas escuetos, esos informantes cautelosos, esas maniobras entre amigos.

Cuando a fines de 1968, desde Europa, se inventó el *«affaire Padilla»*, un grupo de intelectuales latinoamericanos entraba, ya sin timideces, a este delicado juego. No importaba tanto ir a las raíces del conflicto. El razonamiento era muy simple: un escritor estaba en «problemas» con un Estado y había que pegar el grito en el cielo. En este caso, el Estado era poco menos que un grupo o una institución discrepante del significado de un libro. Poco importaba preguntarse si también en una revolución se prolonga el derecho o la necesidad de la lucha de clases (toda literatura ha sido la expresión de un grupo social que habla a partir de sus valores), a nivel de la cultura en vía de construcción. Las firmas de nuestros colegas latinoamericanos se sumaron, entonces, a las tradicionales firmas europeas, casi las mismas que desde la Guerra de Argelia hasta los procesos de Burgos hemos visto «definiendo» la historia o el «destino de la humanidad» en la milagrosa fórmula de los escritorios.

¡Padilla, mártir! ¡Padilla, amenazado por el dogmatismo! ¡Padilla, perseguido! ¡Padilla, víctima del burocratismo! ¡Padilla, asediado por la mediocridad! Como es habitual en estos casos, Padilla se hizo depositario de todas las virtudes. Padilla perdía su historia. La Revolución Cubana también. Sin historia en el individuo y sin historia en la sociedad, las cosas podrían ir mejor. Podría proclamarse, en voz alta: ¡o la Revolución reivindica el derecho a la crítica y la «libertad de creación», o perece en el estalinismo!

Y más adelante:

No hay que desconocer que desde 1968 hasta enero y abril de 1971 se ha desarrollado, cambiando de espacio, una mala novela de intrigas. Expresiones como estalinismo y libertad de creación le han dado su toque intelectual. Para el caso la situación ha tenido las

características de un desastre. Lo curioso no es que, en los últimos meses, estos «revolucionarios» y «simpatizantes incondicionales» de Cuba hayan llegado al delirante estado de una parodia de la «libertad». Más curioso es el hecho de que envueltos en la misma salsa, hemos visto las firmas de conocidos cazadores de brujas, liberales, marxólogos y pacifistas delirantes tipo Jean Daniel. Gentes que hasta ahora no habían movido un dedo para defender, en los peores momentos de asedio, a una revolución, levantan indignados las dos manos para defender la «libertad de expresión» amenazadas. Las raíces del escándalo Padilla han excitado, una vez más, la imaginación «libertaria» de esta intelectualidad cuya vergüenza –con contadas excepciones– es inferior a su irresponsabilidad. Hasta aquí, la novela. Su epígrafe podría ser muy simple: CONTRA EL ESCRITOR NADA; CON EL ESCRITOR, TODO.

No se puede abordar el «caso Padilla» sino en el marco de una revolución que, como la cubana, ha visto en sus doce años de vida la agudización cada vez más desgarrante de la lucha de clases.

Con razón añade Collazos:

Ya que tantos hombres de Europa y América Latina (¡hombres de prestigio!) han abierto el «expediente», quienes hemos vivido de cerca la experiencia cubana no podemos negarnos el derecho de entrar en el proceso.

Los revolucionarios de la América Latina saben perfectamente que en este irrisorio proceso de la «libertad de expresión» está prevista una condena: la pequeña burguesía intelectual para quien la cultura y todas sus derivaciones de orden ideológico, político y ético está por encima de la lucha de clases, terminará ahogada por sus mitos, sus obsesiones o su cobardía. Porque no es otra cosa darle la espalda (si alguna vez se le dio la cara o alguna cuota de sacrificio individual) a una revolución que, al final de su etapa más heroica, se enfrenta con igual heroísmo al subdesarrollo, a la edificación de instituciones capaces de darle al país una verdadera coherencia revolucionaria, una paulatina descentralización de toda su estructura de poder.

Recordemos que cuando la zafra de los diez millones era la tarea revolucionaria en que todo el país se comprometía, muchos «amigos» de Cuba daban al mundo no el sentido histórico de esta

monumental empresa, sino las tristes versiones de un «conflicto» inventado por la «libertad de expresión». Y pensar que al invocar el nombre del Che en sus «manifestaciones» no pudieron recordar que, precisamente él, había escrito en 1965: «No se puede oponer al realismo socialista “la libertad”, porque esta no existe todavía, no existirá hasta el completo desarrollo de la sociedad nueva». No pudieron recordar que, más adelante, había hablado de esas «grandes multitudes» que «se van desarrollando», de «las nuevas ideas que van alcanzando adecuado ímpetu en el seno de la sociedad [...]».

Justamente las nuevas ideas que empiezan a poner en cuestión todo el aparato conceptual de una libertad y de un gastado mecanismo de la creación individual sostenido por los rezagos de la libertad que dio nacimiento a la burguesía y que se prolongó esquivamente en la élite de sus intelectuales.

Y luego:

¿Es que la Revolución ha modificado esas conciencias tan preocupadas por el destino de la cultura y la «libertad de creación»? ¿Es que se han permitido este modesto acontecimiento en sus vidas infladas de egoísmo, paternalismo y vanidad? ¿Es que la experiencia de la Revolución, aún transitoria, les ha cuestionado sus valores, les ha producido los conflictos y desgarraduras que sí ha producido en sus intelectuales más honesto? ¿Es que la Revolución les ha servido para cuestionar la arrogancia de un oficio siempre ejercido desde el pedestal que todos los romanticismos erigieron a su hora? ¡Ah, no! En el momento en que inventaron el «*affaire* Padilla» coqueteaban con otra ilusión. Traducida, podría ser un poco menos compleja que esas «preocupaciones» de las cartas y telegramas firmados: Cuba nos debe su defensa (quieren decirse) y nuestra adhesión. En 1971, esta reflexión llega a su fase delirante: si la Revolución ha contraído una deuda con nosotros, podemos cobrarla a cualquier precio. Incluso con el chantaje. Incluso, no. Con el chantaje. El razonamiento era tan simple como ingenuo: basta montar una campaña internacional (¡coreadores no faltarán!) para que el Gobierno cubano convierta en caso literario un asunto de Seguridad del Estado. Si la Revolución Cubana debe su prestigio internacional a nuestra adhesión, a nuestras declaraciones en su favor, tendrá que comprometerse a oírnos.

A continuación, plantea el autor de *Son de máquinas*:

En 1971 no es cierta intelectualidad latinoamericana y europea la que rompe con Cuba. A partir de 1968, las distancias entre los «amigos» y la Revolución se hacían evidentes. Unos coqueteaban con el imperialismo, otros se erigían en jueces inmaculados de la dirigencia cubana. Unos preferían las fundaciones y universidades norteamericanas a la discusión abierta que les proponía la Revolución por medio de sus organismos de cultura. Otros, mientras invocaban el nombre del Che, no recordaban haberlo traicionado. (¡También ellos!).

El papel desempeñado, nada despreciable por esta intelectualidad corría el riesgo de deteriorarse o renovarse. Agotarse en la visión aristocrática que seguía hablando de «libertad» o prolongarse en la comprensión de las nuevas y no por ello nada contradictorias situaciones enfrentadas por la Revolución.

A partir de 1969 se esboza una respuesta cubana a este distanciamiento. Desde la revista *Casa de las Américas* (número 56, sept.-oct., 1969) un grupo de intelectuales cubanos y latinoamericanos militantes intentan la respuesta a un conflicto que ha llegado a su primera fase de tirantez. «Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad» es, hasta el momento, una de las respuestas más lúcidas dadas a esta relación, no solo válida en el interior de la cultura cubana sino también para el futuro de las relaciones con la intelectualidad latinoamericana. «Algunos de los enemigos de la revolución latinoamericana que se desarrolla en Cuba», empezaba aclarando Fernández Retamar, «le hacen dos inculpaciones contradictorias que se anulan mutuamente. Una, es que existe, en el orden intelectual, un exceso de teorización sobre las relaciones entre la Revolución y la cultura; la otra inculpación, en el extremo opuesto, no afecta a la vida intelectual, sino a la Revolución toda: es la de quienes dicen que esta es una revolución pragmática, que carece de teoría. La realidad anula, calcina ambas inculpaciones: la teorización de la Revolución es la toma de conciencia de la acción revolucionaria, como lo ejemplifica, entre otros hechos, de manera admirable, la obra de Ernesto Che Guevara. En nuestro concreto trabajo intelectual, la teoría de ese trabajo no es más que la conciencia del mismo, y por tanto, cada cierto tiempo, a medida que ese trabajo, esa práctica, se intensifica

es menester hacer un alto y, de alguna manera, trazar un balance [...] que nos entregue el nivel actual de la necesaria teoría de ese trabajo, de esa acción».

En septiembre de 1969, pues, un grupo de la vanguardia intelectual cubana intenta una respuesta. Lo que hasta el momento ha sido eclecticismo, y en algunos casos contradicciones, recobra una coherencia en el marco de la teorización marxista. En el momento, la Revolución Cubana ha vivido no pocos conflictos internos. [...] A la hora de un balance podrá constatarse una verdad: desde sus comienzos, la Revolución Cubana ha dejado que su intelectualidad busque una práctica y una teorización adecuada al proceso económico y social vivido por el país. La dirigencia, que hasta el momento ha abierto todas las posibilidades de discusión en el seno de la cultura, ha aceptado que sean sus intelectuales y artistas quienes, desde su práctica social, empiecen a trazar el camino de una cultura revolucionaria, así como su respectiva conceptualización. «La crítica –la autocrítica– del revolucionario supone el orgullo y la conciencia colectiva del revolucionario: uno sabe que cuando las campanas doblan, doblan por uno. Aquí estamos, muy lejos del lagrimazo, el golpe de pecho y cosas por el estilo; lo que nos permite ser honestos y autocriticarnos sin masoquismo es saber que, en mayor o menor grado, aquí todos hemos tenido que *hacernos* revolucionarios. Y ese hacerse sobre la marcha, que al mismo tiempo es un proceso apasionante y parte del drama del subdesarrollo, abre un margen enorme a la improvisación. En determinado momento, o se improvisa o se perece. Bien, no hemos perecido, luego hemos improvisado», decía el escritor Ambrosio Fornet en el curso del debate «Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad».

En 1969 una de las cosas que empiezan a fastidiar a muchos intelectuales (tanto de adentro como de fuera) es el final de la improvisación y el comienzo de una coherencia conceptual, en el interior de la cultura cubana. La vanguardia intelectual (se ha hecho vanguardia en su *práctica* revolucionaria y no en su penosa indiferencia) ha empezado a conceptualizar. Ya Lenin y Gramsci, como el Che Guevara, habían hablado del papel que desempeña esta vanguardia en la dirección y orientación de una cultura revolucionaria.

En 1965, el Che lo resumía así: «Falta el desarrollo de un mecanismo ideológico-cultural que permita la investigación y desbroce

la mala hierba, tan fácilmente multiplicable en el terreno abonado de la subvención oficial». (*El socialismo y el hombre en Cuba*, Ed. Erre, La Habana, 1965). En 1969 este «mecanismo ideológico-cultural» hacerse más coherente en la política cultural de organismos como el Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográficos (ICAIC) o Casa de las Américas. Una vanguardia intelectual se ha conformado en algunos sectores dinámicos de la sociedad. Es en esta vanguardia en donde la Revolución deposita la responsabilidad de una empresa como el vuelco absoluto de la estructura universitaria, anunciado por Fidel Castro el 13 de marzo de 1969 en su discurso de la escalinata de la Universidad de La Habana. «Hasta ahora —apuntaba Fernández Retamar en el debate que hemos citado—, la institución que es la Universidad había sido tomada por los reformistas como una institución histórica [...] por tanto, este hecho fundamentalmente burgués que es la Universidad, que surge en el Medioevo, precisamente en los albores de la burguesía, y sigue el curso de desarrollo de esta clase, pretendía reformarse como si ello fuera un hecho revolucionario. Y de repente, Fidel nos ha recordado que toda reforma es, por definición, permanecer dentro de los marcos de una categoría burguesa y que, por tanto, de lo que se trata para proceder revolucionariamente en el orden intelectual [...] es de hacer estallar por crecimiento la categoría histórica burguesa que llamamos universidad, salir de la reforma y pasar a la Revolución».

En el curso de la misma exposición, Retamar ha señalado: «Me llama la atención que entre ciertos singulares pseudoizquierdistas no se haya hablado ya del “*affaire* Escalinata”. Un hecho tan importante, increíblemente, parece haberles pasado inadvertido a estos señores, ágiles cazadores o inventores de *affaires*».

Y concluye Collazos:

Si se pudiera resumir la base del conflicto que hoy estalla entre la Revolución Cubana y sus viejos «adherentes» de América Latina y Europa, algunos puntos clave lo marcarían. De una parte, la confusión conceptual alrededor de la cultura. La cultura, para muchos intelectuales latinoamericanos, parece seguir siendo ese producto elaborado desde una élite prepotente, por «hombres problemáticos» (como los llamaba Goldmann) e impuesto luego

a una mayoría en situación de inferioridad o carente de esos privilegios heredados de la «iluminación» creadora. Si alguna pieza de esta élite, sobreviviente con sus «virtudes» por encima del proceso revolucionario, es afectada por el gran movimiento colectivo que desencadena la Revolución, no es solo un viejo esquema de valores el que se desmonta sino el conjunto de una «tradición» cultural el que empieza a deteriorarse. Este precio, para el «hombre problemático» que ha engendrado el siglo XIX y educado el reformismo cultural del siglo XX (bajo todas las formas de rebeldía manipuladas por la cultura dominante), es el que se resiste a pagar una intelectualidad: él amenaza un estatus, pone en tela de juicio las relaciones artificiales de un arte con sus «consumidores» y productores.

Por otra parte (como esquemáticamente lo hemos anotado antes), se trata de dos prácticas sociales, finalmente divergentes: la de la Revolución, de un lado; la del intelectual, por otro. Una y otro desarrollan una teoría: la primera en la experiencia multitudinaria de su historia, el segundo en la abstracción de un pensamiento especulativo. Mientras la Revolución profundiza en su realidad, aun en la más dramática realidad del subdesarrollo, el intelectual «profundiza» en un vacío: el de las ideas que le han sido dadas por una tradición que lo amamanta y lo lleva, en muchos casos, a un paulatino desclasamiento. Para la Revolución, entonces, las contradicciones previsibles en un mundo hostil a su supervivencia; para algunos intelectuales, la comodidad de una «solidaridad» o, una «presencia», en tanto la Revolución no cuestione su naturaleza ficticia.

La respuesta que entre enero y abril de 1971 ha dado, no solo la vanguardia intelectual de la Revolución, sino su dirigencia, abre un proceso, una instancia más de la descolonización cultural de un país.

La última carta no la ha firmado, con «vergüenza», un grupo de intelectuales «decepcionados» por la Revolución en movimiento (¡ah la tentación de utilizar una expresión equívoca!), [...] sino la Revolución Cubana. Esta carta rompe sus relaciones, antes complacientes y tiernas, con un grupo de hombres que ha acabado de servir otro plato de escándalo a la reacción internacional.

Los despojos de Heberto Padilla*

Yo quiero aclarar que esta conversación es una solicitud mía. Que esta reunión, ustedes lo saben perfectamente, la Revolución no tiene que imponérsela a nadie. Yo planteé la necesidad de explicar una serie de puntos de vista míos, de actividades y actitudes mías, delante de ustedes, que son mis compañeros.

HEBERTO PADILLA

Lo sabemos: escribir sobre «el caso» Padilla es poco menos que una inutilidad; quizá, es también contraproducente. Se corre el riesgo de propagar un símbolo equívoco del tipo Pasternak o Solzhenitsyn, fomentando además la sospecha de que —no ya la situación de Padilla, sino su literatura—, resiste las comparaciones. Se corre el riesgo (que no eludió la izquierda) de elevar una anécdota a la categoría de polémica ideológica. Y en este sentido, no solo «izquierdistas» a lo Vargas Llosa, sino aun muchos de sus propios críticos fuera de Cuba, hicieron todo lo posible por agigantar, en provecho propio o a fuerza de zoncera, un suceso que en lo político se redujo a esto: Padilla fue detenido, no como poeta, no por el contenido de su libro *Fuera del juego* (justa y violentamente criticado por la UNEAC pero también premiado y publicado en Cuba, ya en 1968), sino como acusado de actividades contrarrevolucionarias, estuvo detenido un mes, hizo algunas aclaraciones públicas (la famosa «autocrítica») y las hizo ante un grupo de escritores y por propia voluntad (ver acápite): no a lo Galileo Galilei ni ante la Gestapo. El resto, a la inversa de Hamlet, es estruendo. Porque el hecho es que Heberto Padilla está libre, o, si se lo quiere, fue absuelto por la justicia revolucionaria. Pequeño elefante en el que como es lógico, no reparó la prensa de derecha, ni, misteriosamente, ha perturbado a ciertos «críticos», y no nos referimos solo a los defensores de Padilla sino a quienes, fuera de Cuba, imaginan ser revolucionarios cubanos o estar a la izquierda de Sartre, por el mero hecho de acusar a Padilla

* Editorial de *El Escarabajo de Oro*, núm. 43, de septiembre de 1971.

de contrarrevolucionario.¹ Porque el que Padilla esté en libertad significa, fundamentalmente, dos cosas. Primero, lo absurdo de afirmar que un texto como el de Padilla «solo puede haberse obtenido» (sic) por la fuerza, como adivinan, siguiendo a Vargas Llosa, los astrólogos del manifiesto de París y cloquea la derecha, porque de haberse empleado con Padilla métodos «estalinistas» (sic) se lo podría haber obligado por lo menos, a admitir cargos políticos, y sus declaraciones tendrían un tono algo menos psicológico: las palabras de Padilla, en cambio, se

¹ Fuera de Cuba, recalco. Y por motivos evidentes. De ninguna manera puede tener la misma significación político-cultural criticar o aun defender a Padilla desde dentro del proceso cubano (situación que supone poner en debate la propia realidad), que, como se ha hecho, utilizarlo desde aquí o desde París jugando a «revolucionarios» o a «conciencias críticas», que para el caso da lo mismo. Esto no significa que los grandes lineamientos de la cultura cubana y sus incesantes replanteos teóricos (donde se inscribe como un elemento más, pero de ningún modo desencadenante, la polémica sobre Padilla) no nos sirvan a nosotros para iluminar o ajustar nuestras posturas ante los problemas culturales argentinos. Lo que no hay que olvidar es: 1) que no fue con el «caso» Padilla ni ante el manifiesto de París que los escritores cubanos se replantearon su función y la del artista en la revolución, sino hace ya varios años (ver, por ejemplo, *Casa de las Américas*, No. 56) y que, entre otros antecedentes, existe una carta de la UNEAC a Pablo Neruda, la crítica a Nicanor Parra y, aun antes, el pedido de que los escritores latinoamericanos no colaborásemos en *Mundo Nuevo* —pedido, de paso, que solo uno o dos atendimos, y al decir atendimos quiero significar que invitados por *Nuevo Mundo* rechazamos la invitación, ya que otros no colaboraron simplemente porque nadie se lo pidió—, todo esto, repito, y no el anecdótico caso Padilla, es lo que puede servir para enriquecer nuestros análisis, sin perder de vista nuestra condición de argentinos: porque: 2) ni acá hemos hecho revolución alguna, ni podemos radicalizar, antes de la revolución, una (inexistente) línea cultural a la manera de Cuba, que sí la tiene y que la ha ido ajustando a lo largo de trece años, después de haber hecho su revolución. Porque pretender, hoy y aquí, que es posible crear un arte, una literatura de ficción, o una estética, que puedan actuar sobre las clases auténticamente revolucionarias, es suponer que ya existe el nivel cultural e ideológico que permita a los desposeídos leer esos libros y participar de ese arte. Y es, sobre todo, imaginar que ya han cambiado de mano los canales de acceso al pueblo que solo es posible obtener una vez hecha la revolución. Es, en suma, pretender ilusoriamente modificar las superestructuras ideológicas sin haber revolucionado la infraestructura, la base. Claro que es posible y necesario y (éticamente hablando) más bien decente, ir trabajando en ese sentido y en las esferas en que seamos más eficaces (en sindicatos, entre los estudiantes, con el lector burgués del que hablaba Engels), pero sin confundir la educación popular o la cultura popular (solo posibles en países ya revolucionados) con la «pedagogía» socialista a lo Juan B. Justo. Que a eso suelen ir a parar nuestros críticos «revolucionarlos», por más embravecida que sea su prosa.

avecinan más a un monólogo interior sobre su veleidoso carácter que a una autoacusación de delincuencia política. Y segundo: que Padilla esté en libertad significa también que, por lo menos hasta hoy, para los cubanos, Padilla no es contrarrevolucionario. Detalle del que podrían meditar aquellos que imaginan defender la Revolución Cubana siendo, como se dice, más papistas que el papa. Si Padilla fuera considerado contrarrevolucionario no estaría reintegrado a su trabajo (pertenece, nada menos, que a la dirección de la revista oficial de la Unión de Escritores, con Guillén, Carpentier, etc.), según queda muy claro en la espléndida carta de Haydee Santamaría a Vargas Llosa. La ley cubana ha de contemplar el mayor rigor para este tipo de actividades políticas y no parece que el hecho de ser poeta, y no de los mayores, modifique mucho las cosas, y aun cuando las modificara (lo que por otra parte estaría denotando los «privilegios» del artista más que la persecución cultural), es sensato pensar que, por lo menos, Padilla seguiría en la cárcel. Ni en Cuba socialista ni en ninguna parte del mundo, se deja a un hombre en libertad de seguir conspirando. Hay ejemplos, en nuestro propio país.

En resumen, Padilla solo es culpable de haberse tomado demasiado en serio, como también les pasó a sus defensores y a sus críticos no cubanos. Además, humanamente hablando, Padilla no se merece el adicional castigo de que lo defienda, desde París, un grupo de latinoamericanos y de españoles atacados de infantilismo mesiánico. Y quizá tampoco merece Padilla a ciertos críticos «revolucionarios»,² que utilizando esta anécdota y jugando (desde acá) dirigir nuestra literatura y nuestra conducta a un proceso cultural refiriéndolas a un proceso cultural específicamente cubanos (ver nota 1), se cuelgan no ya de Padilla, como sus defensores, sino de la barba del propio Fidel. Y hasta van más lejos. Lapidan a quienes firmaron y a quienes no

² No es la primera vez que, en nuestra revista, aligeramos esa palabra con unas comillas. [...] parece bastante sospechoso, en países como el nuestro, autotitularse revolucionario, pero escribir libros de crítica o editar revistas literarias. Es como hacerse el forzudo en la Sociedad Filatélica. Ya Lenin tiene su parrafito sobre la condición de clase del intelectual aunque, ideológicamente, sea socialista. Sean humildemente críticos «de Izquierda», por más que esta definición también esté corrompida; es menos espectacular. O acepten describirse tal cual son: intelectuales de clase media más o menos progresistas. Al menos, hasta que abandonen el *rotaprint* o la tipografía por la conspiración o el fusil, o se dediquen a la propaganda subversiva clandestina. Todo lo cual vale para nosotros, naturalmente. Solo que acá nunca hemos aspirado a mucho más que a llamarnos escritores.

firmaron la carta de París, confunden la distinta significación política que supone, en ese manifiesto, la firma de un intelectual europeo o de un latinoamericano (frivolidad, falta de comprensión o indiferencia, en un caso, casi traición política en el otro) se dan el lamentable gusto de soñarse más revolucionarios que Sartre, más lúcidos, casi idénticos a Castro y no menos ajenos de toda complicidad con lo que pasa en nuestro propio país que la Fuente de Lola Mora. Vamos, ¿no es justamente eso lo que se llama «oportunismo»? O, por lo menos, ¿no es una total miopía, tan ajena al espíritu de la metodología marxista en tanto herramienta crítica, como cercana a esquemitas de siempre? Por supuesto, y ya lo hemos dicho, que el «caso» Padilla es uno de los datos que nos ayudan a interpretar el estado actual del proceso cultural cubano y por supuesto que también ha servido para radicalizar las posturas de ciertos escritores latinoamericanos ante Cuba, pero, lo lamentable es el «otro» uso que se ha hecho de él. La delirante reacción de Vargas Llosa, transformado en una especie de Albert Camus pero reducido por los jibaros, como nos gusta decir en esta revista, reacción (o pretexto) que quizás tiene también motivaciones algo sórdidas y nada recientes, si reflexionamos en la impresionante respuesta de Haydee Santamaría el manifiesto de «ruptura con Fidel Castro» (el giro, naturalmente, lo inventó y propaló la derecha, que también hizo aparecer a Sartre como «encabezando» esa tontería cuando la verdad es que se trató de un manifiesto de latinoamericanos y españoles que utilizaron, una vez más, el prestigio de sus relaciones de París o de Roma), toda esta bulla y la artesanía admirable de la prensa que lo hizo aparecer a Cortázar como acusado de agente de la CIA por el propio Castro,³ a Sartre tratado de Chacal, a Padilla como torturado, configuran el «caso» Padilla. Vale decir hacen de él lo que no es.

Nuestra revista ya expresó su repudio al manifiesto de París en un texto colectivo, firmado por otros muchos escritores argentinos, donde también se denunciaban casos más «vergonzosos» que el de Padilla ocurridos en nuestro propio país. Naturalmente, ninguna publicación argentina se dio por enterada de ese texto. Y para terminar: ya hace diez años, *El Escarabajo de Oro* sostenía la necesidad, para la izquierda, de ver dónde está realmente la derecha y de poner nuestras coincidencias

³ Nuestro *Le Monde ad usum* rebeldes, *La Opinión* fue el primero o uno de los primeros en difundir estas versiones. No omitió tampoco el vocablo «vergonzoso», no dejó de propalar la «ruptura» con Castro.

por encima de nuestras discrepancias. Seguimos creyendo lo mismo. Vamos pues, a hacer nuestra la opinión de *Uno por uno*, que calificando de incanjeable y excepcional la honestidad de Rodolfo Walsh, cita sus palabras:

Aquí hemos tenido en menos de dos años el asesinato de un periodista en plena calle, el secuestro y asesinato de un abogado, la prisión del presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y otros dirigentes estudiantiles, la clausura del periódico de los trabajadores, la condena judicial de un novelista, el veto a la mejor película de nuestro cine. Todo eso debe preocuparnos más que los treinta y siete días de encierro y la posterior humillación del poeta cubano.

El «manifiesto» de París*

ABELARDO CASTILLO

Lo firme quien lo firme, y así lo encabezara realmente el propio Sartre, el manifiesto de París es un documento absurdo, de redacción increíblemente ofensiva, admonitoria y solemne (es «un deber» manifestarle a Fidel Castro «nuestra vergüenza y nuestra cólera»), es adivinatorio (la «confesión» de Padilla «solo puede haber sido obtenida por métodos que son la negación de la justicia revolucionaria», vale decir: tortura), es insultante hasta para los escritores que pretende defender («se sometieron a una penosa mascarada autocrítica»), mascarada que, pese a ser meramente una conjetura, igual recuerda (?) los «momentos más sórdidos de la época del estalinismo». Lo que ya es realmente demencial. No solo se confunde los treinta días de prisión de Padilla con lo que fue la más inconcebible deformación del socialismo, cuando ya ni el propio Stalin era Stalin, no solo se introduce mecánicamente un concepto político, «estalinismo», que tiene tanta aplicación en un proceso latinoamericano como podría tenerlo «trotskismo» para aludir a las ideas de Guevara, no solo se demuestra la más sorprendente incoherencia ideológica, sino que se comete una infamia. Ni siquiera se «teme» que en Cuba puedan ocurrir tales cosas; no, se las da por realizadas («el oscurantismo dogmático, la xenofobia cultural y el sistema represivo que impuso el estalinismo en los países socialistas y del que fueron manifestaciones flagrantes sucesos similares a los que están ocurriendo en Cuba»), y ya no se trata más del caso Padilla, son los «sucesos que vienen ocurriendo en Cuba», es «el desprecio a la dignidad humana que supone esforzar a un hombre a acusarse ridículamente de las peores traiciones y vilezas». Ignoramos quién redactó

este manifiesto, pero es muy difícil no pensar que fue un latinoamericano y que la traición y la vileza están, no donde se la busca, sino en la elección artesanal de este lenguaje. Carpentier, Guillén, Retamar y otros cincuenta entre los más lúcidos e intachables escritores cubanos, ya contestaron a esto, lo llamaron: «reconvenciones petulantes e inadmisibles». Y agregaron: «la infamia de afirmar que en nuestro país pueda practicarse la violencia física o moral contra un detenido por actividades contrarevolucionarias, revela la coincidencia absoluta con el imperialismo yanqui y sus más desvergonzados voceros». Ni nuestra revista, ni (queremos creer) ningún escritor lúcido de Latinoamérica, podrá dejar de compartir este juicio, y de lamentar, al mismo tiempo, que alcance aunque sea momentáneamente a un latinoamericano de la grandeza de Juan Rulfo, o a europeos como Sartre, Simone de Beauvoir o Italo Calvino, en cuyos libros, muchos de nosotros, aprendimos para siempre el sentido de la palabra revolución.

No deseo ser simplemente espectador*

ANTONIO SAURA

Un escrito, dirigido al comandante Fidel Castro y dado a conocer a fines de mayo último, me obliga a referirme a título personal sobre el carácter desmesurado e inaceptable del mismo. Resulta especialmente aberrante y absurdo que un hecho aislado sobre el cual, de todas formas, se carecía de información suficiente, haya servido como factor definitorio de elección y motivo para formular acusaciones a la Revolución Cubana, concebidas en términos semejantes a los empleados por la reacción. Ha sido dada por indiscutible la explicación más ofensiva y calumniosa de unos hechos frente a los cuales quedaban otras interpretaciones más verosímiles, pero menos esquemáticas resultando sorprendente el desconocimiento de mecanismos difícilmente asimilables a otras situaciones diferentes y lejanas en la historia. Como artista europeo, siento profundamente ver muchos nombres amigos asociados a tan desastrosos papeles, lógicamente empleados por la reacción. No deseo ser simplemente espectador de grotescas acusaciones y tantas dimisiones, y deseo afirmar desde Cuba, frente al verdadero enemigo, mi entera solidaridad con su Revolución.

* Tomado de la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, p. 182.

La medida de la decencia y la dignidad*

JORGE ENRIQUE ADOUM

Con motivo de las declaraciones de Marta Traba, que el diario de su dirección reproduce en su edición del 23 de junio, en las que se me nombra junto a otros escritores latinoamericanos a propósito del caso Heberto Padilla, y teniendo razones para suponer que la campaña de la prensa de la América Latina no habrá sido diferente de la desatada por cierta prensa europea, tanto en lo que informa cuanto en lo que calla, me permito solicitarle que se dé a conocer que no solamente me he negado a firmar las cartas y declaraciones de algunos escritores que han pretendido juzgar todo un proceso revolucionario por un incidente individual y aislado, sin haber tenido siquiera la elemental honestidad de solicitar previamente la información necesaria, sino que me esforcé por convencer a algunos de ellos para que desistieran de su actitud pedante y hasta insolente: la de querer constituir la conciencia crítica, ya no de la sociedad en que vivimos, sino de la lucha de los pueblos. Esa sospechosa actitud por la que, en nombre de la libertad de expresión, se pretende exigir para el escritor una inmunidad especial que le permite impunemente asumir una conducta o realizar actividades antirrevolucionarias, parece demostrar que algunos de esos intelectuales ya se sentían desde algún tiempo atrás incómodos con la conciencia crítica de la Revolución y solo esperaban una oportunidad-pretexto para declararse ofendidos y volverse contra ella. Hoy más que antes, cuando ha surgido una nueva profesión, la de los especialistas en errores de la Revolución Cubana, sigo convencido de que esta, junto con la lucha diariamente heroica del pueblo vietnamita, constituye la medida de la decencia y la dignidad con la cual todos seremos medidos.

* Esta declaración fue enviada como carta a *El Tiempo*, de Quito. Aquí la tomamos de la sección «Al pie de la letra», revista *Casa de las Américas*, núm. 68, septiembre-octubre de 1971, pp. 183 y 184.

Carta de Julio Cortázar a Haydee Santamaría*

París, 4 de febrero de 1972.

Mi querida Haydee:

Acabo de recibir tu carta. Lo primero que advertirás en la frase precedente es que te tuteo. Lo segundo que deberías advertir es que cuando escribo ciertas cartas o ciertos poemas, jamás hago un borrador, jamás reflexiono demasiado; lo que tengo que decir nace de mí como podría nacer un abrazo o una bofetada, según las circunstancias. Si te tuteo aquí es porque ya lo había hecho (y pienso que te diste cuenta) en ese texto que publicaste en la revista de la Casa, la «Policrítica». Ahí, como en todo lo que me une profundamente con la Revolución, estaba yo tal cual soy, con mis contradicciones y mis errores y mis esperanzas pero sobre todo con mi voluntad total y definitiva de ser lo que entiendo que debo ser hasta el final. En ese texto me dirigí a Fidel tuteándolo («Tienes razón, Fidel», etc.) y por extensión, lo que te decía a ti y a los compañeros de la Casa y a todos los compañeros latinoamericanos era también un tuteo. No veo por qué tendría que cambiar de tratamiento ahora que te escribo directamente; si en mi última carta, cuando te envié mi texto sobre el viaje de Fidel a Chile, utilicé todavía el «usted», lo hice simplemente porque no tenía contacto directo contigo, porque había el GRAN SILENCIO que siguió a eso que llaman el «caso Padilla». Pero tú me has escrito, tengo tu carta aquí, recién leída con algo en que la alegría y la amargura se mezclan como los ingredientes de algunos cocteles; y entonces ya no necesito dirigirme a ti, Haydee, con ese

* Tomado de *Materiales de la revista Casa de las Américas de / sobre Julio Cortázar*, Fondo Editorial Casa de las Américas, La Habana, 2014, pp. 124-129.

«usted» protocolar que pone distancias y mentiras entre los hombres. Sé que no te ofenderás, simplemente porque eres Haydee, porque te sé capaz de comprender tantas cosas que escapan a otros; y porque te quiero y te respeto, y porque contra lo que sea y contra lo que venga estaré siempre en Cuba, a mi manera que por desgracia (¿por desgracia?) no es siempre la que se espera de mí.

Haydee, las cosas no son tan simples como lo quisiéramos todos. Tu carta traza en una serie de párrafos las etapas de lo que nos ha falsamente distanciado, y sé que apenas escribo la palabra falsamente, tú reaccionarás como es lógico que reacciones, puesto que crees estar en la verdad y con la verdad, y yo lo comprendo de sobra. Pero vuelvo a decirte, las cosas no son tan simples, y tu carta marca la hora en que un nuevo diálogo se vuelve necesario y útil; ni tú ni yo haremos de esto una cuestión personal, hay cosas harto más importantes en juego que tú y yo. No voy a fatigarte con detalles destinados a explicarte por qué, en el momento de la prisión de Padilla, procedí en la forma en que lo hice. No voy a justificarme, me importa muy poco justificarme. Pero tú me dices con toda claridad lo que fueron tus sentimientos cuando viste mi nombre entre los que firmaron la primera carta dirigida a Fidel, y es elemental que yo te responda diciéndote cuáles fueron mis sentimientos cuando, después del estupor y el escándalo provocado en Europa por la noticia del arresto de Padilla, empezaron a pasar los días y las semanas sin que ninguno de nosotros, los que necesitábamos un mínimo de información, recibiéramos el menor detalle que nos permitiera hacer frente a esa ola desencadenada por la prensa reaccionaria, de los falsos amigos de Cuba, de los oportunistas, de los resentidos y de los ingenuos. Una vez más (porque de alguna manera se repetía lo que me obligó a escribir aquel artículo de marras en *Le Nouvel Observateur*, tan mal leído e interpretado en Cuba cuando el primer «caso Padilla»), una vez más, Haydee, y créeme que era duro y desesperante, unos pocos nos vimos solos frente a una ofensiva que hablaba de torturas, de presiones, de campos de concentración, de estalinismo, de dominación soviética, y tanta basura que conoces de sobra. ¿Tú te das cuenta de lo que significa vivir en París y verse asediado por todos los que se interesan de veras por el proceso cubano, y que quieren una explicación coherente de lo que pasa, en el mismo momento en que un diario como *Le Monde* publica el texto de un cubano que afirma que Padilla ha sido torturado? Cien veces he dicho, en la Casa y fuera de ella, que la auténtica imagen de la Revolución Cubana

debe ser mostrada sin tapujos en el exterior, para enfrentar y liquidar las calumnias y los malentendidos; esta vez (era la segunda vez en mi experiencia) me encontré solo frente al silencio, asediado por quienes me saben honrado y esperaban de mí una explicación aceptable de un episodio que la prensa internacional presentaba con las insinuaciones que te imaginas. Fue entonces –y esto te lo digo pesando cada palabra y asumiendo toda mi responsabilidad– que busqué en la embajada cubana de París una base que me permitiera responder a las preguntas incesantes que se me hacían. Y fue entonces que lo único que encontré en la embajada fue un silencio todavía peor, evasivas, «todavía no se sabe nada», o lo que era peor, la torpeza de decir de Padilla lo que podría decirse del último de los gusanos de Miami.

Carpentier y su mujer, Campignoni (creo que se llama así) y algún otro son testigos de que después de dos entrevistas (una con Castellanos, y otra con ellos en un restaurante), dije con todas las letras que después de semanas de espera inútil, que equivalían por parte de Cuba a ignorar o a despreciar el amor y la inquietud de sus sostenedores en Francia, a mí me resultaría imposible no asociarme a un pedido de información que un grupo de escritores se creía con derecho a hacerle a Fidel. Más claro, imposible: era una manera amistosa, de compañero a compañero, de decirle: «Hay cosas que se pueden aguantar hasta un cierto límite, pero más allá se tiene derecho a una explicación», porque lo contrario supone o desprecio o culpa. Ocho o diez días más pasaron después de eso, sin que nadie de la embajada fuera capaz de comprender, a pesar de las advertencias, que esa primera carta se convertía en un derecho, como el que tienes tú de escribirme y yo de contestarte. No juzgo a nadie, Haydee, pero te doy los elementos de juicio. Una vez más, en una situación particularmente grave, la imagen exterior de Cuba se vio falseada y amenazada por esa lamentable conducta consistente en no dar la cara y explicar, por lo menos en su base, lo que luego se sabría a la luz de la autocrítica de Padilla.

Hago aquí un paréntesis para aclarar un aspecto que me toca personalmente y que me dolió hondamente; si tú no me hubieras escrito lo que has escrito, jamás habría hablado de eso, pero hoy entiendo que tu carta te da el derecho de saber incluso los detalles marginales de esta cuestión. [...] en cuanto a la redacción de la primera carta, la que yo firmé, puedo decirte simplemente esto: el texto original que me sometió Goytisolo era muy parecido al texto de la segunda carta: es decir, paternalista, insolente, inaceptable desde todo punto de vista. Me negué a firmarlo,

y propuse un texto de reemplazo que se limitaba, respetuosamente, a un pedido de información sobre lo sucedido; tú dirás que además se expresaba la inquietud de que en Cuba se estuviera produciendo una «pulsión sectaria» o algo así, y es cierto; teníamos miedo de que esto estuviera sucediendo, pero ese miedo no era ni traición ni indignación ni protesta. Relee el texto, por favor, y compáralo con el de la segunda carta que naturalmente yo no firmé. A ti puedo decirte (la «Policrítica» lo dice también, por supuesto) que lamento que ese pedido de información de compañeros a compañeros, se viera complementado por esa expresión de inquietud; pero insisto en que de ninguna manera se podía atribuir a los firmantes una injerencia insolente o un paternalismo como el que muestra la segunda e incalificable carta.

En resumen, y para terminar con esto: la imagen que haya podido fabricarse de mí y según la cual anduve de casa en casa buscando firmas, es falsa y grotesca. Pero no es falso que después de haberle dado a los representantes de Cuba todo el tiempo necesario para evitar la carta, esta fue enviada porque así debía ser, porque no hay derecho a ignorar hasta tal punto la preocupación y el interés de los amigos de Cuba en el exterior [...] cuando en la misma ciudad hay montones de gente bien intencionada que no sabe qué pensar, y montones de gente mal intencionada que aprovecha cada minuto del día y cada columna de la prensa para falsear la imagen de una Revolución que tanta sangre ha costado y tantos sacrificios le cuesta a su pueblo.

En fin, Haydee, esas cosas sucedieron así, Fidel reaccionó como lo sabemos, y yo entendí que debía escribir el texto que tú publicaste en la revista, gesto que te agradeceré toda mi vida. Ahora, en tu carta, tú me confirmas una actitud en la que las reservas y las discrepancias no excluyen la confianza e incluso la amistad; sé que no soy indigno del abrazo que me das al cerrar tu carta; sé que hemos estado y probablemente estaremos muchas veces en desacuerdo sobre cuestiones importantes, y que ese desacuerdo, por penoso que pueda ser, forma parte de un proceso histórico complejo y en el que nada puede ni debe ser monolítico y de una pieza. Me dices: «Su actitud posterior, la misma nota que nos manda, nos hace pensar que si siempre actuara así, se decidiría de una vez a estar con dios o con el diablo». Haydee, si ser un revolucionario es, como tú dices a renglón seguido, ser un hombre decidido que no escoge el camino más fácil, entonces soy un revolucionario aunque nunca me he dado a mí mismo tan alto título. Lo soy, basándome en tus propias palabras, porque aquí, durante el período del «caso Padilla»,

el camino más fácil era simple y cómodo, era el que esperaban de mí los enemigos de Cuba: que me callara, que aceptara obedientemente el silencio, que dejara a gusanos y a traidores babear todo su veneno en las columnas de los diarios. Ya ves que en cambio tomé el menos fácil: firmar esa primera carta a Fidel, que sigo creyendo legítima dentro de una perspectiva internacional, y desvincularme de la segunda carta con todo lo que eso supuso para mí en muchos planos. Y créeme que nada de fácil ha tenido para mí enfrentar las consecuencias de esos actos, verme una vez más borrado de un plumazo de tantos puentes de afecto y de cariño que me unen con todo lo cubano, escuchar las calumnias previsibles, entrar en una «muerte civil» de muchos meses. Pero todo esto es cosa mía y no seguiré. Solamente quiero decirte que en lo que toca a mi conducta con respecto a la Revolución Cubana, mi manera de estar con dios (¡vaya comparación, compañera!) será siempre la misma, es decir, que en momentos de crisis me guiaré por mi sentido de los valores –intelectuales o morales o lo que sean– y no me callaré lo que crea que no debo callarme. A nadie le pido que me acepte, yo sé de sobra que los revolucionarios de verdad terminan por comprender ciertas conductas que otros calificarían de revoltosas; la mejor prueba eres tú misma, al publicar mi «Policrítica» en la revista, y frente a cosas así poco me importa el hielo oficial de la embajada en París o el silencio de amigos cubanos muy queridos.

Esta «descarga», como tan bien dicen por allá, es demasiado larga y mal escrita, pero no quiero cerrarla sin decirte dos palabras acerca de tus referencias a la revista *Libre*. Si escuchaste la grabación que Roberto hizo tomar en los días en que Vargas Llosa y yo informamos sobre *Libre* en el seno del Comité de Colaboración, conocerás lo que dije para explicar las finalidades y las intenciones de la proyectada revista. Siempre he lamentado que los cubanos decidieran no colaborar en ella; y lo he lamentado porque era una oportunidad extraordinaria de conseguir una plataforma de lanzamiento privilegiada en el sentido de que podía alcanzar a toda la América Latina, cosa que por desgracia no puede hacer la revista *Casa* y las otras publicaciones cubanas. Había la oportunidad de valerse sin ningún compromiso de un respaldo económico que no es, como se ha dicho absurdamente, «la plata del diablo» (¡lo que pueden pesar los prejuicios y las ideas recibidas!) sino el dinero de una mujer que lleva años financiando películas de avanzada y actividades diversas de la izquierda europea, vaya a saber en el fondo si por mala conciencia o simplemente porque su única manera de ayudar a una causa es darle

parte de su dinero. Si en la Casa hubieran decidido entrar con todo en la revista, esa revista sería verdaderamente nuestra, Haydee, porque entre otras cosas yo me hubiera dedicado a *full-time* a ella dejando de lado cualquier otra cosa, y otras gentes igualmente convencidas de las posibilidades revolucionarias de esa publicación hubieran hecho lo mismo, y hoy tendríamos un arma eficaz para nuestro frente especial de lucha. No fue así, y la revista ha nacido con un horizonte bastante restringido y poco interesante, al punto que yo me desintereso de ella y poco me importa su destino que imagino efímero. Sin embargo he creído mi deber hacer todos los esfuerzos posibles para descentralizarla y obtener que sucesivos números se impriman (y escriban) ahí donde sea posible en países latinoamericanos, dirigidos y hechos por la gente de cada país en cuestión; de eso se habló con Chile, y todavía creo que *Libre* podría enderezar hacia una forma verdaderamente revolucionaria de acción; por el momento no es más que una de las muchas revistitas liberales, tan pesada como costosa, fuera del alcance de los jóvenes que necesitan leer pero no tienen el dinero para pagarla. Qué lástima haber perdido esa oportunidad que solo dependía de aceptar realísticamente los hechos y sobre todo tener confianza en algunos de nosotros en vez de basarse exclusivamente en la desconfianza que podían inspirar otros. Privado del apoyo, de la colaboración de ustedes, ¿qué podía hacer alguien como yo? Me imagino tu respuesta: «En todo caso, irte de la revista». Claro, muy sencillo; pero eso es precisamente para mí elegir el diablo y no a dios, elegir la facilidad. Te repito que poco me interesa *Libre* (tal como aparece ahora), pero que haré lo que pueda por proyectarla a otra dimensión, la que hubiera querido lograr junto a ustedes y con ustedes; no soy optimista porque me siento muy solo, pero mientras queda una posibilidad de convertir a *Libre* en una publicación barata y verdaderamente revolucionaria, con amplia difusión en todos nuestros países, seguiré arrimando el hombro.

Haydee, gracias otra vez por tu carta, gracias por ese abrazo final que te devuelvo con todo mi afecto. Una vez más, mi amistad y mi solidaridad con la Casa. En lo peor de los equívocos, estoy seguro de que siempre habrá pájaros y nubes entre nosotros. Estaré siempre con ustedes, ya lo irás sabiendo,

JULIO

Carta de Fernando Benítez a Roberto Fernández Retamar

México, D. F., 15 de febrero de 1983.

Muy querido Roberto:

Al principio de la Revolución yo le dije a un Fidel justamente indignado por las pequeñas infamias que entonces se hacían en México auspiciadas por la FBI: «Fidel, olvide eso. México siempre será su aliado». Mi vaticinio se cumplió. Tú recordarás que yo escribí el primer libro sobre la Revolución y que ese libro y mi defensa de Cuba me costó el despido de *Novedades*.

Cometí el error de cuestionar el caso Padilla con otros muchos, porque pensé y sigo pensando que el socialismo con libertad se daba por primera vez en Cuba. Ustedes se sintieron traicionados. Yo también, porque Padilla era un bufón despreciable. De cualquier modo, nunca, en todos mis cargos durante veinte años he dejado de ser un aliado de la Revolución Cubana que es también un modo de ser solidario con mi país.

De vueltas a Cuba, con Echeverría, sentí una gran frialdad en lugar del cálido afecto con que se me recibía en la Revolución con «pachanga».

Ahora, al recibir tu carta, veo con alegría que el hielo se ha roto y que un error —dado el dramatismo de la situación— se ha olvidado y se toma en cuenta mi fidelidad a Cuba que comenzó antes de que Fidel entrara a La Habana y se mantiene intacta hasta el día de hoy. Tampoco olvido mi amistad personal contigo. Por supuesto acepto agradecido tu colaboración. Con nosotros están los grandes escritores y hemos creado un nuevo periódico crítico, pero tu sabes que nuestra situación es muy grave. El peso se devalúa y hasta la fecha no sabemos cómo pagarle a Cortázar, a Roa Bastos, a Onetti, a Marta Traba, a Rama y a

nuestros colaboradores extranjeros. [...]. Sin embargo, espero resolver este problema con la ayuda de Guillermo Schavelzon, director de *Nueva Imagen* que es mi asesor en asuntos editoriales para el extranjero, y se halla ausente.

Me complace mucho reanudar mi amistad y decirte que hoy y siempre Cuba ocupa un lugar en nuestro corazón. Seguimos en la brecha. Cuba está en peligro, pero ha sabido defenderse y ahora nos ocupa de referencia la suerte de Nicaragua y de los países «banana» o el patio trasero de los Estados Unidos.

¡Ah querido Roberto, que tiempos increíbles nos ha tocado vivir!
Te abraza

FERNANDO

P.D.: No te escribo a mano porque no entenderías mi letra.

Ángel Rama y la Casa de las Américas (Fragmento)*

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

[...]. Una semana después, fechada en San Juan el 5 de abril, nos llegaba la más dramática de las cartas que él nos escribiera. Tal carta había sido precedida por un nuevo capítulo del «caso Padilla», que supuso el encarcelamiento de este por un mes, y, de momento, una carta abierta a Fidel (copiosamente difundida en los medios capitalistas) sobre el hecho, donde además de abordarlo se hacían muy diversas y a ratos gratuitas y hasta ofensivas conjeturas. La carta llevó la firma no solo de personas más o menos intrascendentes, sino también de muy destacadas figuras, a algunas de las cuales nos unían lazos profundos de admiración y amistad. Ángel me escribió:

estaba esperando la respuesta tuya al envío que a través de Julio [Cortázar] te hice para la revista, preparándome a hablarte del plan de una reunión de un pequeño comité de intelectuales en Chile de la que quizá te haya adelantado algo Gonzalo Rojas, cuando me llega la noticia del encarcelamiento de Heberto y [su esposa] Belkis. No necesito decirte el efecto que me produjo.

Sabés muy bien de mi posición respecto a Heberto y su famoso libro, cosas todas que discutimos muy honrada y muy claramente en torno a la mesa de la Casa. Obviamente no es de eso que se trata ahora, sino de un encarcelamiento cuyos motivos no se han hecho públicos, pero que eriza la piel más coriácea. [...] Recibí el mensaje que Cortázar y Sartre firmaron, dirigido a Fidel, quizá demasiado aprensivo en sus términos –entiendo que siempre debe hacerse confianza a la Revolución– pero cuya inquietud comparto

* Tomado de la revista *Casa de las Américas*, número doble 296-297, julio-diciembre de 2019, pp. 188-191.

como la comparten hoy los intelectuales de toda América Latina. No tengo por qué decirte que si por un lado la seguridad y la libertad de Heberto y Belkis me inquietan sobremanera dado que en el pasado que yo les conozco no hay ningún motivo para justificar un encarcelamiento, por otro lado el efecto de esta detención es catastrófico para la Revolución. Tú sabes muy bien que no pertenezco a los que se dicen integrantes del mandarinismo intelectual ni me gusta ser el fiscal de los dirigentes revolucionarios, posiciones casi ridículas en nuestro tiempo; por lo tanto es comprensible que si la Revolución debe enfrentar un peligro grave esté dispuesta a pasar por alto sobre los dañinos juicios que eso provoca en el exterior. Pero en este caso la detención de un escritor —cuya obra ha sido objeto de una crítica tan pedestre y deformante como pasó con su libro y que separado de todo cargo de responsabilidad difícilmente podía perjudicar a nadie— se presenta como un hecho sin justificación que aviva las naturales inquietudes de quienes no hace tanto, apenas dos años, vieron en Checoslovaquia destituir a decenas de escritores y encarcelarlos.

A pesar de mi amistad por Heberto, te confieso que preferiría se le reconociera culpable de secuestro de información secreta o cualquier insensatez semejante (a no ser que la solución paradisíaca, de que todo fue un error, no se produjera) porque no querría vivir una nueva desconfianza intelectual por el socialismo, ni querría que este tuviera que pasar, en su difícil edificación, por la exclusión brutal de los intelectuales o poetas cuya acción pública es bien reducida. Es decir, nada peor que reiterar dentro de América Latina un conflicto que la Europa socialista conoció reiteradas veces pero que hemos deseado y querido que no se produjera en nuestro continente. Del mismo modo que Cuba y sus intelectuales demostraron que no era necesario caer en el realismo socialista para hacer arte, del mismo modo deseo que Cuba y sus intelectuales demuestren que para solucionar los naturales conflictos de la construcción del socialismo, este no deba devorarse a sus propios hijos, como Saturno. [...] Es una hazaña, una exigencia alta de la cultura y yo espero que se la alcance.

En definitiva, Roberto, más que mi aprecio por un hombre y mi estima intelectual por un creador de arte, lo que me importa sobre todo es el socialismo y es Cuba. Y me importa bien egoístamente, porque creo que es parte primera y principal del socialismo

latinoamericano: el modelo cubano, por más que se intenten otros, no dejará de ser el primero y servirá de «jurisprudencia» como dicen los peritos, a él se apelará muchas veces.

Te agradezco toda la información que puedas proporcionarme, aunque comprendo bien las limitaciones de este momento. Te agradezco testimonies a Haydee mi inquietud que ella que me conoce bien es posible que descuenta, y este deseo mío de que la Revolución Cubana siga siendo nuestro punto de confluencia, nuestra esperanza, nuestro orgullo. Parece siempre como que todos no cesamos de pedir y hasta de exigir: la única excusa válida es que Uds. los cubanos nos acostumbraron a eso, fraternalmente.

Después de varios años de forcejeos,¹ se había abierto otra etapa de nuestra vida cultural, que tiempo después, desde las páginas de la misma revista *Casa*, Ambrosio Fornet llamaría, en denominación que iba a difundirse, «el Quinquenio Gris», el cual para él abarcó de 1971 a 1975.² Tras este último año, hechos como la institucionalización del país y en particular la creación del Ministerio de Cultura comenzarían a clausurar en lo esencial la etapa.

De sobra se sabe que poco antes de la fecha en que recibimos las cartas de Ángel había tenido lugar la lamentable autocrítica pública de Padilla, mera caricatura de los últimos discursos pronunciados por las víctimas de los espantosos procesos de Moscú de los años treinta, lo que no todos percibimos en aquel momento.³ Tal pseudoautocrítica, al contrario de lo que sucedió en los casos moscovitas, no fue seguida por

¹ Ver por ejemplo «Diez años de revolución: el intelectual y la sociedad», en *Casa de las Américas*, No. 56, septiembre-octubre de 1969. Se trata de una mesa redonda en la que participamos Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet, Carlos María Gutiérrez y yo, y que ese año se publicó también, como libro, en México, D.F.

² Ambrosio Fornet: «A propósito de *Las iniciales de la tierra*», en *Casa de las Américas*, No. 164, septiembre-octubre de 1987, p. 150, nota. Un enjuiciamiento más severo del período lo realizó Fernando Martínez Heredia en «Izquierda y marxismo en Cuba», en *Temas. Cultura, Ideología, Sociedad*, Nueva época, La Habana, No. 3, julio-septiembre de 1995. A esta luz se aprecian mejor los artículos que a la «nueva política cultural cubana» dedicó Rama durante junio de 1971 en *Marcha*.

³ Ver a propósito de estos hechos, incluso de las dos cartas abiertas a Fidel (ninguna de las cuales fue firmada por Rama), mi trabajo «Calibán revisitado», en *Casa de las Américas*, No. 157, julio-agosto de 1986, y la entrevista que me hiciera Jaime Sarusky que apareció en el No. 200 de *Casa* con el título «Desde el 200, con amor, en un leopardo».

asesinato alguno: tras su mes de prisión, el autor de *Fuera del juego* fue excarcelado. Pero el mal estaba hecho, y si a ello se suma que se decidió que tal pseudoautocrítica apareciera en la revista *Casa* (aunque fuera en la forma de un «Suplemento» que ni antes ni después volvió a existir), así como materiales emanados del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, de ese año, fuimos arrastrados a una discusión que contribuyó a desenmascarar al colonialismo cultural, pero en considerable medida resultó estéril o, peor aún, dañina. La gran mayoría de nuestros amigos defendió con nobleza a la Revolución de Cuba, pero entre quienes la atacaron, llegando a acusarla de las peores cosas, estuvo un exintegrante del consejo de colaboración de la revista *Casa*, quien hizo pública de manera escandalosa su renuncia a esa condición. Se trató del destacado narrador peruano Mario Vargas Llosa, quien además abandonó sus ideas de izquierda, se convirtió no ya en un censor sino en un calumniador de cualquier intento de auténtica transformación social, fue candidato por la derecha a la presidencia del país donde naciera, y ha asumido otra ciudadanía. Haydee Santamaría le respondió en una memorable carta pública⁴ frente a la cual él permaneció silencioso mientras Haydee vivió. Años después de la muerte de ella, sin embargo, cuando esta no podía responderle, la aludiría en una entrevista de modo violento, y en un reciente libro de memorias, practica una suerte de macartismo similar al que arrojó a Rama fuera de los Estados Unidos, al denunciar (como hacen otros pariguales suyos) a quienes, profesando ideas de izquierda, ejercen con todo derecho su magisterio en universidades estadounidenses que solo con mala fe pueden ser identificadas con los designios del Imperio. El caso más doloroso para nosotros fue el de Julio Cortázar, quien participó de modo complejo en la ruda polémica sin abandonar nunca su lealtad revolucionaria. Como a su muerte le dedicamos el número doble 145-146 (julio-octubre de 1984) de la revista *Casa de las Américas*, a él remito al lector.

En cuanto a Rama, es evidente que discrepó de las decisiones cubanas. Ello lo prueba no solo la carta de 5 de abril de 1971 que he citado, sino sus artículos sobre la «nueva política cultural cubana» publicados en junio de ese año en *Marcha*. Sin embargo, no es cierto, como se dice

⁴ Haydee Santamaría: «Respuesta a Mario Vargas Llosa», en *Casa de las Américas*, No. 67, julio-agosto de 1971, que incluye la carta abierta de Vargas Llosa. La respuesta de Haydee se adelantó en un suelto incluido en la entrega anterior de *Casa*. Ambas cartas abiertas tuvieron amplia difusión. [Se incluyen en esta compilación bajo el título «Cartas cruzadas entre Mario Vargas Llosa y Haydee Santamaría»].

por error en la citada *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*, que «en carta fechada el 27 de mayo [de 1971], dirigida a Haydee Santamaría, renuncia al comité de colaboración de la revista *Casa*». ⁵ Como ese texto no aparece en nuestro archivo, la autora de dicha cronología, la compañera Carina Blixen, tuvo la gentileza de enviarnos a solicitud nuestra una fotocopia de la carta. Pero esta no es tal, sino el borrador (incluso con muchas tachaduras y añadidos a mano) de una «carta abierta» que como todo material de esa naturaleza debió haber tenido vida pública, lo que no ocurrió. Así comienza el borrador: «Visto que los conflictos latentes han estallado, tomando estado público, no nos queda otra vía para fijar nuestras respectivas posiciones que el sistema de las cartas abiertas». Ahora bien: esas cartas se publican (por eso son «abiertas»), y esta no lo fue. No es dable dudar que Ángel, en uno de sus momentos de cólera que tan bien le conocí, escribió dicho borrador. Tampoco es dable dudar que en otro momento, de generosa reflexión que igualmente le conocí, decidió no enviar a Haydee aquella «carta abierta», aunque varias de sus ideas las retomaría en sus mencionados artículos de junio en *Marcha*. En el borrador, entre criterios a veces injustos y a veces compatibles, escribió: «la Revolución Cubana es mucho más que su literatura y el pueblo cubano es todavía más que su Revolución, dado que es artesano de una historia siempre renovada». Añadió por último:

a diferencia de otras revoluciones culturales, esta se produce en un sector reducido de una más vasta comunidad, la de la cultura hispanoamericana que tiene más de cien millones de integrantes; pertenece a ella y en ella se resuelve de tal modo que su aportación deberá conjugarse dentro de la gran herencia hispánica y en permanente enfrentamiento con el resto de la literatura y el arte de nuestra América. Es en este vasto campo donde seguiré colaborando para luchar contra el criminal bloqueo de la OEA, reiterando que Cuba es parte primerísima de la cultura y la revolución latinoamericana, aunque hoy se equivoque gravemente respecto al funcionamiento crítico de la democracia socialista como respecto a la creación estética.

Con el invariable afecto personal de Ángel Rama.

⁵ Carina Blixen y Álvaro Barros-Lémez: *Cronología y bibliografía de Ángel Rama*, Montevideo, Fundación Ángel Rama, 1986, en nota 1, p. 42.

*El 71. Anatomía de una crisis (Fragmento)**

JORGE FORNET

[...]

En un ejercicio de retórica digno de mejor causa, Padilla inicia sus palabras –y ese será un leitmotiv de la autocrítica– advirtiéndole que el encuentro es fruto de una solicitud propia: «ustedes saben perfectamente que la Revolución no tiene que imponérsela a nadie». «Yo pedí esta reunión», reitera, «y yo no me cansaré nunca de aclarar que la pedí, porque yo sé que si alguien hay suspicaz es un artista y un escritor. Y no en Cuba solamente, sino en muchos sitios del mundo». Es obvio que la reiteración se vuelve contra sí misma, según el viejo razonamiento de que el que se excusa se acusa. Explica Padilla que desde el 20 de marzo estaba detenido por la Seguridad del Estado bajo el cargo de contrarrevolucionario, acusación «muy grave» y «muy impresionante» pero «fundamentada por una serie de actividades, por una serie de críticas» que él había realizado. Reconoce, a la vez, haber «cometido muchísimos errores, errores realmente imperdonables, realmente censurables, realmente incalificables». Esta oportunidad de hablar, en consecuencia, «es una generosidad de la Revolución» que él no la merecía; de hecho, «no merecía el estar libre. Lo creo sinceramente; lo creo por encima de esa alharaca internacional». Una vez declarada su baja condición y la «gravedad» de sus delitos, Padilla traza una oposición entre él, «un hombre preso por los defectos de su carácter y de sus vanidades», y la humildad, la sencillez, la sensibilidad, el calor con que realizan su tarea humana y revolucionaria los compañeros de Seguridad del Estado, «que me han pedido que no hable de ellos porque no es el tema el hablar de ellos sino el hablar de mí». Y añade que en una ocasión le preguntó a un oficial de dónde

* Editorial Letras Cubanas, 2013, pp. 155-162.

sacaban tales «cuadros». Él estaba fuera de la celda porque en varias ocasiones, cuenta, tuvieron la gentileza de llevarlo a tomar sol; había «un grupo de niños, muy pobres, muy simples, muy sencillos, cubanos, y me dijo: «mira, chico, de ahí»». Era una hábil manera de poner a sus carceleros en primer plano, como protagonistas de lo que sus espectadores estaban presenciando.

En cierto momento, Padilla lamenta haber trasladado con *Fuera del juego* sus posiciones a un terreno a donde nunca debió llevarlas: el de la poesía. «Estas posiciones no habían sido nunca asumidas; tomadas, expuestas en la poesía cubana. Y yo inauguré —y esto es una triste prioridad—, yo inauguré el resentimiento, la amargura, el pesimismo, elementos todos que no son más que sinónimos de contrarrevolución en la literatura». Con esa autocrítica se está labrando a la vez, en términos de historia literaria, un lugar genésico en la literatura nacional. En los artículos que sobre Cuba se publicaban en el extranjero, añade, «se hablaba con mucho entusiasmo sobre mí y se me veía como un escritor rebelde, como un escritor “contestatario” [...], intransigente, se me veía como un tipo característico de los países socialistas, el tipo que en Cuba simbolizaba lo que en otros países han simbolizado otros». Tal posición lo llevó a considerarse «un intocable típico, como el que existe en los países socialistas», esos escritores que publican clandestinamente fuera de sus países y a los «que ningún Estado puede tocar». Sobre sus relaciones con escritores y analistas extranjeros menciona en primer lugar a K. S. Karol, a quien «le hablé siempre con un sentido derrotista, con un ánimo crítico amargo, contrarrevolucionario, de la Revolución Cubana», y al «viejo agrónomo francés contrarrevolucionario René Dumont», con el cual dice haber arremetido contra la UNEAC y la revista *Verde Olivo*; «ataqué consuetudinariamente a la Revolución», y «no digamos las veces que he sido injusto e ingrato con Fidel». Con Hans Magnus Enzensberger, por su parte, «tuve incontables conversaciones que pudieran ser un compendio de todas mis actitudes y todas mis posiciones acres, hostiles a la Revolución», que el alemán luego utilizó en «un ensayo contra nuestro Partido». Y menciona a un sociólogo de apellido Kisler, que estaba escribiendo una tesis sobre los países en desarrollo, y resultó ser, como supo mientras estaba encarcelado, agente de la CIA. Padilla no tiene reparos en darse golpes de pecho y afirmar que de sus actitudes y posiciones «nunca, nunca me cansaré de arrepentirme mientras viva; nunca podré arrepentirme en realidad. Cuando he visto la cantidad de enemigos que vienen a nuestro

país disfrazados de poetas, disfrazados de teatristas, de sociólogos, de fotógrafos, de lo que son posible...».

Falta en esta andanada, por abyecta que pueda parecer, el descenso a un escalón más bajo, que se cumple cuando asegura no haber venido simplemente a argumentar sus errores y a hacer un recuento de sus actitudes bochornosas, sino porque está convencido de que muchos de los que ve delante suyo se deben haber sentido consternados al descubrir cuánto se parecen las actitudes de ellos a las que él ha contado, cuánto se parecen sus vidas, sus defectos, sus opiniones. Al oír estas palabras, añade, «pensarán que con igual razón la Revolución los hubiera podido detener a ellos» porque «no podía seguir tolerando una situación de conspiración venenosa de todos los grupitos de desafectos de las zonas intelectuales y artísticas». De hecho, «si no ha habido más detenciones [...] es por la generosidad de nuestra Revolución», que es lo que explica que él esté libre ahora, sin haber sido condenado, ni «puesto a disposición de los tribunales militares». Comenta que entre algunos compañeros había papeles, poemas, «puentecitos», que afortunadamente nunca se publicarán, como su propia novela, de la cual no se anima ni a decir el nombre, y de la cual «yo he roto y romperé cada uno de los pedacitos que pueda encontrarme algún día, delante de mis zapatos, de esa novela, que es un bochorno». En cambio, a diferencia de ella y del poemario del que se avergüenza, afirma haber escrito «algunos poemas nuevos en Seguridad del Estado; hasta sobre la primavera he escrito un poema. ¡Cosa increíble, sobre la primavera! Porque era linda, la sentía sonar afuera». El hecho de que Padilla hubiera sido detenido la víspera del equinoccio de primavera no hace menos grotesca y ridícula la referencia (no solo en términos poéticos sino también climatológicos, por la nula relevancia que tiene, en Cuba, la distinción de esa temporada).

La autocrítica, como es natural, reforzaba el tópico de la cobardía de los intelectuales. Y es aquí donde, en su descenso, Padilla increpa (y desafía a que lo desmientan) a su propia esposa, Belkis Cuza Malé, y a amigos como Pablo Armando Fernández, César López, José Yanes, Manuel Díaz Martínez y David Buzzi. Dos casos más merecen atención; el primero, Lezama, es el único de los mencionados que no asistió al acto. Si se atreve a mencionar su nombre, expresa Padilla, es por todo el respeto que merecen su obra, su conducta en tantos planos y su persona. Sin embargo, si bien la Revolución ha sido justa con Lezama, contrasta el orador, «los juicios de Lezama no han sido siempre justos

con la Revolución Cubana», y advierte que tales juicios, actitudes y actividades de Lezama son muy conocidos en Seguridad del Estado. Así, en un minuto, el hombre que apenas tres meses antes «reclamaba el más alto destino» de Cuba, junto a Martí y a Fidel, era derribado, con la complicidad de Padilla, para beneplácito de los vencedores de la nueva política cultural. El otro caso digno de mención es Norberto Fuentes, por lo que implicó dentro del performance general y su secuela. Padilla aclara que «no lo había podido ver antes; lo llamé a su casa, pero sonaba el timbre y no respondía nadie»; un desencuentro que, para Fuentes, sería providencial. Hoy se sabe que, entre el momento de su excarcelación, en la madrugada del día 27, y la reunión esa misma noche en la UNEAC, «el autor de *El justo tiempo humano* se entrevistó con otros colegas para advertirles que serían mencionados, que debían aceptar lo que él declararía y, llegado el turno, reconocer sus errores» (Arango 112-113). Pablo Armando Fernández ha contado que, al ser puesto en libertad, Padilla «reúne a sus más íntimos amigos y nos comunica que está en la obligación de acusarnos como contrarrevolucionarios, que no nos preocupemos, pues él sabe cómo hacerlo, nos inculpará de actitudes meramente personales» (92). Pero el desprevenido Fuentes lo haría quedar mal. Primero aceptó la reprimenda de Padilla, pero después pidió la palabra para descalificarlo alegando que un «contrarrevolucionario» como él no tenía ninguna autoridad para juzgar a un revolucionario. Esto alteró a tal punto el guion previsto que, al final, Portuondo se sintió obligado a referirse al lamentable incidente, un tropiezo en el curso de aquella noche tan provechosa. (Para Sartre, en cambio, solo una especie de «descomposición cultural» podía explicar que ocurriera algo como esa autocrítica «sin que la gente prorrumpiera en carcajadas» [«Entrevista a Jean-Paul Sartre» 10]). Lo que Portuondo no podía imaginar entonces era que la actitud de Fuentes iba a granjearle simpatías incluso en sectores de la dirigencia, al punto de que en los agradecimientos colocados al inicio de su volumen *Hemingway en Cuba* (que contó, por cierto, con un prólogo de García Márquez), pudiera leerse, en primerísimo lugar: «A Luis Pavón, que organizó el trabajo y por su amistad...».

Los emplazados por Padilla no eran, en modo alguno, parias de la literatura. Hasta ese momento publicaban e incluso «vivían» el efervescente ambiente cultural de la época. Lezama, ya lo he dicho, fue publicado y homenajeado en libros y revistas (tanto culturales como de amplia circulación), y agasajado, apenas cuatro meses antes, con un

coctel en los jardines de la UNEAC, al cumplir sesenta años. José Yanes fue protagonista —como lo había sido Padilla mismo, en enero del 71— del «Viernes de Literatura» del 26 de febrero; en ese espacio semanal, organizado por la propia asociación, leyó algunos de sus poemas. Basta hojear *Mensajes*, el boletín semanal que la UNEAC hacía circular entre sus miembros —y que, a diferencia de *La Gaceta de Cuba y Unión*, ofrecía pormenores de las interioridades y revelaba el pulso real de los acontecimientos a escala institucional— para encontrar, en los números que precedieron al inevitable deceso de la publicación, en abril de ese año, colaboraciones de Belkis Cuza Malé (apenas dos semanas antes de ser detenida) y de Manuel Díaz Martínez, así como la noticia de que César López acababa de obtener en Barcelona el premio de poesía que otorgaba la editorial Ocnos, cuyo jurado estuvo integrado por Pere Gimferrer, Vázquez Montalbán y José Agustín Goytisolo. (Por cierto, también aparecen allí con frecuencia colaboraciones, tanto poéticas como narrativas, de Reinaldo Arenas, pero esa es ya otra historia).

Si antes Padilla había introducido en su intervención el tema de la desconfianza y había insistido en que hay «muchos suspicaces» que no creen que esta sea una «autocrítica hondamente sentida», añade que es peor para ellos «si no son capaces de comprender lo que significa que a un hombre que ha cometido errores se le permita la oportunidad de confesarlos, de explicarlos delante de sus compañeros y de sus amigos». Luego desplaza esa desconfianza de forma explícita hacia el ámbito intelectual, pues si hay «un sector políticamente a la zaga de la Revolución, políticamente a remolque de la Revolución, es el sector de la cultura y del arte. Nosotros no hemos estado a la altura de esta Revolución». El mejor ejemplo de ese rezago fue el penoso papel de los escritores —asegura, en contraste con lo que Augier afirmó pocos meses atrás a los participantes en el Encuentro de Moscú— en la zafra de los diez millones. «Sin embargo, para exigir, para chismear, para protestar, para criticar, los primeros somos la mayoría de los escritores». Y antes de concluir agitando la consigna «¡Patria o muerte! ¡Venceremos!», pide: «¡Seamos soldados [...] seamos soldados de nuestra Revolución, y [...] ocupemos [el] sitio que la Revolución nos pida!».

El *mea culpa*, de más está decirlo, tuvo una repercusión inmediata que excedía, con mucho, lo expresado por el pecador. Pero si bien lo que estaba en discusión era algo más que la «confesión de un poeta», está claro que el carácter mismo de aquellas palabras tuvo un gran peso en la discusión y el modo en que se suscitó. No hubo en ellas nada

inocente, ni por parte de quienes conminaron a Padilla a escribirlas (y luego a pronunciarlas), ni mucho menos por parte de este, quien logró hilvanarlas pensando en destinatarios que estaban mucho más allá de las fronteras de la Isla. Aquella autocrítica, notaría casi inmediatamente Rama, tenía un aire fraudulento: «Fraudulento por lo anacrónico: estas autocríticas tuvieron su hora en la década del treinta [...]; los escritores soviéticos enjuiciados actualmente, como los checoslovacos en la misma situación, ya no hacen autocríticas y sospecho que sus fiscales ni siquiera se las piden» («Nueva política» 31). Eduardo Galeano, por su parte, comentaba en una entrevista: «tengo la impresión, si no la convicción, de que [la autocrítica] fue hecha deliberadamente por Padilla para joder a Cuba. Que la hizo en el estilo de los procesos de Moscú de los años treinta, para enviar una señal de humo a los liberales del mundo», seguros ahora de «que aquella revolución idealizada por los europeos, a la medida de la revolución que ellos mismos son incapaces de hacer en sus respectivos países, aquella epopeya romántica de los barbudos de la Sierra, había derivado en una cosa espantosa, [en] un campo de concentración» (Ruffinelli 30-31). El semanario *Marcha*, ante «el desborde de la confesión», se pregunta «si no está hecha con lucidez satánica. [...] Suena a abjuración criptográfica. Enigmática, con oculto mensaje y clave secreta» («Cuba: nueva política cultural»). Para Carlos Monsiváis, por otro lado, «es inevitable suponer una parodia intencional y agónica en confesión tan desbordada» (148). Y Juan Goytisolo asegura que para quienes conocían a Padilla y estaban al tanto de sus lecturas literarias y políticas, «la desgarradora y caricaturesca confesión aparecía sembrada de lazos y redes para sus cancerberos y mensajes en clave destinados a sus amigos. El poeta se sabía al dedillo el discurso oficial impuesto a trotskistas y bujarinistas en las grandes purgas estalinianas y había asumido sus fórmulas y clichés exagerándolos hasta el absurdo». Sus autoinculpaciones y servilismo, continúa Goytisolo, «podían engañar a los funcionarios estatales que habían organizado el acto, pero no a los lectores de Swift o de Brecht» (Goytisolo 183), y reconoce haberse preguntado muchas veces «cómo los dirigentes culturales cubanos pudieron caer en una trampa tan burda», pues «el mensaje que nos transmitía no podía ser más claro» (Goytisolo 184).

Años después Padilla reconocería que su propósito había sido escribir una confesión que pareciera escrita por un analfabeto: «La carta mía es memorable porque en ella, como dijo Carlos Fuentes, “se ve la mano de la policía hasta en la ortografía”» (Padilla y Verdecia 81). Apenas

dos semanas después de la intervención del poeta en la UNEAC, en su ya citado artículo publicado en *Le Monde*, Bettelheim afirmaba que las acusaciones estaban formuladas en un estilo que no debía nada a Padilla y todo a la pluma de los policías; e incluso antes de ese artículo, en su carta del 5 de mayo a Haydee Santamaría, Vargas Llosa afirmaba que en la carta firmada por Padilla, «hasta la sintaxis parece policial». La ironía es que ese discurso —escrito efectivamente por el poeta— es una pieza ejemplar. En esa impostación, en esa parodia, Padilla encuentra la clave y el éxito de su performance. Escribir como si fuera otro; inducir a leer, tras la firma propia, el vocabulario, las ideas, la sintaxis (y hasta la ortografía) policiales. Padilla recurre a las fórmulas de un personaje, el pecador, y de un género, el del discurso autoinculpatorio, y logra otorgarle carácter de farsa a lo que pudo haber sido trágico. Se escuda en un código que le permite satisfacer a quienes desconocen sus claves (atentos a la superficie del texto) y, a la vez, inquietar a quienes lo conocen. Jugó magistralmente con un discurso que avanzaba en dos direcciones y que aprovechaba contextos, sitios de lectura y, desde luego, prejuicios. Eso es lo que explica que las autoridades del Gobierno, los miembros de la Seguridad y hasta los dirigentes de la UNEAC se sintieran complacidos con sus palabras. Liberado y redimido dentro del país, Padilla levantaba, en cambio, una ola de indignación en medios ansiosos de escuchar lo que estaban escuchando. El autor de *El justo tiempo humano* supo darle a las dos partes, en un solo discurso, lo que ambas querían oír, y atizar un fuego que, al mismo tiempo, no lo incinerara. Paradojas de la lectura: quienes percibieron la falacia, quienes no aceptaron como auténticas las palabras de Padilla, quienes creyeron notar en ellas un mensaje cifrado destinado a los amigos del exterior, es decir, quienes hicieron una lectura metafórica del discurso, reaccionaron indignados ante el cinismo del poeta o ante el atropello del que lo sentían víctima, mientras quienes hicieron una lectura literal de aquellas palabras creyeron, simplemente, que se había cerrado un capítulo.

Bibliografía citada

ARANGO, ARTURO: «“Con tantos palos que te dio la vida”: Poesía, censura y persistencia», en *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*. Ciclo de conferencias organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterios, en La Habana, 2007, Primera

- parte. Edición a cargo del Centro Teórico-Cultural Criterios, La Habana, 2008, pp. 95-137.
- BENEDETTI, MARIO: *Cuaderno cubano*. Buenos Aires: Schapire Editor, 1974 (1969).
- «Cuba: nueva política cultural», *Marcha* 1553, 23 de julio 1971, p. 11.
- DONOSO, JOSÉ: *Historia personal del boom. Nueva edición con Apéndice del autor seguido de «El “boom” doméstico» por María Pilar Serrano*. Barcelona: Seix Barral, 1983 (1972).
- EDWARDS, JORGE: *Persona non grata*. Barcelona: Tusquets Editores, 2000 (1973).
- «Entrevista a Jean-Paul Sartre», *Libre* 4 (1972): 3-10.
- GOYTISOLO, JUAN: «El gato negro de la Rue de Bièvre», en *En los reinos de taífa*. Barcelona: Seix Barral, 1986, pp. 155-197.
- MONSIVÁIS, CARLOS: *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2000.
- PADILLA, HEBERTO: «Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba», *Casa de las Américas* 65-66 (1971): 191-203.
- PADILLA, HEBERTO y CARLOS VERDECIA: *La mala memoria (edición condensada) & Conversación con Heberto Padilla*. Buenos Aires: Editorial InterMundo, 1992.
- RAMA, ÁNGEL: «Una nueva política cultural (II). Cuba 1968», *Marcha*, núm. 1547, 11 de junio 1971, pp. 30 y 31.
- : «Nueva política cultural cubana (III). Una campaña de reeducación», *Marcha*, núm. 1548, 18 de junio 1971, pp. 30 y 31.
- RUFFINELLI, JORGE: «El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano», *Marcha*, núm. 1555, 6 de agosto 1971, pp. 30 y 31.
- VARGAS LLOSA, MARIO: Carta del 5 de mayo de 1971 a Haydee Santamaría, *Casa de las Américas* 67 (1971): 140.

Del libro *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución Cubana)*, fragmentos de sus capítulos «Los polémicos años sesenta» y «El Quinquenio Gris»*

GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA

Padilla había sido director de la agencia CUBARTIMPEX, perteneciente al Ministerio de Comercio Exterior (MINCEX).

El Estado socialista cubano importaba y exportaba a través de las diferentes empresas creadas con este fin en el MINCEX. Esa empresa de largo nombre, que dirigía el poeta Heberto Padilla, tenía a su cargo la importación y exportación de objetos de arte y cultura, libros incluidos.

Inmediatamente después de su gestión en la empresa, Padilla es designado corresponsal en Moscú de la agencia noticiosa cubana Prensa Latina. Son dos años los que vive Padilla en la capital soviética antes de regresar a La Habana en 1965.

Muy poco después, cuando está regresando de su trabajo en Moscú, Padilla empieza a manifestar una visión adversa del socialismo que parecía abrazar en su poemario *El justo tiempo humano* (1962)¹ y en su conducta posterior. Al año siguiente, en el marco de una nueva revista,² iniciará un debate que será el umbral del bien conocido «caso Padilla», de 1971.

En el segundo lustro de la década de los sesenta hay, como ya dije, una suerte de rechazo a la Revolución socialista por parte de algunos de los intelectuales vinculados a *Lunes de Revolución*, quienes parecen como reconsiderar aquella aceptación que tras las conversaciones en la Biblioteca Nacional, había culminado en la fundación de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba en agosto de 1961.

[...]

* Editorial Ojalá, 2017, pp. 149, 150, 194, 195,-199 y 204-211

¹ El libro, que recibe una mención en el concurso Casa de las Américas, es publicado por Ediciones Unión.

² Esa publicación es *El Caimán Barbudo*, aparecida en 1966.

No tengo la certeza de si la «autocrítica» de Padilla fue propuesta por el propio poeta o fue la exigencia que le hicieron los agentes de la Seguridad del Estado para ponerle en libertad. De lo que no me cabe duda es de que su sentido y el modo de desarrollarla fueron concepción del poeta mismo, quien tenía en mente unas expectativas ignoradas por los miembros del Ministerio del Interior que manejaban su «caso».

[...]

Claro que *Fuera del juego*, el poemario de Heberto Padilla, le está proponiendo a su lector cubano —supongo que ese *lector in fabula* serían los intelectuales de la Isla— separarse de lo que entonces se llamaba el «socialismo real». Este poema se titula «Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad»:

Lo primero: optimista.

Lo segundo: atildado, comedido, obediente.

(Haber pasado todas las pruebas deportivas).

Y finalmente andar

como lo hace cada miembro:

un paso al frente y

dos o tres atrás:

*pero siempre aplaudiendo.*³

Padilla está ironizando a partir de un ingenioso esquema de la troika, la tradicional danza rusa en la que los bailarines, agachados, van al frente y atrás, dando constantes palmadas; pero cuando esa fórmula se saca de su ámbito y pretende ser una metáfora del modo de actuar en la vida social, deviene una caricatura siniestra. El texto inicia la sección del libro que Padilla titula «El abedul de hierro», y el poema que da nombre a la sección, en evidente alusión a la Rusia de todos los tiempos, concluye:

[...]

Un abedul de hierro

hecho a prueba de balas y de siglos.

Un abedul que sueña y gime.

Que canta, lucha y gime.

³ Heberto Padilla: «Instrucciones para ingresar en una nueva sociedad», de *El abedul de hierro* 3, en *Fuera del juego*, Ed. Unión, La Habana, 1968, p. 80.

*Todos los muertos que hay en Rusia
Le suben por la savia.*⁴

Lo que ocurre es que ello iba dirigido, también y acaso principalmente, a separar a Cuba del socialismo marxista-leninista que era su alternativa de soberanía en la precisa coyuntura en que la había colocado la historia.

La de Cuba, fue una revolución original, como escribí. Quiero decir que no fue un régimen establecido desde arriba, como ocurrió en la Europa del Este, según el Ejército Rojo iba expulsando a las tropas hitlerianas hacia Alemania y entregando el poder a los comunistas en países como Bulgaria, Polonia, Rumania, Albania, Hungría, Checoslovaquia y la zona de Alemania que ocuparon las tropas soviéticas; Stalin, además, había anexionado a la URSS las repúblicas bálticas: Estonia, Letonia y Lituania.⁵

El Ejército Rebelde había derrotado a las tropas de Batista. Apenas en el poder, el Gobierno Revolucionario había ordenado retirarse a la misión militar estadounidense que asesoraba al ejército de la tiranía.

Las leyes revolucionarias iban dirigidas a hacer justicia a los sectores más humildes del país.

En el ámbito cultural mundial, la autocrítica de Padilla será contraproducente: en ella, Padilla parodia las autocríticas de los dirigentes soviéticos purgados por Stalin en los años treinta.

Maurice Merlau Ponty publica un libro en 1947 –y la Editorial Seix Barral lo da a conocer en versión española años después– que hace la historia de esas purgas: *Humanismo y terror*. Además, se dice que en su larga permanencia en la URSS, Padilla tuvo acceso a las actas de los procesos de los años treinta.

No es casual que, al verificar la ayuda prestada por los Estados Unidos al bombardeo que efectúan las tropas batistianas, Fidel, aún

⁴ Heberto Padilla: «El abedul de hierro» (fragmento), en *Fuera del juego*, ed. cit., p. 83.

⁵ Diferente es el caso de la hoy desaparecida Yugoslavia. El croata Josip Broz (Tito) había comandado unas guerrillas antifascistas que tomaron el poder, unificando a seis repúblicas balcánicas con un programa socialista. Yugoslavia se mantuvo ajena al dominio estalinista, la oficialidad soviética calificó como «revisionistas» a los dirigentes yugoslavos. Tito fue fundador del Movimiento de Países No Alineados. Las potencias occidentales y la OTAN hicieron todo para destruir la unidad de las repúblicas yugoslavas y desaparecer el exitoso socialismo del país.

en la Sierra Maestra, intuya que la lucha siguiente que Cuba deberá librar será contra el dominio y la política neocolonizadora en América Latina de la gran potencia nortea.

En Cuba había una poderosa tradición antimperialista que proviene del fundador mismo de nuestra nación: José Martí. En ella van a apoyarse el pensamiento y la acción de Fidel Castro.

Un poema como «Cantan los nuevos Césares» va a aunarse, a dar por buena la propaganda de la más ortodoxa derecha imperialista. Escribe Padilla:

*Nosotros seguimos construyendo el Imperio.
Es difícil construir un imperio
cuando se anhela toda la inocencia del mundo.
Pero da gusto construirlo
con esta lealtad
y esta unidad política
con que lo estamos construyendo nosotros.
Hemos abierto casas para los dictadores
y para sus ministros
avenidas
para llenarlas de fanfarrias
en la noche de las celebraciones,
establos para las bestias de carga y promulgamos
leyes más espontáneas
que verdugos,
y ya hasta nos conmueve ese sonido
que hace la campanilla de la puerta donde vino a instalarse
el prestamista.
Todavía lo estamos construyendo.
Con todas las de la ley.
Con su obispo y su puta y por supuesto muchos policías.⁶*

La afirmación de que la Unión Soviética constituía un nuevo imperio (imperio del mal) la llamaría, unos años después, Ronald Reagan) es uno de los pilares de la propaganda de descrédito contra la URSS y

⁶ Heberto Padilla: «Cantan los nuevos Césares», de La sombrilla nuclear 2, en *Fuera del juego*, ed. cit., p. 72. Este es el poema tal como aparece en la edición original. En la edición española que, en 1970, hace la Editorial El Bardo, sin explicación, se suprime el verso final. ¿Censura religiosa?

contra el socialismo promovida por la ultraderecha internacional, con Ronald Reagan y Margaret Thatcher a la cabeza.

El propósito era instaurar un pleno dominio del capitalismo más avasallador. La URSS era reemplazada por la Rusia capitalista y subordinada que presidía Boris Yeltsin.

[...]

En Europa, la autocrítica de Heberto Padilla fue decodificada como quiso su autor.

Arturo Arango, a partir de una compilación que hace la escritora Lourdes Casal de textos sobre el «caso Padilla», alude a «un extenso documento de autocrítica» que, con fecha 5 de abril de 1971, firma el poeta en la cárcel. De cualquier forma, ese documento no se conoció en 1971: es la intervención de Padilla en la UNEAC la que se conoce y circula como su autocrítica y es, exactamente, la que recoge la revista *Casa...* en su número 65-66 de marzo-junio de ese mismo año. Arango señala:

Se suele sostener la idea de que la autocrítica fue una especie de puesta en escena concebida por él mismo para transmitir el mensaje, dirigido sobre todo a la intelectualidad occidental, de que el estalinismo estaba comenzando a imponerse en esta isla del Caribe. Si tenemos en cuenta que Padilla conocía las transcripciones de los procesos de Moscú, la idea no parecería descabellada, pero queda, necesariamente, en el reino de la especulación.⁷

No le pareció terreno especulativo a la fina intuición de Eduardo Galeano: «tengo la impresión, si no la convicción, de que [la autocrítica] fue hecha deliberadamente por Padilla para joder a Cuba. Que la hizo en el estilo de los procesos de Moscú de los años treinta, para enviar una señal de humo a los liberales del mundo».⁸

Yo dispongo de algo más definitivo que la aguda impresión, incluso que esa personal convicción que estaba a punto de mostrar el escritor uruguayo. Lo que sé, válida de modo inobjetable su punto de vista.

Vi a Heberto Padilla por última vez en 1994, en Madrid.

⁷ Arturo Arango: «“Con tantos palos que te dio la vida”: Poesía, censura y persistencia», en *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*, Centro Teórico Cultural Criterios, La Habana, 2008, pp. 111 y 112.

⁸ Citado por Jorge Fornet: *El 71. Anatomía de una crisis*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2013, pp. 160 y 161.

En tiempos que, tras el fin de la Unión Soviética, los barones del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) creían de transición en Cuba, la Secretaría de Cooperación Iberoamericana, bajo el liderazgo de Inocencio Arias, había organizado en Madrid una reunión de poetas cubanos. Bajo el nombre de «La isla entera», fuimos invitados a leer ponencias y poemas, a conversar y debatir, poetas que vivíamos en Cuba y otros cubanos, exiliados o emigrantes, radicados en cualquier sitio del mundo. Acaso los organizadores pensaron que el entendimiento entre cubanos enfrentados por la ideología debía comenzar —sería más fácil— por los hombres (y mujeres) de letras.

Recuerdo que encontré a Padilla, tan locuaz como siempre, en la legendaria Residencia de Estudiantes, que más bien tenía un cierto aire de claustro monástico. Tenía una pregunta que hacerle:

— Tu autocrítica, ¿parodiaba las de los grandes purgados por Stalin en los años treinta?

— Claro —me dijo sonriendo levemente y sin dudarlo—. Fue mi venganza; me habían detenido solo por escribir un libro de poemas.

Añade enseguida Arango, en su valoración: «Lo que sí me resulta indudable es que el acto fue pactado con las autoridades que lo encarcelaron, o tal vez propuesto, o incluso impuesto por estas».⁹

A mí me parece obvio que la definición de esto que Arango considera «indudable» queda mucho más en el ámbito de lo especulativo que la clara y confesa condición del carácter de la autocrítica.

Es claro que Padilla acudió a hacer su autocrítica por acuerdo con las autoridades del Departamento de Seguridad del Estado que lo detuvieron. Lo que no me parece «indudable» es que esas autoridades la propusieran ni, mucho menos, que conocieran los detalles de esa autocrítica; ni siquiera creo que, si los conocían, supieran qué modelo histórico seguía, porque en el ámbito cultural, incluso para ser policía, hay que ser culto, hay que tener la información pertinente.

La retractación de Padilla fue interpretada enseguida como él quiso: fue esa señal de humo de la que escribió Galeano. Todos los intelectuales que firmaron la carta en la que suponían que había sido conseguida mediante la tortura, advertían que no era sincera. Padilla

nunca escribió la retractación que formuló en la UNEAC. Prometió que iba a retractarse e improvisó su arrepentimiento ante una asamblea de escritores cubanos. Cuando escribo «improvisó», apenas quiero decir que no leyó, pero claro que había meditado minuciosamente cuanto iba a decir. Fue esa la autocritica que se grabó: fue esa la única versión de la autocritica que se dio a conocer.

La retractación incluyó elementos casi saineteros, como la escritura del poema sobre la primavera y el elogio que hace de los «muchachos» que lo detuvieron, que le libraron de su pesimismo y le devolvieron la fe en la humanidad.

Le pregunté si en verdad habría sufrido tortura. «Me tenían en una sala donde la luz eléctrica estaba invariablemente encendida. No me permitían usar mi reloj y al cabo de un tiempo ya no sabía si era noche o día ni cuántas semanas llevaba allí. Esa fue mi tortura», me dijo.

Padilla logró la movilización de lo más importante de la intelectualidad europea y latinoamericana a su favor y contra la Revolución Cubana. Con la predisposición que la experiencia del estalinismo había creado en esa intelectualidad, ella creyó estar asistiendo a la repetición —ahora en Cuba— de las purgas de fines de los años treinta en la URSS.

Acaso les hubiera sido útil recordar aquella sarcástica sentencia marxista que decía que, en efecto, la historia se repite: la vez inicial es tragedia, pero la repetición es sainete. Padilla había montado el *remake* en sainete de la tragedia soviética de los años treinta. O, para hacer más cubano el asunto, había acoplado el esquema de aquella tragedia a nuestro teatro vernáculo.

El llamado «caso Padilla» le hizo un grave daño a la cultura revolucionaria cubana. Padilla nombró a un grupo de escritores que, desde su punto de vista, tenían un pensamiento y un proceder injusto con la Revolución Cubana.

Él, que por ese camino había llegado a «posiciones contrarrevolucionarias, los llamaba a «recapacitar». Nombró a Pablo Armando Fernández, César López, Manuel Díaz Martínez, Norberto Fuentes, David Buzzi y José Yanes.

Norberto Fuentes fue el único de los mencionados que refutó las palabras de Padilla. Lo impugnó y reclamó su condición de revolucionario. Pero Padilla había nombrado además a otro escritor, que no figuraba entre los asistentes a la asamblea y que era la «pieza mayor» entre los emplazados: me refiero a José Lezama Lima.

Lezama –ya lo dije– era el líder intelectual de los poetas que se agruparon en la gran revista *Orígenes* (1944-1956), acaso la más importante publicación de su tipo en lengua española mientras apareció. Lezama, un muy importante poeta, había adquirido fama mundial cuando Éditions du Seuil publica en Francia la traducción de su novela *Paradiso*.

Lezama venía escribiendo esta voluminosa novela («mi ladrillo cuneiforme babilónico», la llamaba) desde muchos años atrás: la revista *Orígenes* había publicado algunos capítulos. Apareció muy discretamente en Ediciones Unión, en 1966, pero los capítulos VIII y XI motivaron un escándalo local, y toda la novela un elogioso artículo de Julio Cortázar, que el argentino tituló «Para llegar a Lezama Lima». El crédito literario del autor de *Rayuela* le abrió las puertas a la obra de Lezama. El propio Cortázar y Carlos Monsiváis prepararon una edición mexicana de *Paradiso*, pero los dos decidieron hacerle «correcciones» a la escritura lezamiana.

Cuando, años después, la UNESCO solicita de Cintio Vitier hacer la edición crítica de la novela, este opta por restituir el texto original.

Me contó Vitier que, al ver la edición, Luis Pavón le dijo: «Usted ha hecho la glorificación cubana de la literatura homosexual». Cintio, que nunca tuvo temor para responder lo que debía responderse, replicó: «Usted se equivoca: esa glorificación la hizo José Martí en la crónica que le dedicó a Oscar Wilde».

Padilla fue, desde las páginas de *Lunes de Revolución*, uno de los primeros detractores de Lezama. En las páginas de *Fuera del juego* figura un hermoso poema que pareciera ser la rectificación de aquel intento:

*Hace algún tiempo
como un muchacho enfurecido frente a sus manos atareadas
en poner trampas
para que nadie se acercara,
nadie sino el más hondo,
nadie sino el que tiene
un corazón en el pico del aura,
me detuve a la puerta de su casa
para gritar que no
para advertirle
que la refriega contra usted ya había comenzado.*

*Usted lo observaba todo.
Imagino que no dejaba usted de fumar grandes cigarros,
que continuaba usted escribiendo
entre los grandes humos.*

*¿Y qué pude hacer yo,
si en su casa de vidrios de colores
hasta el cielo de Cuba lo apoyaba?*¹⁰

En la primera edición de *Fuera del juego*, el poema solo se tituló «A J.L.».

Lo que Padilla hizo en la UNEAC aquel día de abril de 1971 fue el intento de sumar a la disidencia cubana y a lo que él mismo representaba, a un escritor de la envergadura de Lezama Lima. Escuché a Lezama rechazar esa tentativa de Padilla y afirmar que, a la larga, seguía siendo su enemigo. No creo que el objetivo a dañar fuera el poeta. El verdadero objetivo a dañar era la Revolución misma. Lezama solo resultaba lo que algún político norteamericano llamaría una «víctima colateral».

Si fue culpable Padilla, mucho más lo fueron los funcionarios de la Revolución que dieron por buenas sus palabras. Creo que las opiniones de Padilla se aceptaron —Padilla sabía que serían bienvenidas— porque la zona más dogmática de la dirigencia cubana quería, desde tiempo atrás, un ajuste de cuentas con Lezama, y el autor de *Fuera del juego* les entregaba ahora en bandeja de plata la posibilidad de hacerlo.

Desde los tiempos del PSP, el marxismo dogmático rechazaba a un poeta católico, hermético y homosexual que, también, fue un intenso defensor de la cubanía en los tiempos en que la cultura cubana era relegada por nuestra burguesía. Uno de los méritos de la política inclusiva de las *Palabras a los intelectuales* a partir de las cuales se funda la UNEAC, es la plena aceptación de un poeta como José Lezama Lima, e incluso el elegirlo como uno de los vicepresidentes de los escritores y artistas cubanos.

Cuando ya su novela *Paradiso* se había convertido en un éxito mundial; cuando la editorial Aguilar publicó sus *Obras completas*, cuando en Cuba no podía publicar nada en los últimos años de su vida, siempre desatendió el reclamo de su hermana Eloísa instándolo a

¹⁰ Heberto Padilla: «A J.L.», *Fuera del juego*, en *Fuera del juego*, ed. cit., p. 43.

mudarse a los Estados Unidos. Cuenta un amigo –y testigo– que, en una disputa telefónica, le dijo Eloísa, desde Miami: «Yo no hice más que irme, que es lo que han hecho miles de cubanos». Lezama respondió: «Y yo me quedé aquí, como han hecho millones de cubanos».

Después de una larga hospitalización, Lezama falleció el 9 de agosto de 1976. Armando Hart, recién designado ministro de Cultura, se hizo presente en la funeraria de Calzada y K. Fue un gesto correcto, pero tardío.

Lezama fue un hombre que apoyó sin dudar la Revolución Cubana, y nunca escribió una sola línea contra ella: no debió ser silenciado como lo fue en los últimos años de su vida. Pero Lezama era ya un inmortal. O, como él mismo hubiera dicho, ya estaba «generando en el espacio vacío de los taoístas». La censura no lo dañó a él, sino al bien ganado prestigio de la cultura revolucionaria.

«Su ego lo liquidó y por poco nos liquida a todos»*

MIGUEL BARNET

Podría decir muchas cosas sobre ese momento, sobre los días anteriores a ese momento histórico en que ocurrió la autocritica de Heberto Padilla en la UNEAC. Desde hacía dos años, algunos escritores que estábamos cerca de Heberto, que nos veíamos con él en su casa, en casa de Pablo Armando [Fernández], en la UNEAC o en otro sitio, ya percibíamos que había como un oleaje tropeloso, una incertidumbre en el ambiente hacia ciertas tendencias de la literatura cubana y de los escritores que eran consideradas, por algunos, como subversivas, casi disidentes, cosa que no era así en todos los casos.

Había atmósferas cargadas, nubes negras que se acercaban y muchas de esas inquietudes estaban en la cabeza de una persona que quizás, tengo que decirlo, influyó en todos nosotros, en un grupo de nosotros. En mí influyó porque yo venía de otro mundo, yo siempre escribí poesía, el libro mío *La piedra fina y el pavo real*, creo que fue el cuarto o el quinto libro publicado en la UNEAC. Colaboré con El Puente, recibí los embates de El Puente, cuando se cerró la editorial. Ya venían ocurriendo algunas cosas que anunciaban que venía una línea digamos que ortodoxa, y nosotros siempre hemos sido heterodoxos y quizás por ese ambiente y ese prejuicio que teníamos yo sentí inclinación hacia alguna de las opiniones de Heberto Padilla que contradecían la política cultural de esos años y que luego reparó Armando Hart, a partir del año 1976, cuando se creó el Ministerio de Cultura. No por gusto se creó el Ministerio de Cultura. Había atmósferas asfixiantes, tóxicas, densas y para ciertos funcionarios estaban mal vistos algunos de nosotros.

Yo no me sentía aludido porque siempre he tenido una cosa que aprendí en mi familia, que no es orgullo ni es vanidad, sino que se llama

* Testimonio grabado en la Casa de las Américas el 19 de abril de 2021.

amor propio, que viene siendo como una gran defensa que tiene el organismo, un antídoto frente a cualquier virus que haya en el ambiente. Pero sí frecuenté la casa de Pablo Armando, donde yo veía constantemente a Padilla, y Padilla decía cosas que eran razonables, quería una mayor apertura, un mayor diálogo, una mayor libertad y eso nos gusta a todos, a todos los escritores jóvenes. Yo tendría veintiséis o veintisiete años, me parecía muy valiente de su parte. De hecho, cuando asumió Hart el Ministerio de Cultura, repito, pudo reparar aquellos errores, aquellas posiciones que se vislumbraban burocráticas y dogmáticas.

Voy a decir algo terrible: Padilla se aprovechó de esa circunstancia. Tuvo la vanidad y la astucia de aprovecharse de esa circunstancia, de aquella política errada, que yo sabía era circunstancial porque siempre creí en Fidel y aquí involucro a otra persona que estuvo cerca de mí en esos años, que siempre creyó en Fidel también y que siempre me decía que era más importante la Revolución que cualquiera de nosotros, y es Nancy Morejón. Tengo que decirlo porque ella me ayudó a entender muchas cosas también, porque Padilla tendía a confundirlo a uno. Nos decía que aquí se estaba desarrollando una campaña como las de la Unión Soviética y las de Praga contra los escritores y los artistas; una purga. Incluso, en una ocasión él dijo: «Yo no seré Mayakovski, pero me siento como Solzhenitsyn». Imagínate Solzhenitsyn era un escritor que había sido demonizado, satanizado en la URSS, después se supo que todo eso había sido una injusticia. Solzhenitsyn era un gran escritor.

Yo trato de olvidar lo malo y hablar de esto me cuesta mucho trabajo porque tiene que ver con mi propio destino y con baldones que cayeron sobre mí, sinceramente, consideraba que no me los merecía, porque yo siempre había sido fiel. La línea mía era la antropología, la sociología, Fernando Ortiz, Argeliers León, la Academia de Ciencias. Yo no participé nunca en ninguna piña, en ningún grupúsculo, en ninguna conspiración.

Todo aquello que se generó nos daba la imagen a nosotros de que Padilla había creado una gran conspiración internacional para erigirse como una gran víctima y lo logró. Se erigió como una gran víctima, lo logró y muchos escritores del mundo entero, sobre todo de Europa, reaccionaron en su favor, porque él tenía una personalidad muy carismática —no se puede tapar el sol con un dedo—, era una persona muy carismática que imantaba a la gente, que envolvía, que podía hasta anestesiar con un discurso y tenía un repertorio también de chistes, de bromas, que lo hacían muy simpático para algunos, para otros sería

antipático, pero para nosotros no. Para mí era simpático, decía cosas que no se escuchaban en otro ambiente, sino en el que él frecuentaba.

Todo escritor es un aguafiestas, a todos los escritores nos gusta disentir de la mayoría, pero él fue más allá de una crítica de disensión, de una crítica acerba. Él se erigió en un triste personaje que era una especie de clon de las purgas checas y rusas porque él había estado en la Unión Soviética y las conocía. Voy a ser sincero, yo sabía que había existido el estalinismo y que habían existido esas purgas en Rusia y después en Checoslovaquia, pero no tenía mucha información de eso, no sabía realmente como había sido la mecánica, la dinámica de esas purgas.

Recuerdo que un día estábamos en la calle esperando la ruta 32, salíamos de casa de Pablo Armando, casi por la madrugada, y estábamos esperando la confronta, ni él ni yo teníamos carro, y pasó un ministro y paró para darnos botella y él dijo: «No, no, los ministros que sigan, los ministros pasan y los poetas quedan». Yo dije: «¡Coño, Padilla, ese es fulano de tal!». Exageraba, se le iba la catalina por un exceso de ego que lo marcó, yo creo, hasta el final de su vida.

Aquel 27 de abril de 1971 fue un día inolvidable para mí, yo me senté en primera fila, me sentaron en primera fila, creo que estaba al lado de Nancy, al lado de Reinaldo Arenas, no me acuerdo de quién más y él mencionó a un grupo de escritores, entre ellos a Lezama Lima, que fue una cosa... una canallada de él, porque Lezama Lima no se merecía estar en boca de Heberto Padilla. Yo le decía a Nancy: «En cualquier momento nos menciona a nosotros, pero si me menciona a mí voy a levantarme y voy a replicar». Pero no, no pudo mencionarme a mí porque él sabía que yo no pensaba ni remotamente como él, esa es la verdad.

Luego hubo un período muy duro que él contribuyó a alimentar. Contribuyó a estimular ciertas posiciones burocráticas que después fueron eso que llamó [Ambrosio] Fornet benigneamente «Quinquenio Gris», que fue más que un quinquenio, fue un decenio o más.

El ego hace mucho daño, ese ego excesivo. Todo artista tiene su conejito en el bolsillo ¿no?, su vanidad; pero ese ego, eso de creerse que es más grande que una revolución, que él podía ser el Solzhenitsyn del trópico... todo eso hizo tanto daño... puso a muchos escritores y artistas importantes, sobre todo escritores, en contra de la Revolución Cubana.

Yo tuve la suerte, la gran suerte de haber estado en los años sesenta y siete y sesenta y ocho en París y haber conversado mucho con

Ugné Karvelis; le conté lo que estaba pasando en Cuba, y Ugné me dijo: «Tienes que cuidarte de esas cosas, porque en las revoluciones siempre hay artistas y hay escritores que lucran con pensamientos supuestamente disidentes, para lograr un protagonismo». Creo que ese fue el caso de Padilla, aunque tengo que admitir que él está entre los mejores poetas de su generación, junto con Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís. Está entre los mejores poetas de su generación. Fue un poeta importante.

Después tuve la oportunidad de verlo en Canarias, en España, de verlo en Suecia, de verlo en República Dominicana y vi un hombre triste, un hombre derrotado, un hombre que tenía nostalgia por su país, que hubiera querido volver a Cuba; él me lo pidió y yo traje una carta donde él solicitaba regresar a Cuba por un tiempo, para ver el país, porque él necesitaba su cultura, aunque tenía una cultura general y conocía muy bien la literatura rusa, conocía muy bien la literatura norteamericana y la inglesa. Yo aprendí mucho con él sobre William Blake, sobre Dylan Thomas y aprendí mucho con él de los grandes poetas rusos y norteamericanos. Era un excelente traductor de inglés y creo que de ruso también, y hablamos mucho de literatura. Sin lugar a dudas él fue un artista, pero su ego lo liquidó y por poco nos liquida a todos nosotros porque eso rebotó junto a todos nosotros. La suerte que yo tengo, como ya dije, es el amor propio y la conciencia de que el proceso cultural que estaba viviendo era más importante que cualquier posición individualista.

Me lo encontré en Suecia, en un encuentro de escritores del patio que hubo en Estocolmo, escritores que viven aquí y escritores que viven fuera de Cuba, y allí él fue muy amable, muy cariñoso con todos nosotros, y frente a una intervención muy ácida y muy errática de Jesús Díaz, donde puso como ejemplo a Costa Rica como un país de logros, un país símbolo de la democracia, y ante la cual todos nos quedamos estupefactos, fue Padilla quien le respondió y le dijo: «Qué va, no, cómo vas a poner tú ese ejemplo. Cuba tiene una gran cultura, dime si te sabes una canción cubana, seguro sí te la sabes; dime si sabes de un pintor cubano, seguro sabes. Cuba tiene una dignidad, Cuba tiene historia que otros países no la tienen, y ese ejemplo que tú pusiste de democracia no es el mejor». Fue una cosa así. Después nos fuimos juntos a una cena donde él tuvo discrepancias con otros dos escritores cubanos que estaban ahí que no me interesa mencionar sus nombres, pero a mí me llamó la atención.

Luego lo vi en los Estados Unidos, en República Dominicana. Pablo Armando y yo lo vimos en República Dominicana y él tenía una tremenda nostalgia por Cuba; ahí me dijo: «Mira a Puerto Rico, qué país es ese, como dijo Nicolás Guillén: “el rico asociado en sociedad”. Nosotros tenemos un país, Cuba es un país, tiene autonomía, tiene independencia, Cuba es una nación». A mí me duele decir todo esto porque finalmente él no pudo regresar a Cuba, no sé por qué razón, si la invitación no llegó... el caso es que yo estoy seguro, convencido de que murió con una gran nostalgia de Cuba. Murió en Auburn, Alabama, era maestro en una escuela de allí. Murió del corazón. A mí me dio mucha pena. Yo estoy seguro de que murió triste y con la añoranza de volver a Cuba. Él era un hombre de bien, de origen humilde, había nacido en Pinar del Río, en Puerta de Golpe. Tiene un poema bellísimo sobre Puerta de Golpe, un poema maravilloso.

No hay nada más terrible, no hay nada más lacerador, no hay nada que perjudique más, que sea más lacerante para un artista, un escritor, que la vanidad. El ego puede arruinar a la gente, no digo que uno no tenga su conejito en el bolsillo, como digo yo, que tenga su pequeña vanidad. A mí me enorgullece que me digan «caramba, tus libros se editan»; sí, hasta ahí, pero cuidado, cuidado con creerte por encima de nadie, ni por detrás, ni por debajo de nadie. Hay que establecer una balanza, ese equilibrio es necesario.

Él nos hizo mucho daño, pero a él le hicieron mucho daño también. Le hicieron mucho daño porque, en mi opinión, tomaron demasiado a pecho, demasiado en serio sus criterios y las cosas que él decía. Yo lo escuchaba y me resbalaba todo aquello como le resbala el agua a la hoja de malanga; pero otra gente no, otra gente lo veía con duda, con suspicacia. Si a Heberto le hubieran dado un cargo fuera de Cuba, si lo hubieran llamado y le hubieran dicho «tú tranquilo, vete de embajador para Hungría o para Tailandia», no hubiera existido el «caso Padilla».

Su ego lo llevó a hacer eso que ahora todo el mundo califica como payasada, como mascarada. Es fácil después de cincuenta años calificar su autocrítica como payasada, pero para nosotros que ya estábamos resentidos, que veíamos un proceso que se estaba gestando, que después cuajó en lo que se llamó benigneamente «Quinquenio Gris», aquella autocrítica fue algo estremecedor, devastador. Yo me acuerdo que me fui al parque de la esquina a pensar qué iba a ser de nosotros. Incluso llegué a pensar: si un escritor termina así es mejor no escribir. Pensé que la literatura no valía la pena hacerla, pero enseguida me recuperé

e hice mis libros, hice mis poemas, porque tengo esa facultad de recuperarme del dolor y la pena, quizás porque nací acuariano tengo esa fortaleza, el agua está en torno de mí y puedo nadar en ella.

Quien diga que no se creyó que aquello fuera real no es honesto, creo que no es sincero. Yo pensé que era teatral, que era histriónico, pero que era de verdad; que decía cosas de verdad, porque él era tan histrión... él era un actor, hacía muchos chistes, siempre estaba bromeando con nosotros. Él hacía chistes de todo el mundo y se reía de todo el mundo y de mí también, pero todo lo hacía con tanta gracia que uno lo pasaba por alto.

Yo me senté en el parque solo, salí muy deprimido de allí, muy deprimido. Consideré que había sido injusto eso que se hacía porque él no había puesto una bomba, no había hecho nada. Creo que se extremaron, se exageró con el caso de Padilla. Pudo haber tenido otro tratamiento, pero ya eso no tiene solución, han pasado muchos años y uno dice eso ahora fácilmente, pero en aquel momento las condiciones no estaban dadas para que se le diera otro tratamiento porque quienes estaban al frente de Cultura eran personas incapaces y burócratas, personas prejuiciosas y malintencionadas.

Luego caminé por la calle 23, bajé por la Rampa enloquecido, yo andaba muy mal. ¿Qué está pasando? ¿De qué sirve ser escritor? Y es cuando me encuentro con Julio Matilla que me dice: «Viste qué clase de payasada, todo eso es un teatro que él ha hecho imitando las purgas del estalinismo, no se crean nada de eso». Claro, Matilla era mucho mayor que yo y a lo mejor él se acuerda que me dijo eso. Yo me quedé pensando, pensando y pensando en eso, en la payasada esa y un día le pregunté a Belkis y ella me dijo: «Miguel, eso fue una razón de Estado». No entendí nunca, ahí me quedé peor todavía.

Es muy triste esta historia y muy dolorosa, pero no lo perdono, nos hizo mucho daño, y no nos merecíamos eso, nos hizo sufrir mucho el ego de alguien que se creyó que de verdad era un Solzhenitsyn del Caribe, no nos lo merecíamos. Yo no soy religioso, pero soy supersticioso, por lo tanto, que en paz descanse.

«El error cometido empañó la imagen de la Revolución»*

GRAZIELLA POGLOTTI

En aquellos años sesenta, mi vida laboral tenía como centro la Universidad, donde la reciente reforma había dado lugar al nacimiento de la Escuela de Letras y de Arte. Yo tenía a mi cargo la célula generadora de lo que habría de convertirse, algo después, en Facultad de Lenguas Extranjeras. Había que dar forma a programas de estudio de nueva creación e impulsar la investigación hacia derroteros antes inexplorados, como el abordaje de las literaturas del Caribe, en un clima de ebullición de ideas que removían las bases de los enfoques teóricos tradicionales. Era el auge del estructuralismo con la obra de Roland Barthes en pleno desarrollo. Aparecieron entonces las traducciones al francés de los textos de Bajtin, mientras Lucien Goldman se replanteaba los vínculos entre literatura y sociedad a través de los textos de Racine y Pascal. Al margen de los compromisos académicos, logré mantener entonces el ejercicio activo de la crítica de las artes plásticas. Era una etapa de intenso debate intelectual. Las polémicas culturales matizaban las publicaciones especializadas y, en algunos casos, ocuparon espacios en los principales órganos de difusión. En ese tiempo tan vertiginoso, encontré un espacio para participar en las reuniones del consejo de colaboración de la revista *Casa de las Américas*. A la manera de los cronopios de Julio Cortázar, los colegas recorrían medio mundo para poder aterrizar en la isla bloqueada. Era ocasión excepcional para un cruce de perspectivas entre París, Montevideo, México y La Habana.

* Estas palabras son la respuesta de la doctora Graziella Pogolotti a una serie de preguntas sobre el «caso Padilla» y su contexto, que le remitieran los autores de esta compilación.

Las noticias sobre lo que habría de conocerse como «caso Padilla» me fueron llegando poco a poco, siempre de trasmano. No frecuentaba mucho la UNEAC. Pasaba tan solo de vez en cuando para adquirir las publicaciones recientes en la librería. Pertenecía a la sección de artes plásticas, por lo cual no fui convocada a la reunión en que dio a conocer su autocritica, circunscrita a los escritores. Desde mi punto de vista, el relato de los acontecimientos comienza con los premios literarios de la UNEAC, cuando la institución repudió el fallo mayoritario de los jurados respecto a *Los siete contra Tebas* de Antón Arrufat y *Fuera del juego* de Heberto Padilla. Después de largas discusiones, la decisión consistió en publicar los libros precedidos de un prólogo en el cual la UNEAC expresaba sus criterios sobre el tema. Desde el primer momento, el hecho suscitó rumores, expectativas, alcanzó resonancia en los círculos intelectuales cubanos y de otros países. El desenlace generó numerosas inconformidades. El dictamen institucional desplazó el papel que hubiera correspondido a la crítica literaria en el análisis de la colección de poemas.

Ese antecedente contribuyó a despertar el interés en torno a la figura de Padilla, quien no era un desconocido en muchos círculos intelectuales. Colaborador de *Lunes de Revolución*, había sido director de la empresa CUBARTIMPEX y se había relacionado con numerosos amigos de la Revolución. Su poemario *El justo tiempo humano* tuvo una favorable recepción crítica. Conocedor de las matrices de opinión existentes en amplios sectores del pensamiento de izquierda respecto a las consecuencias de la política estalinista en la configuración del socialismo en la Unión Soviética, Padilla estructuró su autocritica pública utilizando como referente implícito los llamados «juicios de Moscú» que liquidaron, con la desaparición física de Zinoviev y Bujarin, los remanentes del Buró Político de Lenin. Tal y como había previsto, la reacción fue inmediata, sobre todo en sectores situados en el extenso campo de la izquierda internacional, sobre todo en Europa, en particular en sectores europeos caracterizados por su cercanía a la Revolución Cubana, con la que se identificaron al reconocer en ella el diseño de un derrotero propio, libre de contaminaciones con los errores denunciados en el XX Congreso del PCUS con la etiqueta de «culto a la personalidad». La reacción tuvo cobertura en los medios de comunicación. Contó con la adhesión de numerosos intelectuales latinoamericanos, muchos de ellos radicados en Europa. Precipitó el estallido del consejo de colaboración de la revista *Casa* y debilitó la

influencia que la revista había ejercido hasta entonces en el subcontinente en tanto factor unitario en la conformación de un pensamiento antimperialista. Tanto había sido el peso de la institución dirigida por Haydee Santamaría entre connotados escritores, artistas y pensadores que, bajo la cobertura de la Fundación Ford, la CIA patrocinó la publicación en París de la revista *Mundo Nuevo* con el propósito de construir un contrapeso ante la ofensiva ideológica ejercida desde La Habana. Hasta ese momento, Cuba había logrado romper el aislamiento diplomático impuesto por la OEA mediante su acción política y su desempeño en el terreno de la cultura. A los efectos internos, la autocrítica de Padilla alentó la suspicacia en torno a la condición revolucionaria de importantes personalidades literarias del país y señaló un punto de giro en la aplicación de la política cultural que desembocó en el Quinquenio Gris, superado tan solo a partir de la creación del Ministerio de Cultura en 1976.

El hecho se producía en un contexto internacional complejo. Los años sesenta conocieron un auge del movimiento progresista internacional al socaire del proceso de descolonización con la guerra de Argelia, la lucha de Vietnam y la independencia política alcanzada por algunos países de África. El triunfo de la Revolución Cubana fue factor de suma importancia en la modificación de las relaciones de poder. La presencia del Movimiento de Países No Alineados, a pesar de su heterogeneidad, adquirió relevancia en los foros mundiales y favoreció la articulación de acciones solidarias. Emergían las reivindicaciones de los negros, de las mujeres y de los *gays*. La participación del comandante Fidel Castro en la reunión de las Naciones Unidas en 1960 señaló un hito en esta dirección, a la vez que el ejemplo de Cuba incitaba a la radicalización del pensamiento revolucionario en la América Latina. La imagen y los textos del comandante Ernesto Che Guevara ejercieron impacto notable en amplios territorios del Tercer Mundo.

Sin embargo, las señales de reacción empezaron a manifestarse desde mediados de la década. En octubre de 1967 caía Ernesto Guevara en Bolivia. La contrainsurgencia se organizaba y la Escuela de las Américas entrenaba a los represores. El año 1968 se iniciaba cargado de contradicciones. Enero abrió con el Congreso Cultural de La Habana. Su amplísima convocatoria contó con la participación de intelectuales que abarcaban un amplio espectro de perfiles profesionales y estéticos. Escritores, artistas, antropólogos procedían de Europa, África y América Latina. Los herederos del surrealismo aprovecharon la oportu-

tunidad para pedir cuentas a David Alfaro Siqueiros por su respaldo al asesinato de Trotski. Todos coincidieron en ratificar su adhesión a las luchas en favor de la descolonización. En sus palabras de clausura, Fidel ratificaba su postura inclusiva y valoraba la presencia activa de sacerdotes católicos en el combate por la plena liberación de los pueblos sojuzgados, de acuerdo con el ejemplo representado por la entrega de Camilo Torres. Pocos días después, el mayo parisién fue el estallido más notable de un malestar social y político que se extendía a otros países de Europa. Era también el año de la matanza de Tlatelolco. En América Latina había comenzado la expansión de las dictaduras.

La visión en torno a Cuba empezó a enturbiarse. El conflicto provocado por el otorgamiento de los premios de la UNEAC a Antón Arrufat y Heberto Padilla planteó interrogantes acerca de la continuidad de una política cultural abierta e inclusiva en algunos grupos intelectuales ligados por simpatía o adhesión comprometida al proceso revolucionario de la Isla. El clima se enrareció a partir de la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Praga. Manipulada con intenciones aviesas y difundida de manera parcial, la posición adoptada por Cuba dio lugar a malentendidos que nunca han sido aclarados del todo. Muy matizado, el discurso de Fidel sobre el tema analizaba el asunto sin eludir la extrema complejidad de la situación. El contexto de la Guerra Fría imponía una toma de posición entre dos polos antagónicos, la única posición consecuente —muy amarga y riesgosa para Cuba— consistía en ratificar la adhesión del país al campo socialista. No obstante, el texto se centraba fundamentalmente en el examen crítico de los errores cometidos. El enfoque aleccionador traspasaba en su alcance lo sucedido en Checoslovaquia. Alertaba sobre los peligros latentes en el abandono de los vínculos esenciales entre el Partido y las masas. El transcurso del tiempo y el derrumbe de la Europa socialista iluminan dramáticamente aquellas palabras. Junto a las del Che en *El socialismo y el hombre en Cuba*, adquieren carácter premonitorio.

Mientras tanto, Cuba impulsaba un esfuerzo gigantesco para obtener plena independencia económica. La estrategia se orientaba al logro de una zafra de diez millones de toneladas de azúcar en 1970. La magna empresa involucraba a todos en movilizaciones que sacrificaron a otros sectores productivos y repercutían en la vida cotidiana, invadida por extrema austeridad. En esa atmósfera tensa, donde no faltaron manifestaciones extremistas que tomaron el rábano por las hojas en lo concerniente a conceptos morales, la reacción internacional ante la

autocrítica de Padilla modificó la relación de fuerzas y alentó tendencias conservadoras que dejaron sentir su peso en la aplicación de políticas culturales y tergiversaron la esencia de los conceptos formulados por Fidel en sus *Palabras a los intelectuales*.

Por esfuerzo propio, sin contar con ayuda externa, la Revolución Cubana pudo derrocar una tiranía que disponía, en todos los planos, incluido el militar, del respaldo de los Estados Unidos. Rompió los vínculos de dependencia neocolonial, inició un programa de redistribución de la riqueza y llevó a cabo una profunda transformación educacional. Pudo lograr estos propósitos porque, en su avance, el proceso obtuvo la adhesión mayoritaria de un pueblo capaz de reconocer en los hechos la concreción de sueños siempre postergados. La gesta revolucionaria adquirió estatura internacional y se convirtió en ejemplo para el mundo que aspiraba a romper las amarras neocoloniales. El imperio se encontró ante la necesidad de recuperar el dominio perdido sobre la Isla a la vez que socavaba su fuerza ejemplarizante. Respecto a la América Latina, impulsó la Alianza para el Progreso y organizó los planes de contrainsurgencia. En relación con la Isla, patrocinó la subversión interna, las distintas formas de sabotaje, la invasión por Playa Girón y las bandas de alzados contrarrevolucionarios en diferentes lugares del territorio. Implementó medidas de represalias económicas, desde las restricciones en el mercado azucarero y la suspensión del suministro de petróleo, hasta el establecimiento de un bloqueo cada vez más férreo. Con la complicidad de la OEA, estableció un cerco diplomático. Hubo reiterados intentos de magnicidio. Con el concurso de expertos, se ha elaborado sistemáticamente una sofisticada maquinaria propagandística orientada a influir en el clima interno del país y a desacreditar su imagen internacional, sin parar mientes en el más elemental respeto a normas éticas. Por miedo a perder la patria potestad, numerosos padres enviaron a sus hijos a los Estados Unidos en total desamparo. Fue la conocida «operación Peter Pan». En el plano internacional, se ha tratado de opacar el carácter singular de la Revolución Cubana y asociarla a las deformaciones impuestas por el estalinismo en la Unión Soviética, ampliamente divulgados a partir del XX Congreso del PCUS y sobre todo a partir del derrumbe de la Europa socialista. Las matrices de opinión dominantes al respecto se sustentan en la aplicación de políticas culturales sujetas a rígidas normativas y en la existencia de una violencia represiva con el empleo de la tortura, la desaparición de personas, el traslado de comunidades enteras y el

confinamiento en campos de trabajo forzoso. La develación de esas realidades en sus aristas más dolorosas estremeció a amplias zonas de la izquierda, incluidos los partidos comunistas en gran parte del mundo. Padilla apuntó hacia esa matriz de opinión y el conflicto auspiciado por su detención y posterior autocrítica pública tuvo repercusión más allá de las fronteras de Cuba. Empañó la imagen de una Revolución que, fiel a la conducta asumida desde la lucha en la Sierra Maestra, nunca apeló a esos métodos. Ya por aquel entonces, el empleo de los recursos de la publicidad se constituía en arma eficaz para la confrontación en el terreno de las ideas. El impacto de la imagen y la manipulación de los resortes emocionales se potenciaban en detrimento del debate conceptual. El mensaje encapsulado suplantaba, con su sistemática simplificación, la valoración de la realidad en toda su complejidad. En la actualidad, la fórmula, útil para vender ideas e imponer marcas de zapatos, se expande hasta alcanzar las zonas más íntimas de la conciencia individual.

La notoriedad de Heberto Padilla fue transitoria, pero el error cometido empañó la imagen de la Revolución. Era profesor en una universidad norteamericana. Al notar su ausencia, algunos estudiantes acudieron al lugar donde residía. Encontraron su cuerpo inerte. Había muerto en la soledad.

Índice

| | |
|---|--|
| Fuera (y dentro) del juego. Una relectura del «caso Padilla» cincuenta años después / 7 | |
| ABEL PRIETO y JAIME GÓMEZ TRIANA | |
| Carta de Alejo Carpentier a Roberto Fernández Retamar / 29 | |
| Carta del PEN Club de México / 31 | |
| Primera carta de intelectuales europeos y latinoamericanos / 32 | |
| Intervención en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el martes 27 de abril de 1971. HEBERTO PADILLA / 34 | |
| Dos cartas de Mario Benedetti / 63 | |
| Declaración de Luigi Nono / 67 | |
| Cartas cruzadas entre Mario Vargas Llosa y Haydee Santamaría / 70 | |
| Intelectuales <i>versus</i> Fidel: cartas de un joven poeta / 75 | |
| Llamamiento de los premios nacionales de literatura del Perú a los intelectuales de la América Latina / 81 | |
| Segunda carta de intelectuales europeos y latinoamericanos / 83 | |
| Mensaje de intelectuales colombianos / 85 | |
| «Policrítica en la hora de los chacales». JULIO CORTÁZAR / 87 | |
| Declaración de intelectuales uruguayos / 94 | |
| Declaración del Comité de Escritores Bartolomé Hidalgo / 98 | |
| Cable de Luigi Nono a Juan Goytisolo / 100 | |
| Declaración de la Casa de las Américas / 101 | |
| Ofuscaciones, equívocos y fantasías en el mal llamado caso Padilla. RODOLFO WALSH / 104 | |
| Cable de intelectuales ecuatorianos / 107 | |

| | |
|---|-------|
| A los firmantes de la carta al Primer Ministro | / 108 |
| Declaración de los cineastas cubanos | / 110 |
| «Estas cartas son un ataque artero, imperial». Gonzalo Rojas. JULIO HUASI | / 116 |
| Gabriel García Márquez sobre el caso Padilla | / 120 |
| Las prioridades del escritor. MARIO BENEDETTI | / 124 |
| Mensaje de intelectuales residentes en Europa | / 140 |
| Mensaje de intelectuales españoles | / 142 |
| Declaración de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba | / 144 |
| Respuestas a las opiniones sobre el caso Padilla. JUAN MANUEL TORRES y GERARDO DE LA TORRE | / 146 |
| Declaración de intelectuales chilenos | / 151 |
| Vergüenza y cólera. ALFONSO SASTRE | / 155 |
| El escritor y la revolución. MANUEL MALDONADO DENIS | / 159 |
| Declaración de Haroldo Conti entregada a Prensa Latina | / 162 |
| Otras voces, otros ámbitos. ANTONIO SKÁRMETA | / 163 |
| Carta de Wifredo Lam | / 165 |
| Declaración de intelectuales mexicanos | / 167 |
| Copia digitalizada del Memorando de Inteligencia de la CIA sobre el «caso Padilla» | / 170 |
| Traducción al español del Memorando de Inteligencia de la CIA sobre el «caso Padilla» | / 175 |
| Política cultural cubana. FEDERICO SCHOPF | / 180 |
| El escritor en el proceso americano. Entrevista con Eduardo Galeano. JORGE RUFFINELLI | / 183 |
| Carta de Julio Cortázar a Marina Torres | / 194 |
| Carta de Alejo Carpentier a Roberto Fernández Retamar | / 196 |
| Los inventores de <i>affaires</i> . OSCAR COLLAZOS | / 198 |
| Los despojos de Heberto Padilla | / 206 |
| El «manifiesto» de París. ABELARDO CASTILLO | / 211 |
| No deseo ser simplemente espectador. ANTONIO SAURA | / 213 |
| La medida de la decencia y la dignidad. JORGE ENRIQUE ADOUM | / 214 |
| Carta de Julio Cortázar a Haydee Santamaría | / 215 |
| Carta de Fernando Benítez a Roberto Fernández Retamar | / 221 |
| Ángel Rama y la Casa de las Américas (Fragmento). ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR | / 223 |

- El 71. Anatomía de una crisis* (Fragmento). JORGE FORNET / 228
Del libro *Decirlo todo. Políticas culturales (en la Revolución Cubana)*, fragmentos de sus capítulos «Los polémicos años sesenta» y «El Quinquenio Gris». GUILLERMO RODRÍGUEZ RIVERA / 236
- «Su ego lo liquidó y por poco nos liquida a todos». MIGUEL BARNET / 246
- «El error cometido empañó la imagen de la Revolución». GRAZIELLA POGOLOTTI / 252